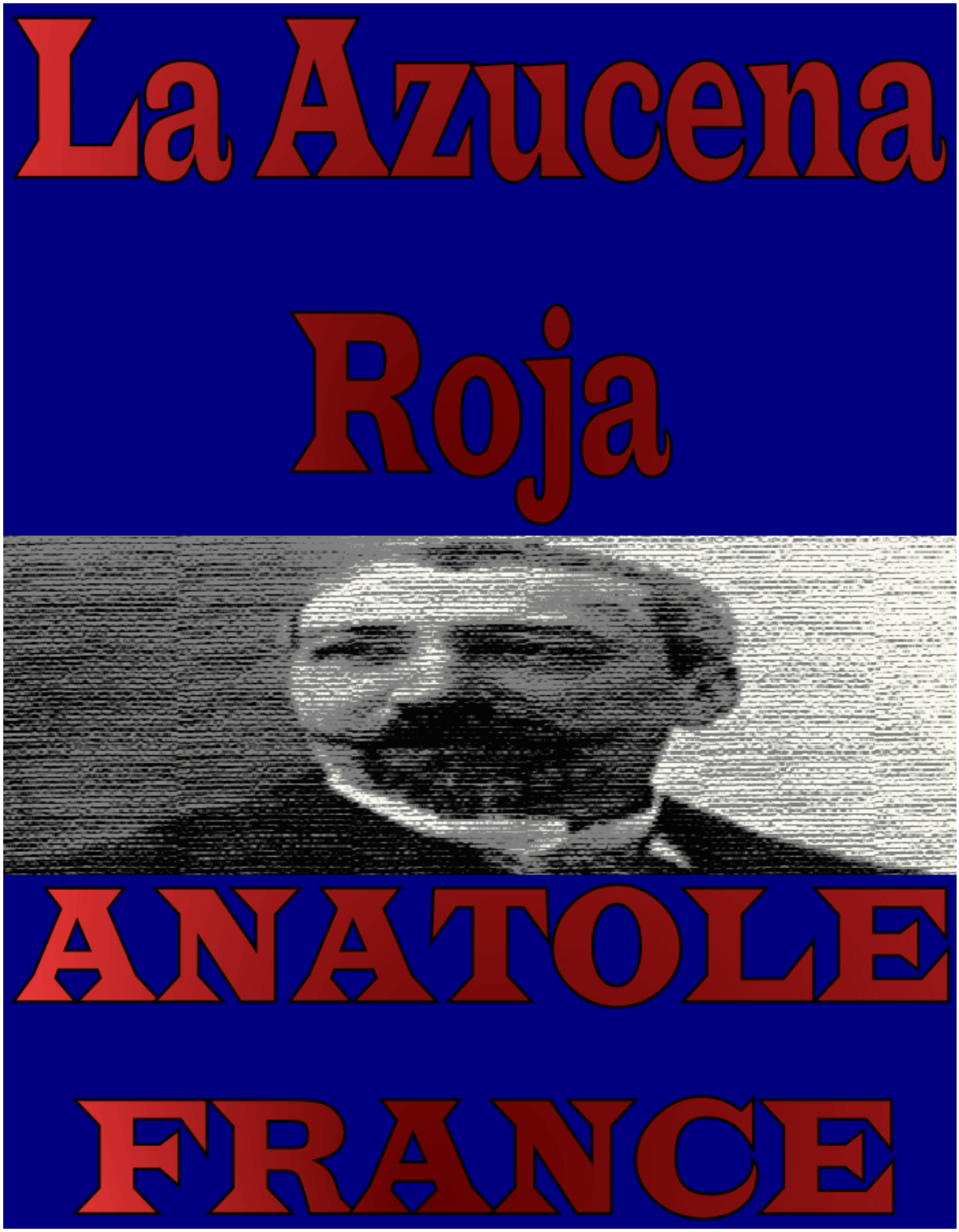
LA AZUCENA ROJA
ANATOLE FRANCE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

Dio un vistazo a los sillones colocados junto a la chimenea, a la mesita de té que brillaba en la sombra y a los grandes ramos de flores pálidas que coronaban los jarrones de China. Hundió la mano entre las floridas ramas de los sauquillos y jugueteó con sus bolitas de nieve; luego se miró en un espejo con atención minuciosa, puesta de perfil, ladeando la cabeza para observar el contorno móvil de su figura, oprimida por su traje de raso negro, en torno del cual flotaba una ligera túnica cuajada. de perlas en las que se irisaban fugaces reflejos. Acercóse más, curiosa de conocer la expresión de su rostro en aquel instante, y el espejo reflejó su mirada tranquila, como si la encantadora mujer que se contemplaba con agrado viviera sin goces agudos y sin tristezas profundas.

En las paredes del salón espacioso, vacío y mudo, las figuras de los tapices, borrosas como fantasmas, palidecían desmayadas en las graciosas actitudes de sus clásicos juegos. Las estatuitas de terracota erguidas en sus ménsulas, los grupos de antigua Sajonia y las figuras de Sévres escalonadas en las vitrinas, recordaban el pasado. Sobre un zócalo guarnecido de bronces preciosos, el busto marmóreo de alguna princesa real, disfrazada de Diana, con el rostro marchito y el pecho incitante, surgía de su vestidura ajustada; mientras en el techo, una

Noche, con el tocado y el aspecto de una marquesita galante, sembraba flores entre un cortejo de amorcillos. Hallábase todo adormecido y solamente se oía el chisporroteo del fuego y el tenue roce de las perlas en la gasa.

Alejóse del espejo, recogió levemente un visillo sobre un cristal, y vio a través de los negruzcos árboles del muelle la superficie festoneada y amarillenta del Sena, que reflejaba fulgores mortecinos. El hastío del cielo y del agua invadió sus pupilas de acerado gris. Cruzó el vaporcillo *La Golondrina,* que poco antes había pasado bajo el puente del Alma y conducía modestos viajeros a Grenelle y a Billancourt: ella lo siguió con los ojos hasta perderlo de vista sobre la corriente cenagosa; luego dejó caer el visillo, ocupó en el canapé su lugar acostumbrado y cogió un libro que había sobre la mesa, a su alcance. La cubierta, de tela pajiza, ostentaba el título en letras de oro: *La rubia Isolda,* por Vivian Bel]. Era una colección de versos franceses compuestos por una inglesa e impresos en Londres.

Abrió al azar, y leyó:

"Salve, María, salve", riente y sollozante
pregona la campana. La virgen, un sendero
cruza entre los manzanos, temblorosa, anhelante
y una azucena roja la ofrece el mensajero.

Una azucena roja cuya belleza inspira
morir de su perfume así que se lo aspira.
En el jardín secreto y al suave atardecer
la virgen siente su alma en amoroso acecho
como un arrojo límpido su vida ve correr
y esparcirse anhelante sobre su blanco pecho.

Leía indiferente, distraída, esperando visitas, menos preocupada de la poesía que de la poetisa, miss Bell, acaso entre todas sus amigas predilecta, a la cual no veía casi nunca, y que en sus nada frecuentes entrevistas la acariciaba, la llamaba *darling, y* la besuqueaba un poco rudamente en las mejillas, gorjeante. La que, fea y seductora, un tanto ridícula y enteramente correcta, vivía en Fiésole como una esteta, como un filósofo, a pesar de que Inglaterra la celebraba como su excelsa poetisa. A semejanza de Vernon Lee y Mary Robinson, se había enamorado de la vida y del arte toscanos, y sin terminar siquiera su *Tristán* -cuya primera parte había inspirado a Burne Jones soñadoras acuarelas-, verificaba en provenzal y en francés pensamientos italianos.

Había enviado su libro *La rubia Isolda a darling,* con una carta invitándola a pasar un mes en Fiésole. Y decía: "Venga para ver las cosas más bellas del mundo, y su presencia las embellecerá más aún."

Darling pensaba que no la era posible ir, que se hallaba sujeta en París; y al mismo tiempo se complacía con la idea de volver a verse junto a miss Bell en Italia. Hojeando el libro, detúvose por casualidad en este verso:

No es posible tener corazón y no (amar.

Y se preguntó con ironía leve y dulzura si miss Bell habría amado y cómo serían sus amores. La poetisa tenía en Fiésole un apasionado, el príncipe Albertinelli, muy hermoso, pero al parecer excesivamente corpulento para agradar a una esteta que ponía en el deseo amoroso el misticismo de una Anunciación.

-¡Buenos días, Teresa! Estoy molida.

Era la princesa Seniavina, flexible en su envoltura de pieles que armonizaba con su cutis moreno y montaraz. Sentóse bruscamente y en voz ruda, pero acariciadora, con entonaciones de hombre y de pájaro, dijo:

-Esta mañana he paseado por el bosque a pie con el general Lariviére. Lo encontré en la alameda de los Embustes y lo llevé hasta el puente de Argenteuil, donde quiso a todo trance comprar al guarda campestre, para regalármela, una urraca amaestrada que hacía el ejercicio con una escopetita. Estoy muerta de cansancio.

-Pero ¿por qué llevó usted al general hasta el puente de Argenteuil?

-Porque tiene gota y le dolía el tobillo.

Teresa encogióse de hombros y dijo, sonriendo:

-Es usted muy mal intencionada y prodiga sus travesuras.

-Pero ¿quiere usted que ahorre mi amabilidad cuando puedo darle tan buen empleo?

Y bebió vino de Tokay.

Precedido por su estrepitoso resuello, apareció el general Lariviére con paso tardo, besó la mano a las señoras y sentóse entre las dos, con expresión obstinada y satisfecha, haciendo guiños con los ojos mientras le sonreían todas las arrugas de las sienes marchitas.

-¿Cómo sigue el señor Martín Belleme? ¿Ocupado, como de costumbre?

Teresa le creía en la Cámara y hasta le imaginaba pronunciando un discurso.

La princesa Seniavina, sin dejar de comer emparedados de caviar, preguntó a la señora Martín por qué no había ido el día antes a casa de la señora Meillan, donde se representó una comedia escandinava.

-¡Una comedia escandinava! ¿Y gustó?

-Sí. No lo sé. Yo estaba en el saloncillo verde, debajo del retrato del duque de Orleáns. El señor Le Ménil acercóse a saludarme y me hizo un soberbio favor, porque así pude librarme de Garain.

El general, práctico en el manejo de los anuarios y que almacenaba en su cabezota todas las referencias útiles, aguzó el oído a este nombre.

-Garain -preguntó-, ¿es el mismo que formaba parte del Gabinete cuando el destierro de los príncipes?

-El mismo. Yo le gusto extraordinariamente. Me refería las ansias de su corazón y me miraba con ternura espeluznante. De cuando en cuando contemplaba, entre suspiros, el retrato del duque de Orleáns. Le dije: "Señor Garain, está usted equivocado: la orleanista es mi cuñada, yo no lo soy en absoluto." En aquel momento llegó el señor Le Ménil para llevarme al *buffer,* y haciéndome grandes elogios. . . de mis caballos, díjome también que no había nada tan hermoso en el invierno como los bosques. Me habló de lobos y de lobeznos... Así me tranquilizó.

El general, que despreciaba embozadamente a la juventud, dijo que había encontrado a Le Ménil la víspera, en el bosque galopando como un loco.

Declaró que los jinetes viejos eran los únicos guardadores de la buena tradición, y que

los jóvenes elegantes tenían el mal gusto de montar como *jockeys.*

-Lo mismo pasa con la esgrima. En otro tiempo .. .

La princesa Seniavina le interrumpió bruscamente:

-General, ¡mire qué bonita está la señora Martín! Siempre es encantadora, pero en este momento lo es más que nunca... porque se aburre. Nada la favorece tanto como el aburrimiento. La fastidiamos de lo lindo. Repare usted en su frente de pesadumbre, sus ojos vagos y su boca contraída... ¡La tenemos atormentada!

Y al decir esto, levantóse de pronto, besó tumultuosamente a Teresa y escapó, dejando asombrado al general.

La señora Martín Belleme rogóle que no hiciera caso de aquella loca.

El general, conteniéndose - preguntó:

-¿Y sus poetas, señora?

A duras penas perdonaba a la señora Martín su gusto por gentes que escribían. y que no eran de su clase.

-Sí; sus poetas. ¿Qué ha sido de un señor Choulette que la visitaba con bufanda encarnada?

-Mis poetas me olvidan, me abandonan. No hay que contar con nadie. Ni los hombres, ni las cosas; nada hay seguro. La vida es una continua traición. Únicamente la pobre miss Bell no me olvida. Me escribe desde Florencia y me envió su libro.

-Miss Bell... ¿Aquella señorita que, con sus rubios cabellos ensortijados, se parece a un perro faldero?

Hizo memoria, y opinó que debía de tener treinta años bien cumplidos.

Una anciana señora que llevaba con modesta dignidad su diadema de blancos cabellos y un hombrecito de inteligente mirada entraron uno tras otro; la señora Marmet y el señor Pablo Vence.

Luego, muy estirado, con el monóculo en ristre, apareció el señor Daniel Salomón, árbitro de las elegancias. El general aprovechó el momento propicio para escabullirse.

Hablóse de la novela de la semana. La señora Marmet había comido muchas veces con el autor, hombre joven y amabilísimo. Pablo Vence hallaba el libro tedioso.

-¡Ah -suspiró la señora Martín-, todos los libros son tediosos! Bien es verdad que los hombres lo son más aún, y por añadidura, exigentes.

La señora Marmet hizo saber que su marido -cuyo buen gusto literario era indudable- conservó hasta el fin de sus días su odio hacia el naturalismo.

Viuda de un académico arqueólogo, lucía en los salones su viudez ilustre, plácida y modesta, con su traje negro y sus hermosos cabellos blancos.

La señora Martín dijo al señor Daniel Salomón que deseaba consultarle acerca de un grupo de niños de Saint-Cloud. ,

-Usted dirá si le satisface y también me dará su opinión el señor Vence, si no desprecia semejantes pequeñeces.

Daniel Salomón miró a Pablo Vence a través del monóculo, con impertinencia.

Pablo Vence, que distraía su mirada en torno del salón, dijo galante:

-Tiene usted preciosidades, y por añadidura, estas preciosidades armonizan perfectamente con usted, señora.

Ella no disimuló el goce que la proporcionaba oírle hablar de aquel modo. Creíale acaso el único hombre inteligente de veras entre cuantos frecuentaban su casa. Empezó a estimarle antes que sus libros le hicieran famoso. Su poca salud, su mal humor, su trabajo asiduo le alejaba de la sociedad. Aquel hombrecito bilioso era poco agradable. Sin embargo, a ella le agradaba, y estimaba mucho su ironía profunda, su altivez agreste, su talento madurado en la soledad. También lo admiraba con motivo, como autor de hermosos estudios acerca de las artes y de las costumbres.

Poco a poco se reunió en el salón una brillante concurrencia. En el semicírculo de sillones se hallaban la señora de Vresson, a la que se atribuían aventuras tremendas y que

conservaba, después de veintes años de escándalo mal reprimidos, ojos de niña sobre mejillas virginales; la vieja señora de Morlaine, que vociferaba sus frases ingeniosas, viva, descompuesta, y que agitaba sus formas abotagadas como una nadadora cubierta de vejigas; la esposa del académico Raymond; la del ex ministro Garain; otras tres señoras, y, en pie, apoyado en la chimenea, el señor Berthier de Eyzelles, redactor del *Journal des Débats,* diputado, que acariciaba sus patillas blancas pavonéandose, mientras que la señora de Morlaine le decía:

Su artículo sobre el bimetalismo es una perla, ¡una preciosidad! El final, sobre todo, ¡una maravilla!

En pie, en el fondo del salón, jóvenes de club, muy formales, cuchicheaban entre sí.

-¿Qué ha hecho para obtener la roseta en las cacerías del príncipe?

-El, nada; su mujer, todo.

Eran filósofos, a su manera. Uno de ellos no creía en las promesas de los hombres.

-Siempre tipos que no me acaban de satisfacer: el corazón en la mano y en la boca. "¿Usted se presenta en el Círculo? . . . Yo le prometo en la votación una bola blanca. ¿Será blanca? ... ¡Un globo de alabastro! ¡Una bola de nieve!" ¡Se vota!, ¡crac! ¡una trufa! La vida es un estercolero para quien reflexiona un poco.

-Pues no reflexione usted -le replicaron.

Daniel Salomón, que se había reunido con ellos, confiábales al oído, castamente, secretos de alcoba, y a cada extraña confidencia referente a la señora Raymond acerca de la señora Berthier de Eyzelles o de la princesa Seniavina, añadía sin darle importancia:

-Todo el mundo lo sabe.

Luego, poco a poco, dispersóse la turba de visitantes. Sólo quedaron la señora Marmet y Pablo Vance, que se acercó a la señora Martin, y dijo:

-¿Cuándo le presento a Dechartre?

Era la segunda vez que se lo preguntaba. Como a ella no le complacía ver caras nuevas, respondió con mucho despego:

-¿El escultor? Cuando usted guste. Vi en la Exposición sus medallones, que me agradan mucho. Debe de trabajar poco. Es un aficionado solamente, ¿verdad?

-Es un exquisito. No vive de su trabajo y acaricia sus figuras con lentitud amorosa. Por esto, y no por impotencia, produce poco. Sabe y siente. Sería un maestro si no se aislara tanto. Lo conozco desde la infancia. Se le cree malévolo y perezoso, cuando sólo es apasionado y tímido. Lo que le falta, lo que le faltará siempre para llegar a la cima de su arte, es la ingenuidad en la concepción. Se inquieta, se turba y estropea sus hermosas impresiones. A mi juicio, tiene menos aptitudes para la estatuaria que para la filosofía o la literatura. Sabe mucho; asombra la riqueza de su imaginación.

La señora Marmet, asintió benévola.

Trataba de hacerse agradable con su propia satisfacción. Escuchaba atenta y hablaba poco; era muy complaciente y hacía valer su complacencia. Fuese porque le agradara en verdad el trato de la señora Martín, o porque supiese mostrar en cada casa adonde iba señales discretas de preferencia, recogíase gozosa, como una abuela, junto a aquella chimena de puro estilo Luis XVI, que armonizaba con su belleza de señora madura e indulgente. Sólo le faltaba allí su perrillo faldero.

-¿Cómo sigue *Toby?* -la preguntó la señora Martín-. Señor Vence, ¿conoce usted *a Toby?* Tiene largo pelo sedoso y una naricilla muy chata, muy graciosa y muy negra.

La señora Marmet saboreaba los elogios prodigados a *Toby,* cuando un viejo encarnado y rubio, de cabellos ensortijados, miope, casi ciego, y con gafas de oro, corto de piernas, tropezando en los muebles, saludando a los sillones vacíos, topando en los espejos, acercó su nariz picuda y corva, casi hasta dar con ella en el rostro de la señora Marmet, que le miró indignada.

Era el grave señor Schmoll, de la Academia de Arqueología. Sonreía y gesticulaba como un muñeco; endilgaba madrigales a la condesa Martín en el mismo tono hereditario, rudo y opaco con que los judíos, sus padres, apremiaban a sus deudores los aldeanos de

Alsacia, de Polonia y de Crimea. Arrastraba pesadamente sus frases. Aquel gran filólogo académico poseía todos los idiomas, excepto el francés. Divertían a la señora Martín sus frases galanteadoras, pesadas y rechinantes como los oxidados hierros de un baratillo, entre las que se deslizaban algunas flores secas de la Antología.

El señor Schmoll, aficionado a los poetas y a las mujeres, era ingenioso.

La señora Marmet hizo como si no lo conociera, y salió sin devolverle el saludo.

Cuando hubo agotado sus madrigales, el señor Schmoll quedóse taciturno y abatido. Gimió amargamente, lamentándose de que no le otorgaran más condecoraciones, de que no le procurasen más prebendas y de que no disfrutasen mejor alojamiento, naturalmente a expensas del Estado, él, su esposa y sus cinco hijas. Quejábase con cierta solemnidad y ponía en sus lamentaciones algo del alma de Ezequiel o de Jeremías.

Por desgracia, inclinóse y arrastró casi sobre la mesa sus ojos provistos de gafas de oro, hasta descubrir el libro de Vivian Bell.

-¡Ah, *La rubia Isolda!* -gritó amargamente-. ¡Usted lee este libro, señora! Pues bien; sepa usted que la señorita Vivían Bell me ha robado una inscripción y que, además, la ha alterado al ponerla en verso. La encontrará usted en la página ciento nueve:

-No llores tú a quien yo amé. Lo que no es ya, nunca fue.
-Deja fluir un duelo, que no se nombra. Bien puede una sombra llorar a una sombra.

"¿Lo ha oído usted?"Puede una sombra llorar a una sombra." Pues bien: estas palabras traducen textualmente una inscripción funeraria que yo fui el primero en publicar e ilustrar. El año pasado, comiendo un día en esta casa junto a la señorita Bell, cité la frase, que fue muy de su agrado. A petición suya traduje en francés la inscripción entera, y se la envié. Ahora la encuentro desnaturalizada ya ¡y truncada! en este volumen de versos, con el siguiente rótulo "Sobre la Vía Sacra..." La Vía Sacra, ¡Soy yo!" Y repetía dolorido y chusco:

-¡Soy yo, señora, la Vía Sacra!

Contrariábale que la poesía no le aludiese con motivo de aquella inscripción. Hubiera querido leer su nombre al frente de la obra, en los versos, en la rima. Quería siempre ver su nombre en todas partes, y lo buscada sin cesar en los periódicos, de los que llevaba llenos los bolsillos. Pero no guardaba rencor alguno, no sentía enemistad hacia miss Bell; juzgábala buenamente una persona muy estimable y la poetisa contemporánea que honra más a Inglaterra.

Cuando se hubo marchado el académico, la condesa Martín preguntó ingenuamente al señor Pablo Vence si conocía el motivo por el cual la bondadosa señora Marmet, benévola de ordinario, miraba con tanto enojo y desprecio al señor Schmoll. Sorprendióse Vence de que lo ignorase.

-Yo no sé nunca nada -repuso ella.

La disputa entre José Schmoll y Luis Marmet, que durante mucho tiempo retumbó en los ámbitos de la Academia, ha sido famosa, y sólo acabó al morir Marmet, perseguido por su camarada implacable hasta en el cementerio.

"El día en que fue enterrado aquel pobre Marmet nevaba y llovía. Estábamos calados y helados hasta los huesos. Al borde de la fosa, entre la bruma, con los pies metidos en el barro, Schmoll leyó, defendiendo sus cuartillas con el paraguas, un discurso rebosante de crueldad risueña, de triunfadora compasión. y lo llevó inmediatamente a las Redacciones de los periódicos en el mismo coche del duelo. Un amigo indiscreto se lo hizo leer a la buena señora, la cual se desmayó. ¿Es posible que usted no haya oído hablar nunca de aquel pugilato erudito y feroz?

"La causa fue la lengua etrusca nadie más que Marmet la estudiaba, y por esto le apellidaron Marmet el etrusco. Ni él ni nadie conocía una sola palabra de aquella lengua, de la cual se perdió hasta el último vestigio. Schmoll repetía sin cesar a Marmet: "Ya sabe usted que ignora el etrusco querido colega, lo cual no es obstáculo para que sea usted un sabio respetable y un privilegiado y culto ingenio." Dolido por estas crueles alabanzas, Marmet se

propuso aparentar que sabía un poco de etrusco, y leyó a sus colegas de la Academia un larguísimo estudio acerca de la importancia de las flexiones en el idioma de los antiguos toscanos."

La señora Martín preguntó qué cosa era una flexión.

-¡Oh, señora! Si le doy a usted aclaraciones, vamos a complicarlo mucho más. Bástele a usted saber que en aquel estudio el pobre Marmet citaba textos latinos, y los citaba trabucados. En cambio, Schmoll es un latinista de primera fuerza y, después de Mohoseen, el primer epigrafista del mundo.

"Reprochó a su joven colega (Marmet no había cumplido aún cincuenta años) que leyese con tanta perfección el etrusco y tan deplorablemente el latín. Desde entonces, Marmet no tuvo punto de sosiego. En cada sesión se veía burlado con una ferocidad jovial y escarnecido de tal suerte, que, a pesar de su mucha condescendencia, se amoscó. Schmoll no es rencoroso; una virtud de su raza. No quiere mal ni a los que persigue. Cierto día, al subir la escalera de la Academia, entre Renán y Oppert, cruzóse con Marmet y le alargó la mano; Marmet retiró la suya, y dijo: "No lo conozco a usted." "¿Me confunde con una inscripción latina?", repuso Schmoll. Acaso esta frase apresuró la muerte del pobre Marmet. Y lo enterraron.

"Ya sabe usted ahora los motivos que tiene la viuda, encariñada con la memoria del difunto, para horrorizarse cuando ve a su enemigo."

-¡Pensar que los puse al lado en mi mesa!

-Señora, eso no era inmoral, pero era cruel.

-Amigo mío, quizá le cause extrañeza lo que voy a decirle: yo preferiría cometer una inmoralidad a cometer una crueldad.

Un hombre joven, alto, delgado, con la tez morena partida por un largo bigote, entró y saludó con brusca desenvoltura.

-Señor Vence, creo que conoce usted al señor Le Ménil.

Efectivamente, ya se habían encontrado alguna vez en casa de la señora Martín y seguían viéndose de cuando en cuando en la sala de armas, a la que asistía Le Ménil asiduamente. También la noche antes habían estado los dos en casa de la señora Meillan.

-¡La señora Meillan! Su casa es de lo más aburrido -insinuó Pablo Vence.

-Se reúnen allí bastantes académicos -repuso el señor Le Ménil-. No me hago ilusiones acerca de su valer; pero, al fin y al cabo, representan una selección.

La señora Martín sonreía.

-Ya sabemos, señor Le Ménil, que en casa de la señora Meillan se ocupa usted de las señoras más que de los académicos. A la princesa Seniavina la llevó usted al *buffer* hablándola de lobos.

-¿Cómo de lobos?

-De lobos, de lobeznos y de bosques entenebrecidos por el invierno. Convengamos en que, tratándose de una mujer tan linda, era una conversación exclusivamente montaraz.

Pablo Vence se levantó.

-En cuanto usted me lo permita, señora, le presentaré a mi amigo Dechartre, que tiene vivos deseos de conocerla, y espero que no le desagradará. Es un espíritu vibrante y genial, fértil en ideas.

La señora Martín le interrumpió:

-¡Oh! No soy tan exigente. Los que tienen algún mérito y se presentan con sinceridad, nunca me aburren, y hasta me distraen algunas veces.

Cuando Pablo Vence hubo salido. Le Ménil, atento a los pasos que se alejaban en la antesala y al batir de las puertas, dijo a la señora:

-Mañana, a las tres, "en nuestra casa", ¿verdad?

-¿Aún me quieres?

El insistía en su pregunta para obtener una categórica respuesta en aquellos instantes de

soledad; ella replicó algo impaciente, que era tarde, que no esperaba más visitas, y solamente su marido pudiera interrumpirlos.

El suplicó, y ella, sin hacerse rogar, dijo:

-Mañana tengo libre todo el día. Espérame en la calle de Spontini, a las tres, y daremos un paseo.

El agradeció en una mirada. Luego, alejándose hasta quedar al otro lado de la chimenea, la preguntó quién era Dechartre, por qué la interesaba conocerlo y se lo hacía presentar.

-Es un escultor.

Lamentóse Le Ménil del afán de conocer caras nuevas.

-¡Un escultor! Suelen ser algo toscos los escultores.

-¡Oh! Este a quien nos referimos ¡trabaja tan poco! Pero si te disgusta que le reciba, no le recibiré.

-Me contraría que invadas con el trato social una parte del tiempo que debieras reservarme.

-Amigo mío, no puedes quejarte de mi sociabilidad. Ni siquiera fui ayer a casa de la señora Meillan.

-Haces bien en mostrarte allí lo menos posible; no es casa que honre -y aclaró-: Todas las mujeres que allí acuden tienen algún desliz conocido y comentado. Además, la señora Mentan favorece las intrigas.

Citó algunos ejemplos para comprobarlo.

Ella quedóse distraída, con las manos apoyadas en el brazo del sillón, en quietud encantadora, con la cabeza inclinada y los ojos fijos en la lumbre que se extinguía. Su rostro algo triste y su cuerpo languidecido, más deseable que nunca en aquel ensueño del alma, estaban inmóviles y añadían al atractivo de su carne el encanto de una creación artística, mientras el pensamiento ausente vagaba por incógnitas regiones.

Le Ménil preguntóla en qué pensaba, y, sustrayéndose algo a la magia melancólica del fuego y de las cenizas, ella dijo:

-Mañana, si quieres, visitaremos los barrios apartados, esos barrios característicos donde viven gentes pobres. Me gustan las viejas calles donde se cobija la miseria.

La prometió satisfacer su deseo, no sin insinuar que le parecía un poco absurdo. Resultábanle aburridos tales paseos, y peligrosos, además, porque podía verlos cualquiera.

-Ya que tuvimos la fortuna de no andar en lenguas...

Ella movió la cabeza.

-¿Crees que no han hablado aún de nosotros? Con motivo y sin motivo, de todo se habla. No todo se descubre, pero todo se dice.

Entregóse nuevamente a su ensueño. El la creyó descontenta, disgustada por algo que no le decía. Inclinóse hacia los bellos ojos vagos que reflejaban los resplandores de la lumbre.

Pero ella le tranquilizó, diciendo

-Ignoro si se habla o no se habla de mí... No me importa.

Despidióse Le Ménil. Iba a comer al Círculo, donde le esperaba su amigo Caumont, de paso en París. Los ojos de la señora le acompañaron con una mirada de simpatía, y luego volvieron a contemplar el rescoldo.

Recordó los días de su infancia en el castillo, donde pasaba interminables y tristes veranos; recordó los bosques talados, el jardín húmedo y sombrío, el estanque donde dormían las aguas verdes, las ninfas 1e mármol bajo los castaños, y el banco en que se reclinó acongojada ansiosa de morir. Al presente, aún ignoraba el motivo de aquellos juveniles abandonos cuando el ardiente despertar de su imaginación

y las insinuaciones misteriosas de su carne la entregaron a una inquietud, mezcla de deseos y temores. De niña, el vivir le inspiraba miedo y frenesí. Luego supo que se vive con tanta zozobra, sin esperanzas febriles, natural y sencillamente. Debió suponerlo. ¿Por qué no lo había previsto? Meditaba:

"Tenía el ejemplo de mamá, una buena señora ingenua y no muy feliz; pero yo soñaba en un destino muy diferente del suyo. ¿Por qué? Sentía en torno mío la insipidez de la vida, y, sin embargo, imaginaba el porvenir como un ambiente impregnado de sal y de aromas. ¿Por qué? ¿Qué deseaba, qué me prometía yo? ¿No estuve aleccionada en la tristeza de todo?"

Había nacido rica, entre los esplendores vocingleros de una fortuna recientemente formada. Era su padre aquel Montessuy, en sus comienzos dependiente humilde y laborioso de una casa de Banca parisiense, que llegó a fundar y dirigir dos importantes establecimientos de crédito, y en las horas difíciles supo sostenerlos con los recursos de una inteligencia vivaz, la fuerza invencible de su carácter y una singular amalgama de astucia y de probidad que le permitía tratar de potencia a potencia con el Gobierno. Teresa había pasado su niñez y su primera juventud en el castillo histórico de Joinville, comprado, restaurado, amueblado magníficamente por su padre, y que llegó a rivalizar en pocos años, por la frondosidad de su parque y la abundancia de sus aguas, con la esplendorosa residencia de Vauxle-Vicomte. Montessuy sabía cosechar todos los frutos de la vida. Su ateísmo innato y poderoso aspiró a todos los goces de la carne y a todo lo deseable y placentero que pudiera ofrecer el mundo. Amontonó en la galería y en los salones de Joinville pinturas de maestros venerados y mármoles preciosos. A los cincuenta años obtuvo amorosas complacencias de las más bellas actrices y de algunas mujeres de la sociedad elegante, a las que visitó y alhajó fastuosamente. Gozó de todo cuanto hay apetecible y hermoso. Puso en sus goces la brutalidad de su temperamento y la fina percepción de su espíritu.

Entre tanto, la buena señora de Montessuy, económica y cuidadosa, languidecía en Joinville con aspecto mezquino y pobre a la sombra de las doce cariátides gigantescas que sostenían el techo de su aposento, donde Lebrún pintó los Titanes vencidos por Júpiter.

Allí, tendida en una modesta cama de hierro puesta junto al magnífico lecho nupcial, agonizó una noche. Murió de tristeza y de abandono. La infeliz sólo había sabido interesarse en el mundo por su esposo y por su saloncito de damasco encarnado de la calle de Maubeuge.

Nunca tuvo intimidades con su hija, porque había comprendido instintivamente que sus caracteres no armonizaban, que los pensamientos de Teresa eran demasiado libres y su corazón estaba demasiado abierto a las emociones, a pesar de lo cual nunca dejó de ser dulce y bondadosa; pero revelaba que tenía la sangre ardiente de Montessuy, aquel ímpetu de alma y de cuerpo que la hizo sufrir tanto a la buena señora y le parecía más disculpable en su esposo que en su hija.

Pero Montessuy, viéndose reflejado en el carácter de Teresa, la amaba. Como todos los fieros carnívoros, tenía sus horas de jovialidad encantadora. Ordenando sus numerosas ocupaciones y sus placeres, que le mantenían muy alejado de su casa, ponía todos los medios para comer con la niña diariamente y llevarla de paseo algunas tardes. Era hombre de buen gusto en la elección de adornos y vestidos. Al primer vistazo descubría en los tocados de su hija los desastres producidos por la estética triste y chillona de la señora Montessuy, y lo remediaba en lo posible. Instruía y formaba a su hija. Brutal y atractivo, la divertía y la conquistaba. Ni junto a ella le abandonaron su instinto y sus ansias de dominador. La costumbre de hacer presa en todo le impulsó a considerarla como una conquista más, y se la quitó a la madre. La criatura le admiraba, le adoraba.

Entre su lejano ensueño se le aparecía la sombra de su padre como el único goce de su infancia, y estaba persuadida de que no hubo nunca un hombre tan seductor como él.

Al presentarse en sociedad se convenció al punto de que no la sería posible hallar en parte alguna semejante riqueza de temperamento, semejante plenitud de fuerzas activas y creadoras. Este desaliento no la abandonó cuando hizo elección de marido, y acaso tampoco más adelante, al hacer otra elección secreta y libre.

Verdaderamente, a su marido no lo eligió. En aquel tiempo, ella lo ignoraba todo. Consintió que la casara su padre, quien, viudo entonces, abrumado e inquieto por las atenciones delicadas que requiere un hija, entre una existencia atareada y afanosa, había querido, según su costumbre, acabar pronto y resueltamente.

Tuvo en cuenta las ventajas exteriores, las conveniencias, apreció los ochenta años resonantes de nobleza imperial que aportaba el conde Martín, con la gloria hereditaria de una familia que había dado ministros al Gobierno de julio y al Imperio liberal. Ni se le ocurrió la idea de que su hija pudiera encontrar amor en el matrimonio.

Envanecíase pensando que la muchacha gozaría en su nuevo estado la satisfacción de los deseos fastuosos que su padre quiso procurarla siempre, la alegría de brillar y ostentar, la grandeza común y fuerte, el orgullo vulgar, la dominación material, a que se reducía para él todo el valor de la vida, careciendo, por lo demás, de ideas muy precisas acerca de la felicidad de una mujer honrada en este mundo, si bien estaba seguro de que su hija sería siempre una mujer honrada. Esto no le había preocupado nunca: era para él indudable.

Al recordar aquella confianza inocente y absurda, que se avenía tan mal con las experiencias y con las ideas de Montessuy acerca de las mujeres, Teresa sonrió irónica y melancólicamente, admirando más aún a su padre, de sobra cuerdo para crearse una preocupación importuna.

Después de todo, no la habían casado tan mal, si se tiene en cuenta lo que es el matrimonio para las gentes ricas. Su marido era uno de tantos, ni peor ni mejor que muchos otros, indiferente y soportable. De todo lo que leía en las cenizas, a la claridad velada de las lámparas, de todos sus recuerdos, el de su vida marital era el más borroso. Aparecíansele algunos rasgos aislados con una realidad angustiosa, algunas imágenes absurdas, una impresión vaga y molesta. Aquello había durado poco y no dejaba nada tras sí. A los seis años de matrimonio, ella no recordaba fijamente cuándo había recobrado la independencia. Tan fácil y pronta fue su liberación ante su marido frío, enfermizo, egoísta y cortés; ante un hombre agostado, extinguido en los negocios y en la política, laborioso, ambicioso, vulgar, que sólo frecuentaba el trato de las mujeres por vanidad y que nunca tuvo amor a la suya. La separación había sido franca y absoluta. Desde entonces, desligados el uno del otro, se agradecían su condescendencia, y ella le conservara su estimación si él no se hubiera mostrado artero, engañoso y de sobra sutil para arrancarle una firma cuando necesitaba dinero, invertido en empresas a las que le arrastraba más la vanidad que la codicia. Casi, casi, aquel hombre, con quien ella diariamente hablaba y comía, con el cual convivía y viajaba, no era nada ni tenía significación alguna para ella.

Recogida en sí misma, apoyada la mano en la mejilla, ante la extinguida lumbre, como una fanática que consultase a una sibila, mientras repasaba aquellos años de soledad, entrevió la figura del marqués de Re. Aparecióselе con tanta nitidez y precisión, que la dejó sorprendida. Llevado a su casa por su padre, que hizo de él grandes elogios, el marqués de Re se le apareció alto y hermoso, en sus treinta años de triunfos íntimos y de glorias mundanas, con un séquito de aventuras Había seducido mujeres de tres generaciones y dejado en el corazón de todas las que amó un recuerdo imperecedero. Su gracia viril, su elegancia sobria y la costumbre de agradar, prolongaban su juventud más allá del término común. Distinguió muy particularmente a la joven condesa Martín. Las atenciones de aquel adulador la lisonjearon. Al presente, las recordaba todavía con gusto. Hablaba maravillosamente. Ella se deleitó con su conversación y dio muestras de su agrado. Entonces él se prometió, en su heroica frivolidad, coronar su vida galante con la posesión de aquella preciosa criatura que le complacía mucho y que simpatizaba con él. Desplegó, para conquistarla, los más arteros recursos; pero ella escapó sin dificultad.

Abandonóse, dos años después, a Roberto Le Ménil, quien supo adorarla frenéticamente, con todo el brío de su juventud, con toda la sencillez de su alma. Ella se decía: "He sido suya por lo mucho que me amaba."

Era la verdad. También era cierto que un instinto sordo, imperioso, habíala inclinado, que cedió a los desconocidos impulsos de su corazón. Pero esto solo no bastaba. Lo que la obligó más fue haber supuesto, consentido y deseado, un amor profundo. Cedió al verse amada hasta el sufrimiento. Entregóse fácilmente, con sencillez.

El creyó que se le había entregado por ligereza. Se equivocaba. Ella había sentido la

postración ante lo irreparable y esa especie de vergüenza por tener súbitamente algo que ocultar. Todo cuanto se había cuchicheado ante ella acerca de las mujeres que tienen amante zumbó en sus ardientes oídos; pero, orgullosa y delicada, en el refinamiento de su goce cuidaba de ocultar el valor de sus favores y no decía nada que pudiera comprometer a su amante más de lo que sólo el cariño le obligara. Le Ménil no advirtió aquel malestar moral, que duró apenas algunos días, al cabo de los cuales fue sustituido por una perfecta tranquilidad. Pasados tres años, ella se felicitaba de su conducta, inocente y sencilla. Como no había perjudicado a nadie, no pudo sentir remordimiento. Estaba contenta. Aquella intimidad era lo más agradable de su vida. Amaba y era amada. Sin duda, no había llegado a la embriaguez del ensueño; pero ¿se llega alguna vez?

Era la querida de un arrogante mozo, bueno y honrado, con fama de indiferente y despreciativo, por quien sentían predilección las mujeres y solicitud el mundo elegante A un hombre como aquel supo inspirarle un apasionamiento sincero y ardoroso.

Los goces que le proporcionaba y la dicha de sentirse hermosa para su amante la ligaban más y más. De este modo, su vida no era siempre deliciosa, pero sí fácil de soportar, y a veces grata.

Lo que nunca pudo comprender en su soledad, ni en sus vagos desalientos, ni en sus tristezas infundadas -su naturaleza íntima, su temperamento, su verdadera vocación-fue porque él se la había revelado.

Reconocióse al conocerle. Fue una sorpresa grata. Su recíproca simpatía no arraigó en su inteligencia ni en su corazón. Sentía por él un afecto sencillo y tenaz que el tiempo no aminoraba.

Y en aquel instante complacíase con la idea de verlo al día siguiente en el reducido aposento de la calle de Spontini, su nido amoroso de tres años.

Con un estremecimiento de cabeza bastante violento y encogiéndose bruscamente de hombros -maneras impropias de una señora tan refinada- sola ya junto a la chimenea, cuyo fuego se había extinguido, dijo entre dientes:

"¡Ah! ¡Necesito mucho amor!".

II

Era ya de noche cuando abandonaron el entresuelo de la calle de Spontini. Roberto Le Ménil mandó acercar un coche de punto, y, después de mirar recelosamente al cochero y al caballo, entró con Teresa.

Atravesaban la ciudad fantasma entre las sombras vagas cortadas por bruscas luces, muy juntos, llevando en sus almas impresiones apacibles y lánguidas, como los reflejos que se producían en los cristales empañados del coche. Consideraban todo lo exterior confuso, fugaz, y sentían en su alma un vacío ansioso y grato. El coche se detuvo muy cerca del Puente Nuevo, en el muelle de los Agustinos.

Se apearon. Hacía un frío seco. Teresa respiró alegremente, a través del velillo, las ráfagas que barrían en el suelo helado un polvo áspero y blanquecino como la sal. Sentíase satisfecha de hallarse libre v entre otras cosas desconocidas. Le gustaba ver el paisaje pedregoso en la claridad tenue y profunda del ambiente, andar a lo largo del muelle, donde los árboles desplegaban el tul oscuro de sus ramas sobre el horizonte manchado por el humo de la ciudad, mirar -apoyada en el parapeto- el brazo estrecho del Sena que arrastra sus aguas trágicas, sentir la tristeza del río en cuyas orillas no hay sauces ni hayas. En las alturas del cielo parpadeaban ya las primeras estrellas.

-Parece -dijo- que el viento quiere apagarlas.

El observó también que titilaban mucho, pero no creía, como los campesinos, que fuera señal de lluvia. Al contrario, había observado que, generalmente, cuando las estrellas titilan

mucho anuncian buen tiempo.

Al acercarse al puentecillo vieron a la derecha unos tenderetes de hierros viejos alumbrados por quinqués humeantes. Ella se acercó y revolvió con la mirada el polvo y el óxido de los herrajes. Ya despertado su instinto de investigación, dio la vuelta a la esquina de la calle y se aventuró hasta llegar a un cobertizo, en el cual, bajo las vigas húmedas del techo, colgaban harapos oscuros.

Detrás de los cristales sucios una bujía alumbraba cacerolas, vasos, cacharros de porcelana, un clarinete y una diadema de novia.

Le Ménil no comprendía el goce que Teresa experimentaba en semejantes investigaciones.

-Te vas a llenar de miseria. ¿Qué ves ahí, dentro para interesarte de tal modo?

-Estoy pensando en la pobre desposada cuya diadema yace aquí entre podredumbre, bajo un fanal. Debieron de celebrar la boda con una comida en la puerta Maillot. No faltaría un guardia republicano en el cortejo, porque lo hay en casi todas las bodas que se ven en el Bosque los sábados. ¿No te conmueven, amigo mío, estos pobres seres ridículos y miserables que también se hunden en la grandeza del pasado?

Entre las tazas desportilladas y desparejadas descubrió un cuchillo cuyo mango de marfil figuraba una mujer, aplastada y larga, peinada al estilo Maintenon. Lo compró por muy poco dinero, encantada al pensar que poseía un tenedor parejo.

Le Ménil confesó que no le interesaban los cachivaches, pero su tía Lannoix era muy inteligente en antigüedades. Todos los anticuarios de Caen la conocían y se preocupaban de sus opiniones. Había restaurado y amueblado con mucha propiedad su castillo, antigua casa de campo de Juan Le Ménil, consejero del Parlamento de Ruán en el año 1779. Era un edificio bastante antiguo y se hallaba mencionado en una escritura de 1690 con el nombre de "Casa de la Botella". En una sala del piso alto aún ocupaban una estantería de madera sin barnizar los libros reunidos por Juan Le Ménil. Su tía Lannoix quiso ponerlos en orden, y al descubrir obras libertinas con grabados muy al desnudo; inmediatamente las condenó al fuego.

-Pero ¿tu tía es imbécil? -dijo Teresa.

Hacía mucho tiempo que deseaba conocer la historia de la señora Lannoix. Le Ménil tenía en provincias a su madre, sus hermanas y sus tías; una familia numerosa que Teresa no llegó a conocer nunca, y esto la irritaba. El hablaba de sus parientes con admiración. Ella se dolía de aquellos cariños, y hasta la intranquilizaron las muchas visitas de Le Ménil a tales gentes, que le inculcaban, según ella suponía, estrechez de ideas, olor de ranciedad y aprensiones molestas. A Le Ménil, sorprendido inocentemente, hacíale padecer semejante aversión hacia "los suyos".

Nada la respondió. La vista de una taberna cuyos cristales brillaban a través de las rejas, recordóle al poeta Choulette, que tenía fama de borracho. Preguntó a Teresa, un poco desapaciblemente, si aún la visitaba Choulette, el cual solía ir con *macferlán* y una bufanda roja liada hasta más arriba de las orejas. Ella sintió alguna molestia al oírle expresarse como el propio general Lariviére. Calló que no había visto a Choulette desde otoño, y que el poeta la olvidaba con la indiferencia de un hombre distraído, caprichoso y nada mundano.

-Tiene ingenio –dijo-, tiene brillante imaginación y carácter original. Me agrada.

Le Ménil reprochóle aquel gusto tan extraño, y ella replicó vivamente:

-No tengo "ese gusto", sino que tengo "mis gustos". Creo que no todos te parecen mal.

El no había querido desagradarla. Temía solamente que la diesen algo que lamentar las visitas de un bohemio cincuentón que no era recibido en ninguna casa respetable. Ella protestó:

-¿Que no le reciben en ninguna casa respetable? ¿No sabes que va todos los años a pasar un mes con la marquesa de Rieu, en la Vendée? ... Hijo mío, sí, con la marquesa de Rieu, la católica, la monárquica, la vieja legitimista. Pero ya que te interesa tanto Choulette, oye su última aventura, como la refirió Pablo Vence. Tendrá más carácter aquí, donde veo camisas tendidas y tiestos de flores en las ventanas.

"Este invierno, un día de lluvia encontró Choulette en una taberna de cierta calle, cuyo nombre no recuerdo, pero que debía de parecerse a esta por su hediondez, una desgraciada joven a quien hubieran despreciado los hombres más humildes y a quien, sin embargo, él amó por su mucha humildad. Se llamaba María. Ni siquiera esté nombre le pertenece: lo encontró escrito en la puerta en lo más alto de la escalera de una casa de vecindad adonde fue a vivir. Choulette sintióse conmovido ante aquel ejemplo de pobreza y de abyección, llamóla "su hermana" y la besó las manos. Desde entonces no la abandonó. La lleva, con la cabeza descubierta y el cuerpo abrigado con un chal, por los cafés del Barrio Latino, adonde los estudiantes pudientes van a leer periódicos y revistas.

"La dice frases muy sentimentales; él llora y ella también; beben y regañan cuando han bebido. Choulette la quiere mucho, la llama su ángel de pureza, su cruz y su salvación. Estaba descalza, la compró lana y agujas para que se hiciese medias, y él mismo claveteaba los zapatos de la infeliz con tachuelas enormes. La enseña poesías fáciles de comprender. Teme alterar su belleza moral si la sustrae a la vergüenza en que vive con una sencillez absoluta y un desprendimiento admirable."

Le Ménil encogióse de hombros.

-Choulette está loco. ¡Vaya historias delicadas que te cuenta Pablo Vence. No soy melindroso, pero hay ciertas inmoralidades que me repugnan.

Andaba sin dirección fija. Teresa quedóse cavilosa.

-¡La moral! Sí. ¡El deber!... Pero es muy difícil descubrir el verdadero deber. Te aseguro que las tres cuartas partes del tiempo ignoro en qué puede consistir el deber. Es como el erizo de Joinville; pasábamos toda la velada buscándolo debajo de los muebles. y cuando lo habíamos encontrado. . . nos acostábamos.

A juicio de Le Ménil, había mucho de verdad en lo que ella decía, acaso más de lo que ella misma pensaba, y a solas entreteníase reflexionándolo.

-Lamento mucho no haberme quedado en el regimiento. Ya imagino lo que vas a decirme: que la vida militar embrutece. Sin duda, pero se sabe siempre a punto fijo lo que debemos hacer, y esto es lo principal en la vida. Mi tío, el general Le Briche, vive colmado de honores, muy agradable y tranquilamente. Lo malo es que ahora, como sirven todos los hombres a la patria en los cuarteles, apenas se distinguen los oficiales de los soldados. Aquello parece un tren barato en que todos van embutidos, apretujados y sin distinción alguna. Mi tío La Briche conocía personalmente a todos los oficiales y soldados de su brigada. En el comedor tiene un cuadro con sus nombres, y, de cuando en cuando, para distraerse, los lee. Ahora, ¿cómo es posible que un oficial conozca jamás a todos sus soldados?

Teresa ya no lo oía, y contemplaba en la esquina de la calle de Galande a una vendedora de patatas fritas que, guarnecida en una especie de cajón acristalado, con el rostro enrojecido por el fuego de la hornilla, entre sombras densas hundía la paleta en el frito crepitante y sacaba las rajitas doradas, con las cuales iba llenando un cucurucho de papel, mientras que una mozuela rubia la miraba fijamente y le ponía una moneda de diez céntimos en la mano enrojecida.

Cuando la mozuela se hubo ido con su cucurucho. Teresa reflexionó que también ella tenía hambre, y expresó su deseo de probar aquellas patatas fritas.

El se opuso:

-No sabemos con qué grasa las fríen.

Pero fue preciso que se acercase a la vendedora y le pidiera un cucurucho de diez céntimos, advirtiéndole que las echara un poco de sal.

Mientras ella, con el velillo alzado sobre la nariz, saboreaba las patatas doradas, Le Ménil la conducía por las calles solitarias y oscuras. Así llegaron de nuevo al muelle y vieron la masa negra de la catedral elevándose al otro lado del brazo estrecho del río. La luna, suspendida sobre la cresta festoneada de la nave, plateaba las vertientes del tejado.

-Nuestra Señora -dijo Teresa- es maciza como un elefante y esbelta como un insecto. La luna, que trepa sobre sus muros y la mira con malicia de mono, se parece a la luna campestre

de Joinville. En Joinville yo tengo un camino llano con la luna en el final. No está allí todas las noches, pero vuelve fiel y periódicamente, llena, roja, confiada como una vecina, una señora de las cercanías. Allí corro hacia ella por acatamiento y por cariño. Esta luna de París, tan pálida, no me atrae como la otra, no inspira intimidad. ¡Lo que habrá visto en tanto tiempo que se pasea por los tejados!

El sonrió, con una sonrisa amable:

-Tu camino, donde paseabas tú sola, y que te atraía por tener el cielo al final, no muy alto, no muy distante, lo imagino como si lo tuviera presente.

Fue en el castillo de Joinville, invitado por Montessuy a una cacería, donde la vio por vez primera y se apasionó de pronto. Allí, una tarde, en el lindero del bosquecillo, le declaró su amor. Ella le había escuchado muda y silenciosa, con la boca contraída dolorosamente y los ojos vagos.

El recuerdo de aquel caminito por el cual Teresa paseaba sola en las noche de otoño, le conmovió, le turbó, revivió en su alma las horas felices de los primeros deseos y de las temerosas esperanzas. Metió la mano en el manguito y la oprimió efusivamente la fina muñeca.

Una niña que llevaba violetas sobre un zarcillo hecho con ramas de pino verdes, al ver aquella pareja de enamorados acercóse a ofrecerles flores. El cogió un ramito y se lo dio a Teresa.

Iban ya cerca de la catedral cuando ella dijo:

-Es una bestia enorme, una bestia del Apocalipsis.

Al otro extremo del puente había una florista vieja y fea que los perseguía con su cestillo rebosante de mimosas y rosas de Niza.

Entonces Teresa, que tenía el ramito de violetas en la mano y trataba de prendérselos en el pecho, respondió alegremente a la vieja:

-Gracias, ya tengo lo que necesito.

-¡Como es usted joven! -dijo la vieja con socarronería, y se alejó.

Teresa reflexionó, sonriente, aquella frase intencionada, mientras cruzaron a la sombra del atrio ante las estatuas de piedra que, alineadas en sus hornacinas, lucen sus cetros y sus coronas.

-Entremos -dijo Teresa.

El quiso evitarlo. Sentía cierta confusión, casi miedo, a entrar en una iglesia de aquel modo, por lo cual dijo que la mampara estaba cerrada, pero Teresa la empujó y se deslizó en la nave inmensa, donde las columnas, como árboles petrificados, alzábanse hacia las alturas tenebrosas. Corrían por el fondo unas llamas de cirios entre sombras de sacerdotes, los últimos gemidos del órgano expiraban.

Ella se estremeció en el silencio, y dijo:

-De noche, la tristeza de las iglesias me conmueve. Siento la inmensidad de la nada.

El contestó:

-Debemos creer en algo. Si no hubiera Dios y el alma no fuese inmortal, sería muy triste nuestra vida.

Ella se quedó meditando, envuelta en las sombras que descendían de las bóvedas; luego añadió:

-¡Pobre amigo mío! No sabemos cómo emplear esta vida tan corta,

y deseas aún otra que no se acabe nunca...

Una vez en el coche, él dijo alegremente que había pasado una buena tarde y la besó, satisfecho de ella y de sí mismo, pero Teresa no estaba tan alegre. Esto sucedía muy a menudo. Los últimos instantes que pasaban juntos se enturbiaban para ella con el presentimiento de no acertar a decir lo que quisiera decir. El solía separarse bruscamente como si no le interesaran sus entrevistas, y ella sentía en cada separación el efecto doloroso de una ruptura. Previéndolo, se mostraba fácilmente irritable.

Bajo los árboles del paseo de la Reina su amante la cogió una mano y se la besó

repetidas veces.

-¿Verdad Teresa -la dijo-, que no es común quererse como nos queremos?

-No sé si es extraño, pero me parece que me quieres.

-¿Y tú?

-Yo también te quiero.

-¿Me querrás siempre?

-Y eso ¿quién lo sabe?

Al ver el mal efecto de sus palabras, continuó:

-¿Disfrutarías de mayor tranquilidad con una mujer que te jurase no amar a nadie más que a ti en su vida?

Al verlo inquieto y preocupado, trató de calmarle bondadosamente:

-Ya lo sabes. No soy una engañadora como la princesa Seniavina.

Casi al final del paseo de la Reina se dijeron adiós bajo los árboles. El se hizo llevar en el mismo coche a la calle Real. Comía en el Casino, y después iba al teatro; sólo disponía del tiempo justo.

Teresa iba de regreso a su casa, y a pie. Ante la colina del Trocadero, cuyas luces parecían una diadema de brillantes, recordó a la ramilletera del puentecillo, y aquella frase arrojada a su paso. "¡Como es usted joven!" resurgió en su memoria, no insolente y malévola, sino inquietante y triste: "¡Como es usted joven!" Sí; era joven, adorada, y, sin embargo, se aburría.

III

En el centro de la mesa, la canastilla sostenía un ramo de flores en su óvalo de bronce dorado, donde las águilas volaban entre las abejas y estrellas bajo las sólidas asas formadas por cuernos de abundancia. A uno y otro lado, Victorias aladas sostenían los brazos encendidos de los candelabros. Aquel juego, estilo Imperio, se lo había regalado Napoleón en el año de 1812 al conde Martín de l'Aisne, abuelo del actual conde Martín Belleme. Martín de l'Aisne, diputado del Cuerpo legislativo en 1890, fue nombrado al siguiente año miembro de la Comisión de Hacienda, y sus trabajos asiduos y secretos armonizaban con su carácter laborioso y tímido.

Aunque liberal de origen y de tendencias, agradó al emperador por su aplicación y probidad, que no le permitían ser nunca importuno. Durante dos años viose favorecido con insistencia. En 1813 formó parte de la mayoría moderada que aprobó el informe en el cual el señor Lainé daba al Imperio oscilante lecciones tardías, con censuras parejas contra el poderío y la desgracia. El 1 de enero de 1814 acompañó a sus colegas a las Tullerías. El emperador le hizo un recibimiento desastroso. Irritado y sombrío, en el horror de su fuerza presente y de su caída próxima, lanzó sobre los visitantes consternados toda su ira y todo su desprecio.

Paseaba su cólera entre aquellas gentes; de pronto cogió por el cuello al conde Martín, y sacudiéndolo con violencia le preguntó:

-¿Crees que un trono se reduce a cuatro pedazos de madera cubiertos de terciopelo? Un trono es un hombre, y ese hombre soy yo. ¡Habéis querido arrojarme en el fango! ¿Es ocasión de amonestarme cuando doscientos mil cosacos atraviesan nuestras fronteras? Vuestro Lainé es un infame. La ropa sucia se lava en casa.

Y mientras aumentaba su furor retorcía entre sus manos crispadas el cuello bordado del diputado de l'Aisne.

-El pueblo me conoce, y, en cambio, nada sabe de ti. Yo soy elegido por toda la nación y vosotros sois los delegados oscuros de un departamento.

Les predijo la suerte de los girondinos. Al ruido de sus espuelas acompañaban los rugidos de su voz.

El conde Martín se quedó estupefacto y tembloroso para todo el resto de su vida, y aún temblaba, agazapado en su casa de Laón, cuando acogió a los Borbones después de la caída del emperador.

En vano las dos restauraciones, el Gobierno de Julio y el segundo Imperio, cubrieron de cruces y de cordones su pecho siempre oprimido. Elevado a las más altas funciones, cargado de honores por tres reyes y un emperador, sintió siempre sobre su hombro la mano del corso. Al morir era un senador de Napoleón III, y dejó un hijo, víctima del temblor hereditario.

Este casó con la señorita Belleme, hija del primer presidente del Tribunal de Bourgues, con la cual compartió las glorias políticas de una familia que dio tres ministros a la monarquía moderada.

Los Belleme, hombres de toga en tiempo de Luis XV, realzaron los orígenes jacobinos de Martín. El segundo conde Martín formó parte de todas las Asambleas hasta su muerte, acaecida en 1881. Carlos Martín Belleme, su hijo, alcanzó sin dificultad un puesto en la Cámara, y habiéndose casado con la señorita de Montessuy, inmensamente rica, cuyo dote afianzó su porvenir político, señalóse discretamente entre la media docena de burgueses titulados y enriquecidos, que, resellados en la democracia y en la República, fueron admitidos sin disgusto por los republicanos de abolengo, a los cuales enorgullecía la aristocracia de los nombres y tranquilizaba la mediocridad de las inteligencias.

En el comedor, sobre cuyas puertas se entreveía confusa, entre las sombras, la piel atigrada de los perros de Oudry, ante la canastilla sembrada de estrellas y de abejas de oro, entre las dos Victorias que sostenían los candelabros, el conde Martín Belleme hacía los honores de su mesa con una amabilidad un poco taciturna, nuevamente designado en el Elíseo para representar, cerca de una famosa Corte del Norte, a la Francia aislada y retraída. Dirigía de cuando en cuando frases incoloras: a su derecha, a la señora de Garain, el antiguo ex ministro de Estado; a su izquierda, a la princesa Seniavina, que se aburría estrepitosamente cargada de brillantes. Frente a él, del otro lado de la canastilla, la condesa Martín entre el general Lariviére y Schmoll, de la Academia de Arqueología, acariciaba su escote delicioso con las oleadas de aire de su abanico.

En el resto de la mesa estaban colocados el señor Montessuy, robusto, con los ojos azules y la tez colorada; una prima, la señora de Belleme de Saint-Nom, azorada por no saber dónde colocar sus descarnados brazos; el pintor Daniel Salomón, Pablo Vence, el diputado Garain, Belleme de Saint-Nom, un senador desconocido, y Dechartre, que comía por primera vez en aquella casa. La conversación, al principio desgranada y fría, tomó cuerpo y se convirtió en un murmullo animado, sobre el cual se alzaba claramente la voz de Garain:

-Toda idea falsa es peligrosa. Se cree que los visionarios no hacen daño, y es un error; hacen mucho daño. Las utopías más inofensivas, en apariencia, ejercen una acción perjudicial; poco a poco nos conducen al desprecio de la realidad.

-Tal vez ocurra esto -adujo Pablo Vence-, porque la realidad no es grata.

El ex ministro de Estado dijo que le gustaba todo lo que tendía siempre al mejoramiento dentro de lo posible. Y sin recordar que había solicitado la supresión de los ejércitos permanentes durante el Imperio, y en 1880 la separación de la Iglesia y el Estado, declaró que, fiel a sus propósitos, continuaba siendo un servidor de la democracia. Su divisa era: "Orden y Progreso", y creía sinceramente haberla fijado.

Montessuy dijo con ruda sencillez:

-Vaya, señor Garain, sea usted franco y reconozca que no hay ninguna reforma posible; a lo sumo se podría cambiar el color de los sellos. Buenas o malas, las cosas son lo que deben ser. Sí -añadió-, las cosas son lo que deben ser, pero varían sin cesar. Desde el año mil ochocientos setenta, la situación industrial y económica del país ha atravesado cinco revoluciones que los estadistas no habían previsto y que no entienden aún. En la sociedad, como en la Naturaleza, las transformaciones se operan por dentro.

En cuestiones de Gobierno se limitaba siempre a miras cortas y definidas. Muy arraigado al presente y poco atento a lo por venir, los socialistas no le intranquilizaban. Sin

preocuparse de que el sol y el capital pudieran extinguirse un día, gozaba de ambas cosas. Según él, era preciso entregarse a los acontecimientos. Solamente los imbéciles se resisten a la corriente, y los locos son los únicos que se anticipan.

Pero el conde Martín, triste por naturaleza, tenía presentimientos taciturnos y anunciaba catástrofes en términos vagos. Sus frases tenebrosas, a través de la canastilla, lograron conmover al señor Schmoll, quien empezó a gemir y a profetizar. Dijo que los pueblos cristianos eran incapaces, solos y por sí, de librarse completamente de la barbarie, y que sin los judíos y los árabes Europa estaría hoy aún, como en tiempo de las Cruzadas, sumida en la ignorancia, en la crueldad y en la miseria.

-La Edad Media -dijo- sólo termina en los Manuales de Historia que se dan a los colegiales para falsear su espíritu. En realidad, los bárbaros continúan siendo los bárbaros: son los mismos. Israel tiene por primordial misión instruir a las naciones. Israel fue quien trajo a Europa, allá en la Edad Media, la sabiduría del Asia. El socialismo aterra: es un mal cristiano como el monarquismo. ¿Y la anarquía? ¿No ve usted en ella la lepra antigua de los albigenses? Los judíos que instruyeron y educaron a Europa son los únicos que pueden salvarla hoy del mal evangélico que la corroe. Pero han faltado a su deber, se han hecho cristianos entre los cristianos, y Dios los castiga permitiendo que se los destierre y se los despoje. El antisemitismo hace en todas partes grandes progresos. Rusia expulsa a mis correligionarios como si fuesen animales dañinos. En Francia los judíos no pueden obtener un empleo civil o militar. Se les niega la entrada en los círculos aristocráticos. Mi sobrino, el joven Isaac Coblentz, tuvo que renunciar á su carrera diplomática después de haber hecho brillantes exámenes de admisión.

"Las mujeres de muchos de mis colegas, cuando la señora de Schmoll las visita, extienden ante sus ojos, con afectación, los periódicos antisemíticos. ¿Y querrá usted creer que hasta me ha negado el ministro de Instrucción Pública una condecoración que le pedí? ¡Qué absurdo! El antisemitismo es para que usted lo entienda bien, la muerte de la civilización europea."

Aquel hombrecillo tenía un don que sobrepujaba todo el arte del mundo. Grotesco y terrible. Consternaba la mesa con su sinceridad. La señora Martín, que se divertía oyéndole, se dignó contestarle:

-A lo menos usted defiende a sus correligionarios. Señor Schmoll, usted no es como una hermosísima señora judía que yo conozco. Un diario dijo que se reunía en su casa lo más selecto de la sociedad israelita, y ella se apresuró a manifestar en todas partes que semejante noticia era un insulto.

-Seguramente desconoce usted, señora, hasta qué punto la moral judía es hermosa y superior a las otras morales. ¿Ha oído usted referir alguna vez la parábola de los Tres Anillos?

Esta pregunta se perdió entre el rumor de los diálogos, en que se mezclaban la política extranjera, las Exposiciones de pintura, los escándalos elegantes y los discursos académicos. Hablóse de la novela nueva y del próximo estreno: era la de una comedia en la que Napoleón figuraba como personaje episódico.

La conversación se redujo a este hombre tantas veces llevado al teatro y nuevamente estudiado en libros muy leídos, personaje a la moda, no ya héroe popular o semidiós con espuelas, como en los días en que Norvins y Béranger, Charlet y Raffet componían su patriótica leyenda, sino tipo curioso, interesante fisonomía en su intimidad viviente, figura cuyo estilo gustaba a los artistas y cuya movilidad atraía a los bobos.

Garain, que había cimentado su fortuna política en el odio al Imperio, juzgaba sinceramente que aquel retroceso del gusto nacional era solo una manía absurda. No descubría en ello ningún peligro ni le producía ningún espanto, pues no habló nadie prohibir las representaciones, ni de recoger los libros, ni de encarcelar a los autores, ni de reprimir nada. Tranquilo y severo, sólo veía en Napoleón el condotiero de Taine, el que dio a Volney un puntapié en el vientre.

Cada cual quiso definir al verdadero Napoleón.

El conde Martín, frente a la canastilla imperial y a las Victorias aladas de los candelabros, habló con mucho comedimiento de Napoleón organizador y administrador y le puso muy alto como presidente del Consejo de Estado, donde su palabra resplandecía iluminando los puntos oscuros.

Garain afirmó que en aquellas sesiones tan famosas, con pretexto de tomar un polvo de rapé. Napoleón pedía a los consejeros sus tabaqueras de oro adornadas con miniaturas y diamantes y no las devolvía nunca, por lo cual decidieron todos llevar al Consejo rapé en cajitas de madera. Garain agregaba que había oído referir este caso al propio hijo de Monnier.

Montessuy apreciaba en Napoleón el espíritu de orden.

-Le gustaban -dijo- las cosas bien hechas. Es un gusto poco general.

El pintor Duvicquet, que tenía ideas de pintor, estaba cohibido. No encontraba en la mascarilla fúnebre, traída de Santa Elena, los caracteres de aquel rostro bello y avasallador inmortalizado en bustos y en medallas. Era fácil convencerse de esto porque ya muchos bronces, moldeados conforme a la mascarilla y encontrados en los desvanes, se veían en los escaparates de todos los cambalacheros entre águilas y esfinges de madera dorada. Según él, supuesto que el verdadero rostro de Napoleón no era napoleónico, la verdadera alma de Napoleón bien pudiera no ser tampoco napoleónica. Quizá sería la de un pacífico burgués. No faltaba quien lo asegurase, y él se inclinaba a creerlo. Por lo demás, Duvicquet, que se jactaba de haber hecho los retratos del siglo, sabía que los hombres célebres no se parecen a la idea que de ellos concebimos.

Daniel Salomón observó que la mascarilla de que hablaba Duvicquet, el molde tomado sobre el rostro inanimado del emperador y traído a Europa por el doctor Antommarchi, fue por primera vez vaciada en bronce y repartida por suscripción en tiempo de Luis Felipe (1883) y que entonces inspiró sorpresa y desconfianza. Creyeron muchos que aquel italiano -boticario de comedia, hablador y hambriento- habíase burlado de la gente. Los discípulos del doctor Gall, cuyo sistema estaba entonces en boga, juzgaron la mascarilla sospechosa. No encontraban las protuberancias del genio, y la frente, examinada según las teorías del maestro, nada notable ofrecía en su configuración.. .

-Resulta -dijo la princesa Seniavina- que Napoleón sólo es notable por haber dado un puntapié en el vientre de Volney y haber hurtado tabaqueras adornadas con diamantes. El señor Garain nos lo acaba de decir.

-Y no está comprobado -repuso la señora Martín- que diera el puntapié.

-¡Cómo se sabe todo con el tiempo! -continuó alegremente la princesa-. Napoleón no hizo nada, ni siquiera dio el puntapié a Volney. Por añadidura, tenía la cabeza de un estúpido.

El general Lariviére comprendió que debía opinar a su vez, y lanzó esta frase:

-¡Napoleón! Su campaña de mil ochocientos trece representa muchos aspectos discutibles.

El general se proponía ser grato a Garain; esta era en aquel instante su idea única, su idea total; sin embargo, llegó, después de algún esfuerzo, a formular este juicio de conjunto:

-Napoleón, ha cometido errores que, en su situación, no debía cometer.

Su esfuerzo mental dejóle muy sofocado.

La señora Martín preguntó:

-Y usted, señor Vence, ¿qué piensa de Napoleón?

-Señora, me agradan poco los espadones, y los conquistadores me parecen sencillamente locos peligrosos. A pesar de todo, la figura del emperador me interesa como interesa al público. A mi juicio, tiene carácter y vida. No hay poema ni novela de aventuras que valga el *Memorial,* a pesar de estar escrito de un modo ridículo. Lo que yo pienso de Napoleón, y lo digo solamente porque usted me lo pregunta, es que, nacido para la gloria, la consigue con la sencillez brillante de un héroe de epopeya. Un héroe debe ser humano. Napoleón no fue humano.

-¡Ah, oh! -exclamaron.

Pablo Vence prosiguió:

-Era violento, ligero, y, por lo mismo, profundamente humano, es decir, semejante a todo el mundo. Quiso, con fuerza singular, todo lo que la mayoría de los hombres estiman y desean. Compartió las ilusiones que imponía a los pueblos. Esta fue su fuerza y su debilidad; esta fue su belleza. Creía en la gloria. Pensaba acerca de la vida y el mundo casi lo mismo que uno de sus granaderos. Guardó siempre la gravedad infantil que se goza en los juegos de sables y tambores, y una especie de inocencia característica de los buenos militares. Estimaba sinceramente la fuerza. Fue el hombre de los hombres, la carne de la carne humana. No tuvo un pensamiento que no se transformara en acción, y todas sus acciones fueron gigantescas y comunes. La grandeza vulgar es la que crea los héroes, y Napoleón es el héroe perfecto. Su cerebro no se remontó más de donde alcanzaba su mano. Aquella mano pequeña y fina que barrió el mundo, ni por un momento se preocupó de lo que no podía alcanzar.

-En ese caso -dijo Garain-, según usted no es un genio intelectual. Soy de la misma opinión.

-Seguramente -repuso Vence-, Napoleón tenía el genio necesario para evolucionar con brillantez en el circo civil y militar del mundo, pero carecía del genio especulativo. Esto ya es otro cantar. Poseemos la recopilación de sus escritos y de sus palabras. El estilo tiene movimiento e imágenes, y en aquel amasijo de pensamientos no se encuentra una curiosidad filosófica ni un afán de lo incognoscible, ninguna inquietud acerca del misterio que envuelve el destino. En Santa Elena, cuando habla de Dios y del alma parece un buen colegial de catorce años. Lanzado al mundo, siéntese como hechura del mundo, y nada de su alma fue a perderse en el infinito. Poeta, sólo conoció la poesía en acción. Limitó a la tierra sus ensueños poderosos de vida. En su puerilidad terrible y conmovedora, creyó que un hombre puede ser grande, y esta niñería no le abandonó ni con el tiempo ni con la desgracia. Su juventud, o, mejor dicho, su adolescencia sublime, duró tanto como él, porque los días de su existencia no se habían sumado unos a otros para formar una madurez consciente. Es el estado prodigioso de los hombres de acción: pertenecen por completo a la hora en que viven y su genio se reconcentra en cada momento. Se renuevan sin cesar y no se prolongan. Sus horas no están ligadas entre sí por una cadena de meditaciones graves y desinteresadas. No prosiguen una vida, se suceden en una serie de actos. Por esto carecen de vida interior. Este defecto es particularmente sensible en Napoleón, que nunca vivió dentro de sí mismo. De ahí la ligereza de carácter que le hizo soportar fácilmente el peso enorme de sus desdichas y de sus errores. Su alma, siempre nueva, renacía todas las mañanas. Como nadie, supo disfrutar alegremente de todo. El primer día que vio alzarse el sol sobre su roca fúnebre de Santa Elena saltó de su cima silbando una canción popular. Sentía la paz de un alma superior al infortunio y, sobre todo, la ligereza de un espíritu pronto a renacer. Vivía de lo externo.

Garaín, que gustaba poco de los giros de ingenio y de lenguaje, quiso apresurar la conclusión.

-En una palabra -dijo-: aquel hombre tenía algo de monstruo.

-Los monstruos no existen -replicó Pablo Vence-, y los hombres que pasan por monstruos inspiran horror. Napoleón fue amado por un pueblo. Su fuerza consistió en levantar a su paso el amor de los hombres. El mayor goce de sus soldados era morir por él.

La condesa Martín hubiera querido que Dechartre diera también su opinión. Pero él se resistió con una especie de espanto.

-¿Conoce usted -dijo Schmoll la parábola de los Tres Anillos, inspiración sublime de un judío portugués?

Garain, al felicitar a Pablo Vence por su brillante paradoja, se dolía de que ejercitar de aquel modo su ingenio a expensas de la Moral y la Justicia.

-Hay un principio -dijo-, y es que los hombres deben ser juzgados por sus acciones.

-¿Y las mujeres? -preguntó bruscamente la princesa Seniavina-. ¿Las juzga usted por sus acciones? ... ¿Y cómo sabe usted lo que hacen?

El ruido de las voces se mezclaba con el tintineo vibrante del servicio de plata. Un ambiente cálido invadía el comedor. Las rosas se deshojaban sobre el mantel y las ideas se

producían con más ardor en los cerebros.

El general Lariviére deliraba.

-Cuando me dejen sordo con sus voces -dijo a su vecina-, me retiraré a Tours para cultivar un jardín.

Y se vanaglorió de ser excelente jardinero. Habían dado su nombre a una rosa, y esto le envanecía.

Schmoll insistió en dar a conocer la parábola de los Tres Anillos.

Entre tanto, la princesa provocaba al diputado .

-¿Ignora usted, señor Garain, que se hacen las mismas cosas por motivos distintos?

Montessuy le dio la razón.

-Es mucha verdad, como usted dice, señora, que las acciones no prueban nada. Este pensamiento sorprende en un episodio de la vida de Don Juan, que no ha sido interpretado por Moliére ni por Mozart, y que se reveló en una leyenda inglesa, cuyo conocimiento debo a mi amigo James Lovell, de Londres. Allí se averigua que la fortuna del seductor viose defraudada por la indiferencia de tres mujeres: una burguesa enamorada de su marido, una monja satisfecha de sus votos, y la tercera, que después de arrastrar por mucho tiempo una vida de libertinaje, ya algo marchita, se hallaba de sirvienta en un burdel, donde con todo lo que veía, añadido a lo que recordaba, el amor no pudo inspirarle ninguna curiosidad. Las tres siguieron la misma conducta por razones muy diferentes. Una acción no prueba nada. El conjunto de las acciones, su pesadumbre, es lo que da valor a un ser humano.

-Algunos de nuestros actos -dijo la señora Martín- tienen nuestra expresión, nuestra fisonomía, son hijos nuestros. Otros no se nos parecen en nada.

Levantóse y se apoyó en el brazo del general.

Mientras iba al salón, apoyada en el brazo de Garain, la princesa dijo:

-Tiene razón Teresa... Hay actos nuestros que no se nos parecen en nada, son hijos espurios que concebimos en sueños.

Las ninfas de los tapices sonreían vanamente, en su ajada lozanía, a los invitados que ni siquiera las miraban.

La señora Martín -mientras servía el café auxiliada por su prima la señora de Belleme de Saint-Nom -dio a Pablo Vence la enhorabuena por lo que había dicho antes.

-Ha hablado usted de Napoleón con una franqueza intelectual poco frecuente en las conversaciones que oigo. Había observado que los niños rollizos, cuando se enfadan, tienen la fisonomía de Napoleón en Waterloo, y usted, con sus palabras, me ha hecho sentir las razones profundas de la semejanza.

Luego, volviéndose hacia Dechartre:

-Y usted, ¿es partidario de Napoleón?

-Señora, no me satisface la Revolución, y Napoleón es la Revolución con espuelas.

— ¿Por qué, señor Dechartre, no lo dijo usted durante la comida? Lo adivino: es que su ingenio sólo gusta de la intimidad.

El conde Martín Belleme fuese con los caballeros al salón de fumar. Sólo Pablo Vence se quedó con las señoras. La princesa Seniavina le preguntó si había terminado su nueva novela y qué se propuso conseguir al escribirla.

Era un estudio en el cual pretendía llegar a la realidad, por una serie lógica de verosimilitudes que, encadenadas unas a otras, conducen a la evidencia.

-Debido a esto, la novela adquiere una expresión moral que en su farragosa frivolidad no tuvo nunca la historia.

Quiso ella saber si era un libro para las mujeres, y él afirmó que no.

-Hace usted mal, señor Vence, en no escribir para las mujeres. Es cuanto un hombre superior puede hacer por nosotras.

Y como él insistiera, deseoso de que le razonara su opinión:

-Pienso así -dijo ella-, porque veo a todas las mujeres inteligentes enamorarse de imbéciles.

-Que las aburren.

-¡Sin duda! Pero los hombres superiores las aburrirían más aún, porque tienen más recursos para lograrlo. Diga el asunto de su novela.

-¿Tiene usted mucho interés en conocerlo?

-¡Vaya!

-Pues bien, helo aquí: Es un estudio de costumbres populares, la historia de un joven obrero sobrio y casto, hermoso como una mujer y con un alma de virgen: un alma hermética. Es cincelador y trabaja primorosamente. De noche, cerca de su madre, a la que adora, estudia. Los libros lo atraen. En su inteligencia sencilla, las ideas se incrustan como las balas en una pared de yeso. No tiene las necesidades, los entusiasmos ni los vicios que nos arraigan a la vida. Es solitario y puro. Siente la soberbia de sus virtudes profundas. Vive entre míseros ignorantes. Ve sufrimientos en torno suyo. Siente abnegación, sin ser piadoso. Desconoce la caridad fría que llamamos altruismo .No es humano, porque no es sensual.

-¿Hay que ser sensual para ser humano?

-Ciertamente, señora. La piedad está en las entrañas, como las ternuras a flor de piel. Mi héroe no es bastante inteligente para dudar. Es crédulo. Cree lo que ha leído, y ha leído que para establecer la dicha universal bastaría destruir la sociedad. La sed del martirio le devora. Una mañana, después de besar a su madre, sale y va en busca del diputado socialista de su distrito: lo ve acercarse, le aguarda, le acogota y le hunde un buril en el vientre, al tiempo que vocifera: "¡Viva la anarquía!" Lo detienen, le miden, le retratan, le interrogan, le juzgan, le condenan a muerte y lo guillotinan. He aquí mi novela.

-No será muy divertida -dijo la princesa-, pero no por culpa de usted. Sus anarquistas son tan tímidos y moderados como los demás franceses. Los rusos, cuando se lo proponen, tienen más audacia y más fantasía.

La condesa Martín se acercó para preguntar a Pablo Vence si conocía a un caballero tan insignificante que no decía nada y paseaba en torno sus miradas de perro extraviado. Le había invitado su marido. Ella no sabía de él ni siquiera cómo se llamaba.

Pablo Vence pudo decir solamente que era un senador. Lo había visto una vez, por casualidad, en el Luxemburgo, en la galería que sirve de biblioteca.

-Yo acababa de examinar la cúpula donde Delacroix ha pintado en un bosque de mirtos azulados los héroes y los filósofos de la antigüedad, y se me apareció con ese mismo aspecto insignificante y lastimoso. Se calentaba, olía a ropa húmeda, charlaba con sus viejos colegas y decía frotándose las manos: "Para mí, la prueba de que la República es el mejor de los gobiernos se realizó en mil ochocientos setenta y uno, cuando fusiló en una semana sesenta mil insurrectos sin hacerse impopular. Después de una represión semejante, otro régimen cualquiera resultaría imposible."

-Sólo un malvado puede hablar así -dijo la señora Martín-. ¡Y yo le compadecía al verle tan tímido!

La señora Garain dormitaba con la barbilla blandamente apoyada sobre el pecho, y en la paz de su alma casera soñaba con su huerto situado en la costa de Loira, donde iban a saludarla los orfeones.

José Schmoll y el general Lariviére salieron del salón de fumar con los ojos alegres todavía, como si los animaran los conceptos cínicos y libidinosos de su conversación. El general sentóse entre la princesa Seniavina y la señora Martín.

-Esta mañana he encontrado a la baronesa Warbourg montada en un soberbio caballo. Me ha dicho: `"General, ¿cómo se arregla usted para tener siempre tan hermosos caballos?", y he contestado: "Señora, para tener caballos hermosos hay que ser muy rico o muy bribón."

Estaba tan satisfecho de semejante respuesta que la repitió dos veces, guiñando un ojo.

Pablo Vence se aproximó a la condesa Martín.

-Ya sé el nombre del senador: se llama Loyer, es vicepresidente de un grupo y autor de un libro de propaganda titulado *El crimen del dos de diciembre.*

El general prosiguió:

-Hacía un tiempo de perros y me cobijé bajo el cobertizo. Allí estaba Le Ménil. Yo iba malhumorado y Le Ménil se burlaba disimuladamente de que aquello me inquietase, lo comprendí en seguida. Supone que por el hecho de ser general deben deleitarme los, chaparrones, el viento, el granizo y el agua de nieve. ¡Un absurdo! Me dijo que un tiempo borrascoso no le desagradaba, y que en la próxima semana iba con sus amigos a una cacería de zorros.

Hubo una pausa. El general prosiguió:

-Le deseo que se divierta, pero no se lo envidio. La caza del zorro no es agradable.

-Pero es útil -dijo Montessuy. El general encogióse de hombros: El zorro solamente constituye un peligro en los gallineros durante la primavera, cuando tiene que buscar alimento para sus crías.

-El zorro -replicó Montessuy-prefiere el coto al corral. Es un terrible cazador furtivo que hace menos daño a los cortijeros que a los cazadores. Lo sé por experiencia.

Teresa reflexionó entonces: "Ni siquiera me avisa cuando sale de caza...", y con esto se distrajo de lo que le decía la princesa.

-¿En qué piensa usted, amiga mía?

-En nada interesante.

IV

En la reducida estancia, oscura, silenciosa, ahogada por los cortinajes, las cortinas, los almohadones, las pieles de coto y los tapices de Oriente, al fulgor del fuego reanimado lucían las espadas sobre la cretona de las paredes, entre los cartonés, de tiro y los oropeles marchitos de los cotillones de tres inviernos. Sobre un arquilla de palo rosa había una copa de plata, premio otorgado por alguna Sociedad recreativa. En el velador, cubierto de azulejos resplandecientes, un jarrón de cristal con armazón de cobre dorado sostenía un ramo de lilas blancas, y salían de todas partes resplandores que palpitaban en la cálida sombra. Teresa y Roberto, cuyos ojos estaban acostumbrados a la oscuridad, se movían con desahogo entre los objetos familiares. El encendió un cigarrillo mientras ella se recogía el pelo, en pie, de espaldas a la lumbre, ante el espejo donde apenas se miraba. Teresa no quería quinqué ni bujía. Tomaba las horquillas en la copita de cristal de Bohemia colocada sobre la mesa y a su alcance, al cabo de tres años como el primer día. El la miraba pasarse velozmente los dedos luminosos sobre la cascada de oro de su cabellera, y bronceado por la sombra tomaba una expresión de misterio casi intranquilizadora. Teresa no hablaba.

El preguntó:

-¿Supongo que no tienes ninguna contrariedad?

Y como le obligase a responder algo:

-¡Qué quieres que te diga! Sólo puedo repetirte lo que te dije al venir. Encuentro raro que yo esté informada de tus proyectos por el general Lariviére.

Teresa mostrábase quejosa y había permanecido junto a él reservada e indiferente, sin el abandono que de ordinario la hizo tan atractiva, pero él afectó creer que se trataba de un enfado pasajero.

-Hermosa mía, ya te di explicaciones. Te dije y te repito que cuando' encontré a Lariviére acababa de recibir una carta de Caumont, recordándome la promesa de ir a matar zorros en su bosque, y respondí a vuelta de correo. Pensaba decírtelo hoy mismo. Siento que el general Lariviére se me haya adelantado, pero realmente la cosa no tiene importancia.

Con los brazos alzados en torno de la cabeza, como dos asas, ella le dirigió una mirada tranquila, que él no supo comprender.

-Luego, ¿es cierto que te vas?

-La semana próxima, el martes o el miércoles. Estaré ausente diez días a lo sumo.

Ella se ponía su toca de nutria prendida con una rama de muérdago.

-¿No podrías retrasar ese viaje?

-¡Oh no! La piel de zorro no valdrá nada dentro de un mes. Además, Caumont ha invitado a otros buenos amigos, para quienes mi ausencia sería un disgusto.

Mientras afirmaba su toca en la cabeza con un largo alfiler, ella frunció el entrecejo.

-¿Es muy interesante esa cacería?

-Sí, muy interesante, porque los zorros tienen astucias múltiples y hay que sortearlas. La inteligencia de esos animales es muy digna de admiración. He observado de noche a unos zorros que cazaban conejos. ¡Habían organizado una verdadera batida, con sus ojeadores y todo! Té aseguro que no es fácil sacar a un zorro de su madriguera. Estas partidas de caza son muy alegres. Caumont tiene una excelente bodega, lo cual no me importa, pero suele ser bastante grata a la mayoría. ¿Creerás que uno de sus terratenientes fue a decirle que había aprendido de un brujo el secreto de retener al zorro pronunciando unas palabras mágicas? No será esa el arma que yo emplearé, y me comprometo a traerte media docena de hermosas pieles.

-¿Qué quieres que haga de las pieles?

-Una magnífica alfombrilla para tus pies.

-¡Ah! ... ¿Y cazarás durante ocho días?

-No, por cierto. Hallándome ya cerca de Semanville, iré un par de días a casa de mi tía Lannoix, que me aguarda. El año pasado en esta época se reunió allí un interesante grupo: sus dos hijas y sus tres sobrinas casadas. Las cinco son bonitas, alegres, encantadoras e irreprochables. Las encontraré, sin duda, al principio del mes próximo, reunidas para celebrar el santo de mi tía. Sólo me detendré dos días en Semanville.

-Amigo mío, quédate cuanto te plazca. Me desolaría que acortaras por mí una estancia tan agradable.

-Pero ¿y tú?

-Yo, amigo mío, me arreglaré como pueda.

El fuego se apagaba. La oscuridad era más densa entre los dos. Ella dijo, soñadora y como si entreviera algo indefinido:

-Nunca es prudente abandonar a una mujer enamorada.

El se acercó; buscaba sus ojos en la sombra y la oprimió una mano. -¿Me quieres?

-¡Oh! ¡Te aseguro que no quiero a otro!... Pero...

-¿Qué ibas a decir?

-Nada. Pienso. . . Pienso que estamos separados todo el verano, que en invierno vives la mitad del tiempo con tu familia, con tus amigos, y que para verse tan poco casi no ale la pena de verse.

El encendió las bujías. El rostro de Teresa apareció sereno y franco. Roberto la miró con una confianza que tenía mucho menos de la fatuidad común a todos los amantes que de cierta dignidad característica, para él imprescindible. Creía en la nobleza de su amada por un prejuicio de su exquisita' educación y de su elemental inteligencia.

-Teresa, yo te amo y tú me amas. Lo sé. ¿Por qué tratas de atormentarme? Tienes a veces sequedades, durezas verdaderamente dolorosas.

Ella sacudió bruscamente su cabecita.

-¡Qué quieres! Soy áspera y voluntariosa. Está en la sangre. Lo heredé de mi padre. Ya conoces Joinville. Has visto el castillo, los artesonados por Lebrún, las tapicerías hechas en Maincy por Fouquet. Has visto los jardines trazados con arreglo a los dibujos de Le Nótre, el parque, las cacerías que, a tu juicio, eran las mejores de Francia, pero no viste nunca el despacho de mi padre sin otros muebles que una mesa de madera de pino y una papelera de caoba. De allí sale todo, amigo mío. Sobre aquella mesa y ante aquella papelera, mi padre ha hecho números durante cuarenta años, primero en un modesto aposento de la plaza de la Bastilla; después, en el de la calle Maubeuge, donde yo nací. No éramos todavía ricos en aquel tiempo Yo he visto el saloncito de damasco rojo que compró mi padre al casarse y que

Librodot

mi madre amaba tanto. Soy la hija de un advenedizo, de un conquistador: lo mismo da. Nosotros somos gentes interesadas. Mi padre ha querido ganar dinero, poseer lo que se paga; es decir, poseerlo todo. Yo también quiero pagar y guardar... ¿qué? No lo sé... La dicha que poseo... y la que no poseo. Soy codiciosa a mi manera, codiciosa de ilusiones, de afanes... ¡Oh!, ya sé que todo ello no vale el sufrimiento que cuesta, pero es el sufrimiento lo estimable, porque mi sufrimiento soy yo, es mi vida. Gozo con violencia lo que amo y lo que pensé amar. No quiero perderlo. Como mi padre, exijo lo que se me debe, y también .. .

Bajó la voz:

-También soy sentimental, ya lo sabes. Sí, amigo mío, te aburro. ¡Qué quieres! No debiste acercarte a mí ni hacerme tuya.

Estas salidas de tono, a las que ya estaba acostumbrado, amenguaban sus goces, pero sufría con paciencia. Sensible a todo lo que ella hiciese, lo era apenas a lo que ella decía, porque no daba importancia a las palabras de una mujer. Su costumbre de hablar poco manteníale a mil leguas de imaginarse que las palabras son también acciones.

Aunque la amaba, o más bien porque la amaba intensa y confiadamente, creía deber oponerse a fantasías que le parecieron absurdas cuando no la contrariaba ella le permitía que la tratase como dueño y señor, pero él supuso que podría siempre tratarla de igual manera.

-Ya sabes, Teresa, que sólo deseo agradarte en todo. No te muestres caprichosa conmigo.

-¿Y por qué? Si soy tuya, no es por lógica ni por obligación; es por capricho.

El la miró, sorprendido y asombrado.

-La palabra te disgusta, ¿no es cierto? Digamos que ha sido por amor. Verdaderamente fue con espontaneidad y segura de que me amabas. Pero el amor ha de ser un goce, y si yo no satisfago lo que tú supones caprichos míos, y que son mis deseos, mi vida, el amor que siento por ti, nada me interesa y prefiero vivir sola. ¡Eres terrible! ¿Mis caprichos? ¿Por ventura hay en la vida más que caprichos? Tu cacería de zorros, ¿no es un capricho?

El respondió muy sinceramente:

-Si no lo hubiera prometido, te juro, Teresa, que renunciar por ti a ese goce sería mi encanto.

Ella sintió la sinceridad absoluta del amante. Conocía su delicadeza en el cumplimiento de los menores compromisos. Esclavo de su palabra, cumplía con minuciosa exactitud sus atenciones sociales como un deber de conciencia. Teresa comprendía que si se obstinaba en insistir lograría convencerle, pero ya no la interesaba su triunfo después de saborear con ansia el goce de su derrota, y dio a entender que tomaba en 'serio la excusa, aun cuando no dejaba de parecerle una simpleza.

-¡Oh! Si lo prometiste... Cedió la pérfida.

Extrañado al pronto Le Ménil, felicitóse luego de verla razonable y la agradeció que no insistiera.

Oprimióla entre sus brazos dulcemente, la besó en la nuca y en los ojos como recompensa, y tuvo empeño en consagrarse a ella casi en absoluto hasta que llegara la hora de partir.

-Aún podemos volver a vernos tres o cuatro veces antes que me vaya, y más aún si tú quieres. Te aguardaré ansioso en nuestra casa cuando tú me digas. ¿Mañana?

Ella se dio el gusto de contestarle que no podría verle ni al día siguiente, ni al otro, ni en los sucesivos. Con sencillez enumeró las causas que se lo impedirían. Al pronto parecieron causas triviales: visitas, la prueba de un vestido, una tómbola. Exposiciones, tapices que deseaba ver y acaso adquirir; pero al discutirlas, aquellas dificultades se agrandaron, se amontonaron: las visitas podían retrasarse, y no a una tómbola, sino a tres tenía que acudir; las Exposiciones iban a cerrarse, los tapices los enseñaban sólo aquel día . . . Imposible volver a verle hasta su regreso.

Como era propio de su carácter convencerse a sí mismo con razones de tal fuste, Le

Ménil no supo comprender que planteadas por Teresa debían extrañarle. Aprisionado entre aquella red sutil de obligaciones mundanas, resignóse, calló y se consideró infeliz.

Con su brazo izquierdo alzado sobre su cabeza apartó ella el cortinón y apoyó la mano derecha en el pestillo. Inclinóse hacia el amante para decirle algo, burlona y semitrágica:

-Roberto, diviértete mucho... Mis visitas, mis correrías, tus ausencias, todo es insignificante, pero la fatalidad se forma con estas pequeñeces. ¡Adiós!

Huyó. Roberto la hubiese acompañado, a no tener escrúpulo de exhibirse con ella cuando ella no le obligaba.

Ya en la calle. Teresa se sintió sola de pronto, sola en el mundo, sin alegría y sin dolor. Volvió a su casa a pie, como de costumbre. Era de noche; el aire estaba helado. Los lugares que atravesaba, entre una oscuridad sembrada de luces, la envolvían en la tibieza de las ciudades, tan grata a los transeúntes y que se hace sentir hasta en el frío del invierno. Avanzaba entre las filas de casuchas y de hotelitos, restos de la época campestre de Auteuil, que dejaban lugar de cuando en cuando a elevados edificios de nueva construcción. Las tiendas de modestos comerciantes, las ventanas monótonas, no movían su curiosidad, y, sin embargo, creíase como envuelta por el misterio amistoso de las cosas, parecíale que las piedras, los portales de las casas, las luces encendidas en las habitaciones, la veían con agrado. Estaba sola y se complacía en estar sola.

La pareció que daba por última vez aquel paseo acostumbrado entre las dos residencias donde se hospedaba con la misma satisfacción, aquel paseo tantas veces repetido. ¿Por qué? ¿Habíale sucedido algo extraordinario aquella tarde? Una ligera contrariedad, una insignificante desavenencia. Y, sin embargo, aquella entrevista la dejaba un ligero resquemor extraño, persistente, desconocido, que no desaparecería jamás. ¿Qué pasó? Nada. Pero nada que lo borraba todo. Adquiría Teresa una especie de certidumbre oscura de no volver al aposento donde poco antes encerraba lo más oculto, lo más íntimo y lo más grato de su vida. Fue una inclinación apasionada. Cedió a la tiranía de un goce necesario. Nacida para el amor, y muy razonable, no había perdido en el abandono de su persona ese instinto de reflexión y la seguridad en sí misma, tan arraigados en ella. No había elegido, porque no se elige casi nunca, pero tampoco se había dejado poseer al acaso y por sorpresa. Si lo que quiso, hasta donde puede hacerse lo que se quiere en tales asuntos, No tenía de qué arrepentirse. Le Ménil fue para ella lo que debía ser. Ella no supo resistir al hombre muy solicitado por las mujeres y que pudiera escoger entre todas, pero ya estaba segura de que aquello había terminado, y había terminado naturalmente. Imaginaba con implacable melancolía: "¡Tres años de mi existencia consagrados a un hombre honrado que me ama y a quien yo amaba! Sí. Le amaba. Era indispensable amarle para rendirme. No soy una mujer cualquiera." Sin embargo, no podía ya razonarlos sentimientos pasados, las inclinaciones de su alma y de su carne cuando cedió. Recordaba pequeños detalles, insignificantes del todo, que rodearon la primera cita: los ramajes del papel y los cuadros del gabinete, un gabinete de fonda. Recordaba las palabras algo ridículas y bastante cariñosas que pronunció su amante. Pero aquel suceso le parecía ocurrido a otra mujer, a ella casi no le interesaba y apenas lo comprendía.

Todo, hasta lo que acababa de suceder, aquellas caricias recientemente impresas en su carne, todo le parecía lejano. La cama, las lilas en el jarrón, la copa de cristal de Bohemia donde echaba sus horquillas y alfileres, todo lo veía como a través de una ventana y al pasar, desde la calle. No sentía amargura, ni siquiera tristeza. Tampoco tenía qué perdonar. ¡Ay! Aquella ausencia de ocho días no la consideraba traición, ni siquiera falta leve: no era nada y lo era todo. Era el fin. Teresa lo sabía. Quiso terminar. Lo quiso, como la piedra que cae quiere caer. Era un consentimiento de todas las energías secretas de su alma, de su naturaleza. Pensaba: "¿Tengo razones para quererle menos? ¿Es que ya no le quiero? ¿Es que no le quise nunca?" Lo ignoraba, y le era indiferente.

Durante tres años la gozó dos o cuatro veces por semana. Hubo meses durante los cuales se vieron diariamente. Todo ello, ¿no significaba nada? Pero la vida es poca cosa y lo que la complace no es mucho.

Librodot

No tenía motivos de queja. Sin embargo, era mejor acabar. Todas las reflexiones la conducían a esto. No era una resolución (de resolución se cambia), era más grave: era un estado de su carne y de su pensamiento.

Al llegar a la plaza, en cuyo centro hay un estanque, y a un extremo de la cual se yergue una iglesia de tosco estilo, cuya campana se dibuja en un arco abierto sobre el cielo, acordóse del ramito de violetas que Roberto le ofreció una tarde en el puentecillo, cerca de Nuestra Señora. Se habían gozado aquel día quizá con más abandono y entusiasmo que de costumbre.

Su corazón se enterneció con este recuerdo; quiso ahondar, pero no encontró nada; sólo quedaba la imagen de aquel ramito de flores secas.

Mientras ella caminaba reflexionando, algunos transeúntes la siguieron. Uno de ellos la hizo proposiciones: una comida en gabinete particular y el teatro. En su interior aquello la interesaba, la divertía. Y pensó: "¿Qué hacen las otras mujeres? ¡Creí aprovechar bien mi vida! ¡Para lo que vale la vida!"

Ante la linterna neogreca del Museo de las Religiones vio el suelo removido por trabajos subterráneos.

Sobre una zanja profunda, entre dos taludes de tierra negra, entre montones de grava y de adoquines habían tendido un tablón estrecho y flexible. Iba a pasarlo, cuando vio al otro extremo, ante ella, a un hombre que la esperaba. La había reconocido y la saludó. Era Dechartre. Al cruzar junto a él creyó advertir que le complacía el encuentro, y se lo agradeció con una sonrisa. El escultor la rogó con amable solicitud que le permitiese acompañarla un rato.

Siguieron juntos por la calle anchurosa. En aquel lugar las casas parecían retroceder y desvanecerse para descubrir una parte del cielo.

Le dijo que la había reconocido a distancia en el ritmo de sus líneas y de los movimientos que le eran característicos.

-Los bellos movimientos -añadió- son la música de los ojos.

Ella respondió que le gustaba mucho andar.

También él gustaba de largas caminatas a pie a través de las ciudades populosas y de las hermosas campiñas. El misterio de las carreteras le tentaba. Le agradaba viajar. Había visto días dorados y noches transparentes en Grecia, en Egipto y en el Bósforo, pero a donde volvía con frecuencia era a Italia, como si allí estuviera la patria de su espíritu.

-Voy la semana que viene -añadió-. Quiero admirar de nuevo Rávena, adormecida entre los pinos negros de la costa estéril. ¿Ha ido usted a Rávena, señora? Es una tumba prodigiosa, donde habitan fantasmas luminosos. El encanto de la muerte yace allí. Los mosaicos de San Vital y los de ambos San Apolinario, con sus ángeles bárbaros y sus emperatrices nimbadas, hacen sentir las delicias en extremo monstruosas del Oriente.

Despojado ya de sus láminas de plata, el sepulcro de Gala Placidia es aterrador en su cripta luminosa y oscura. Cuando se curiosea por una rendija del sarcófago se cree ver aún a la hija de Teodosio sentada en su silla de oro, cubierta con su vestidura sembrada de pedrerías donde hay escenas del Antiguo Testamento bordadas, con su hermoso y cruel semblante momificado, ennegrecido y endurecido por los aromas, y con sus manos de ébano inmóviles sobre las rodillas. Trece siglos conservó su majestad fúnebre, hasta que un niño, al meter en la tumba una vela encendida, quemó el cuerpo y la dalmática.

La señora Martín Belleme quiso enterarse de lo que hizo en vida aquella muerta obstinada en su orgullo.

-Dos veces, esclava -dijo Dechartre-, consiguió llegar dos veces a emperatriz.

-Sin duda fue muy bella -repuso la señora Martín-. Como usted la evoca en el sepulcro la imagino, y me espanta. ¿Irá usted a Venecia, señor Dechartre? ¿O está usted cansado de góndolas, de los canales, de los palacios y de las palomas de la plaza de San Marcos? Le confieso a usted que me gusta mucho Venecia, aun después de haber ido tres veces.

Su gusto era fundado. También a él le agradaba mucho Venecia. Cuando iba, el escultor se convertía en pintor, y tomaba apuntes; pero, sobre todo, era el ambiente lo que le agradaría poder pintar.

-Hasta en Florencia -dijo el escultor- el cielo es lejano, se ve a distancia. Sólo en Venecia está en todas partes, acaricia la tierra y el agua, envuelve con amor las cúpulas de plomo y las fachadas de mármol, y lanza en el espacio irisado sus perlas y sus cristales. La hermosura de Venecia está en su cielo y en sus mujeres. Las venecianas, ¡hermosas criaturas de un contorno tan atrevido, tan puro! Aquellos cuerpos flexibles que se adivinan macizos bajo el chal negro… Aunque sólo quedara de tales mujeres un huesecillo, revelaría el encanto de su estructura exquisita. El domingo, en la iglesia, forman grupos risueños, agitados. Un conjunto de caderas algo salientes, de nucas elegantes, de sonrisas floridas, de miradas luminosas. Y todas se inclinan con soltura de cachorro al paso de un cura con cabeza de Vitelio y barbilla rebosante sobre la casulla, que lleva el cáliz, precedido de dos acólitos.

El andaba desigualmente al compás de sus ideas, tan pronto perezosas como aceleradas, y ella sostenía un paso regular con tendencia a adelantarse. Contemplábala el escultor, admirando en ella el porte ligero y firme que le agradaba, y advertía el estremecimiento que por instantes su cabeza voluntariosa comunicaba a los tallos de muérdago prendidos en su toca.

Sin proponérselo, sentía el encanto de aquel paseo casi íntimo con una mujer casi desconocida.

Habían llegado al lugar donde la ancha avenida muestra sus cuatro hileras de plátanos; avanzaban junto al parapeto de piedra rematado por una cortina de boj que oculta piadosamente la fealdad de los edificios militares del muelle. Al otro lado se adivinaba el río, por la atmósfera lechosa que en los días sin bruma descansa sobre las aguas. El cielo era claro. Las luces de la ciudad se confundían con las estrellas. Al Sur brillaban los tres clavos de oro del Tahalí de Orión.

-El último año, en Venecia, todas las mañanas, al salir de mi casa, encontraba delante de la puerta, que tenía tres escalones sobre el canal, a una joven admirable, de cabeza pequeña, de cuello redondo y fuerte, de caderas vigorosas. Allí estaba envuelta en rayos de sol y en basura, graciosa como una ánfora, sutil como una flor. Sonreía. ¡Qué boca! La más preciada joya, la más hermosa luz. Advertí a tiempo que aquella sonrisa iba dirigida a un muchacho carnicero que se hallaba detrás de mí con el cesto en la cabeza.

En el ángulo de la corta calle que baja al muelle, entre dos jardincillos, la señora Martín apresuró el paso.

-¿Es cierto que en Venecia -le dijo- las mujeres son hermosas?

-Casi todas lo son. Hablo de las hijas del pueblo, de las cigarreras, de las humildes obreras de las vidrierías. Las otras son como en todas partes.

-¿Las otras? ¿Quiere usted decir las mujeres elegantes? Y esas ¿no le gustan? ¿No le atraen? ¿No le interesan?

-¡Las mujeres de sociedad! ¡Oh! Las hay encantadoras, pero interesarse por alguna es arriesgado.

-¿Está usted seguro?

Le tendió la mano y ganó rápidamente la esquina.

V

Comía sola aquella noche con su marido. No adornaban la mesa, reducida, ni la canastilla de águilas de oro, ni las Victorias aladas. Los candelabros no alumbraban sobre las puertas los perros de Oudry. Mientras él hablaba de las cosas corrientes, ella se hundía en un taciturno ensueño. Parecíala que atravesaba una niebla donde se hallaba perdida y lejos de todo. Era un sufrimiento apacible y casi agradable. Veía vagamente, a través de las brumas, la pequeña habitación de la calle Spontini trasportada por ángeles negros a uno de los picos del Himalaya. Y "él", en el temblor de una especie de fin del mundo, había desaparecido con mucha naturalidad y poniéndose los guantes. Ella se tomó el pulso para ver si tenía fiebre.

Librodot

Bruscamente, un tañido vibrante del servicio de plata la despertó. Su marido le decía:

-Gavaut ha pronunciado hoy en la Cámara, un excelente discurso acerca de los Montepíos. Asombra ver hasta qué punto rectificó sus ideas y de qué modo ahora da en lo justo. ¡Ah! Un paso gigante y una buena orientación.

Ella no pudo menos que sonreír:

-Amigo mío, Gavaut es un pobre diablo que se propone salir del montón de los hambrientos y medrar por cualquier medio. ¡Me río de las ideas redentoras que pueda tener un hombre así! ¿Realmente se le toma en serio en el mundo político? Jamás ha interesado a ninguna mujer, ni siquiera a la suya, y te aseguro que para interesarnos y hasta para enloquecernos no se necesita gran cosa.

Bruscamente añadió:

-Ya sabes que miss Bell me invitó a pasar un mes en su casa de Fiésole. Acepto y me voy.

Menos sorprendido que disgustado la preguntó quién la acompañaba.

Teresa no había previsto aquella pregunta, pero improvisó una respuesta.

-La señora Marmet.

Nada había que replicar. La señora Marmet era una especie de dama de compañía muy respetable, insustituible además en un viaje a Italia, donde su marido, Marmet el Etrusco, había hecho excavaciones en la Necrópolis. El preguntó solamente:

-¿La preveniste ya? ¿Cuándo pensáis iros?

-La semana próxima.

El tuvo la prudencia de no formular objeciones, temeroso de exaltarla y arraigar, al discutirlo, aquel propósito que, sin duda, sólo era un capricho pasajero, y se limitó a decir:

-Son muy agradable distracción los viajes. He pensado que podríamos, en la primavera, visitar el Cáucaso, el Turquestán, el Transcaspio. Una ruta interesante y poco frecuentada. El general Annenkoff pondría a nuestra disposición carruajes, trenes enteros, en la vía férrea que ha construido. Es buen amigo mío, tú le gustas mucho. Nos proporcionaría una escolta de cosacos. Haríamos una excursión muy original y sorprendente.

Se obstinaba en vencerla provocando su vanidad, seguro de que para ella, como para sí mismo, sería irresistible un ofrecimiento que halagara su amor propio. Ella respondió, indiferente y lánguida, que no dejaría de tener atractivos aquel viaje, y entonces él ponderó las montañas del Cáucaso, las ciudades antiguas, los bazares, las costumbres, las armas y añadió:

Podrían acompañarnos algunos amigos: la princesa Seniavina, el general Lariviére, acaso Vence o Le Ménil.

Respondióle, arisca y sonriente, que habría tiempo de sobra para elegir los invitados.

El se mostró atento, previsor:

-No comes, y te dolerá el estómago.

Sin temer aún la premura del viaje que su mujer le anunció, le intraquilizaba. Vivían desligados uno de otro, en absoluta libertad, pero a él no le gustaba separarse, no comprendía que un hombre respetable pudiera lucir en sociedad sin que lo acompañara su esposa y sin tener muy bien dispuesta la casa y muy ordenado todo el servicio. Además, había resuelto dar algunos banquetes políticos durante la temporada. Cada vez tenía más adictos, más partidarios incondicionales, y era el momento de afirmarse, de brillar. Insinuó misteriosamente:

-Pudieran presentarse circunstancias que nos obligasen a solicitar el concurso de nuestros amigos. ¿No sigues la marcha de los acontecimientos, Teresa?

-No, amigo mío.

-Lo siento. Razonas bien, tu inteligencia es muy clara. Si hubieras seguido el curso de los sucesos te sorprendería la corriente que conduce al país hacia opiniones moderadas. El país está cansado de las exageraciones, rechaza los hombres comprometidos en la política radical y en las persecuciones religiosas; más pronto o más tarde, será preciso rehacer un Ministerio Casimiro Périer con otros hombres, y entonces...

Interrumpióse. Teresa lo oía sin fijarse y sin deseo de comprenderle.

Reflexionaba con tristeza y desencanto que aquella linda mujer de la otra casa, la que en la sombra tibia de un cerrado aposento hundía sus pies desnudos sobre la piel de un oso pardo y a la que su amigo besaba en la nuca mientras se peinaba delante del espejo, no era ella misma; no era tampoco una mujer a quien ella conociese ni a quien deseara conocer siquiera, sino una señora cuyos asuntos no la interesaban. Una horquilla mal prendida en sus cabellos, una de aquellas horquillas de la copa de cristal de Bohemia, le resbaló por el cuello y la hizo estremecer.

-Sería necesario -dijo el señor Martin-Belleme- dar tres o cuatro banquetes a nuestros amigos políticos. Pondremos en comunicación a los antiguos radicales con gente de nuestra sociedad. También sería oportuno atraer algunas mujeres bonitas. Podríamos invitar a la señora Bérar de la Malle; hace ya dos años que no se murmura de ella. ¿Qué te parece?

-Pero, amigo mío, ¡si me voy la semana próxima!

Esta respuesta consternó al marido.

Ambos pasaron, mudos y hoscos, al salón donde les aguardaba Pablo Vence, que solía ir algunas veces de noche y en confianza.

Ella le tendió la mano.

-Me satisface mucho verle a usted. Así podremos despedirnos para una breve ausencia. París es frío y oscuro, hace un tiempo que me fatiga y entristece. Así, pues, me propongo pasar mes y medio en Florencia con miss Bell.

El señor Martin-Belleme alzó los ojos al cielo.

Vence preguntó si no había ido ya otras veces a Italia.

-Tres veces, pero no he visto nada. Esta vez quiero ver, quiero penetrarme, quiero empaparme de las cosas de Florencia. Haré excursiones a Toscana, a la Umbría, y por fin iré a Venecia.

-Hará usted bien. Venecia es el descanso reparador del domingo en la gran semana de la Italia creadora y divina.

-Su amigo Dechartre me habló muy lindamente de Venecia, del ambiente de Venecia, de su luz.

-Sí, en Venecia el cielo es pictórico, y en Florencia, espiritual. Un viejo autor ha dicho: "El cielo de Florencia, ligero y sutil, fecundiza las hermosas ideas de los hombres."

He vivido deliciosos días en Toscana. Quisiera revivirlos.

-Vaya a reunirse conmigo. El suspiró.

-Los periódicos, las revistas, la tarea cotidiana...

El señor Martin-Belleme consideró forzoso respetar estas razones; tan deliciosa resultaba la lectura de los artículos y libros de Pablo Vence, que sería una inconveniencia distraerle de su trabajo.

-¡Oh! Mis libros ... En un libro no se dice nada de lo que se quisiera decir. ¡Es imposible exteriorizarse! Sí; yo hablo con la pluma como cualquiera. Pero hablar, escribir, ¡qué desdicha! Reflexionándolo, resultan lastimosos los pequeños signos de que están formadas las sílabas, las palabras, las frases. ¿Qué se hizo de la idea, de la hermosa idea, bajo esos pícaros jeroglíficos a la vez vulgares y extraños? ¿Para qué le sirven al lector mis páginas escritas? Fórmase con ellas una serie de conceptos falsos, de contrasentidos y errores. Leer, comprender, es traducir. Acaso haya hermosas traducciones, pero no las hay exactas. ¿Qué me importa que admiren mis libros, si lo que admiran es lo que han imaginado sobre lo que yo puse en ellos? Cada lector sustituye por el suyo nuestro pensamiento, y sólo servimos para dar pábulo a sus imaginaciones. Cada lector deforma lo que nosotros pensamos, y es horrible sacrificar nuestro pensamiento a semejantes ejercicios. ¡Una profesión infame!

-Usted bromea -dijo el señor Martín.

-No lo creo -respondió Teresa-. Reconoce que las almas son impenetrables para las almas, y esto le hace sufrir. Siente la soledad cuando medita y la siente cuando ha escrito. Hágase lo que se haga no hay manera de comunicarse por entero con los demás. Cada uno

está sólo dentro de sí, aislado. Tiene razón. Queremos explicarnos y nunca nos comprenden.

-Quedan los gestos -repuso Vence.

-Los gestos, ¿no vienen a ser también una especie de jeroglífico? Déme usted noticias del poeta Choulette. No lo veo nunca.

Vence respondió que Choulette estaba muy ocupado en reformar la Orden Tercera de San Francisco.

El propósito de semejante obra se le ocurrió de una manera maravillosa una tarde, yendo a ver a María, que vive detrás del hospital, en una calle muy húmeda. Usted sabe que María es la santa y la mártir, expiación de los pecados del pueblo. Tiró del pie de gamo del llamador engrasado por dos siglos de visitantes. Sea que la mártir se hallara en la taberna, como solía, o que la retuviera en su alcoba otra ocupación apremiante, lo cierto es que no abrió. Choulette llamaba con insistencia, y dio tales tirones, que el pie de gamo y el cordón se le quedaron entre las manos. Hábil para concebir símbolos y para penetrar el sentido oculto de las cosas. comprendió en seguida que aquel cordón no se había desprendido sin licencia de los poderes espirituales. Meditó. El cáñamo hallábase cubierto de mugre negra y pegajosa. Se lo ató a la cintura: lo consideraba un objeto propio para conducir a la primitiva pureza la Orden Tercera de San Francisco. Renunció a la hermosura de las mujeres, a las delicias de la poesía, a los esplendores de la gloria para dedicarse a estudiar la vida y la doctrina del bienaventurado. Pero al mismo tiempo vendió al editor un libro que rotula *Provocaciones* y que, según el anuncio, contiene la descripción de toda clase de placeres amorosos. Se jacta de haberse mostrado criminal con elegante distinción, pero, lejos de contrariar sus empresas místicas, este libro las favorece, porque, corregido en lo por venir, aún puede ser honesto y ejemplar. El dinero que ha recibido en pago, y que nunca le dieran por un manuscrito decente, le servirá para ir en peregrinación a Asís.

La señora Martín, complacida, preguntó si había realmente algo de cierto en aquella historia. Vence respondió que sería mejor no averiguarlo.

Y se presentó como un historiador idealista del poeta. Dijo también que no debían tomarse aquellas aventuras en el sentido literal y judaico.

Sólo afirmaba que Choulette vendió al editor un libro de versos, titulado *Provocaciones,* y que se proponía visitar la celda y la tumba de San Francisco.

-En ese caso -exclamó la señora Martín- me lo llevo a Italia, señor Vence. Búsquele y tráigamelo. Me voy la semana próxima.

El señor Martín excusóse de no poder seguir en tan amable compañía. Erale forzoso terminar un informe para entregarlo al día siguiente.

La señora Martín dijo que nadie la interesaba tanto como Choulette. Pablo Vence tenía también muy elevado concepto del poeta.

-No se diferencia mucho de los santos cuya vida extraordinaria leemos. Es sincero como ellos, de una delicadeza sentimental exquisita y de una violencia terrible. Si extrañan o escandalizan mucho de sus actos, es por su carácter débil y mal sostenido, o tal vez solamente porque los vemos muy de cerca. También hay santos malos como hubo ángeles malos: Choulette es un santo malo, he aquí todo, pero sus poemas son verdaderos poemas espirituales y más hermosos que cuanto hicieron en su género, durante el siglo diecisiete, los obispos en la Corte y los poetas en el Teatro.

Ella interrumpió:

-Le felicito a usted por su amistad con Dechartre. Es un espíritu encantador.

Y luego dijo:

-Tal vez excesivamente reconcentrado.

Vence recordó haberla dicho ya que seguramente la interesaría el escultor, y añadió:

-Me lo sé de memoria. Es un amigo de la infancia.

-¿Ha conocido usted a su familia?

-Sí. Es hijo único, de Felipe Dechartre.

-¿El arquitecto?

-El arquitecto que en tiempo de Napoleón Tercero, restauró tantos castillo y tantas iglesias en Turena y en Orleáns. Tenía buen gusto y extensa cultura. Solitario y bondadoso, cometió la imprudencia de atacar a Viollet-le-Duc, entonces muy en boga. Le reprochaba pretender restaurar los edificios con arreglo a su forma primitiva, tales como habían sido o como pudieron ser en su origen.. Felipe Dechartre quería, por el contrario, que respetase todo lo que los siglos habían añadido poco a poco a una iglesia, abadía o castillo. Hacer desaparecer los anacronismos y reducir un edificio a su unidad primera le parecía una barbarie de la ciencia tan temible como la barbarie de la ignorancia. Decía y repetía sin cesar: "Es un crimen que se borren las huellas sucesivas impresas en la piedra por el alma y las manos de nuestros abuelos. Las piedras nuevas talladas en su viejo estilo, son falsos testimonios." Quería que la tarea del arquitecto arqueólogo se limitase a sostener y a consolidar los muros. Tuvo razón y se la negaron. Acabó por anularse. Al morir, joven aún y en pleno triunfo de su rival, dejó una fortuna muy decente a su viuda y a su hijo. Santiago Dechartre fue educado por su madre, que le adoraba. Dudo de que la ternura maternal haya sido nunca tan impetuosa. Dechartre es un hombre admirable ... y un chiquillo mimado.

-Tiene un gesto de indiferencia ... ¡y parece vivir tan lejos de todo!

-No se fíe usted de las apariencias. Es una imaginación atormentada y atormentadora .. .

-¿Le gustan las mujeres?

-¿Por qué me lo pregunta usted?

-¡Oh! No es para casarle.

-Sí, le gustan. Ya le dije a usted que era un egoísta. Sólo los egoístas quieren de verdad a las mujeres. Después de la muerte de su madre, Dechartre sostuvo largas relaciones con una famosa actriz: Juana Tancréde.

La señora Martín recordó vagamente a Juana Tancréde, no muy hermosa, pero muy bien formada, elegante, pero un tanto vulgar en sus papeles amorosos.

-Así era -repuso Pablo Vence-. Vivían casi siempre juntos en un hotelito del barrio de los Jazmines, en Auteuil. Yo iba a menudo a visitarlos. Sorprendíale abstraído en sus ensueños, olvidándose de modelar una figura medio seca ya entre los paños que la cubrían. Sólo, reconcentrado entregábase a su meditación, sin hablar con nadie. Ella estudiaba sus papeles, tenía el cutis abrasado por las pinturas, y en su dulce mirada resplandecían su inteligencia y su actividad. Lamentábase de verlo siempre pesaroso, desapacible, y descontentadizo, le quería mucho y le burlaba sólo por intrigas de bastidores, y aun así, cuando le burlaba, era de improviso; luego la dolía recordarlo. Era una mujer seria, pero sus frecuentes entrevistas con José Springer, de cuya protección esperaba ser admitida en la Comedia Francesa, disgustaron a Dechartre, que puso fin a su amorosa intimidad. Ahora, Juana considera más práctico vivir con sus empresarios, y Dechartre juzga más entretenido viajar.

-¿Siente su falta?

-¿Cómo es posible que sepamos lo que ocurre dentro de un espíritu inquieto y movible, egoísta y apasionado, ávido de entregarse, pronto a retraerse, y que se ama generosamente a sí mismo en todo lo bello que le presenta el mundo?

Teresa cambió bruscamente de conversación.

-¿Y su novela, señor Vence?

-Ya he llegado al último capítulo, señora. Mi pobre obrero cincelador ha sido guillotinado. Muere con esa indiferencia de las vírgenes sin deseo que no han sentido jamás en los labios el cálido sabor de la vida. Los periódicos y el público aprueban con prudencia el acto de justicia que acaba de cumplirse. Pero, en otra buhardilla, otro obrero, sobrio, triste y químico, jura vengarle con otro asesinato.

Levantóse y se despidió. Ella lo detuvo, para decirle:

-Señor Vence, hablo en serio, tráigame a Choulette.

Cuando subió a su cuarto, su marido la esperaba ya en el descansillo de la escalera, vestido con una bata de terciopelo castaño y una especie de gorro de dogo, que servía de marco a su cara pálida y rugosa. Tenía un aspecto grave. Tras él, por la puerta abierta de su gabinete de despacho, veíanse bajo la lámpara un montón de expedientes y de documentos con cubiertas azules: los volúmenes de los Presupuestos anuales. Antes que Teresa llegase a su cuarto, él le salió al encuentro.

-Hijita mía, no sé cómo eres. Tu inconsecuencia puede perjudicarte mucho. Abandonas tu casa sin motivo, hasta sin pretexto, y piensas corretear por Europa, ¿con quién?, con un bohemio, con un borracho como Choulette.

Respondió ella que viajaría con la señora Marmet, lo cual no era nada inconveniente.

-Pero anunciar tu viaje a todos cuando no sabes aún si la señora Marmet puede acompañarte ...

-¡Oh! La señora Marmet se decidirá en cuanto se lo avise. Únicamente su perro la interesa en París, y te lo dejaremos para que se lo cuides.

-Pero ¿has enterado a tu padre de tu proyecto?

Solía invocar la autoridad de Montessuy cuando la suya era desatendida. Seguro de que Teresa temía desagradar a su padre y confiado en que la juzgara merecedora de reproche, insistió:

-Es tu padre hombre de muy buen sentido y mucho tacto. Tuve ya la satisfacción de coincidir con él en algunos consejos que me permití darte. Opina, como yo, que la casa de la señora Meillan no es un lugar conveniente para una señora como tú. Va gente de muchas clases, y la dueña de la casa favorece las intrigas. Debo advertirte que desprecias demasiado la opinión de las gentes. Me sorprendería mucho si tu padre no juzgara extraño que te vayas tan ... de ligero. Y tu ausencia será más notoria por cuanto las actuales circunstancias políticas, permíteme que te lo recuerde, me ponen más en evidencia que nunca. Seguramente no serán mis méritos los que precipiten esta situación, pero si mientras comíamos hubieras querido escucharme, yo te hubiera demostrado que la agrupación política de la cual formo parte se halla en vísperas de alcanzar el Poder, y no creo sea este momento el más oportuno para que desatiendas tus deberes de dueña de casa. Tú misma lo comprenderás fácilmente.

Ella le respondió:

-¡Me fatigas con tus reflexiones! Y volviéndole la espalda fue a encerrarse en su alcoba.

Aquella noche, ya en la cama, como tenía por costumbre, abrió un libro antes de dormirse. Era una novela. Volvía las hojas distraídamente, y tropezó en estos párrafos:

"El amor es como la devoción: llega tarde. Sólo se puede ser enamorada o devota a los veinte años, cuando se tiene una verdadera predisposición, una especie de santidad nativa, y hasta las predestinadas luchan largo tiempo en sus ansias de amor, aún más terribles que la centella al caer sobre el camino de Damasco. Es frecuente que una mujer sólo se apasione a la edad en que ya no asusta el aislamiento. Sin duda, la pasión es un desierto árido, una Tebaida abrasadora. La pasión es el ascetismo profano, tan rudo como el ascetismo religioso.

"Por esta razón, las verdaderas enamoradas escasean tanto como las verdaderas penitentes. Los conocedores de la vida y del trato social saben que las mujeres no gustan de poner sobre su pecho delicado el cilicio de un verdadero amor; saben que nada es menos frecuente que un prolongado sacrificio. Imaginad lo que una mujer elegante inmola cuando ama su libertad, su reposo, los jugueteos encantadores de un alma libre, su galantería, las diversiones, los placeres... A todo renuncia.

"El mariposeo está permitido, se concilia con todas las exigencias de la vida elegante; pero el amor, no. El amor es la menos mundana de las pasiones, la más antisocial, salvaje y bárbara. Por esto las gentes lo juzgan con mayor severidad que los devaneos galantes y el relajamiento de las austeras costumbres. En cierto sentido no les faltan razones. Una parisiense enamorada desmiente su naturaleza y no cumple con su deber, que se reduce a lucir y a provocar a todos para que todos la disfruten como una obra de arte. Es la obra de arte más

Librodot

bella y más maravillosa que la industria del hombre ha producido; es un delicioso artificio formado con el concurso de todas las artes mecánicas y de todas las artes liberales, obra de todos y goce para todos."

Teresa cerró el libro. Reflexionaba que aquello era una divagación de novelistas y que los novelistas desconocen la vida. Bien sabía ella que no hay en la realidad, ni Carmelo apasionado, ni cilicios amorosos, ni vocación encantadora y terrible a la cual resistiera vanamente la predestinada. Conocía el amor como embriaguez breve que dejaba un rastro de tristeza. Nada más. Pero ¿no es posible que lo desconociese, que ignorase algo, que hubiera en realidad amores en que se abismara deliciosamente un alma? .. .

Apagó la luz. Los ensueños de su primera juventud resurgían entonces entre las confusas memorias de su pasado.

VI

Llovía. La señora Martín-Belleme vio confusamente, a través de los cristales chorreantes de su coche, una multitud de paraguas que avanzaban como tortugas negras bajo el aguacero. Sus meditaciones eran grises y borrosas como el aspecto de las calles y de las plazas.

No se daba cuenta de por qué se la ocurrió súbitamente ir a pasar un mes con miss Bell. Su resolución era semejante a un manantial, oculto al principio entre unos tallos de llantén y que luego formaba una corriente impetuosa y profunda. Recordó que de pronto, el martes por la noche, a la hora de comer, había dicho que se iría; pero no alcanzaba más allá en los orígenes de aquel deseo. No era el ansia de portarse con Roberto Le Ménil como él se portaba con ella. Consideraba delicioso pasear en los Cascine mientras él cazaba zorros. Era una simetría encantadora. Roberto gozaba mucho viéndola de nuevo al regresar de sus excursiones, y aquella vez no la vería. Parecíale justo hacerle sentir una contrariedad; pero no se había preocupado en absoluto de aquello al decidir su viaje a Italia, y después tampoco le preocupaba mucho. No se iba para hacerle sufrir, para vengarse de su ausencia, y su propósito era menos malicioso, pero más intencionado: la complacía no verle ya en algún tiempo. Sin renunciar a nada, sintió el placer de dejarlo todo, y pensaba en su amante como en un hombre que nada tuviese que ver con ella, más grato que la mayoría, de buen aspecto, de modales finos, de condiciones muy estimables: agradábale aún, pero sin interesarla mucho. De pronto sustraíase a su pasado, y apenas recordaba de qué modo estuvo ligada a Le Ménil. La idea de haberle pertenecido la extrañaba, le parecía una inconveniencia. La suposición de que podían volver a encontrarse juntos en el aposento de la calle de Spontini era ya tan penosa para ella que procuró desvanecerla inmediatamente, y la complacía suponer que un suceso imprevisto, inevitable, haría imposible que se viesen jamás allí: el fin del mundo, por ejemplo.

El señor Lagrange, de la Academia de Ciencias, habló la víspera en casa de la señora de Morlaine de un cometa que, al surgir amenazador en el abismo celeste, acaso tropezara con la Tierra. La sumergería en su cabellera centelleante, se abrasaría con su aliento, infiltraría en las plantas y en los animales venenos desconocidos y mataría a todos los hombres en una risa frenética o en un tétrico estupor. Si no esto precisamente, algo por el estilo necesitaba Teresa para el mes próximo. Explicábase con tales razonamientos la idea de su viaje, pero sin comprender cómo a su deseo de alejarse y volar se mezclaba una inconsciente alegría. Gozaba por anticipado la impresión encantadora de algo desconocido.

El coche la llevó a la esquina de la callejuela de La Chaise.

Allí, bajo las tejas de una elevada casa, en el último piso, detrás de cinco aberturas caldeadas desde muy temprano por el sol, en una estrecha estancia muy limpia, vivía la señora Marmet desde la muerte de su marido.

La condesa Martín fue a verla en su día de recibo y encontró en el salón, modesto y

brillante, al señor Lagrange casi dormido en una butaca frente a la vieja señora, dulce y tranquila bajo su diadema de cabellos blancos.

El viejo y sociable sabio seguía colmándola de atenciones. El era quien a las veinticuatro horas de enterrar a Marmet llevó a la desgraciada viuda el discurso envenenado de Schmoll. Habíale imaginado consolarla y la vio exaltarse colérica y dolorida. Entonces la sostuvo, desmayada, en sus brazos. La señora Marmet comprendía que su amigo no pecaba de oportuno, pero era su mejor amigo. Con frecuencia sentábase a su lado a comer en las mesas mejor servidas.

La señora Martín, delicada y opulenta en su abrigo de cibelina, entreabierto por una oleada de encajes, despertó con el brillo encantador de sus ojos grises al hombre bondadoso y aletargado, sensible a los encantos de las mujeres.

Habíale referido la víspera, en casa de la señora de Morlaine, cómo ocurriría el fin del mundo, y la preguntó si no tuvo miedo al imaginar por la noche aquel espectáculo de la Tierra devorada por las llamas o transida de frío, pálida como la luna. Mientras él hablaba con aparatosa galantería. Teresa fijó sus ojos en la biblioteca de caoba que ocupaba todo el testero del salón frente a las ventanas. Apenas quedaban libros, pero sobre la última tabla extendíase un esqueleto con su armadura. Era sorprendente ver instalado en casa de la buena señora aquel guerrero etrusco, que aún conservaba adherido a su cráneo un casco de bronce verde y cubría su pecho dislocado con el hierro carcomido de su coraza. Dormía imponente y severo, entre cajas de bombones, vasos de porcelana dorada, virgencitas de escayola, menudos objetos de talla, recuerdos de Lucerna y del Righi. La señora Marmet, en los apuros de su viudez, había vendido los libros de ciencia, y entre todos los objetos antiguos recogidos por el arqueólogo sólo conservaba el guerrero etrusco. Los viejos camaradas de Marmet procuraron darle salida muy ventajosa: Pablo Vence obtuvo de la Dirección de Museos que lo aceptase a subido precio para el Louvre; pero la buena señora no quiso desprenderse del etrusco. Le parecía que sin aquel hombre antiguo, con su casco de bronce verde orlado por ligeras hojas de oro, perdería su honrosa distinción y dejaría de ser la viuda del académico Luis Marmet.

Tranquilícese usted, señora; no aparecerá en mucho tiempo un cometa que nos aniquile. Son muy remotas las probabilidades que pudieran producir un choque.

La señora Martín respondió que no veía ningún inconveniente en que la Tierra y la raza humana fuesen destruidas al momento.

El sabio Lagrange protestó con sinceridad profunda: importábale mucho que se retrasa el cataclismo.

Teresa lo miró detenidamente. Su cráneo, árido, nutría sólo algunos cabellos teñidos, y sus pestañas desmayaban como pingajos sobre los ojos, todavía sonrientes; su rostro amarillo poblábase de pellejos y arrugas, y se adivinaba un cuerpo descarnado y cadavérico, si se juzgaba por las holguras del traje.

Teresa reflexionó: "¡Y... aún desea vivir!"

La señora Marmet resistiase también a que se hallara tan próximo el fin del mundo.

-Señor Lagrange -dijo la señora Martín-, ¿es verdad que usted vive en una hermosa casita, cuyas ventanas, cubiertas de glicinas, se abren sobre el Jardín de Aclimatación? Me parece un goce soberano vivir en aquel jardín, que me hace pensar en el Arca de Noé de la dichosa infancia y en el Paraíso terrenal de las antiguas Biblias.

Pero él no estaba satisfecho. La casa era pequeña, mal amueblada y con muchos ratones.

Ella reconoció que nunca estamos absolutamente satisfechos en parte alguna, y que nos preocupan los ratones, verdaderos o simbólicos, legiones de seres mezquinos que nos atormentan; pero le agradaba el Jardín de Aclimatación y siempre quería ir, aunque no iba nunca. También deseaba visitar el Museo, donde no había entrado jamás.

Sonriente, feliz, el sabio se ofreció a servirla de acompañante. Le enseñaría los bólidos: allí hay algunos ejemplares realmente magníficos.

Teresa no tenía una idea exacta de lo que pueda ser un bólido; pero recordó haber oído

referir que se conservaban en el Museo huesos labrados por los hombres primitivos, pedazos de marfil, en los cuales aparecían grabadas figuras de animales cuya raza se perdió hace mucho tiempo. Preguntóle si era verdad. Lagrange ya no sonreía, y respondió con desapacible indiferencia que aquellos objetos hallábanse a cargo de uno de sus colegas.

-¡Ah! -dijo la señora Martín-. ¿Luego no pertenecen a su departamento?

Dedujo que los sabios no son curiosos y que resulta indiscreto interrogarles acerca de lo que no está en su departamento. Verdad es que Lagrange había labrado su fama científica con piedras caídas del cielo. Esto le inclinó a preocuparse de los cometas; pero en veinte años no hizo más que ir de convite en convite.

Cuando se quedaron solas, Teresa explicó a la señora Marmet el motivo de su visita.

-En la semana próxima iré a Fiésole para pasar unos días con miss Bell, y usted me acompañará.

La buena señora, plácida la frente y ávidos los ojos, quedóse un momento indecisa. Rehusó tibiamente, se hizo rogar y consintió al fin.

VII

El rápido de Marsella estaba formado en el andén, donde corrían los mozos y rodaban las carretillas entre el humo y el ruido, bajo la lívida claridad que atravesaba las vidrieras. Ante las portezuelas abiertas iban y venían los viajeros con largos guardapolvos. Al extremo de la galería, cegado por el hollín y el polvo, aparecía como al extremo de un anteojo un pequeño semicírculo de cielo. El espacio infinito reducíase a un horizonte como la palma de la mano. La condesa Martín y la buena señora Marmet estaban ya en su compartimiento. bajo la redecilla cargada de maletas y con los periódicos abandonados a su alcance sobre los almohadones. Choulette no aparecía, y la señora Martín no le aguardaba ya. Sin embargo, él había prometido reunirse con ellas en la estación. Había tomado sus disposiciones para el viaje y recibido de su editor el precio de *Provocaciones.* Pablo Vence lo había llevado una tarde al hotel del muelle Debilly. El poeta se mostró amable, cortés, rebosante de alegría espiritual y de goce inocente. Creyó Teresa que sería muy agradable viajar con un hombre de genio y de tanta originalidad, pintorescamente feo y de graciosa locura, viejo, infantil, sincero, vicioso, inocente. Cerraban ya las portezuelas: sería inútil aguardarle. No debía ella confiar en la promesa de un alma impulsiva y vagabunda. Cuando la máquina comenzó a lanzar silbidos roncos, la señora Marmet, que miraba por la ventanilla, dijo tranquilamente:

-Creo que llega el señor Choulette.

El poeta recorría el andén, coleando, con el sombrero echado atrás sobre su cráneo giboso, con la barba enmarañada. Iba cargado con un viejo maletín de alfombra. Su aspecto era casi horrible; pero, a pesar de sus cincuenta años, aún parecía joven: tan poderoso y claro era el brillo de sus ojos azules, tanta la audacia ingenua de su rostro amarillento y flaco, de tal modo renacía en aquel hombre decrépito la eterna adolescencia del poeta y del artista. Al verlo Teresa lamentó haber elegido un compañero tan extravagante, que avanzaba dirigiendo a cada coche una mirada brusca, primero, y hosca, después, despreciativa, desconfiada. Pero cuando llegó al vagón de las dos señoras, al reconocer a la condesa Martín sonrió tan lindamente y saludó con voz tan acariciadora que, transformándose por completo, sólo conservó del huraño vagabundo el viejo maletín de alfombra cogido por las asas casi desprendidas.

Lo colocó en la red con minucioso cuidado, junto a los correctos maletines cubierto de tela gris, entre los cuales realzaba aún más la miseria de sus flores amarillas en fondo rojizo.

Una vez cómodamente instalado, habló así:

-Dispénsenme ustedes, señoras, por mi tardanza. Fui esta mañana a oír la misa de seis en San Severino, mi parroquia, bajo aquellos hermosos pilares absurdos que se dirigen al cielo

vacilantes, como nuestra esperanza de pobres pecadores.

-Según esto -le dijo la señora Martín-, usted es devoto en la actualidad.

Y le preguntó si llevaba el cordón de la Orden que fundaba.

Tomó él un continente grave y contristado.

-Temo, señora, que Pablo Vence haya dicho a este propósito muchas mentiras absurdas. He tenido noticia de que va contando en los salones que mi cordón es un cordón de campanilla, ¡y de qué campanilla! Sentiría mucho que se prestara el menor crédito a invenciones tan miserables. Mi cordón, señora, es un cordón simbólico. Se reduce a una trencita estrecha y se lleva debajo de las vestiduras después de haberlo tocado un pobre, en señal de que la pobreza es sana y salvará gloriosamente al género humano. Sólo hay goces en la pobreza, y desde que recibí el importe de *Provocaciones,* me siento injusto e insensible. Llevo en mi saco algunos de esos cordones místicos.

Mostrando con el dedo la horrible alfombra color de sangre oxidada, prosiguió:

-Lleva también una hostia que me dio un mal sacerdote, las obras de José de Maistre, camisas y otras cosas más.

La señora Martín levantó los ojos aterrados; pero la buena señora Marmet conservó su placidez acostumbrada.

Mientras el tren atravesaba los arrabales feos y sucios que circundan la ciudad. Choulette sacó de su bolsillo una roída cartera y se puso a repasar papeles. Se revelaba el escritor bajo la corteza del vagabundo: era inútil su empeño en ocultar sus aficiones

Cercioróse de que no había perdido los retazos de papel donde anotaba sus asuntos de poemas sobre la mesa del café, ni la docena de cartas halagadoras que, mugrientas, descoloridas, rozadas por los dobleces, llevaba siempre sobre sí dispuesto a leerlas a los compañeros encontradizos de noche, a la luz de los faroles de gas. Enterado de que nada le faltaba, sacó de la cartera una carta metida en un sobre abierto, la agitó largo rato en la mano con imprudencia misteriosa y luego se la ofreció a la señora Martín.

Era una carta de presentación que la marquesa de Rieu le había dado para la princesa de la Casa de Francia, una parienta cercana del conde de Chambord, que, viuda y vieja, vivía, retirada en las cercanías de Florencia. Gozoso ya del efecto que pensaba producir, dijo que visitaría tal vez a la princesa, bondadosa y cristiana.

-Es una señora principal, aristocrática en toda regla, que no reduce su esplendor a tener lujosos trajes y sombreros y sabe llevar sin desdoro la misma camisa durante mes y medio, y a veces más. Los caballeros de su séquito han visto sus medias blancas, muy sucias, que le caían sobre los talones. Las virtudes de las grandes reinas de España reviven en ella. ¡Oh! ¡Esas medias sucias! Una verdadera gloria.

Volvió a tomar la carta y la guardó en su cartera.

Luego, empuñando una navajita con mango de asta, comenzó a labrar una cabeza esbozada en el puño de su bastón.

El mismo alababa su obra.

-Soy hábil en todas las artes de los mendigos y de los vagabundos. Abro las cerraduras con un clavo torcido y sé tallar la madera con una mala navajita.

Empezaba a tener formas la figura. Era un rostro flaco de mujer llorosa.

Choulette quería expresar en ella la miseria humana, no ya sencilla y conmovedora, tal como la pudieron sentir los hombres de otros tiempos en un mundo compuesto de rudeza y de bondad, sino repugnante y pintarrajeada, en el estado a que la redujeron los burgueses librepensadores y los militares patriotas hijos de la Revolución francesa. En su opinión, el régimen actual sólo era hipocresía y brutalidad. El militarismo le horrorizaba.

-El cuartel es una invención repugnante de los tiempos modernos. No se remonta más que al siglo diecisiete. Antes no había otra cosa que un Cuerpo de guardia, donde los militares jugaban a los naipes y componían cuentos fantásticos. Luis Catorce es un precursor de la Convención y de Bonaparte, pero sólo llega el mal a su plenitud en la institución monstruosa del servicio obligatorio. Convertido el asesinato en un deber humano, es la vergüenza de los

Imperios y de las Repúblicas, el crimen de los crímenes. En las edades llamadas bárbaras, las ciudades y los príncipes confiaban su defensa a mercenarios, que hacían la guerra como personas avisadas y prudentes, hasta el punto de que a veces hubo sólo cinco o seis muertos en una gran batalla, y cuando los caballeros iban a la guerra no iban obligados: hacíanse matar por su gusto, y acaso no servían para otra cosa. En tiempo de San Luis, a nadie se le hubiera ocurrido pensar que ir a la guerra fuese obligación de un hombre de saber y estudio, y tampoco arrancaban al labrador del terruño para llevarlo al regimiento. Ahora se obliga al pobre campesino a ser soldado, se le destierra de su casa, cuyo hogar humea en el dorado silencio de la tarde, de las frescas praderas donde pastan los bueyes, de los campos, de los bosques paternales, y se le instruye en el patio de un sucio cuartel para que sepa matar hombres metódicamente. Se le amenaza, se le injuria, se le encarcela, se le dice que asesinar así es un honor, y si lo niega lo fusilan. Obedece porque le atemorizan, y entre todos los animales domésticos es el más suave, el más risueño y el más dócil. En Francia somos militares y somos ciudadanos, otro 'motivo de orgullo: ¡ser ciudadanos! Esto consiste, para los pobres, en sostener y conservar a los ricos en su poderío y ociosidad. Han de trabajar ante la majestuosa equidad de las leyes que prohíben, al rico como al pobre, acostarse bajo los puentes, mendigar en las calles y robar pan. Es uno de los beneficios de la Revolución. Como la Revolución fue hecha por locos y por imbéciles, en provecho de los compradores de bienes nacionales, y en realidad sólo conduce al enriquecimiento de los aldeanos taimados y de los burgueses usureros, alzó con el nombre de igualdad el imperio de la riqueza, y entregó Francia a los hombres adinerados, que la devoran de un siglo acá. Son dueños y señores. El Gobierno aparente, compuesto de pobres diablos lastimosos y calamitosos, está sometido a los banqueros. En este país envenenado, de cien años a esta parte, a quien se apiada de los infelices se le supone traidor a la sociedad. Se juzga peligroso al miserable. Asimismo se han dictado leyes contra la indignación y la misericordia. Esto que digo aquí no podría imprimirse.

Choulette se animaba, agitaba su navajita, mientras que, bajo el sol tibio, atravesaban los campos de tierra oscura, los grupos violáceos de árboles ateridos por el invierno y las filas de álamos que sombrean las corrientes planteadas.

Miraba enternecido la figura esculpida en su bastón:

-Hete aquí, pobre Humanidad flaca y llorosa, embrutecida por la vergüenza y la miseria, tal como te ponen tus dos tiranos, el soldado y el rico.

La buena señora Marmet, que tenía un sobrino capitán de artillería, joven gallardo entusiasta de su profesión, extrañábase de la violencia con que Choulette atacaba al Ejército. La señora Martín no vio en aquello más que una fantasía deliciosa. Las ideas de Choulette no la espantaban, si bien le parecían algo absurdas. No suponía que hubiera sido el pasado mejor que el presente.

-Creo, señor Choulette, que los hombres en todas las épocas fueron como ahora, egoístas, violentos, codiciosos y despiadados. Creo que las leyes y las costumbres 'fueron siempre duras y crueles para los infelices.

Entre La Roche y Dijón, almorzaron en el vagón-restaurante, donde se quedó luego Choulette solo con su pipa, su copa de benedictino y su alma irritada.

Ya de nuevo en su coche, la señora Marmet habló de su difunto marido con suave ternura. El estaba enamorado, y se lo había dicho en versos admirables, que guardaba ella sin leerlos a nadie jamás. Era un hombre muy animado y alegre, lo cual parecía increíble a los que le conocieron fatigado por su labor y debilitado por la enfermedad. Estudió hasta el último momento. Una hipertrofia del corazón le impedía acostarse, y pasaba las noches enteras en su poltrona encarado con sus libros.

Dos horas antes de morir había intentado leer. Era afectuoso y bueno. Durante su enfermedad conservó íntegra su dulzura.

La señora Martín buscó una frase grata:

-Fue usted dichosa muchos años -dijo- y conserva el recuerdo. El recuerdo es aún algo

de la felicidad.

Pero la buena señora Marmet suspiró; una nube abrumaba su frente tranquila:

-Sí -respondió-. Luis era el mejor de los hombres y el mejor de los maridos. Sin embargo, me hizo muy desgraciada. No tenía más que un defecto, por el cual sufrí cruelmente: sus celos. Tan bueno, tan afable, tan generoso, y en esa horrible pasión se mostraba injusto, tiránico, violento. Aseguro a usted que mi conducta nunca dio lugar a sospechas. Yo no era coqueta, pero sí joven, lozana, bonita. Esto fue lo suficiente para mi desgracia. No me permitía salir sola, y hasta me prohibió que recibiese visitas en su ausencia. Cuando íbamos juntos a un baile yo temblaba de antemano, temerosa de las recriminaciones que me abrumarían en cuanto se hallara solo conmigo en el coche.

Y la buena señora Marmet concluyó suspirando:

-Verdad es que me gustaba mucho bailar, pero renuncié. Me lastimaba el sufrimiento de mi pobre marido.

La condesa Martín mostróse muy sorprendida. Siempre había imaginado a Marmet como un viejo tímido y absorto, algo ridículo, entre su mujer, carnosa, blanca, suave, y el esqueleto revestido de bronce y de oro de su guerrero etrusco, pero la excelente viuda le confesó que a los cincuenta y cinco años, cuando ella tenía ya cincuenta y tres, Luis continuaba tan celoso como el primer día.

Teresa reflexionaba que Roberto no la había atormentado jamás con celos. ¿Era por su parte una prueba de tacto y de buen gusto, una prueba de confianza, o de no estar bastante apasionado para hacerla sufrir? Lo ignoraba y no sentía ningún deseo de averiguarlo. ¿Para qué husmear en los rincones del alma?

Murmuró, sin fijarse en lo que decía:

-Queremos ser amadas, y al mismo tiempo nos atormenta o nos aburre.

La tarde acabó entre imaginaciones y lecturas. Choulette no había vuelto a comparecer. La noche ocultó poco a poco, entre sus grises cenizas, las moreras del Delfinado. La señora Marmet se adormecía con apacible sueño y descansó en sus propias blanduras como sobre un montón de almohadones. Teresa la miraba, y se decía:

"Es feliz, porque sabe gozar de los recuerdos."

La tristeza de la noche la penetró en el corazón. Y cuando la luna se alzaba sobre los olivares, al ver pasar los tenues perfiles de las llanuras y de las colinas, y al ver cómo se desvanecían las sombras azuladas, aquel paisaje, donde todo inspiraba paz y olvido, la hizo sentir nostalgias de su París, cuyos árboles y cuyas piedras la conocían.

De pronto, rápido y brusco, Choulette entró en el compartimiento y al verle armado con su rústico bastón, embozado el rostro en su tapabocas de lana roja que le rodeaba la cabeza. Teresa casi tuvo miedo. Es lo que pretendía él. Sus actitudes violentas y su indumentaria salvaje eran siempre estudiadas. Ocupado sin cesar en producir efectos pueriles y extraños, agradábale parecer temible. Gozaba inspirando terrores, tal vez en desquite de la frecuencia con que los padecía. Un momento antes, mientras fumaba su pipa, solo, en el pasillo, viendo correr la luna tras las nubes de la Camarga, sintió uno de esos miedos infundados, infantiles, que agitaban su alma estática y frívola. Y fue a tranquilizarse junto a la condesa Martín.

-Arlés. ¿Conoce usted a Arlés? Es la pura belleza. He visto en los claustros de San Trofimo posarse palomas sobre los hombros de las estatuas, y he visto lagartijas grises calentarse al sol sobre los sarcófagos de los Aliscamps. Las tumbas están alineadas a uno y otro lado del camino que conduce a la iglesia. Son de forma cúbica y sirven de refugio a los miserables. Cierta noche, mientras paseaba en compañía de Pablo Arene, tropecé con una pobre vieja que amontonaba hierbas secas en la tumba de una virgen antigua, muerta el día de sus bodas. La dimos las buenas noches. Ella respondió: "Dios les oiga, pero mi suerte maldita hizo que este sepulcro esté abierto del lado del mistral. Si la abertura estuviera del otro lado, yo dormiría tranquilamente como la reina Juana."

Teresa nada respondió: sentía una especie de letargo. Y Choulette tiritaba con el frío de la noche y por miedo a la muerte.

VIII

En su carricoche inglés, guiándolo ella, mis Bell había conducido desde la estación de Florencia, por los declives de la colina, a la condesa Martín Belleme y a la señora Marmet hasta su casa de Fiésole, que, sonrosada y coronada por una fila de balaustres, encarábase con la deliciosa ciudad. Su doncella cuidaba de los equipajes. Miss Bell había procurado a Choulette un buen alojamiento en casa de la viuda de un sacristán, a la sombra de la catedral de Fiésole, y le invitó a comer con ellas todos los días. Fea y agradable, con el cabello cortado, vestida con chaqueta y camisa de hombre sobre su pecho de mozalbete, casi atractiva y de muy escasas caderas, la poetisa hizo a sus amigas francesas los honores de la casa, reflejo de las ardientes delicadezas de su gusto. En las paredes del salón, vírgenes sienesas, pálidas y de alargadas manos, reinaban apacibles entre ángeles, patriarcas y santos, dentro de las hermosas tallas doradas de los trípticos. Sobre un zócalo erguíase la Magdalena, cubierta con sus cabellos, espantablemente escuálida y envejecida. Tal vez era una mendiga del camino de Pistoya abrasada por el sol y la nieve, copiada en barro con fidelidad horrible y conmovedora por un precursor desconocido de Donatello. Y en todas partes, los blasones de miss Bell: campanas y campanillas; las mayores alzaban su cúpula de bronce en los ángulos de la estancia, otras formaban fila a lo largo de las paredes, las menores hallábanse colocadas sobre la cornisa. Las había sobre la chimenea, sobre las arcas y sobre los armarios; en las vitrinas amontonábanse las campanillas de plata y de oro. Grandes campanas de bronce con el lirio florentino; campanas del Renacimiento, que representaban una dama con verdugado; campanillas de difuntos, decoradas con lagrimones y huesos; campanillas cubiertas de animales simbólicos y de follajes, que resonaron en las iglesias en tiempo de San Luis; campanillas de mesa del siglo XVII, con una estatuita para empuñadura; esquilas achatadas y sonoras de las vacas de los valles del Rutli; campanas indias, que vibran suavemente golpeadas por un asta de ciervo; campanas chinas en forma cilíndrica. Procedían de todos los países, de todos los tiempos, y se habían reunido allí al llamamiento de la menuda miss Bell.

-Usted mira mis blasones parlantes -dijo a la señora Martín-. Creo que todas estas "miss Bell" hállanse aquí satisfechas, y no me extrañaría mucho que un día comenzasen a repiquetear todas a la vez. Pero no hay que admirarlas a todas igualmente. Reservemos las mayores y las más incondicionales alabanzas para esta.

Rozó con un solo dedo una campana oscura y sin adorno, que produjo un sonido penetrante.

-Esta -prosiguió- es una santa lugareña del siglo quinto, es una hija espiritual de San Paulino de Nola, que fue el primero en producir cánticos celestiales sobre nuestras cabezas; es de un raro metal que se llama bronce de Campania.

Pronto verá usted, junto a esta joya, otra florentina gentilísima, la reina de las campanas; la espero uno de estos días. Pero la fastidio a usted, *darling,* con estas niñadas ... , y aburro también a la buena señora Marmet. ¡No es prudente!

Las condujo a sus habitaciones.

Una hora después, la señora Martín, descansada, fresca, luciendo una bata de seda y encajes, bajó a la terraza, donde la esperaba miss Bell. El aire húmedo, entibiado por el sol, débil aún y generoso ya, esparcía la inquieta dulzura de la primavera. Teresa, de codos en la balaustrada, bañó sus ojos en luz. A sus pies, los cipreses levantaban sus ruecas negruzcas y los olivos aparecían diseminados en las pendientes. En el fondo del valle, Florencia lucía sus cúpulas, sus torres y la multitud de sus tejados rojos, entre los cuales el Arno dejaba descubrir apenas su línea ondulante. Más allá azuleaban las colinas. Quiso reconocer los jardines de Boboli, donde paseó en su primer viaje; los Cascine, que no eran muy de su gusto; el palacio Piti, Santa María de la Flor. Luego la sedujo la infinita profundidad encantadora del cielo y contempló en las nubes las formas que se desvanecían.

Tras un largo silencio, Vivian Bell extendió la mano hacia el horizonte.

Librodot

-*Darling,* no lo puedo decir, no sé decirlo. Pero contemple usted, extienda la mirada. Esto que se ve aquí es único en el mundo. En ninguna parte la Naturaleza es tan sutil, delicada y elegante. El Dios que hizo las colinas de Florencia fue un artista. ¡Oh! Era joyero, grabador de medallas, escultor, fundidor de bronces y pintor: era un florentino. No ha hecho nada semejante en el mundo, *darling;* lo demás es una mano menos delicada, de un trabajo menos perfecto. ¿Cómo quiere usted que esta colina violeta de San Miniato, de un relieve tan firme y tan puro, sea del autor del Mont Blanc? No es posible. Este paisaje, *darling,* tiene la belleza de una medalla antigua y de una pintura preciosa; es una perfecta y acabada obra de arte. Ahí verá usted otra cosa que no sé decir, que no sé cómo expresar, y es cierta: en este país me siento, y usted debe sentirlo como yo, *darling,* entre la vida y la muerte, en un estado muy noble, muy triste y muy dulce. Mire, mire usted mucho: descubrirá la melancolía de las colinas que rodean a Florencia y percibirá que una tristeza deliciosa emana de la Tierra de los Muertos.

El sol declinaba en el horizonte; los picachos desaparecían, uno tras otro, en la oscuridad, mientras en el cielo se inflamaban las nubes.

La señora Marmet estornudó.

Miss Bell ofrecióle un chal y advirtió a sus amigas que los anocheceres eran frescos y perniciosos.

Luego dijo:

-*Darling,* ¿conoce usted a Santiago Dechartre? Pues me ha escrito que estaría en Florencia la semana próxima. Pláceme que Santiago Dechartre se encuentre con usted en nuestra ciudad. Nos acompañará a las iglesias y a los museos, tendrá usted un buen guía. Penetra la hermosura de las cosas porque siente un arte sincero. Es un exquisito escultor; sus figuras y sus medallones son aún más admirados en Inglaterra que en Francia. ¡Oh! Estoy muy satisfecha de que Santiago Dechartre se encuentre con usted aquí, *darling.*

IX

Al día siguiente, cuando al salir de Santa María la Nueva, atravesaron la plaza donde, como en los circos antiguos, hay dos mojones de mármol, dijo la señora Marmet a la condesa Martín:

-Creo que allí está el señor Choulette.

Sentado en el cajón de un zapatero, con su pipa en la mano, Choullete hacía gestos rítmicos como si recitara poesías. El zapatero florentino, sin dejar su trabajo de lezna, escuchábale amable y sonriente. Era un hombrecillo calvo que representaba uno de los tipos familiares a la pintura flamenca. Sobre la mesa, entre las hormas de madera, los clavos, los pedazos de cuero y las bolas de pez, una albahaca frondosa lucía su cabeza verde y redonda. Un gorrión falto de una pata, sustituida por una pajuela, saltaba alegremente sobre el hombro y sobre la cabeza del viejo.

La señora Martín, divertida por aquel espectáculo, llamó a Choulette, que pronunciaba muy dulcemente frases armoniosas, y le preguntó por qué no había ido con ellas a visitar la capilla de los Españoles.

El se levantó y dijo:

-Señora, usted se ocupa de vanas imágenes; pero yo no me aparto nunca de la vida y de la verdad.

Despidióse del remendón, ofreciéndole muy cordialmente la mano y se fue para servir de acompañante a las dos señoras.

-Ibame a Santa María la Nueva, cuando vi a ese viejo que apretaba la horma sobre sus rodillas para coser un tosco zapato. Porque me pareció humilde y bueno, le dije en italiano:

"Señor mío, ¿quiere usted que bebamos juntos un vaso de Chianti?" Admitió el convite y fue a la taberna en busca de una botella y unos vasos mientras yo guardaba su establecimiento. Después bebimos; le recité algunos versos oscuros, pero enternecedores, y le subyugaron las rimas. Volveré a su cuchitril para que me instruya enseñándome a coser zapatos y a vivir sin afanes, después de lo cual no sentiré tristeza, porque solamente la ociosidad y el deseo nos entristecen.

La condesa Martín sonrió.

-Señor Choulette, yo nada deseo, a pesar de lo cual no estoy alegre. ¿Será preciso también que haga zapatos?

Choulette respondió gravemente: -No es tiempo todavía.

Llegados a los jardines de los Oricellaris, la señora Marmet se dejó caer en un banco. Había examinado en Santa María la Nueva los apacibles frescos de Ghirlandajo, las sillas del coro, la Virgen de Cimabué, las pinturas del claustro, y a todo atendió minuciosamente por la memoria de su marido, que, según ella, fue muy devoto del arte de Italia.

Al verla fatigada, Choulette sentóse a su lado y la preguntó:

-¿Podría usted decirme si es cierto que el Papa se manda hacer los trajes en casa de Worth?

La señora Marmet no lo creía; sin embargo, Choulette lo había oído decir en los cafés. La señora Martín sorprendíase de que, siendo católico y socialista, Choulette hablara con tan poco respeto de un Papa amigo de la República. Lo cierto es que el poeta no estimaba gran cosa a León XIII.

-Muy escasa es la sabiduría de los príncipes -dijo-. La salvación de la Iglesia estará en la República italiana, como lo cree y lo quiere León Trece; pero la Iglesia no será salvada, como supuso ese piadoso Maquiavelo. La revolución hará perder al Papa su limosna inicua con el resto de su patrimonio, y esta será su verdadera salvación. El Papa, despojado y pobre recobrará su antiguo poder, agitará el mundo, volverán Pedro, Lino, Cleto, Anacleto y Clemente, los humildes, los ignorantes, los santos de los primeros días que cambiaron la faz de la Tierra. Si mañana (cosa imposible) se sentara en la silla de San Pedroun verdadero obispo, un verdadero cristiano, yo le saldría al encuentro para decirle: -"No seáis el anciano amortajado vivo en una tumba de oro. Despedid a vuestros camareros, a vuestros guardias nobles y a vuestros cardenales; abandonad vuestra corte y los simulacros del poderío. Venid de mi brazo a mendigar vuestro pan a través de las naciones. Cubierto de harapos, pobre, enfermo, moribundo, id a lo largo de los caminos mostrando en vos la imagen de Jesús. Decid: "Yo mendigo mi pan para condenación de los ricos." Entrad en los pueblos y gritad de puerta en puerta con una estupidez sublime: "Sed humildes, sed bondadosos, sed pobres." Anunciad en las capitales viciosas, en las zahúrdas y en los cuarteles la paz y la caridad. Os despreciarán, os apedrearán, los gendarmes os llevarán a la cárcel; seréis para los humildes lo mismo que para los poderosos, para los pobres como para los ricos, un motivo de irrisión, de asco y de lástima; vuestros sacerdotes os repudiarán y entronizarán antipapas contra vos, dirán que sois loco y no mentirán al decirlo. Es indispensable que seáis loco, porque siempre han sido locos los redentores del mundo. Los hombres os darán la corona de espinas y el cetro de caña y os escupirán. Así os asemejaréis a Cristo, rey verdadero, y por tales recursos entronizaréis el socialismo cristiano, que es el reinado de Dios sobre la Tierra."

Mientras así hablaba encendió Choulette uno de esos largos y tortuosos cigarros italianos atravesados por una pajuela, aspiró algunas bocanadas de humo infecto, y luego, tranquilamente, prosiguió:

-Esto sería práctico. Se me puede negar todo, excepto una visualidad clara de las situaciones. ¡Ah, señora Marmet! Usted no sabrá nunca hasta qué punto es cierto que las mayores empresas del mundo han sido realizadas por locos.¿Cree usted, señora Martín, que un San Francisco de Asís razonable derramaría sobre la Tierra, para refrescar los pueblos las aguas vivas de la caridad y todos los perfumes del amor?

Librodot

-No sé -respondió la señora Martín-; pero las gentes razonables me han parecido siempre fastidiosas. Puedo asegurárselo a usted, señor Choulette.

Volvieron a Fiésole en el tranvía de vapor, que resoplaba al subir por la colina. Llovía. La señora Marmet quedóse dormida, y Choulette se lamentaba porque sus desdichas le asaltaron de nuevo, todas a la vez. La humedad del aire le producía dolores en la rodilla y le imposibilitaba para doblar la pierna. Su saco de mano, extraviado la víspera en el trayecto de la estación a Fiésole, no aparecía, y esto era un desastre irreparable. Una revista parisiense acababa de publicar uno de sus poemas con muchas y enormes erratas.

Acusó a los hombres y a las cosas de serle hostiles y funestos. Mostróse pueril, absurdo, odioso. La señora Martín, entristecida por las lamentaciones de Choulette y por la insistente lluvia, creyó que la cuesta no terminaría jamás.

Luego, en el salón de las campanas de miss Bell, encontró a la poetisa ocupada en copiar sobre una hoja de pergamino, con escritura de bello estilo itálico y tinta de oro, los versos que había compuesto durante la noche. A la llegada de su amiga alzó su carita fea, iluminada y embellecida por sus ojos magníficos.

-Darling, presento a usted al príncipe Albertinelli.

Ostentaba el príncipe, junto a la estufa, la beldad de un dios juvenil, realzada por una barba abundante y negra. Saludó:

-Bastará su hermosura, señora. para inspirar el amor a Francia, si

este sentimiento no estuviese arraigado ya en los corazones.

La condesa y Choulette rogaron a miss Bell que leyera los versos copiados. Ella consideró excesivamente atrevido hacer oír sus inseguras cadencias al único poeta de nuestro tiempo que podía codearse con Francisco Villón. Después, la hermosa voz, trinadora como el canto de un pájaro, recitó:

Mientras la fuente corre, canta y trina
murmura de la roca en los regazos,
y tendiendo sus brazos
hacia el río, cual Náyade se lanza,
dos mozos de belleza venusina
cambiaron sus anillos,
y el amor derramó sobre sus pechos
un torrente de luz y de esperanza.

Se acariciaban sobre agrestes lechos de olorosos tomillos
labio a labio con ímpetu inocente,
y a la hora en que deja el jornalero su trabajo
y descansa, incautamente sorprendidos,
al pueblo regresaban por el mismo sendero.

Con frecuencia de gozo sollozaban,
y en su felicidad no interrumpida
comprendieron que hay penas en lavida.

Donde ansiosos de amor, a todas horas
como la blanda vid y el olmo verde
enlazaban sus ramas gemidoras,
alzábase un arbusto, cuyas flores
de sangre parecían. Lanzas pálidas eran sus hojas,
"Planta del Silencio" habíanle llamado los pastores.

Y ella supo que mordiendo en una
hoja de la planta florecida de carmín
gozarían eternamente de un ensueño,
de una dicha que no tiene jamás fin.

Una tarde, recostada bajo el arbusto sangriento,

a los labios de su amigo acercó una hoja punzante,
viole cómo se dormía para siempre, y al momento
mordió en la hoja, buscando el secreto delirante.

Cayó a los pies de su amante con gozoso arrobamiento.

Ya de noche, las palomas allá (fueron a gemir.
Nada turbó a los amantes en su amoroso dormir.

-Muy hermoso -dijo Choulette-, y de una Italia dulcemente velada por brumas de Tule.

-Sí -repuso la condesa Martín-, esto es muy hermoso; pero, querida Vivian, ¿por qué dos criaturas inocentes resolvieron morir?

-¡Oh *darling!* Porque, después de sentirse todo lo felices que podían ser, ya no deseaban prolongar su vida. Vivir sin deseo es desesperante, *darling,* desesperante. ¿No lo comprende usted?

-¿De modo que sólo vivimos con el ansia de algo?

-Sí, sí, *darling;* vivimos en espera de lo que mañana ... Mañana, rey del país de los prodigios, traerá en su manto negro o azul, sembrado de flores, de estrellas, de lágrimas. *Oh! Bright king ToMorrow!*

X

Habíanse vestido para comer. En el salón, miss Bell dibujaba monstruos, imitados de Leonardo. Los creaba para oírlos después... muy segura de que hablarían y expresarían rítmicamente raros conceptos. Por tales procedimientos buscaba los temas de sus poemas.

El príncipe Albertinelli tarareaba en el piano la siciliana *,Oh Lola!* Sus dedos apenas rozaban las teclas. Choulette, más rudo que de costumbre, pedía hilo y agujas para remendar él mismo su ropa, mientras lamentaba la desaparición de su humilde estuche de limpieza, que llevó consigo durante treinta años, y que le era grato por las dulces memorias y los útiles consejos que encontraba en él. Supuso haberlo perdido en una sala profana del palacio Pitti, y declaraba responsables de aquella pérdida sensible a los Médicis y a todos los pintores italianos.

Dirigió a miss Bell una mirada torva, y dijo:

-Yo compongo mis versos mientras remiendo mi ropa. Me complace la labor de mis manos. Improviso mis canciones mientras barro mi estancia, y por esto mis canciones llegan al corazón de los hombres como las antiguas canciones de los campesinos o de los artesanos, más bellas que las mías, pero no más naturales. Tengo él orgullo de servirme yo mismo. La viuda del sacristán quería coserme la ropa; no se lo he consentido. Es perjudicial consentir que otro realice servilmente aquello en que podemos emplearnos con hidalga libertad.

El príncipe interpretaba negligentemente la negligente música. Teresa, que durante ocho días recorrió iglesias y museos con la señora Marmet, recordaba la fastidiosa manía de su compañera, la cual encontraba en todas las figuras de los pintores antiguos alguna semejanza

con personas conocidas. Por la mañana, en el palacio Ricardi, en los frescos de Benozzo Gozzoli, había visto a los señores Garain, Lagrange, Schmoll, a la princesa Seniavina, de paje, y a Renán a caballo. Extrañábase de que se apareciese Renán en todas partes. Reducía todas las ideas a su pequeño círculo de académicos y mundanos, por un fácil artificio, fatigoso para Teresa. Evocaba con voz dulce las sesiones públicas de la Academia, las lecciones de la Sorbona, las veladas donde brillaban los filósofos espiritualistas y elegantes. Respecto a las mujeres, eran, sin excepción, en su concepto, encantadoras e irreprochables. Comía en casa de todas ellas. Teresa reflexionaba: "Es demasiado prudente la señora Marmet. ¡Me aburre!" Y se proponía dejarla en Fiésole para ir sola a visitar las iglesias. Recordando una frase de Le Ménil, se dijo: "Voy a desprenderme de la señora Marmet."

Un viejo esbelto entró en el salón. Sus bigotes encerados y su perilla blanca le daban apariencias marciales; pero su mirada traicionaba, bajo las gafas, esa dulzura suave de los ojos debilitados en el estudio y en la voluptuosidad. Era el profesor Arrighi, florentino, amigo de miss Bell y del príncipe, antes adorado y galante, célebre aún en Toscana y en la. Emilia por sus estudios agrícolas.

Agradó, desde luego, a la condesa Martín, la cual, sin interesarse mucho por la vida campestre de Italia, interrogó al profesor acerca de sus métodos y de los resultados que obtenía.

-La tierra -dijo Arrighi- es como las mujeres: exige que no seamos tímidos ni brutales.

Al resonar el *Avemaría* en todos los campanarios, convirtió el cielo en un infinito instrumento de música religiosa.

-Darling -dijo miss Bell-, observe usted que todo el ambiente de Florencia vibra sonora y argentinamente por la tarde con las campanas.

-Es curioso -dijo Choulette-. Parecemos unas gentes que aguardan algo.

Vivian Bell le respondió que, en efecto, aguardaban al señor Dechartre. Se retrasaba ya mucho. Era posible que hubiese perdido el tren.

Choulette se acercó a la señora Marmet, y, muy gravemente, dijo:

-Señora Marmet, ¿es capaz de mirar una puerta, una simple puerta de madera pintada, como la de usted o la mía, como esta o como la otra, sin sentirse sobrecogida de espanto y de horror ante la idea del visitante que pudiera llegar a cada momento? La puerta de nuestro albergue se abre sobre lo infinito. ¿Lo ha pensado usted? ¿Sabemos nosotros jamás la verdadera significación de este o de aquel que, bajo una apariencia humana, con una figura conocida cubierta por un traje vulgar, se nos acerca?

En cuanto a él se refería, encerrado en su cuarto, no miraba una vez hacia la puerta sin que se le pusieran los pelos de punta.

Pero la señora Marmet veía sin espanto abrir y cerrar las puertas de su salón, segura de que todos los amigos que la visitaban eran personas bonísimas y agradables.

Choulette la miró tristemente, movió la cabeza, y dijo:

-Señora Marmet, señora Marmet, esos que usted llama por su nombre terrestre tienen otro nombre que usted no conoce, y que es su verdadero nombre.

La señora Martín preguntó a Choulette si creía que la desdicha entra en las casas por la puerta.

-Es ingeniosa y sutil; se cuela por la ventana, se filtra por las paredes, no se pone de manifiesto siempre, pero está siempre en acecho. Las puertas no tienen la culpa de que aparezca el funesto visitador.

Choulette advirtió severamente a la señora Martín que no llamara "funesto visitador" a la desdicha.

-La desdicha es nuestra mayor señora y aliada; es la que nos enseña el sentido de la vida. Cuando sufran ustedes sabrán lo que hay que saber, creerán lo que hace falta creer, harán lo que haya que hacer, serán lo que deben ser, y gozarán la alegría que niegan los goces, la alegría verdadera, que no se halla en los placeres.

El príncipe Albertinelli dijo que miss Bell y sus dos amigas no necesitaban ser

Librodot

desgraciadas para ser perfectas, y que la doctrina de la perfección por el sufrimiento era una bárbara crueldad, contra la que clamaba el hermoso cielo de Italia. Luego, como languidecía la conversación, entretúvose buscando prudentemente las notas de la ágil y ligera siciliana, temeroso de caer en un motivo del *Trovatore,* muy semejante.

Vivian Bell interrogaba por lo bajo a los monstruos que había creado y lamentaba sus respuestas absurdas o picarescas.

-En este momento -decía- sólo quisiera oír a las figuras de los tapices, y que me dijesen cosas pálidas, antiguas y preciosas como ellas.

El hermoso príncipe, arrastrado por la ola de la melodía, cantaba; su voz elevábase y extendíase como una cola de pavo real, y se replegaba para morir en suspiros desmayados.

La buena señora Marmet, con los ojos fijos en la puerta vidriera, dijo:

-Creo que llega el señor Dechartre.

Entró este satisfecho, animado, con el rostro radiante de alegría.

Miss Bell le recibió con chillidos de pájaro.

-Señor Dechartre, ya nos tenía usted impacientes. El señor Choulette hablaba horrores de las puertas... Sí, de las puertas de las casas, y decía también que la desdicha es una vieja compañera muy obsequiosa. Se ha perdido usted muy bellas reflexiones por no llegar antes. Se ha hecho usted esperar demasiado, señor Dechartre. ¿Por qué?

Dio sus excusas. Tardó el tiempo indispensable para llegar al hotel y arreglarse un poco. Ni siquiera saludó aún a su viejo y buen amigo el San Marcos de bronce, tan interesante, que le aguardaba en su hornacina. Tributó alabanzas, a la poetisa, y al saludar a la condesa Martín costóle un esfuerzo reprimir su júbilo.

-Fui a su casa para despedirme de usted, y me dijeron que había venido a esperar la primavera en Fiésole, hospedada por miss Bell. Concebí entonces la esperanza de verla en este país, ahora más encantador que nunca.

Ella preguntó si había pasado antes por Venecia, si había vuelto a ver en Rávena las emperatrices nimbadas, los fantasmas refulgentes.

No, no se había detenido en parte alguna.

Teresa no insistió, y fijó su mirada en el ángulo de la pared, sobre la campana de San Paulino.

El dijo:

-Es un curioso ejemplar.

Vivian Bell abandonó sus papeles y su lápiz.

-Verá usted pronto una maravilla que ha de admirarle mucho, señor Dechartre. He dado con la reina de las campanillas. La encontré en Rímini, en un lugar ruinoso que ahora sirve de almacén, donde fui a buscar maderas viejas empapadas en aceite, que las endurece, las oscurece y las abrillanta. La compré, y exigí que la embalasen en mi presencia. Mientras la espero no vivo. Ya verá. En el costado tiene un Cristo en cruz, entre la Virgen y San Juan, con la fecha de mil cuatrocientos y las armas de los Malatestas. Señor Dechartre, usted no me atiende. Oiga y fíjese. En mil cuatrocientos, Lorenzo Ghiberti, huyendo de la guerra y de la peste, se refugió en Rímini, en casa de Pablo Malatesta, y sin duda, modeló entonces las figuras de mi campana. De modo que dentro de pocos días verá usted una obra de Ghiberti.

En esto anunciaron que la mesa estaba servida. Miss Bell se disculpó de hacerles comer a la italiana; su cocinero era un poeta de Fiésole.

En la mesa, ante los *fiasconi* revestidos de paja de maíz, hablaron del venerable siglo XV, que todos admiraban. El príncipe Albertinelli alabó a los artistas de aquel tiempo por su universalidad, por el amor, ferviente que consagraban a su arte y por el genio que los enardecía. Habló con énfasis y voz acariciadora.

Dechartre los admiraba, pero los admiraba de otra manera.

-Para enaltecer dignamente a esos hombres -dijo-, desde Cimabué a Masaccio, que trabajaron tan a conciencia, quisiera yo elogios modestos y precisos. Sería necesario, por de pronto, mostrarlos en el taller, en la tienda, donde vivían como artesanos. Viéndolos así, en su

trabajosa labor humilde, saborearíamos la sencillez de su genio. Eran ignorantes y rudos, habían leído poco y visto poco. Las colinas que rodean a Florencia cerraban el horizonte de sus miradas y de su alma. No conocían más que su ciudad, la Biblia y algunos restos de esculturas antiguas, estudiadas, acariciadas con amor.

Dice usted bien -repuso el profesor Arrighi . Sólo atendían a emplear los mejores procedimientos. Ponían todo su afán en la preparación de las tablas y en moler perfectamente los colores. Quien discurrió que pegando una tela sobre la tabla la pintura no se resquebrajaría al agrietarse la madera, fue reputado como un hombre maravilloso. Cada maestro tenía sus recetas y sus fórmulas, que reservaba cuidadosamente.

-Felices tiempos aquellos -replicó Dechartre-, en que nadie se ocupaba de la originalidad, que perseguimos ahora tan ávidamente. El aprendiz procuraba imitar al maestro, sin más ambición que hacer lo que vio hacer. Cuando se diferenciaba de los demás era sin proponérselo. No les enloquecía la gloria y trabajaban sólo para vivir.

-Estaban en lo firme -dijo Choulette-. No hay nada mejor que trabajar para vivir.

-El deseo de fama póstuma -prosiguió Dechartre- no les atormentaba. No conocieron el pasado, no imaginaron lo porvenir, y su ensueño no se proyectaba más allá de su vida. Empleaban una voluntad poderosa en trabajar pulcramente, y su mucha sencillez libróles del engaño. Así, vieron la verdad que nuestra inteligencia nos oculta.

Refería Choulette a la señora Marmet, su visita reciente a la princesa de la Casa de Francia, para quien la marquesa de Rieu le había dado una carta de presentación. Se complacía en hacer constar que él, bohemio y vagabundo, fue muy atendido por aquella princesa real, en cuya casa ni miss Bell ni la condesa Martín hubieran sido admitidas y adonde sólo había podido acercarse el príncipe Albertinelli en un día de ceremonia.

-Se dedica -dijo el príncipe-a prácticas piadosas de una minuciosidad extraña.

-Admiro su nobleza y su sencillez -dijo Choulette-. En su casa, rodeada por sus caballeros y por sus damas, observa la más rigurosa etiqueta para que su majestad sea un martirio, y va todas las mañanas a fregar el suelo de la iglesia, una iglesia de aldea frecuentada por las gallinas, mientras el cura y el sacristán juegan a la brisca.

Choulette se inclinó sobre la mesa para imitar con su servilleta la actitud de la fregona. Luego alzó la cabeza y dijo:

-Previas las indispensables antesalas, he sido admitido a besarle la mano.

Hubo un silencio.

La señora Martín, impaciente, preguntó:

-En resumen: ¿qué le ha dicho esa princesa de tan admirable y noble sencillez?

-Me ha dicho: "¿Ha visitado usted Florencia? Me aseguran que hace poco se han abierto tres hermosos almacenes, iluminados de noche." Y añadió: "Tenemos aquí un buen boticario. Los de Austria no son mejores. Púsome en la rodilla, hace seis semanas, un emplasto que todavía no se ha caído." Tales son las palabras que María Teresa se dignó dirigirme. ¡Oh grandeza sencilla! ¡Oh virtud cristiana! ¡Oh nieta de San Luis! ¡Oh maravilloso eco de vuestra voz, santísima Isabel de Hungría!

La señora Martín sonreía, segura de que Choulette se burlaba; pero él protestó indignado, y entonces miss Bella acudió a defenderle contra su amiga.

-Es un prurito de los franceses imaginar que siempre se habla en burla.

Y luego reanudaron las divagaciones artísticas que flotan y se respiran en aquel aire.

-Por lo que a mí se refiere -dijo la condesa Martín-, no soy bastante ilustrada para admirar a Giotto y su escuela. Lo que me admira es la sensualidad del arte del siglo quince, llamado cristiano. Sólo he visto piedad y pureza en las imágenes, por cierto bastante lindas, de fray Angélico; las demás figuras de vírgenes y de ángeles son voluptuosas, acariciadoras, y, con frecuencia, de una perversa ingenuidad. ¿Qué tienen de religioso los jóvenes Reyes Magos, bellos como mujeres, y el San Sebastián, radiante de juventud, especie de Baco doloroso del cristianismo?

Dechartre la respondió que opinaba como ella y que, sin duda, tenía razón, puesto que

Savonarola era de su mismo parecer, y al no hallar espíritu piadoso en ninguna obra de arte, se propuso quemarlas todas.

-Veíanse ya en Florencia -dijo-, en tiempo de aquel soberbio Manfredo semimusulmán, hombres que se decían de la secta de Epicuro y buscaban argumentos contra la existencia de Dios. El bello Guido Cavalcanti despreciaba a los ignorantes que suponen el alma inmortal. Citábase como suya esta frase: "La muerte de los hombres es idéntica en todo a la de las bestias." Más adelante, cuando la antigua belleza salió de las tumbas, el cielo cristiano pareció triste. Los pintores que trabajaban en las iglesias y en los claustros no eran ni devotos ni castos; el Perugino fue ateo, y no lo negaba.

-Sí -dijo miss Bell-; pero se decía que su cabezota era muy dura y que las verdades celestes no podían atravesar su macizo cráneo. Áspero y avaro, sumergíase por completo en los intereses materiales. Sólo pensaba en comprar casas.

El profesor Arrighi tomó la defensa de Pietro Vanucci de Perusa:

-Era -dijo- un hombre honrado. El prior de los jesuitas de Florencia desconfió de él injustamente. Practicaba dicho religioso el arte de fabricar el azul marino moliendo piedras de lapislázuli calcinadas. El azul marino valía entonces su peso en oro, y el prior, depositario, sin duda, de muchos secretos, estimaba su azul en más precio que los rubíes y el zafiro. Pidió a Pietro Vanucci que decorase los dos claustros de su convento, y se prometía maravillas, no tanto de la habilidad del maestro como de la belleza de aquel azul marino al extenderse en los cielos. Mientras el pintor decoraba los claustros con la historia de Jesucristo, el prior, junto a él siempre, le ofrecía el polvo precioso en un saquito que no dejaba de la mano Pietro hundía el pincel en el saquito, bajo la vigilante mirada del santo varón, y lo humedecía en una vasija llena de agua antes de frotar el revocado del muro. De aquel modo consumía gran cantidad de azul. Y el buen padre, viendo enflaquecer y agotarse su saquito, suspiraba: "¡Jesús, cuánta pintura devora esa cal!" Una vez terminados los frescos, y cuando el Perugino hubo recibido del jesuita el precio ajustado, presentóle un saquito de polvo azul, y le dijo: "Ahí tenéis el azul marino que yo tomaba de vuestra mano con mi pincel y que iba depositándolo en el fondo de la vasija, donde yo lo recogía diariamente. Os lo devuelvo para que aprendáis a fiaros de las personas honradas."

-¡Oh! -dijo Teresa-. No hay nada de extraordinario en que el Perugino fuese a un tiempo avaro y probo. No siempre son las gentes codiciosas las menos honradas. Hay avaros muy escrupulosos.

-Naturalmente, *darling* -dijo miss Bell-. Los avaros que no quieren deber nada, y los pródigos encuentran soportable tener deudas. Como no les preocupa el dinero que tienen, menos ha de preocuparles el que deben. No he dicho que Pietro Vanucci, de Perusa, fuera un hombre sin honradez, sino que tenía la cabeza dura y que compraba muchas casas. Me satisface saber que devolvió el azul marino al prior de los jesuitas.

-Puesto que Vanucci era rico -dijo Choulette-, estaba obligado a devolver el azul. Los ricos están obligados moralmente a ser honrados; los pobres, no.

En aquel momento, Choulette, a quien el maestresala presentaba la jofaina de plata, adelantó las manos para recibir el agua perfumada del aguamanil, un jarro cincelado y una jofaina de doble fondo que miss Bell hacía pasar, conforme al uso antiguo, en torno de la mesa después de la comida.

-Yo me lavo las manos -dijo-por el daño que la señora Martín hace o puede hacer con sus palabras o de otro modo.

Y se levantó fosco, mientras miss Bell abandonaba la mesa del brazo del profesor Arrighi.

Ya en el salón, le dijo, al servir el café:

-Señor Choulette, ¿por qué nos condena usted a las tristezas bárbaras de la igualdad? ¿Por qué? La flauta de Dafnis no sonaría bien si estuviera hecha de siete cañas iguales. Usted quiere destruir las bellas armonías del dueño y de los servidores, del aristócrata y de los artesanos. ¡Oh! Es usted un bárbaro, señor Choulette; siente usted compasión hacia los

Librodot

necesitados y no la siente por la divina belleza, a la cual destierra del mundo. La desahucia usted, señor Choulette; la repudia desnuda y llorosa. Crea que la belleza no existirá en el mundo cuando los pobres hombres sean todos débiles, mezquinos e ignorantes. ¡Oh! Deshacer los grupos ingeniosos que forman en la sociedad las gentes de diversa condición, tanto los humildes como los magníficos, es mostrarse tan enemigo de los pobres como de los ricos, enemigo feroz del género humano.

-¡Enemigo del género humano! -repuso Choulette mientras azucaraba su café-. Así es como el romano fiero llamó a los cristianos que predicaban el amor.

Entre tanto, Dechartre, sentado junto a la señora Martín, la interrogaba acerca de sus gustos de arte y de belleza, sostenía, guiaba, animaba sus admiraciones, la impulsaba a veces con acariciadora brusquedad, pretendía que viera cuanto él había visto y que admirase cuanto él admiraba.

Le complacía pensar que la acompañaría por los jardines en los albores de la primavera. La imaginaba de antemano en las nobles terrazas. Ya veía la luz jugueteando en su nuca y entre sus cabellos, la sombra de los laureles descendiendo sobre la órbita sombreada de sus ojos. A su juicio, la tierra, y el cielo de Florencia debían consagrarse a servir de adorno para tan hermosa mujer.

Ponderó la sencillez de su tocado, en armonía con su figura y con su gracia; la franqueza encantadora de las líneas que dibujaban cada uno de sus movimientos. Adoraba -decía él- los adornos animados y vivientes, ligeros, espirituales y libres, que se nos ofrecen rara vez y que no se olvidan jamás.

Siempre halagada, no había oído nunca galanterías que tanto la complaciesen. Estaba segura de vestirse muy bien, con un gusto atrevido y delicado; pero, aparte de su padre, ningún hombre la prodigó con tal motivo elogios tan oportunos. Creía solamente capaces a los hombres de sentir el efecto de su atavío, sin comprender los detalles ingeniosos. Los más entendidos en femeniles elegancias la desagradaban por su carácter y por sus gustos equívocos. Resignábase a ver sólo apreciados los primeros aciertos de su vestir por las mujeres, que la juzgaban con malevolencia y envidia. La admiración artista y masculina de Dechartre la sorprendió, la enorgulleció, y recibió agradablemente los elogios que la tributaba, sin preocuparse de que fueran de sobra íntimos y algo indiscretos.

-Según parece, usted analiza el adorno de la mujer, señor Dechartre.

No, no reparaba mucho. ¡Hay tan pocas mujeres bien vestidas, aun en estos tiempos en que las mujeres visten casi mejor que nunca! No sentía el goce de verlas avanzar empaquetadas en lujosas envolturas; pero al cruzarse con una mujer de las que tienen ritmo y graciosos perfiles, la bendecía.

Prosiguió, levantando un poco la voz:

-A una mujer que sabe adornarse primorosamente a diario le agradezco la interesante lección que ofrece a los artistas. Se viste y se peina para pocas horas, y, sin embargo, es el suyo un afán que no se pierde. Deberíamos todos, como ella, engalanar la vida, sin preocuparnos del futuro. Pintar, esculpir, escribir para la posteridad es una soberbia inocentada.

-Señor Dechartre -preguntó el príncipe Albertinelli-, ¿qué opinaría de un peinador malva sembrado de flores de plata para miss Bell?

-Yo -dijo Choulette- pienso tan poco en el porvenir terrestre, que he escrito mis más hermosos poemas sobre papelillos de fumar. Fácilmente se desvanecen, y queda sólo de mis inspiraciones algo así como una existencia metafísica.

Lo decía seguro de que su fingido abandono le daría importancia; pero, en realidad, nunca desperdició ni una línea de sus escritos. Dechartre era más sincero: no deseaba sobrevivirse, y miss Bell se lo reprochó:

-Señor Dechartre, para que la vida sea fecunda y completa debemos atender al pasado y a lo por venir. Nuestras obras de poesía y de arte hay que realizarlas en honor de los muertos y acordándonos de los que han de nacer. Así participaremos de lo que fue, de lo que es y de lo que será. Usted no quiere ser inmortal, señor Dechartre. Procure usted que Dios no le oiga,

-Me basta vivir un momento aún.

Y, al despedirse, prometió volver al día siguiente, temprano, para llevar a la señora Martín a la capilla Brancacci.

Una hora después, en el aposento estéticamente decorado con telas, donde limoneros cargados de enormes frutos de oro formaban como un bosque mágico, Teresa, acostada ya, descubierto su hermoso brazo desnudo, a la luz del quinqué divagaba y veía flotar confusamente ante sus ojos las imágenes de su vida nueva: miss Bell y sus campanas, figura de los prerrafaelistas, sutiles como sombras; damas y caballeros aislados, indiferentes, entre escenas piadosas, algo tristes y con los ojos fijos en el que llega, más agradables de aquel modo, más apacibles en su dulce letargia, y por la tarde, en la villa de Fiésole, el príncipe Albertinelli, el profesor Arrighi, Choulette, las ocurrencias oportunas y los contrastes de las ideas, Dechartre con la mirada juvenil sobre un rostro algo fatigado y el aspecto moruno de su tez tostada con barba puntiaguda.

Le atribuían una imaginación encantadora, un alma, fecunda y un atractivo irresistible. Ya le había reconocido el don de agradar; pero hasta entonces no descubrió en su nuevo amigo el deseo de agradarla. Esto era una delicia. Entornó los ojos para sentirse acariciada por su pensamiento. Después, de pronto, estremecióse.

Habíase producido en su interior, en el misterio de su ser, un choque doloroso. Tuvo la visión brusca, inesperada, de su amante con la escopeta al brazo, en los bosques. Avanzaba con paso firme y regular por un camino profundo. No podía ver su rostro, y esto la turbaba. Ni odio ni reproches pudo sentir contra él; era de sí misma de quien estaba descontenta. Roberto, andando sin volver la cabeza, se alejaba, se alejaba más y más hasta reducirse a un punto negro en el bosque desolado. Juzgóse brusca, y caprichosa, y cruel, por haberle abandonado sin despedirse. Era su amante, su único amante. No tuvo jamás otro, y pensaba: "Yo no quiero que sea desdichado por mi culpa."

Se tranquilizó poco a poco. La quería, sin duda; pero felizmente, no era muy sensible para inquietarse ni atormentarse. Ella se dijo: "Caza. Está contento. Ve a su tía Lannoix, a la que él admira..." Se distrajo nuevamente, interesada por la alegría encantadora y profunda de Florencia. Había visto sin entusiasmo en los *Officci* un cuadro que Dechartre admiraba. Era una cabeza cortada de Medusa, una obra en la cual Leonardo, a juicio del escultor, expresó la minuciosa profundidad y la finura trágica de su genio. Quería volver a verlo, disgustada porque no supo admirarlo espontáneamente.

Apagó el quinqué y se durmió.

Al amanecer, en sueños, encontraba en una iglesia solitaria a Roberto Le Ménil envuelto en un abrigo de pieles que ella no le conocía. Una muchedumbre de sacerdotes y devotos, aparecía súbitamente, los había separado. No la era posible volver a reunirse con él, no veía su rostro, y esto la desconsolaba. Al despertarse oyó en su ventana -cuyos postigos hallábanse abiertos- un chirrido monótono y triste, y vio cruzar en el alba lechosa una golondrina. Entonces, sin motivo, doliéndose de sí misma y sin explicarse por qué, lloró desesperada, infantilmente.

XI

Vistióse y acicalóse con refinada pulcritud y disimulado atildamiento. Su tocador, producto de una fantasía estética de Vivian Bell, con los cacharros toscamente barnizados, con grandes cántaros de cobre y mesa de azulejos, parecía una cocina, pero una cocina fantástica. Era rústico y maravilloso, a propósito para que la condesa Martín pudiera creerse en pleno cuento de hadas. Mientras que su doncella la peinaba oyó a Dechartre y a Choulette que hablaban bajo sus ventanas. Retocó toda la obra de Paulina, y descubriendo atrevidamente su nuca de contorno delicado y puro, miróse por última vez al espejo y bajó al jardín.

En el jardín, poblado de tejos,como un alegre cementerio. Dechartre recitaba estrofas de Dante, con los ojos fijos en Florencia:

A la hora en que el alma peregri(na...

Cerca de él, Choulette, sentado en la balaustrada de la terraza, con las piernas colgando y con la nariz inclinada sobre la barba, esculpía la figura de la Miseria en su bastón de vagabundo.

Dechartre reanudaba las rimas del cántico:

A la hora en que el alma peregrina
de carne y pensamientos desligada,
y es, en su reflexión, casi divina...

Teresa se aproximaba por un camino de bojes recortados, bajo su sombrilla abierta, con un traje de color de maíz. El claro sol de invierno la doraba.

Dechartre la saludó alegremente, y ella le dijo:

-Recita usted versos que desconozco. Sólo he leído los de Metastasio. Mi profesor de italiano era entusiasta de Metastasio y le daba la preferencia sobre todos los demás. ¿Qué hora es esa en que el alma se diviniza?

-Es la aurora del día. Puede ser también la aurora de la fe y del amor.

Choulette dudaba de que el poeta hubiera querido hablar de los ensueños de la mañana que dejan al despertar una impresión muy viva y a veces dolorosa, y que no son extraños a la carne; pero Dechartre sólo recitaba aquellos versos encantado por el alba de oro que admiró aquella mañana sobre las colinas rubias. Desde tiempos atrás habíase preocupado de las imágenes formadas durante el ensueño, y creía que esas imágenes no se relacionaban con el objeto que más nos absorbe, sino, por el contrario, con las ideas abandonadas durante el día.

Entonces Teresa recordó su ensueño matinal: el cazador perdido en la profunda alameda.

-Sí -decía Dechartre-; lo que vemos de noche, son reminiscencias desventuradas de los que descuidamos durante el día. El sueño es, a menudo, el desquite de las casas desatendidas o el reproche de los seres abandonados. De ahí su imprevisto tema y a veces su tristeza:

-Tal vez sea verdad.

En seguida, vivamente, preguntó a Choulette si había esculpido ya la imagen de la Miseria en el puño del bastón. Aquella Miseria se había convertido en una Piedad, y Choulette reconoció en ella a la Virgen. Hasta compuso una cuarteta para escribirla debajo, una cuarteta didáctica y moral. Sólo quería escribir ya en el estilo de los Mandamientos de la Ley de Dios puestos en verso francés. Su cuarteta estaba concebida en aquel estilo, y accedió a recitarla.

Yo lloro al pie de la cruz. Llora también este amor
bajo el árbol redentor
que inunda al mundo en su luz.

Como en el día de su llegada, Teresa apoyó los codos en la balaustrada de la terraza y buscó a lo lejos, entre la claridad inmensa, las cimas de Vallombroso casi tan fluidas como el cielo. Santiago Dechartre la contemplaba como si la viese por vez primera: ¡tantas delicadezas descubría en aquel rostro, que los afanes de la vida y del alma habían sellado con expresión profunda sin alterar su gracia juvenil y lozana! La luz, que tanto amaba, era indulgente con ella. Y ciertamente,. su hermosura resplandecía en aquella claridad suave de Florencia, que acaricia las bellas formas y alimenta imaginaciones. Un suave color sonrosado teñía sus

mejillas. Sus pupilas, de un gris azul, reían, y cuando hablaba, el brillo de sus dientes revelaba una ardorosa dulzura. El la hizo suya envolviendo en una mirada el busto esbelto, las caderas macizas y la curva atrevida del talle. Su mano izquierda sostenía la sombrilla: su diestra, sin guante, jugueteaba con unas violetas. Dechartre sentía el encanto, el amor la locura de las manos bonitas. Las manos presentaban a sus ojos una fisonomía tan expresiva como el rostro, un carácter, un alma, y aquellas le embelesaron. Parecíanle puras y sensuales, y admiró su desnudez como una voluptuosidad. Adoraba los dedos alargados, las uñas rosadas, la palma algo carnosa y blanda, cruzada por líneas elegantes como arabescos, terminadas en la base de los dedos con relieves armoniosos. Examinó ansiosamente aquellas manos hasta que Teresa las cerró sobre el puño de la sombrilla. Entonces quedóse rezagado y la contempló por la espalda. El busto y los brazos, de un perfil gracioso y puro, las caderas majestuosas, los tobillos delgados... Le satisfacía por completo su bella forma de ánfora viviente.

-Señor Dechartre, aquella mancha negra y lejana la forman los jardines de Bobolí, ¿verdad? Los vi hace tres años. Apenas había flores, y, sin embargo, sus árboles corpulentos y tristes me agradaron.

A Dechartre casi le sorprendía que aquella mujer hablara y pensara. El sonido armonioso de su voz asombróle como si nunca lo hubiera oído.

Respondió cualquier cosa y fingió una sonrisa para ocultar el fondo brutal e indudable de su deseo. Estuvo torpe y desacertado, pero ella no pareció advertirlo. Mostróse muy satisfecha. Aquella voz masculina, insegura y desfalleciente, la acariciaba sin saber cómo.

Y ambos repetían con ternura conceptos vulgares:

-¡Qué panaroma tan hermoso! -El tiempo es apacible.

XII

Temprano aún, descansando la cabeza sobre las almohadas, en las que lucía un escudo bordado en forma de campana, divertíase Teresa en recordar los paseos de la víspera, las vírgenes rodeadas de coros de ángeles, aquellos innumerables niños pintados o esculpidos, hermosos todos y todos felices, que cantan ingenuamente el ¡aleluya! de la gracia y de la belleza. En la ilustre capilla de los Brancaccis, ante los frescos pálidos y resplandecientes como un alba divina, Dechartre le habló de Masaccio en frases tan luminosas y vibrantes, que Teresa creyó ver al adolescente maestro de los maestros con la boca entreabierta, la mirada sombría y azul, distraído, moribundo, alucinado. Y admiró las maravillas de un amanecer más delicioso que el pleno día. Era Dechartre, a juicio de Teresa, el alma de aquellas formas preclaras, el espíritu de aquellas nobles cosas. Sólo por él y en él comprendía el arte y la vida; sólo se interesaba en los espectáculos del mundo por cuanto a él interesaban.

¿Cómo nació semejante simpatía? No se daba cuenta. Al principio, cuando Pablo Vence se lo quiso presentar, no tuvo ningún deseo de conocerlo, ningún presentimiento de que pudiese agradarla. Ella recordaba los bronces elegantes, los bocetos delicados que admiró en el Salón del Campo de Marte o en Casa Durand-Ruel, pero nunca supuso al autor de aquellas obras más interesante que la mayoría de artistas y aficionados al arte que la entretenían en sus almuerzos íntimos. En cuanto le habló agradóle, y concibió la idea obstinada de atraerlo, de verlo con frecuencia. La noche que Dechartre comió en su casa. Teresa pudo advertir que la inspiraba una inclinación seductora; pero muy pronto la causó enojo, y se impacientó al verlo tan abstraído y tan poco preocupado de ella. Hubiera querido turbarle. Intranquila y apesadumbrada, se dolía de su aislamiento como de un abandono, cuando al anochecer se encontraron ante la reja del Museo de las Religiones y él habló de Rávena y de aquella emperatriz sentada en una silla de oro dentro de su tumba. Le había parecido serio y atrayente, de voz persuasiva y mirada penetrante en la oscuridad nocturna; pero con exceso abstraído,

indiferente, impenetrable. La hizo sentir una especie de angustia, y no sabía ya si deseaba verlo con frecuencia o no volver a verlo.

Desde que se habían reunido en Florencia, fue su gozo único sentirle cerca, oír su voz. Gracias a él su vida era entonces grata, rebosante de atractivos, nueva, enteramente nueva. La reveló goces delicados y tristezas deliciosas del pensamiento, y despertó las voluptuosidades que dormían en su corazón. Ya estaba decidida a conservarlo. Preveía las dificultades: su inteligencia clara y su temperamento se las mostraban todas. Por un instante trató de engañarse a sí misma imaginando que un hombre soñador exaltado, reducido a sus estudios, acaso no sentiría el goce apasionado que inspira la mujer, siempre atento con ella y nunca exigente. Pero mientras revolvía sobre la almohada su hermosa cabeza, sumergida en la negrura de su abundante cabello, no juzgaba muy tranquilizadora esta suposición. Si Dechartre no fuera un enamorado carecería de atractivo. ¿Para qué pensar en lo porvenir? Viviría la hora presente, dichosa, inquieta y con los ojos cerrados.

Así soñaba en la oscuridad, atravesada por flechas de luz, cuando Paulina la llevó algunas cartas con el desayuno. En un sobre que lucía el membrete del Círculo de la calle Real reconoció la escritura rápida y sencilla de Le Ménil. Esperaba recibir aquella carta, y sorprendíase únicamente de que sucediera lo que debía suceder, como en su infancia, cuando el reloj infalible señalaba la hora de la lección de piano.

Roberto hacía en su carta indicaciones razonables. ¿Por qué haberse ido sin advertirle, sin dejarle un "adiós"? Desde su regreso a París aguardaba diariamente una carta que nunca recibía. Fue más afortunado el año anterior, cuando al despertar encontraba, dos o tres veces por semana, cartas tan agradables y tan bien escritas que sentía no poder publicarlas. Su inquietud le había llevado a casa de Teresa.

"Me ha desconcertado la noticia de tu marcha. Tu esposo me recibió, y me dijo que, cediendo a sus instancias, fuiste a terminar el invierno en Florencia, junto a miss Bell. Hacía tiempo que te veía pálida y desmejorada, y supuso que un cambio de aires pudiera reponerte. No querías irte, pero como estabas peor cada vez, te decidiste al fin.

"Yo no había notado que te desmejorases; al contrario, creí que tu salud no dejaba qué desear. Además, el clima de Florencia no es muy a propósito para el invierno. No comprendo el motivo de tu viaje, y me apesara. Tranquilízame lo antes posible, te lo ruego . . .

"¡Suponte lo agradable que será para mí no tener más noticias tuyas que las de tu marido y aguantar sus confidencias! Le contraría tu ausencia y está desolado porque los deberes de la vida pública no le permiten marcharse de París. Oí decir en el Círculo que ahora tiene probabilidades de llegar a ministro. Esto no me extraña, porque no duelen elegirse los ministros entre las personas de buena sociedad."

Luego la contaba sus lances de caza. Había reservado para ella tres pieles de zorro, una, sobre todo, muy hermosa: la piel de un animal bravío al que sacó de su madriguera agarrándole por la cola y que, al revolverle, le mordió en la mano. "Al fin y al cabo -comentaba Le Ménil-, estuvo en su derecho."

En París tenía contrariedades. Su primito se presentaba en el Círculo y temía que no le admitiesen; habíase anunciado ya la candidatura, y en tales condiciones, aconsejarle que se retirase sería echar sobre sí una enorme responsabilidad; pero también sería doloroso un descalabro. Terminaba suplicando que le diese noticias y que regresase pronto.

Después de leer la carta rasgóla tranquilamente; la echó al fuego, y con una tristeza sin encanto, mientras fantaseaba su desilusión, falta de gozo y de arrepentimiento, viola llamear y carbonizarse.

Sin duda, él estaba en lo firme; decía lo que era lógico decir y se lamentaba de lo que era natural lamentarse. ¿Qué responderle? ¿Qué decirle? ¿Se mostraría quejosa? ¿De qué? Le interesaba tan poco el motivo de su queja que necesitaría esforzarse para recordarlo. ¡Oh, no sentía deseos de atormentarle! Muy al contrario, se emocionaba al pensar en él. Segura de que la quería confiado, tranquilo y tenaz, se entristecía y se asustaba. Le Ménil no había cambiado: era el mismo de siempre, pero Teresa no era ya la misma. Estaban separados por

imperceptibles y profundas causas, como las influencia del aire que hacen vivir o morir. Cuando su doncella entró para vestirla no había empezado a escribir la respuesta.

Preocupada, reflexionó: "Tiene confianza en mí. Vive tranquilo." Esto es lo que más la impacientaba. Irritábase contra las gentes que no dudan de sí mismas ni de los demás.

Bajó al salón de las campanas. y Vivian Bel!, que se hallaba escribiendo, la dijo:

-¿Quiere usted saber, *darling,* lo que yo hacía mientras la esperaba? Nada y todo. Versos. ¡Oh *darling!* La poesía es una expansión natural del espíritu.

Teresa besó a miss Bell: apoyó la cabeza en el hombre de su amiga, y dijo:

-¿Los puedo ver?

-¡Oh *darling,* véalos! Son versos hechos sobre el modelo de las canciones populares de su país.

Teresa leyó:

Arrojó la piedra blanca al agua del lago azul,
y la piedra, poco a poco,
se fue hundiendo en la quietud. Cuando ya no la veía
sintió vergüenza y dolor
de ceder al lago pérfido
la carga del corazón.

-*¿Es* un símbolo, Vivian? Explíquemelo usted.

-¡Oh *darling,* no debo explicárselo! Una imagen poética tiene muchos sentidos, y el que usted haya encontrado será para usted el verdadero; pero, sobre todos, tiene uno indudable, *my love, y* es que no debemos renunciar ligeramente a lo que nos llena el corazón.

Los caballos estaban enganchados. Fueron, como habían convenido, a visitar la galería Albertinelli en la calle del Moro. El príncipe las esperaba y Dechartre debía encontrarlas en el palacio. Mientras el coche iba deslizándose sobre las anchas baldosas de la calzada, Vivían Ball prodigó en frases armoniosas su alegría sutil y encantadora. Al avanzar entre las casitas rosadas o blancas, entre jardines escalonados, donde lucían estatuas y fuentes. Vieron oculta, bajo los negruzcos pinos, la villa en que las damas y caballeros del Decamerón, se cobijaron para huir de la peste asoladora de Florencia, y se divirtieron contando cuentos galantes, jocosos o trágicos. Luego confesó una feliz ocurrencia que tuvo la víspera:

-Usted, *darling,* había ido al Carmine con el señor Dechartre, dejando en Fiésole a la señora Marmala que es una agradable anciana, una prudente y culta señora. Conoce muchas anécdotas referentes a personas de distinción que viven en París, y, al referirlas, hace como mi cocinero Pampaloni: cuando sirve los huevos al plato, no les echa sal, pero pone a mano el salero. Las palabras de la señora Marmet son muy suaves: la sal está en sus ojos. Es el plato de Pampaloni, *my love:* cada cual puede sazonarlo a su gusto. ¡Ah!, me agrada la señora Marmet. Ayer, cuando usted se había ido, la encontré sola y triste en un extremo del salón. Recordaba a su esposo. ¡Un triste recuerdo! Yo la dije: "¿Quiere usted que le recordemos juntas? Me han dicho que fue un sabio, miembros de la Sociedad Real de París. Háble me de su marido, señora Marmet." Me respondió que se había consagrado a los etruscos y que les dedicó por entero su vida. ¡Oh *darling!* Acaricié la memoria de aquel señor Marmet que vivió para los etruscos. De pronto me asaltó una magnífica idea y dije a la señora Marmet: "Tenemos en Fiésole, en el palacio Pretorio, un modesto museo etrusco: ¡vayamos a visitarlo!" Me dijo que aquello era lo que más deseaba conocer de toda Italia. Fuimos al palacio Pretorio, vimos una leona y muchas figuritas de bronce, hombrecillos grotescos, muy gordos o muy flacos. Los etruscos formaban un pueblo seriamente alegre: hacían caricaturas de bronce. Pero aquellos muñecos, unos abrumados por el enorme vientre, otros asombrados de mostrar todos sus huesos al desnudo, los contemplaba la señora Marmet con admiración dolorosa. Los veía como... Hay una expresión francesa muy precisa... Como si fuesen los monumentos y los trofeos del señor Marmet.

Librodot

La señora Martín sonrió; pero estaba intranquila. Parecíanle desapacible el cielo, feas las calles, los transeúntes vulgares.

-¡Oh *darling,* el príncipe estará muy satisfecho de recibir a usted en su palacio!

-No lo creo.

-¿Por qué *darling,* por qué?

-No soy muy de su gusto.

Vivian Bell afirmó la contrario: que el príncipe era un admirador ferviente de la condesa Martín.

Los caballos pararon ante el palacio Albertinelli. En la oscura fachada, de rústico aspecto, veíanse clavadas las argollas de bronce de lejanos tiempos, que en noches de fiesta sostenían antorchas de resina y ahora señalan en Florencia las moradas más ilustres. El palacio tenía también un aspecto de orgullo austero, y en su interior mostrábase vacío, ocioso, hastiado. El príncipe se apresuró a salirles al encuentro y las condujo, a través de varios salones desamueblados, hasta la galería. Excusóse de ostentar lienzos que no eran, sin duda, de un aspecto agradable. Había sido formada la galería por el cardenal Julio Albertinelli cuando aún dominaba el gusto de Guido y de los Carraches. Su ascendiente se había complacido en reunir obras de la escuela de Bolonia. Pero el príncipe ofreció a la señora Martín mostrarle algunas pinturas que no habían desagradado a miss Bell; entre otras, una Mantegna.

La condesa Martín comprendió, desde luego, que todas aquellas obras carecían de arte y de importancia. Se aburría, la fastidiaban los innumerables cuadritos de Parrocel, que muestran en sus nebulosidades, al resplandor de un disparo, un trozo de armadura y la grupa de un caballo blanco.

Un criado presentó una tarjeta, y el príncipe leyó en voz alta el nombre de Santiago Dechartre. En aquel momento hallábase de espaldas a las dos señoras, y su rostro adquirió la expresión de cruel displicencia que sólo se advierte en las estatuas de los emperadores romanos. Dechartre aguardaba en el descansillo de la escalera principal.

El príncipe salió a su encuentro con una lánguida sonrisa. Ya no era Nerón, era Antinoo.

-Yo animé al señor Dechartre para que viniera al palacio Albertinelli -le dijo miss Bell¯, segura de ser agradable a los dos, porque nuestro amigo deseaba conocer su galería.

Lo cierto era que Dechartre había deseado encontrarse allí con la señora Martín. Los cuatro avanzaban entre los Guidos y los Albanis.

Miss Bell gorjeaba ante su príncipe delicados conceptos acerca de los viejos y de las vírgenes, cuyos mantos azules eran agitados por una tempestad inmóvil. Dechartre, pálido, enervado, se acercó a Teresa y la dijo en voz baja:

-Esta galería es un depósito donde los mercaderes de cuadros del mundo entero cuelgan el desecho de sus almacenes, y el príncipe vende lo que los judíos no hubieran podido vender nunca.

La llevó ante una Sagrada Familia, expuesta en un caballete adornado con terciopelo verde, que lucía en la orla el nombre de Miguel Angel.

-He visto esta Sagrada Familia en casa de los traficantes de Londres, de Basilea y de París. Como ellos no lograron venderla en los veinticinco luises que vale, han encargado al último de los Albertinelli que pida cincuenta mil francos.

El príncipe violos cuchichear, y como si adivinara lo que decían, se acercó muy amable:

-Hay una imitación de este cuadro que se prodiga en todas partes. No afirmo que este sea el original; pero siempre estuvo en la familia, y los viejos inventarios lo atribuyen a Miguel Angel. Es todo cuanto se puede decir.

El príncipe volvióse hacia miss Bell que buscaba los primitivos.

Dechartre sentíase inquieto. Desde la víspera pensaba en Teresa. Toda la noche había reflexionado y laborado sobre su imagen. Por fin la veía deliciosa en realidad, más deliciosa y más deseable que su ensueño, menos vaporosa y flotante; de un sabor carnal más vivo, más fuerte, más acre, y también con un alma incomprensible, impenetrable, y al hallarla triste la supuso, fría, indiferente; creyó no interesarla, parecerle importuno y ridículo. Entristecióse,

disgustóse, y murmuró vagamente al oído de Teresa:

-Lo había reflexionado. Decidí excusarme de venir. ¿Por qué vine?

Ella comprendió al punto lo que significaba su confidencia: la temía. Sintióle impaciente, tímido y desacertado. Le agradaba verle de aquel modo y le agradecía íntimamente que mostrara turbación y deseos inspirados por ella.

El corazón de Teresa latió violentamente; pero como si hubiera deducido que Dechartre se hallaba contrariado por la mala pintura, le respondió que, efectivamente, aquella galería no era interesante. Con el temor de serla desagradable, Dechartre se reprimió al sospechar que, realmente distraída, Teresa no había interpretado el acento ni el alcance de sus palabras.

Entonces dijo:

-Ciertamente, nada interesante

El príncipe, que tenía invitadas a las dos señoras para almorzar, rogó a Dechartre que se quedara también. Dechartre se excusó. Iba a salir cuando, en el gran salón casi vacío, cuyas consolas estaban adornadas con tarros de confitero, hallóse a solas con Teresa. Quería huirla y deliraba por acercarse. La recordó que al día siguiente visitarían el Barguello.

-Usted ha tenido a bien permitirme que la acompañe.

Preguntó ella si fue para él aburrida o fastidiosa. ¡Oh, nunca! Ni fastidiosa ni aburrida, pero tal vez un poco triste.

-¡Ay! -añadió él-. Sus tristezas y sus alegrías ... ¡Ni siquiera tengo el derecho de conocerlas!

Ella dirigióle una mirada rápida, casi dura:

-No supondrá usted que lo tome por confidente. ¿verdad? Y se alejó brusca, sin esperar la respuesta.

XIII

Después de comer en el salón lleno de campanas y campanillas, bajo las lámparas cuyas grandes pantallas sólo dejaban llegar una luz difusa hasta las vírgenes sienesas de largas manos, la buena señora Marmet se calentaba en la estufa, con una gata blanca sobre las rodillas. La tarde estaba fresca. La señora Martín, con los ojos impresionados aún por el aire sutil, las cimas violáceas y las encinas antiguas que retuercen sus brazos monstruosos junto al camino, sonreía fatigada y feliz. Había ido con miss Bell, Dechartre y la señora Marmet, a la cartuja de Emma, y en la grata embriaguez de sus imaginaciones olvidaba las inquietudes de la antevíspera, las cartas importunas, los reproches lejanos, como si ya sólo hubiese para ella en el mundo claustros cincelados y pintados, con un pozo en el centro del patio, aldeas de tejados rojos y caminos donde, arrullada por palabras halagadoras, veía incubarse la primavera. Dechartre acababa de modelar para miss Bell el boceto en cerca de una Beatriz La poetisa pintaba unos ángeles. Inclinado sobre ella, con abandono, el príncipe Albertinelli arqueaba mucho la cadera, se acariciaba la barba y esparcía en torno suyo miradas de mujer galante.

Respondiendo a una reflexión de Vivian Bell acerca del matrimonio y el amor, dijo:

-Es preciso que la mujer elija. Con un hombre muy solicitado por las mujeres, la esposa no es feliz, y con un hombre indiferente a las mujeres, tampoco es feliz.

-Darling -preguntó miss Bell-, ¿qué elegiría usted para una amiga a quien estimase?

-Desearía, miss Bell, que mi amiga fuese feliz, y desearía también que viviera tranquila en el desprecio de la traición, de las sospechas humillantes y de las mezquinas desconfianzas.

-Pero, *darlin,* supongamos, como afirma el príncipe, que una mujer no puede sentirse a un tiempo dichosa y segura: diga lo que usted elegiría para su amiga; dígalo, *darling.*

-Nadie elige miss Bell; nadie elige. No me haga decir lo que pienso del matrimonio.

En aquel momento apareció Choulette, arrogante como esos mendigos que decoran las entradas de los pueblos. Había jugado a la brisca con algunos labriegos en una taberna de Fiésole.

-Aquí está el señor Choulette -dijo miss Bell-. El nos dirá cómo debemos entender el matrimonio. Me dispongo a oírle como a un oráculo. No ve lo que nosotros vemos y ve lo que nosotros no vemos. Señor Choulette, ¿qué opina usted del matrimonio?

Sentóse y alzó al aire un dedo socrático:

-¿Habla usted, señora, de la unión solemne del hombre y de la mujer? En tal sentido, el matrimonio es un sacramento, de donde se deduce que casi siempre resulta un sacrilegio. En cuanto al matrimonio civil, es un puro formulismo. La importancia que le concede nuestra sociedad es una simpleza que hubiera hecho reír a las mujeres del antiguo régimen. Debemos este prejuicio, como tantos otros, a la efervescencia de los burgueses, al semillero de fiscales y de alguaciles que llamamos Revolución y que parece admirable a las gentes que se lucran por ella. Es la madre de las majaderías. Desde hace un siglo saca diariamente alguna ineptitud de sus faldas tricolores. El matrimonio civil no es en realidad más que una filiación como tantas otras que adopta el Estado para conocer la condición dé las gentes, porque en un Estado formal todo se clasifica, y todas las clasificaciones valen lo mismo a los ojos del Hijo de Dios. Moralmente, la inscripción en un Libro del Registro no tiene siquiera la virtud de inducir al adulterio. ¿Qué mujer se preocupa de faltar a lo que juró ante un alcalde? No tiene importancia. Los goces adúlteros exigen que se quebranten más elevados respetos.

-Pero, señor mío -dijo Teresa, nosotras nos hemos casado cristianamente.

Y, con verdadera sinceridad, prosiguió:

-No comprendo que un hombre se case, ni que una mujer cometa semejante locura a la edad en que ya sabemos lo que nos conviene.

El príncipe la miró desconfiado; tenía buen criterio, pero era incapaz de suponer que se hablara sin un propósito, desinteresadamente, que se formularan ideas generales. Imaginó que la condesa Martín Belleme conocía sus proyectos y deseaba estorbarlos. Pensando ya en defenderse y vengarse, la miró con zalamería, y la dijo con dulzura y galantería:

-Señora, usted destaca el orgullo de las 'bellas e inteligentes francesas, a quienes irrita el yugo. Las francesas aman la libertad, y ninguna la merece tanto como usted. Yo viví también una temporada en Francia. He conocido y admirado la elegante sociedad de París, los salones, los saraos, los banquetes, las tertulias, el juego. Pero en nuestras montañas, bajo nuestros olivos, nos volvemos algo rústicos, adquirimos costumbres campestres, y el matrimonio es para nosotros un idilio encantador.

Vivian Bell examinaba el boceto que Dechartre había dejado sobre la mesa.

-¡Oh! Así era Beatriz, indudablemente. ¿Y sabe usted, señor Dechartre, que algunos hombres malvados aseguran que Beatriz no ha existido?

Choulette declaró que se contaba en el número de aquellos malvados. No creía que Beatriz fuera más real que otras damas mediante las cuales los antiguos poetas amorosos representaban alguna idea escolástica de una sutileza ridícula.

Impaciente por no recibir los elogios con ansia esperados, celoso de Dante como de todo el Universo, muy culto erudito además, hirió allí creyendo encontrar el flaco de la armadura:

-Supongo que la hermanita de los ángeles vivió sólo en la enjuta imaginación del altísimo poeta. Parece un concepto alegórico, tal vez sea un ejercicio de cálculo, un tema de astrología. Dante, que, dicho sea en confianza, era un estudioso doctor de Bolonia muy lunático, tenía fe ciega en la virtud de los números. Matemático incandescente, soñaba con las cifras, y su Beatriz es una flor aritmética. ¡Ni más ni menos!

Encendió su pipa.

Miss Ball replicóle:

-¡Oh, no hable usted así, señor Choulette! Me hace usted daño. Si nuestro amigo Gebhart le oyera se disgustaría mucho con usted. Para caestigarle, el príncipe Albertinelli le

va a leer el cántico en el cual Beatriz explica las manchas de la luna. Coja usted *La Divina Comedia,* Eusebio. Es ese libro encuadernado en piel blanca, que está sobre la mesa. Cójalo usted.

Durante la lectura, a la luz de la lámpara, Dechartre, sentado en el canapé junto a la condesa Martín, hablaba en voz baja de Dante como el más escultor de los poetas. Recordó a Teresa la Pintura que vieron juntos la antevíspera en Santa María, sobre la puerta de los Servis, fresco borroso en el que a duras penas se adivinaba al poeta con la caperuza ceñida de laureles, Florencia y los siete círculos: más que suficiente para exaltar al artista. Pero Teresa nada observó; aquello no la conmovía, y confesaba que Dante, de sobra tétrico, no era muy atrayente. Dechartre, acostumbrado a verla compartir y alabar todas sus ideas de arte y poesía, sintió sorpresa y hasta disgusto, y la dijo en voz alta:

-Hay cosas grandes y sublimes que usted no alcanza.

Miss Ball levantó la cabeza y preguntó qué cosas eran aquellas que *darling* no alcanzaba, y cuando supo que era el genio de Dante, exclamó con fingida cólera:

-¡Oh! ¿Usted no honra al padre, al maestro digno de todas las alabanzas, al dios caudal? Ya no la quiero a usted *darling.* La odio.

Y como reproche a Choulette y a la condesa Martín, recordó la piedad de aquel ciudadano de Florencia que arrancó de un altar los cirios que alumbraban a la imagen de Cristo para ofrecérselos al busto de Dante.

El príncipe había reanudado su lectura interrumpida.

Dentro, nos recibió la perla eterna ...

Dechartre se obstinaba en conseguir que Teresa admirase lo que desconocía. Seguramente sacrificaría por ella no sólo a Dante, sino a todos los poetas, con el resto del Universo; pero al verla tan próxima, tranquila y deseada, irritado por los atractivos de su belleza provocadora, pretendía imponerle sus ideas; sus pasiones de arte, hasta sus fantasías y caprichos, acorralándola con frases concluyentes y agresivas.

Ella le dijo:

-¡Dios mío! ... ¡Qué violento es usted!

Dechartre acercóse más a ella y dejó caer en su oído estas palabras, cuyo ardor quiso vanamente templar al pronunciarlas:

-Me ha de admitir como soy. No me satisface agradarla con fingimientos.

Estas palabras hicieron temblar ligeramente a Teresa de miedo y de gozo.

XIV

Al día siguiente, apenas hubo despertado, pensó en contestar a Roberto. Llovía. Con languidez sintióse absorta por el tamborileteo de las gruesas gotas al caer sobre la terraza. Vivian Ball, precavida y refinada, había hecho poner sobre la mesa toda una papelería artística, plieguecillos que imitaban la vitela de los misales y otros de un violeta pálido sembrados de motitas plateadas, plumas de celuloide blancas y ligeras que se manejarían como pinceles, y una tinta irisada que sobre la hoja escrita se jaspeaba de azul y oro. Teresa mostrábase impaciente ante aquellas delicadezas y preciosidades impropias de una carta que deseaba fuera sencilla y poco vistosa. Al reparar que el nombre de "amigo" dado a Roberto en la primera línea resaltaba en el papel plateado y se coloreaba como un cuello de paloma o como una concha de nácar, palpitó en sus labios una sonrisa.

Las primeras frases resultaron premiosas, difíciles. Aligeró el resto hablando mucho de Vivian Bel], del príncipe Albertinelli, y un poco de Choulette; dijo que había visto a Dechartre, de paso en Florencia, ponderó algunos cuadros de los Museos, únicamente para

llenar el papel. Recordaba que Roberto no era entendido en pintura y que admiraba solamente un pequeño coracero de Detaille adquirido en Casa Goupil. Lo había colocado una tarde, ufano de su adquisición, en su alcoba, junto al espejo, debajo de los retratos de familia. Aquellos recuerdos lejanos la parecían mezquinos, fastidiosos y tristes. Acabó su carta con frases amistosas, de una dulzura que no era fingida, porque seguramente no se sintió jamás tan afable y bondadosa con su amigo. En cuatro cuartillas había dicho poco, había dado a entender menos, y sólo precisaba que permanecería un mes en Florencia, cuyo clima la fortalecía. Escribió luego a su padre, a su marido y a la princesa Seniavina. Bajó la escalera con sus cartas en la mano. En la antecámara echó tres en la bandeja de plata destinada a recibir la correspondencia, y temerosa de los ojos investigadores de la señora Marmet deslizó en el bolsillo la carta dirigida a Le Ménil, segura de que sus paseos la permitirían echarla en un buzón sin que nadie lo advirtiese.

Al poco rato llegó Dechartre a buscar a las tres amigas, para recorrer en su compañía la ciudad.

Como hubo de aguardar un momento en la antesala, vio las cartas en la bandeja.

Sin creer de ningún modo en la adivinación de las almas por la escritura, era sensible a la forma de las letras y observaba el dibujo de los trazos, que también pueden tener su elegancia. La escritura de Teresa encantóle como una reciente reliquia, y saboreó la noble franqueza, el perfil valiente y sencillo de las letras. Las contemplaba, sin leer, con admiración sensual.

Visitaron aquella mañana Santa María la Nueva, donde la condesa Martín había estado ya con la señora Marmet, pero miss Bell las reprochó que no se fijaran en la bella Ginebra de Benci de un fresco del coro. "Es preciso admirar a la luz de la mañana esa figura matinal", dijo la poetisa, que se había separado con Teresa, mientras Dechartre, junto a la señora Marmet, soportaba pacientemente anécdotas de los académicos invitados a comer por las damas elegantes, y compartía las cavilaciones de la pobre señora, muy preocupada en aquellos días por la compra de un velo de tul: no encontraba ninguno de su gusto en los almacenes de Florencia, y se lamentaba de no poder adquirirlo en la calle de Bac.

Al salir de la iglesia pasaron delante del tenducho del zapatero de quien Choulette se proclamó discípulo. Aquel buen hombre remendaba toscos zapatos. La albahaca erguía su bola de verdura, y el gorrión piaba y saltaba con su patita de palo.

La señora Martín interesóse por la salud del viejo, y le pregunto si ganaba con su trabajo lo suficiente para vivir: si vivía satisfecho. A todas estas preguntas respondióle el zapatero con el "sí" encantador de Italia, el "sí" armonioso, que trinaba dulcemente en su boca desdentada. Le hicieron referir la historia de su gorrión. El pobre animalito había metido la pata en la pez derretida.

-Puse al compañerito una pata postiza hecha con un palillo, y se viene a mi hombro como antes.

-Este pobre viejo -dijo miss Bell- es quien enseña la sabiduría al señor Choulette. Hubo en Atenas un zapatero llamado Simón que escribía tratados filosóficos y fue amigo de Sócrates. Siempre me haparecido el señor Choulette semejante a Sócrates.

Teresa pidió al zapatero noticias de su pasado. Se llamaba Serafino Stoppini y había nacido en Stia. Era viejo y había sufrido mucho.

Levantando sus anteojos sobre la frente y descubriéndose sus ojos azules, muy dulces y casi apagados bajo los párpados sanguinolentos, dijo:

-Tuve mujer, tuve hijos. Ya no los tengo. Supe cosas que ya no sé.

Miss Bell y la señora Marmet habían ido en busca del velo.

"Sólo tiene ya sus herramientas -pensó Teresa-, un puñado de clavos, la cubeta en que moja los pedazos de suela y un tiesto de albahaca. Sólo eso tiene, y es feliz."

Luego le dijo:

-Esta planta huele bien, y florecerá pronto.

El respondió:

-En cuanto florece, muere. Teresa, al despedirse, dejó sobre la mesa una moneda de plata. Dechartre iba junto a ella. Muy serio, casi con severidad, la dijo:

-¿Sabía usted ...

Ella lo miró, y aguardó que acabara la frase.

.. que la adoro?

Siguió Teresa un momento silenciosa fijando en los ojos del hombre sus ojos claros, cuyos párpados aleteaban. Luego hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Y sin que Dechartre intentara retenerla, fue a reunirse con mis Bell y la señora Marmet, que la esperaban al extremo de la calle.

XV

La condesa Martín almorazaba con su amiga y la señora Marmet en casa de una vetusta señora florentina, que tuvo amores con Víctor Manuel cuando sólo era duque de Saboya. Llevaba treinta años sin salir de su palacio, en cuyos blancos salones, pintarrajeada, empolvada, luciendo una peluca de color violáceo, tocaba la guitarra y recibía a lo más lucido de la sociedad florentina. Miss Bell la visitaba frecuentemente. En la mesa, aquella reclusa de ochenta y siete años interrogó a la condesa Martín acerca del mundo elegante parisiense, cuyo movimiento seguía ella en los periódicos y en las conversaciones, con una frivolidad que tomaba caracteres augustos por su duración. En su soledad conservaba el respeto y el culto del placer.

Al salir del palacio, para evitar el viento que soplaba sobre el río, el molesto *libeccio,* miss Bell guió a sus amigas internándolas en las viejas calles estrechas con casas de piedra negruzca que bruscamente se entreabren sobre el horizonte donde se alza una colina riente con tres árboles raquíticos. Avanzaban, y Vivian iba mostrando a su amiga, sobre las fachadas sórdidas, entre rojizos pingajos, una Virgen, una flor de lis, una Santa Catalina bajo un arco de follaje. Fueron por aquellos callejones de la ciudad antigua hasta la iglesia de San Miguel, donde se habían citado con Dechartre. Teresa pensaba ya en él con una complacencia grata y minuciosa. La señora Marmet seguía pensando en comprarse un velo azul, y la hicieron concebir esperanzas de hallarlo en el Corso. Este asunto la recordó una distracción del señor Lagrange, el cual, cierto día, en cátedra, sacó del bolsillo un velo con motas de oro y se enjugó la frente, creyendo hacerlo con su pañuelo. Los alumnos, sorprendidos, cuchicheaban. Era el velo que la noche anterior le había dado a guardar su sobrina la señorita Juana Michot, a la cual acompañó al teatro. Y la señora Marmet explicaba como a su regreso, al encontrárselo en el bolsillo de su gabán, lo dejó allí con la idea de ir luego a devolverlo a su sobrina, y cómo por inadvertencia lo desplegó y agitó ante sus oyentes atónitos.

Al oír el nombre de Lagrange, Teresa recordó el pronóstico del sabio, y se dijo con tristeza burlona que sería oportuno en aquel momento el choque de un cometa con el mundo para sacarla de dudas. Pero sobre los muros admirables de la iglesia antigua, vio el cielo, arrasado por el viento del mar, lucir con un azul pálido y cruel, y la poetisa le mostró una de las estatuas de bronce que en sus labradas hornacinas adornan los muros de la iglesia.

-Vea usted, *darling,* qué joven y soberbio es este San Jorge. Antes era San Jorge el caballero en que soñaban las doncellas, y usted sabe que Julieta exclamó al ver a Romeo: "Sin duda es tan hermoso como San Jorge."

Pero *darling* descubría en él un exceso de corrección, de aburrimiento, de terquedad, y se le vino a la memoria el recuerdo de la carta que se había guardado en el bolsillo.

-Creo que se acerca el señor Dechartre -dijo la buena señora Marmet.

Las había esperado en la iglesia, frente al tabernáculo de Orcagna, olvidando el atractivo irresistible que el San Jorge de Donatello ejercía sobre miss Bell. También Dechartre admiraba aquella figura famosa, pero sentía una predilección especial por el San Marcos, rústico y noble, ,que podían ver en su hornacina, a la izquierda, junto a la calleja cruzada por

un botarel macizo apoyado en la antigua casa de los cardadores de lana.

Al aproximarse a la estatua descubrió Teresa un buzón de correos en el muro de la estrecha calle, mientras el escultor, que se había colocado en lugar conveniente para ver a su buen Marcos hablaba de aquella obra de arte con mucha simpatía.

-Para este santo es mi primera visita siempre que vengo a Florencia. Sólo una vez he faltado y me lo perdonará. Es un hombre incomparable. Apenas le admiran y no es popular. Me complace mucho verlo. Está vivo. Comprendo que, después de infundirle un alma, Donatello le dijera: "Marcos, ¿por qué no hablas?"

La señora Marmet, cansada de admirar el San Marcos y sintiendo en la cara las quemaduras del *libeccío,* se llevó a mis Bell hacia la calle Calzaioli en busca del velo.

Alejáronse las dos, dejando a *darling* y a Dechartre entregados a sus admiraciones. Se reunirían en el comercio de modas.

-Me agrada mucho este San Marcos -prosiguió cl escultor-, porque advierto en él, mejor que en el San Jorge, la mano y el alma de Donatello, el cual fue toda su vida un paciente y pobre obrero. Me agrada hoy más que nunca porque me recuerda con su candidez venerable y conmovedora al viejo zapatero de Santa María la Nueva a quien hablaba usted tan galantemente esta mañana.

-¡Ah! -dijo ella-, olvidé su verdadero nombre. Choulette y yo le llamamos Quintín Matsys, porque se parece a los viejos de ese pintor.

Al doblar la esquina de la iglesia para ver la otra fachada, frente a la vieja casa de las cardadoras, que ostenta bajo su alero de rojas tejas el cordero heráldico, viose Teresa junto al buzón, polvoriento y enmohecido, como si el cartero no se acercara jamás, y echó su carta bajo la mirada ingenua de San Marcos.

También Dechartre la vio y sintió un golpe brusco dentro de su pecho. Quiso hablar, sonreír, pero la mano enguantada que había escamoteado la carta era una obsesión de sus ojos. Acordóse de haber visto poco antes algunas cartas de Teresa en la bandeja del recibimiento. ¿Por qué no puso aquella con las demás? El motivo no era difícil de comprender.

Quedó inmóvil, preocupado. Miraba y no veía. Esforzóse para tranquilizarse. Tal vez no había en aquello otra malicia que sustraerse a la molesta curiosidad de la señora Marmet.

-Señor Dechartre, ya es hora de que salgamos al encuentro de nuestras amigas.

Tal vez era una carta insignificante dirigida a la señora de Schmoll, enemistada con la señora Marmet. Pero al punto comprendió la simpleza de tales suposiciones.

Resultaba claro: tenía un amante, y le escribía diciendo, sin duda. "Hoy he visto a Dechartre. Está muy enamorado de mí. Compadécelo". Pero ya escribiera esto u otra cosa, era indudable que tenía un amante. ¡Y no se le había ocurrido suponerlo hasta entonces! Al pensar de pronto en que a Teresa la gozaba otro sintió un enfriamiento de toda su carne y de toda su alma, y la enguantada mano, la deliciosa mano que había echado la carta en el buzón no se borraba de sus ojos y le producía una horrible tortura.

Teresa no supo de momento por qué se quedaba Dechartre mudo y sombrío, pero lo adivinó al verle mirar ansiosamente al buzón de correos. Le parecía extraño que aquel hombre se mostrase celoso cuando no había nada entre los dos, y esto no la disgustaba.

Llegados al Corso, vieron de lejos a miss Bel! y a la señora Marmet que salían de la tienda de modas.

Dechartre dijo a Teresa con voz imperiosa y suplicante:

-Tengo que hablar a usted. Es preciso que la vea sola mañana. Esté usted a las seis de la tarde en Lungarno Acciaoli.

Ella no contestó.

XVI

Cuando, cubierta con su manto carmelita, acudió Teresa a Lungarno Acciaoli hacia las

seis y media, recibióla. Dechartre con una mirada humilde y gozosa que la conmovió. El sol poniente cubría de púrpura las aguas del Arno. Quedaron un momento silenciosos.

Y siguiendo la línea monótona de los palacios avanzaron hacia el Puente Viejo. Ella fue quien primero habló:

-Ya ve cómo vine. Me creía obligada a venir. No me siento inocente de lo que ha pasado. Hice todo lo posible para interesarle. Mi actitud le ha sugerido pensamientos que usted no tendría .. .

El callaba, confuso, y ella prosiguió:

-Fue mi egoísmo imprudente. Me agradaba usted, me agradó su talento, no podía prescindir de verlo y de oírlo. Fui provocadora… No lo he sido con frialdad ni con perfidia, pero lo he sido.

Dechartre movió la cabeza para negar que lo hubiese notado.

-Sí, he sido provocadora. No acostumbro serlo, pero con usted sí lo fui. No digo que haya usted aprovechado mi ligereza, como lo pudo hacer, ni que le haya envanecido. No le creí a usted vanidoso. Es posible que ni advirtiese mis intenciones. Los hombres de talento viven con frecuencia distraídos o ensimismados. Acaso usted no lo ha notado, pero estoy segura de que no me porté como debía, y le pido que me perdone. Por esto vine. Sigamos siendo buenos amigos. Aún es tiempo de remediar mi error.

Díjola Dechartre, con triste dulzura, que la amaba. Las primeras horas de aquel amor habían sido fáciles y deliciosas. Deseaba solamente verla, verla siempre y en todas partes y a todas horas, pero pronto ella le había turbado, le había desarraigado de sí mismo. El daño estalló súbito y violento un día en la terraza de Fiésole. Faltábale ya valor para seguir sufriendo y callando. Todo le impulsaba hacia ella. No la cito con un propósito decidido. Habíale confesado su pasión sin proponérselo y a su pesar en un inexorable deseo de hablar de ella con ella misma, ya que para él no existía nada más en el mundo. Habíale consagrado ya su vida. Quería decirle que la amaba y que su amor no era una suave y vaga ternura, sino un ardor cruel y obstinado. ¡Ay! Lo comprendía todo con mucha claridad imaginando y viendo sin cesar lo que deseaba, y esto era una tortura.

También reflexionaba que, unidos los dos, gozarían plenamente de todo lo que hace llevadera y adorable la vida, y labrarían su existencia como una obra de arte, bella e ignorada. Reflexionarían, admirarían, sentirían a la par. ¡Un mundo maravilloso de emociones y de ideas!

-Convertiremos la vida en un jardín florido.

Ella fingió e extrañada por la sencillez de tal ensueño:

-No ignora usted que impresiona gratamente su conversación. Que para mí es una necesidad verlo y oírlo, se lo he dado a entender de sobra. Seamos amigos y no me atormente más.

Le tendió la mano. El no la tomó, y la dijo con acento brusco:

-No quiero su amistad; no la quiero. Necesito que sea por completo mía o no volver a verla. Ya lo sabe. ¿Por qué me tiende la mano con ofrecimientos irrisorios? Proponiéndoselo o sin proponérselo, ha provocado mi deseo desesperante, mi ansia mortal; ha hecho usted lo posible para causar mi daño, mi sufrimiento, mi tortura. ¡Y quiere que sea para usted un amigo agradable! Ahora es cuando se muestra provocativa y cruel. Si no puede amarme, déjeme libre. Me iré, no sé adónde, a olvidarla, a odiarla, porque siento en mi corazón un fondo de odió y de cólera. ¡Oh, la amo, la amo!

Ella le creyó y temió perderle, temió la tristeza y el hastío de vivir sin él. Entonces dijo:

-Le hallé a usted al paso en la vida. Veo en usted una esperanza, un goce, y no quiero renunciarlo. ¡No quiero!

Tímida y violenta, balbucía. Las palabras se ahogaban en su garganta: el crepúsculo se cernía en cumbres lejanas, y los últimos reflejos del sol palidecían en el Oriente sobre la colina de San Miniato. Siguió diciendo:

Si usted comprendiese mi vida, si comprendiera el inmenso vacío que me rodeó hasta

que su amistad me fue revelada; sí usted supiera lo que ya es para mí, no hablaría de abandonarme.

Pero la voz sonora y suave de Teresa y su acompasado andar le irritaban. La dijo destempladamente lo que sufría, el deseo ardoroso que le inspiraba, la tortura de su obsesión, de qué modo en todas partes, y todas horas, de noche y de día, la veía y la llamaba tendiendo hacia ella los brazos. ¡Ya conocía el dolor divino!

-La gracia de su pensamiento, su atrevida elegancia, su orgullo espiritual, yo los respiro como los perfumes de su carne. Al oírla, me parece que su alma flota en sus labios, y muero por no poder apoyar en ellos los míos. Su alma sólo es para mí el perfume de su belleza. Yo conservaba ocultos los instintos de los hombres primitivos; usted los despierta. Comprendo que la adoro con una sencillez salvaje.

Miróle Teresa dulcemente, sin responder nada. Entre las sombras de la noche flotaban resplandores de cirios y cantos lúgubres, y como fantasmas arrastrados por el viento aparecían los encapuchados. El Crucifijo iba delante: seguían los hermanos de la Misericordia salmodiando y alumbrando a un muerto al que acompañaban al cementerio. Según la costumbre italiana, la comitiva iba de noche, a paso rápido. La cruz, el ataúd, los pendones, cruzaban el malecón solitario. Dechartre y Teresa se arrimaron a la pared para dejar pasar aquella tromba fúnebre: curas, monaguillos, hombres encapuchados, y a galope entre todos, la Muerte importuna, que no es reverenciada en una tierra de voluptuosidades.

Pasó la tromba negra. Las mujeres, llorosas, corrían tras el féretro llevado por fantasmas calzados con zapatones claveteados.

Teresa suspiró:

-¿De qué nos habrá servido atormentarnos en este mundo?

Como si no lo hubiese oído, él repuso tranquilamente:

-Antes de conocerla yo no fui desgraciado. La vida me agradaba, me atraía con curiosidades y ensueños. Saboreaba las formas y el espíritu de las formas, las apariencias que acarician y deleitan. Sentía el goce de ver y de soñar. Disfrutaba de todo y no dependía de nada. Mis deseos, abundantes y ligeros, arrastrábanme sin fatiga. Me interesaba en todo sin ansia ninguna. Sólo se sufre por voluntad. Ahora lo comprendo: mi voluntad no me apesadumbraba. Sin darme cuenta, vivía dichoso, no mucho, lo bastante para hacerme soportable la vida. Pero ahora ya, ni eso tengo. Mis venturas, el interés que me inspiraron las formas reales y las ficciones artísticas, el goce de crear con mis manos una figura soñada, me lo hizo usted perder sin dejarme siquiera el consuelo de lamentarlo. Ya de nada me servirían mi libertad, mi tranquilidad pasadas: me parece que no viví antes de conocerla. Y ahora que me siento vivo no puedo vivir ni lejos ni cerca de usted. Soy más miserable que los mendigos del camino de Ema. Ellos tenían aire que respirar, yo me ahogo sin usted y usted no me salva. Pero me satisface haberla encontrado. Sólo esto llena mi existencia. De pronto creí odiarla. Me engañaba. La adoro y la bendigo por el mal que me ha hecho. Adoro todo lo que viene de usted.

Se acercaban a los árboles negruzcos erguidos junto al puente de San Nicolás. Al otro lado del río los campos silenciosos extendían su tristeza agrandada por la oscuridad. Al verlo calmado y sumergido en dulce languidez creyó Teresa que su amor, puramente imaginario, florecía en frases y desvanecía sus ansias en delirios. No esperaba una resignación tan pronta, y vio alejarse el peligro que la tuvo casi rendida. Ofreció su mano más atrevidamente que la primera vez, y dijo:

-Seamos amigos. Ya es muy tarde. Acompáñeme hasta el coche que he dejado en la plaza de la Señoría. Seguiré siendo para usted una excelente amiga. No estoy enojada.

Pero Dechartre la llevó en dirección opuesta, hacia la soledad creciente del río.

-No, no la dejaré irse sin decir lo que necesito decirla. Y no sé cómo decirlo, ¡no encuentro palabras! La adoro y la deseo. Necesito conocer lo que siente usted por mí, y le juro que no estoy dispuesto a pasar otra noche en el horror de la duda.

La rogó, la estrechó entre sus brazos, y rostro con rostro, avizorado el brillo de su mirada a través del espeso velo, dijo:

Es necesario que me quiera. Lo ansío, y usted también. Diga usted que me corresponde, ¡dígamelo!

Cuando se hubo desasido suavemente, respondióle Teresa con voz débil y pausada:

-No es posible, no es posible. Ya ve usted que le trato con mucha lealtad. Acabo de decirle que no me ha causado enojo, pero no puede ser lo que usted quiere.

Su memoria evocó al ausente, que la esperaba, y Teresa dijo una vez más:

-¡No es posible!

Inclinado sobre ella. Dechartre interrogó ansiosamente la mirada rutilante que aparecía y desaparecía entre las mallas del tupido velo.

-¿Por qué no? Usted me quiere, lo adivino, lo sé. ¡Me quiere! ¿Por qué si me quiere no ha de ser mía?

La atrajo contra su pecho, intentando poner su boca y su alma en aquellos labios velados. Ella se desprendió con agilidad, y dijo:

-No es posible. No me pida usted más. No puedo ceder.

Los labios del escultor se estremecieron, y todo su rostro sufrió una convulsión al decir:

-¡Tiene un amante y le quiere! ¿Por qué se ha burlado usted de mí?

¯Le juro que no ha sido nunca mi propósito burlarme, y le juro también que, si yo alguna vez amara mi amor sería para usted.

Dechartre ya no la oía: -¡Déjeme! ¡Déjeme!

Y huyó hacia la campiña oscura. El Arno, salido de madre, había formado charcos en los que la luna, medio velada, quebraba sus claridades indecisas. Avanzaba Dechartre pisando lodo, metiendo en agua los pies, rápido, ciego y delirante.

Teresa tuvo miedo y lanzó un grito. Le llamó. Pero él no volvía la cabeza para responder, la huía con tranquilidad espantosa. Entonces ella corrió tras él con los pies lastimados por las piedras, con el vestido empapado en agua; lo alcanzó y lo atrajo vivamente.

-¿Qué se propone usted hacer?

Entonces Dechartre la contempló, y al sorprender en los ojos de Teresa el miedo que la estremecía, dijo:

-No tema. Estuve ciego, pero le aseguro que no buscaba la muerte. ¡Oh! ¡Tranquilícese usted! Me siento desesperado y sereno. Huía de usted. Perdóneme. No podré, no podré verla más. Déjeme usted, se lo suplico. ¡Adiós!

Ella respondió, turbada y débil: -Venga usted. ¡Será lo que Dios quiera!

El permaneció triste y silencioso. Teresa repitió:

-¡Venga usted!

Y se apoyó en su brazo. La penetrante dulzura de aquella mano le reanimó, y dijo:

-¿Quiere...?

-Quiero... no perderle.

-¿Me promete...?

-Lo que usted quiera.

Y en su angustiosa inquietud sonrió, vencida por el frenético arrebato del hombre.

Dechartre la dijo:

-¡Mañana!

Vivamente, con su instinto de defensa, ella respondió:

-¡Ah, no; mañana, no!

-No me ama. Ya siente haber prometido...

-No, no lo siento. Es que...

El hombre imploró, suplicó. Mirole Teresa un instante. Luego desvió la vista, vaciló nuevamente, y dijo en voz perceptible apenas.

-El sábado.

XVII

Después de comer, miss Bell dibujaba en el salón, trazando perfiles etruscos barbudos para un almohadón que había de bordar la señora Marmet. El príncipe Albertinelli escogía las lanas con inteligencia femenina de los matices. La tarde avanzaba cuando Choulette, después de jugar a la brisca según su costumbre con el cocinero y en casa del figonero, apareció alegre: rebosaba en su rostro el espíritu de un dios... Fue a sentarse en el canapé, junto a la señora Martín, y la miró con dulzura. La voluptuosidad chispeaba en sus ojos verdes. Sus palabras la envolvían poética y sutilmente como el esbozo de una cancion amorosa que improvisara. En frases breves, doloridas y sorprendentes; descifró el poder de sus encantos.

Teresa pensó:

"¡También este!"

Ella se divertía y bromeaba. Preguntóle si no tuvo en los arrabales de Florencia ningún encuentro afortunado con alguna de esas personas de su predilección -pues eran conocidos sus gustos. Por más que lo negase, ya sabían que de no muy santa casa arrancó el cordón de su Orden Tercera. Sus amigos le sorprendieron en el bulevar San Miguel con jóvenes ligeras, y su predilección por esas infelices criaturas se advertía claramente hasta en sus más bellos poemas:

-¡Oh amigo Choulette! Por lo que se me alcanza, tiene usted aficiones un poco ruines.

El respondió solemne:

-Señora, usted puede recoger el fruto de las calumnias sembradas por su amigo Pablo Vence y arrojarlo sobre mí a manos llenas. Me resigno con humildad. No es indispensable decirla que soy casto y tengo el alma pura; pero no juzgue con ligereza a las que llama ruines y que deben merecerla respeto porque son desdichadas. La joven infeliz y prostituta es el barro dócil al dedo del Alfarero divino, es la víctima expiatoria y el altar del holocausto. Las prostitutas están más cerca de Dios que las mujeres honradas: han perdido la soberbia y se han despojado del orgullo; no se envanecen con las bagatelas que glorifican a la matrona; poseen la humildad, que es el cimiento de todas las virtudes agradables al Cielo. Las bastará un breve arrepentimiento para salvarse las primeras, porque sus pecados sin malicia y sin goce llevan en sí mismos la penitencia y el perdón. Sus faltas, que son dolores, participan de los méritos propios del dolor. Esclavas del amor brutal no disfrutan de las voluptuosidades, y se asemejan en esto a los eunucos por cuanto se refiere al reino de Dios. Son culpables como nosotros: pero la vergüenza mana sobre su crimen como un bálsamo y el sufrimiento las purifica, por lo cual Dios acoge la primera mirada que dirigen hacia El. Para ellas está reservado un trono a la derecha del Padre. En el reino de Dios, la reina y la emperatriz considerarán una dicha poder sentarse a los pies de la buscona callejera, porque no crea usted que la casa celestial esté construida con arreglo a las preocupaciones humanas. Aquello es muy distinto, señora. Sin embargo, la salvación se alcanza también por otros derroteros: hacia ella nos guía el amor a veces. El amor humano es ruin, pero se eleva por dolorosas pendientes y nos aproxima a Dios.

El príncipe se había puesto en pie. Besó la mano a miss Bell. y dijo:

-Hasta el sábado.

-Sí, hasta pasado mañana, sábado -repuso Vivian.

Teresa se estremeció. ¡Sábado! Hablaban del sábado con tranquilidad, como de un día cualquiera y próximo. Ella no había querido imaginar que el sábado llegara tan pronto y naturalmente.

Hacía media hora que se habían separado. Teresa trastornada y abatida, reflexionaba en su lecho cuando golpearon suavemente a la puerta de la estancia, y apareció la cabecita de Vivian entre los grandes limoneros del cortinón.

-¿No la incomodo a usted, *darling?* ¿No tiene usted sueño?

No. *Darling* no tenía sueño y se reclinó sobre un codo, apenas se hundió en la blandura de los colchones.

Darling, sé que tiene usted muy buen juicio. ¡Ah, es indudable! Usted es razonadora como el señor Sadler es violinista. El, a veces, desafina un poco, expresamente, y lo mismo hace usted: cuando no razona con acierto, es porque se permite el placer de divagar, ¡oh *darling,* tiene usted mucha penetración y muy buen juicio! Vengo a pedirle un consejo.

Sorprendida y algo recelosa. Teresa rogó que no la atribuyese aquellas cualidades de que sinceramente se creía privada.

Pero Vivian no la oía.

-He leído mucho a Francisco Rabelais, *my love.* En Rabelais y en Villón he aprendido el francés. Son los viejos e incomparables hablistas. *Darling,* ¿conoce usted *Pantagruel?* ¡Oh, *Pantagruel* es una noble y bella ciudad llena de palacios, en el alba refulgente, antes que pasen los barrenderos! ¡Ah! No, *darling;* los barrenderos no han recogido las basuras, y las criadas no han lavado los vestíbulos marmóreos. Me han dicho que las señoras francesas no leen *Pantagruel.* ¿Usted lo ha leído? ¿No? ¡Ah, no es indispensable! Panurgo pregunta en *Pantagruel* si debe casarse, y se pone con esto en evidencia, *my love.* Pues bien: yo soy la tan ridícula con Panurgo, pues hago a usted la misma pregunta.

Teresa respondió con inquietud manifiesta:

-¡Oh! Me sería imposible complacer a usted. Ya les di mi opinión.

-Pero, *darling,* usted ha dicho solamente que los hombres hacen mal en casarse. Así, pues, no puedo aplicarme su consejo.

Teresa contempló la cabecita varonil de Vivian, que graciosamente revelaba el pudor amoroso, la besó y dijo:

-Amiga mía, no hay hombre en el mundo bastante exquisito y delicado para merecerla.

Luego, con expresión de afectuosa gravedad:

-Usted no es una niña. Si él la quiere y usted le corresponde, haga lo que crea que debe hacer, sin mezclar en el amor intereses y combinaciones que no tienen que ver más con la ternura. Es un buen consejo.

Miss Bell no comprendió al pronto. Después ruborizóse y se puso en pie, muy sorprendida.

XVIII

El sábado, a las cuatro, llegó Teresa, como lo había prometido, a la puerta del cementerio de los ingleses. Allí la esperaba ya Dechartre, frente a la verja. Serio y turbado, apenas habló. No se mostraba triunfante ni gozoso, y esto satisfizo a Teresa. La condujo a lo largo de las tapias de los jardines hasta una calleja desconocida y solitaria. Ella leyó el rótulo: *Vía Alfieri.* Después de andar cincuenta pasos, él se detuvo ante un pasaje sombrío, y pronunció:

-Es allí.

Teresa miróle con tristeza infinita:

-¿Quiere usted que yo entre?

Al verle resuelto le siguió sin decir nada y cruzaron la húmeda oscuridad del pasaje; luego un patio, entre cuyas losas crecía la hierba. En el fondo se alzaba un pabellón con tres ventanas y un frontispicio apoyado en columnas, donde se hallaban esculpidas cabras y ninfas. Sobre la escalinata musgosa, Dechartre hizo girar en la cerradura una llave, que rechinó y resistió:

-Está oxidada.

Teresa le respondió maquinalmente:

-Todas las llaves están oxidadas en este país.

Ya dentro subieron por una escalera tan silenciosa, bajo su friso griego, que parecía haber olvidado el ruido de los pasos. Empujó una puerta y dejó paso a Teresa, la cual, sin

mirar ni a las paredes de aquel aposento, fuese derecha a la ventana que se abría sobre el cementerio. Asomaban por encima de la tapia las copas de los cipreses, que no son fúnebres en aquella tierra donde el duelo se mezcla con la alegría sin turbarla y la dulzura de vivir se extiende hasta la vegetación de las tumbas. El la cogió por la mano y la condujo a una butaca. Siguió Teresa en pie, y entonces advirtió el adorno preparado para que no sintiese la extrañeza de lo desconocido. Algunas tiras de vieja indiana, con figuras de comedia, extendían sobre las paredes la tristeza amable de las alegrías pasadas. Había colgado también un pastel borroso que admiraron en el tenducho de un anticuario y que, por su gracia desvanecida, llamaba ella "la sombra de Rosalba". Una butaca, sillas sin barnizar: en el velador, tazas de colores y vasos de Venecia; en todos los ángulos, biombos de papel pintado, en los que se veían mascarones grotescos y escenas pastoriles, el alma ligera de Florencia, de Bolonia y de Venecia en tiempos de los grandes duques y de los últimos dogos. Observó Teresa el cuidado de ocultar la cama detrás de uno de aquellos biombos de hojas alegremente historiadas. Un espejo, una alfombra. Esto era todo. Dechartre no se atrevió a mayores preparativos en una ciudad donde los cambalacheros suspicaces le seguían la pista.

Cerró la ventana y encendió lumbre. Sentóse Teresa en la butaca y se quedó inmóvil. Dechartre, de rodillas, le cogió las manos y se las besó, la contempló largo rato con admiración temerosa y entusiasta. Luego, posternándose, aplicó sus labios a la punta de la botina.

-¿Qué hace usted?

-Beso los pies que la trajeron.

Levantóse Dechartre, abrazóla dulcemente y estampó un prolongado beso en su boca. Ella seguía inerte, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Resbaló su toca, sus cabellos se despeinaron.

Y cedió sin resistir.

Dos horas después, cuando al declinar el sol alargaba desmesuradamente las sombras en el suelo, Teresa, que había querido volver sola a la ciudad, se halló ante los dos obeliscos de Santa María la Nueva sin saber cómo pudo llegar allí. En el ángulo de la plaza vio al viejo remendón que tiraba del sedal en su invariable gesto. Con el gorrión sobre un hombro, sonreía.

Entró en el tenducho, sentóse en un banquillo y dijo en francés:

-Quintín Matsys, amigo mío: ¿Qué hice? ¿Qué será de mí?

Miróla tranquilamente, con dulzura risueña, sin comprender, sin inquietarse. Nada le extrañaba. Ella movió la cabeza:

-Lo que hice, mi buen Quintín, fue porque él sufría y yo lo amaba. No me arrepiento.

El zapatero respondió, según su costumbre, con la afirmación sonora de Italia:

-Sí... , sí .. .

-¿No es cierto. Quintín, que no hice nada malo? Pero ¿qué sucederá, Dios mío?

Disponíase a marcharse. La indicó el zapatero que aguardase un poco, y desgajando cuidadosamente una ramita de albahaca, se la ofreció:

Huele muy bien, señora.

XIX

Al otro día, después de dejar cuidadosamente sobre la mesa de la sala su garrote nudoso, su pipa y su viejo maletín de alfombra, Choulette saludó a la señora Martín, que leía junto a la ventana. Iba a Asís. Se había puesto una zamarra de piel de oveja y parecía un pastor de Belén.

-¡Adiós, señora! Me despido de Fiésole, de usted, de Dechartre, el sobrado hermoso príncipe Albertinelli y de la deliciosa ogresa miss Bell. Voy a visitar la montaña de Asís, que,

según dijo el poeta, debiera llamarse Oriente y no Asís, porque allí ha nacido el sol del amor. Quiero arrodillarme ante la cripta venturosa, en el fondo de la cual San Francisco descansa desnudo sobre un lecho de piedra con una piedra de almohada, pues no quiso llevarse ni un sudario de este mundo al que dejaba en herencia la revelación de la mayor alegría y de la infinita bondad.

-Adiós, amigo Choulette. Tráigame una medalla de Santa Clara. Soy muy devota de Santa Clara.

-Hace usted bien, señora. Era una mujer fuerte y prudente. Cuando San Francisco, enfermo y casi ciego, fue a pasar unos días en el convento de San Damián junto a su amiga, ella le preparó con sus nobles manos una cabaña en el jar. din, y él se lo agradeció. Una postración dolorosa y el fuego de sus párpados le impedían dormir, un tropel de ratas enormes le atormentaba y le hacía imposible descansar. Entonces compuso un cántico rebosante de alegría para bendecir al espléndido hermano Sol y a nuestra hermana el Agua, casta, y útil, y pura. Mis mejores versos, incluso los del *Jardín cerrado,* tienen menos encanto y esplendor natural, y es justo que así sea, porque el alma de San Francisco fue más hermosa que la mía. A pesar de ser mucho mejor que todos mis contemporáneos a quienes conocí fácilmente, yo nada valgo. Cuando compuso Francisco la canción del Sol quedóse muy satisfecho, y pensaba: "Iremos mis hermanos y yo

a las ciudades, nos detendremos con un laúd en la plaza pública el día del mercado. Las buenas gentes se nos acercaran y les diremos: "Somos los juglares del Bondadoso y vamos a cantar un romance. Si os agrada, nos daráis una recompensa." Quedaremos convenidos, y después de cantar les recordaremos lo tratado. Nosotros les diremos: "Nos debéis una recompensa, y solamente os pedimos que os améis los unos a los otros." Sin duda para mantener su palabra y no hacer agravio a los pobres juglares de Dios, dejaran de perjudicarse los unos a los otros."

La señora Martín pensaba que San Francisco era el mas agradable de todos los santos.

-Su obra -prosiguió Choulette-fue destruida antes de su muerte. Sin embargo, murió feliz porque en él se mezclaban la alegría y la humildad. Era, sin duda, el tierno trovador de Dios. Y conviene que otro pobre poeta prosiga su empeño adiestre al mundo en la verdadera religión, en la alegría verdadera. Este seré yo, señora, si alguna vez consigo librarme del razonamiento del orgullo; ya toda belleza moral está realzada en este mundo por I sabiduría inconcebible que recibe su luz de Dios y se parece a la locura.

-No le desanimaré a usted, amigo Choulette, pero me intraquiliza el porvenir de las pobres mujeres en la sociedad que usted proyecta. Las encerraran todas en conventos,

-Confieso -respondió Choulette- que me estorban mucho en mis planes de reforma. La impetuosidad con que se las ama es corrosiva y perniciosa: el placer que ofrecen dista mucho de ser pacífico y de conducir a la felicidad. Yo cometí por ella, en mi vida, varios crímenes bochornosos que nadie conoce. Creo que nunca la invitaré a cenar, señora, en la nueva Santa María de los Angeles.

Cogió su pipa, su saco de alfombra y su garrote con cabeza humana.

-Las faltas del amor serán perdonadas, o, mejor dicho: amar sencillamente no es pecado. Pero el amor sensual mezcla el egoísmo y la cólera con el verdadero amor. Por haber admirado su hermosura una tarde en este mismo diván, me vi asaltado por una muchedumbre de pensamientos lascivos. Regresaba del albergue donde había oído al cocinero de miss Bell improvisar magníficamente mil doscientos versos acerca de la Primavera, sentíame sumergido en la alegría celeste, y la presencia de usted la desvaneció. Es indudable que la maldición de Eva guarda una verdad profunda. Cerca de usted me noto perverso y triste. Su belleza puso en mis labios dulces palabras. Eran engañosas. Interiormente yo era su detractor, su enemigo. La odié, y al verla sonreír tuve deseos de matarla.

-¿De veras?

-¡Oh señora! Es un sentimiento muy natural y que debe usted haber inspirado muchas veces; pero el hombre vulgar lo sufre sin darse cuenta, mientras que mi potente imaginación

al reflejar mi angustia la ilumina. Contemplo mi alma unas veces espléndida y otras repugnante. Si hubiera usted visto mi alma en aquel momento, hubiera gritado espantada y temerosa.

Teresa sonrió.

-Adiós, amigo Choulette. Recuerde que necesito una medallita de Santa Clara.

Choulette dejó en el suelo su maletín de viaje, levantó el brazo, y con el índice extendido como quien señala y guía, dijo:

-No tenga usted ningún temor de mí, pero aquel a quien usted ame y que la ame la dañara mucho. Adiós, señora

Recogió sus bagajes y alejóse. Teresa vio desaparecer su figura tosca entre los citisos del jardín.

A las doce, Teresa fue a San Marcos, donde la esperaba Dechartre. Deseaba y temía volver a verlo tan pronto. Sobrecogíala un desasosiego, apaciguado por una emoción desconocida de grata dulzura. No la turbaba el espanto, la obesesión brutal de lo irreparable, como la primera vez que se había entregado por amor. Hallábase bajo influencias más tranquilas, mas vagas y mas potentes. Esta vez, un encanto delicioso templaba el recuerdo de las caricias recibidas y suavizaba sus ardores. Sentíase abismada en zozobras e inquietudes, pero sin sombra de vergüenza ni de arrepentimiento. Habíala impulsado, mas que su voluntad, una fuerza desconocida y de un orden mas elevado. La absolvía su desinterés, porque no se había prometido nada ni calculó nada. Acaso hizo mal en ceder sin hallarse del todo libre, pero tampoco había exigido nada, ignorante de si era sólo para el escultor un ideal exaltado y pasajero, pues no puso aún a prueba los ensueños deliciosos y alados que, para el bien como para el mal, se remontan sobre las vulgaridades comunes. Si de pronto la dejara, si la huyera bruscamente, no le reprocharía su abandono (al menos así lo pensaba), conservaría el recuerdo y la huella de lo mas atractivo y halagador que pudo encontrar en el mundo. Es posible que Dechartre fuera incapaz de un afecto verdadero. Creyó adorarla, y apasionadamente la adoró durante una hora. No se atrevía Teresa a desear mayor ventura en su difícil situación, que irritaba su franqueza y su orgullo y turbaba la lucidez de su inteligencia. Mientras el' coche la conducía a San Marcos, llegó a persuadirse de que Dechartre pudiera no hablar de lo que hicieron la víspera, y que la imagen del aposento amoroso desde donde vio elevarse hacia el cielo las puntiagudas y negras copas de los cipreses sólo perduraría en ambos como el sueño de un ensueño.

Tendióle Dechartre una mano junto al estribo. Antes que hablaran vio ella en las miradas del amante un febril apasionamiento, una solicitud insistente, y advirtió que también ella le deseaba.

¡Al fin! -dijo Dechartre-. ¡Gracias! ¡Eres tú! Vine antes de las doce seguro de que no llegarías tan pronto, pero ya no podía vivir alejado del lugar donde teníamos que vernos. ¡Habla! ¡Necesito verte y oírte a todas horas!

-¿Me ama usted aún?

-Ahora es cuando te amo. Creí amarte cuando no eras más que un fantasma de mis deseos. Ahora eres ya la encarnación de mi alma. ¿Es cierto, di, es cierto que fuiste y serás mía? ¿Qué hice yo para obtener el mayor, el único bien del mundo? ¡Y creen vivir esos hombres de que la tierra esta poblada! ¡Sólo yo vivo! Di: ¿que hice yo para conseguirte?

-¡Ah! Lo que fue necesario ¡yo lo hice! Ya se lo advertí con sinceridad. Llegamos a lo que llegamos, por mi culpa. No siempre lo confiesan las mujeres, pero siempre son ellas las culpables. Por esta razón, suceda lo que suceda, nunca le reprocharé nada.

Una multitud ágil y chillona de mendigos, de guías de proxenetas, destacándose del pórtico, los rodeó con fiera importunidad, no exenta de la gracia que nunca pierden los italianos. Sutilmente adivinaban a los amantes, y sabían que los amantes son pródigos. Dechartre les arrojó algunas monedas de plata y todos recobraron su dichosa pereza.

Un empleado del Municipio les salió al encuentro. Teresa hubiese preferido que los guiara un fraile. La túnica blanca de los dominicos ¡era tan hermosa en Santa María la Nueva,

bajo las bóvedas del claustro!

Visitaron las celdas donde sobre la cal tendida en los muros, fray Angélico, ayudado por su hermano Benedetto, pintó para los religiosos, sus compañeros, asuntos inocentes.

-¿Recuerdas aquella noche invernal, cuando nos encontramos junto a una zanja delante del Museo Guimet, y me permitiste acompañarte hasta la callejuela que se desliza entre jardines y conduce al muelle Debilly? Antes de separarnos nos detuvimos un instante junto al parapeto sobre el cual se extiende una pobre cortina de boj. Tú miraste aquel boj marchito por el invierno, y cuando te hubiste alejado yo fijé largo rato mis ojos en aquellos pobres arbustos que recibieron la caricia de tu mirada.

Llegaron a la celda que habitó el célebre Savonarola, prior del convento de San Marcos. El guía enseñóles un retrato y las reliquias del mártir.

-¿Qué atractivo pudo adivinar usted en mí aquella noche? Andábamos en una oscuridad completa.

-Veía tus movimientos al andar. Los movimientos son el lenguaje de las formas. En cada paso que dabas revelábanse los secretos de tu belleza rítmica y encantadora. ¡Oh! Nunca he podido mirarte serenamente, la emoción me cohibía en tu presencia y me daba temor hablarte. Sentíame aterrado ante la que todo lo pudiera conmigo. Al verte, reverenciaba tembloroso tu belleza, y lejos de ti sentía todas las impiedades del deseo.

-Yo no lo sospechaba. ¿Recuerda la primera vez que nos vimos, cuando le presentó Pablo Vence? Usted, sentado junto al biombo, miraba unas miniaturas prendidas en él, y me dijo: "Esta dama, pintada por Sicardi, se parece a la madre de Andrés Chénier." Yo le contesté: "Es la abuela de mi marido. ¿Cómo era la madre de Andrés Chénier?" Y usted respondió: "Se conserva su retrato, era una levantina casquivana."

Extrañóse Dechartre de haber hablado con tal impertinencia.

-¡Sí, sí! No lo dude -insistió ella-. Me acuerdo perfectamente.

Avanzaban en el blanco silencio conventual. Visitaron la celda que él bienaventurado Angélico adornó con la más suave pintura, y ante la Virgen que sobre un cielo pálido recibe de Dios Padre la corona inmarcesible, Dechartre oprimió a Teresa entre sus brazos y la besó en la boca, sin preocuparse de que pudieran verlos dos ingleses que andaban por los corredores consultando el Baedeker. Ella le dijo:

-Hemos de visitar la celda de San Antonino.

-Teresa, yo sufro en mi dicha por todo lo que es tuyo y no me pertenece. Sufro de que no hayas vivido sólo de mí. Quisiera que fueses toda y siempre mía, y quisiera que no hallases mas que mi amor en tu pasado.

Ella encogiéndose un poco de hombros:

-¡Ah, el pasado!

-El pasado es la única realidad humana. Sí, todo lo existente es pasado.

Teresa levantó hacia él sus ojos, cuyas pupilas se asemejaban a esos cielos encantadores donde se mezclan el sol y la lluvia.

-Pues bien: puedo asegurarte que sólo he sentido el goce de la vida junto a ti.

De regreso a Fiésole, encontró un carta de Le Ménil, corta y amenazadora. No comprendía su ausencia prolongada, ni su silencio. Si no le anunciaba inmediatamente su regreso, iría a buscarla.

Leyó sin inmutarse, pero la abrumaba pensar que sucede todo lo que ha de suceder y que no conseguía eludir nada en cuanto había temido. Aún era posible calmarlo y tranquilizarlo. Bastaba decirle que le amaba, que regresaría pronto a París y que renunciase al insensato propósito de ir a Florencia, porque

Florencia es un villorio donde no hay secreto seguro. Pero era preciso escribir "te amo", era preciso arrullarlo con palabras acariciadoras. La faltó valor para tanto y le dejó entrever la verdad. Ella misma se acusó en frases algo equívocas. Habló confusamente de las almas en lucha con los azares del vivir tormentoso como el mar, y de nuestra minúscula representación en el océano hirviente de las cosas. Le pedía con afectuosa tristeza que la consagrase un grato

Librodot

recuerdo en un rinconcito de su alma. Ella misma llevó la carta al correo. Atardecía. En la plaza de Fiésole unos mozalbetes jugaban a "las tres en raya". Contempló Teresa desde lo alto de la colina la elegante copa en cuya concavidad se guarda como un joyel la bella Florencia, y la dulzura silenciosa del crepúsculo la estremeció. Sólo después que hubo soltado la carta en el buzón ofreciósele una imagen clara de lo que había hecho y de sus consecuencias inevitables.

XX

En la plaza de la Señoría, donde el sol florido de las primaveras esparce sus rosas amarillas, las doce campanas del reloj dispersaban la multitud rústica de vendedores de granos y pastas reunidos en el mercado. Al pie de los Lanzis, ante la asamblea de las estatuas, los heladores ambulantes habían alzado, sobre mesas revestidas de percalina roja, los casillejos que llevaban en su base la inscripción: *Biblite ghiacciate,* y un júbilo comunicativo alegraba el cielo y la tierra. Teresa y Santiago, al volver de un paseo matinal por los jardines Boboli, pasaban por delante de la ilustre logia. Teresa miró la Sabina de Juan de Bolonia con la curiosidad interesada de una mujer que contempla a otra mujer; pero Dechartre miraba sólo a Teresa, y la dijo:

-Es maravilloso cómo la plena luz del sol realza tu hermosura y acaricia tu rostro.

-Sí -repuso ella-. La luz artificial endurece mis facciones. Lo tengo muy observado. No soy mujer para lucir de noche, por desgracia,, pues generalmente de noche es cuando las mujeres se muestran y lucen más. De noche, la princesa Seniavina tiene un hermoso cutis mate y dorado, y al sol es amarillento como un limón, lo cual no la inquieta porque no es vanidosa ni presumida.

-Y tú, ¿lo eres?

-¡Oh, mucho! Antes lo era por mí, ahora lo soy por ti.

Siguió con los ojos fijos en la Sabina que tendía los brazos y hurtaba el cuerpo, alta y robusta, esforzandose para escapar a la presión del romano.

-¿Es preciso que una mujer bella tenga las formas tan firmes y los miembros tan largos? Yo no soy así.

El puso empeño en convencerla de lo que ya estaba convencida, y elogió sus encantos. Ella se distrajo ante un casillero de helador ambulante cuyas garrafas relucían sobre la percalina roja. Sintió súbito deseo de tomarse un helado allí, en pie, como acababan de hacerlo algunas obreras de la ciudad. El dijo:

-Espera un momento.

Y con paso apresurado, desapareció por la calle que se prolonga a le izquierda de los Lanzis.

Volvió al poco rato con una cucharilla de plata dorada, algo deslustrada por el tiempo, cuyo mango remataba una azucena florentina con el caliz esmaltado en rojo.

-Es para que tomes el helado. Estos hombres no dan cucharilla. Hubieras tenido que meter la lengua en el vaso. Sería gracioso, pero te falta la costumbre de hacerlo.

Teresa reconoció la cucharilla, una pequeña joya que había visto la víspera en el escaparate de un anticuario próximo a Lanzi.

Eran felices, prodigaban su alegría profunda y fácil en ligeras palabras faltas de ilación. El florentino les relataba, con mímica sobria y contundente, chascarrilos remozados de los antiguos cuentistas italianos, y ellos reían. Divertíase Teresa con el gesto gracioso y la expresión oportuna de aquel rostro antiguo y jovial, pero no siempre comprendía las palabras y entonces preguntaba a Dechartre:

-¿Qué ha dicho?,

-¿Te interesa mucho saberlo? Sí, la interesaba mucho.

-Pues bien: ha dicho que sería completamente feliz si las pulgas de su cama fuesen como tú.

Cuando ella hubo sorbido el helado. Dechartre le dio prisa para volver de nuevo a San Miguel. ¡estaba tan cerca! Atravesaron la plaza en diagonal. Pronto vieron la vetusta joya de piedra, y hacia allí se encaminaron. Los detuvo una vez más la hermosura de San Jorge y del San Marcos de bronce, y ante aquel buzón de correos abierto en un muro desconchado, Dechartre recordaba con dolorosa exactitud la manecita enguantada que depositó a hurtadillas una carta. Pareciéronle odiosas las fauces de cobre que tragaron el secreto de Teresa y atraían insistentemente sus ojos irritados. Así se desvaneció toda su alegría mientras Teresa se esforzaba en admirar la ruda estatua de San Marcos.

-Realmente tiene una postura honrada y franca, y si hablase brotarían de sus labios palabra de verdad.

Dechartre repuso con amargura:

-No es la suya boca de mujer. Comprendiendo la intención de su amante, dijo ella muy dulcemente: -Amigo mío, ¿por qué me hablas así? Me precio de sincera.

-¿A qué llamas tú sinceridad, si sabes que una mujer no puede vivir sin mentir?

Ella dudó un instante, y adujo:

-Creo a una mujer sincera cuando no pronuncia mentiras inútiles.

XXI

Se deslizaba Teresa bajo los cítisos floridos, vestida de gris oscuro. Las madroñeras cubrían de estrellitas plateadas el borde escarpado de la terraza, y sobre la vertiente de los collados los laureles alzaban sus ramas olorosas. La copa de Florencia cubríase abundantemente de flores.

Vivian Bell vestía de blanco. El jardín embriagaba con sus perfumes.

-Ya lo ve usted, *darling: Flo*rencia es la ciudad florida. No en balde tiene una azucena roja por emblema. Hoy es fiesta, *darling.*

-¡Ah! ¿Hoy es fiesta?

-Darling, ¿no sabe usted que vivimos el primer día de mayo, en plena primavera? ¿No ha sentido usted, al despertar esta mañana, el encanto de un oloroso ensueño? ¡Oh *darling!* ¿No celebra usted la fiesta de la Flor? ¿No se siente dichosa, usted que ama las flores? Porque usted las ama, *may love,* lo sé, y las hace partícipes de su ternura. Me ha dicho usted que las flores gozan y sufren como nosotros.

-¡Ah! ¿Dije que sufren como nosotros?

-Lo dijo usted. Hoy se conmemoran, y hay que celebrar su fiesta, según la costumbre antigua, en los sitios consagrados por los viejos pintores.

Teresa oía sin comprender, y estrujaba entre sus dedos enguantados la carta que acababa de recibir, una carta con sello italiano, que contenía dos líneas solamente:

"Me hospedo en el Hotel de la

Gran Bretaña. Lungarno Acciaoli. Te esperaré por la mañana, temprano. Núm. 18."

-¡Oh *darling!* ¿No sabe usted que hay costumbre en Florencia de festejar este renacimiento de la vida el primero de mayo? Ignorandolo es imposible comprender lo que significa el cuadro de Botticelli consagrado a la fiesta de la Flor, la "Primavera" deliciosa, rebosante de alegres ensueños. Antiguamente, *darling,* al llegar el primero de mayo bullía en regocijo toda la ciudad. Las jóvenes, ricamente vestidas y coronadas de rosas silvestres, iban en largo cortejo por el Corso bajo arcos de flores, y formaban grupos sobre la hierba nueva a la sombra de los laureles. Hagamos como ellas. Bailaremos en el jardín.

-¡Ah! ¿Bailaremos en el jardín?

-Sí, *darling, y* yo la enseñaré a usted danzas toscanas del siglo quince, descubiertas en

un manuscrito por el señor Morisson, decano de los bibliotecarios de Londres. Vuelva usted en seguida, *muy !ove;* adornaremos con flores nuestros sombreros, y bailaremos.

-Sí, amiga mía, bailaremos.

Abrió la verja y huyó por la senda pedregosa como el cauce de un torrente y florida como un rosal. Metióse, en cuanto le halló al paso. en un coche de alquiler. El cochero llevaba azulinas en el sombrero y en el puño del látigo.

-Hotel de la Gran Bretaña, Lungarno Acciaoli.

Sabía dónde estaba Lungarno Acciaoli.

Como había ido allí una tarde, pudo recordar la dorada luz del sol estremecida sobre la superficie ondulante del río; y como también había ido allí por la noche, recordó el monótono murmullo de la corriente, las palabras, las miradas que la turbaron, el primer beso del amante, el principio de un irreparable amor. ¡Oh, sí! No había olvidado Lungarno Acciaoli ni la orilla del río más allá del Puente Viejo... El Hotel de la Gran Bretaña... También conocía una hermosa fachada de piedra, en el muelle. Después de todo, era una fortuna que, decidido a ir, se hubiese hospedado allí. Pudo hacerlo en el hotel de la ciudad, plaza Manin, donde se hospedaba Dechartre. Sí, era una fortuna que no estuviesen en un mismo edificio, de frente o de lado en un mismo corredor... Lungarno Acciaoli... Aquel muerto que habían encontrado en el camino con un cortejo de encapuchados, ya descansaba tranquilamente en algún rincón del humilde cementerio florido .. .

"Número dieciocho..."

Era una habitación sin adorno, con su estufa, al estilo italiano. Un juego de cepillos hallábase pulcramente colocado sobre la mesa junto al *Indicador de Ferrocarriles.* Ni un libro, ni un periódico. Allí estaba él. Adivinó Teresa un profundo sufrimiento en su rostro demacrado, en su aspecto febril, y sintió una impresión deprimente y dolorosa. El esperaba una frase un gesto, pero ella permanecía inmóvil sin ocurrírsele nada. Le puso una silla, pero Teresa dejó a un lado la silla para seguir en pie.

-Hay algo que ignoro y que quiero averiguarlo. Habla -dijo Le Ménil.

Después de un instante de silencio, Teresa respondió con penosa lentitud:

-Amigo mío, cuando estábamos en París, ¿por qué te alejaste? Le Ménil creyó adivinar un reproche afectuoso en la tristeza del acento. Coloreáronse sus mejillas y respondió ardientemente:

-¡Ah! Si yo hubiese previsto .. . Aquella cacería, lo pudiste suponer, me importaba muy poco. Pero ¡tú carta!, la del veintisiete -Le Ménil tenía el don de recordar las fechas-, me produjo una inquietud horrible. Algo ha sucedido. Cuéntamelo todo.

-Amigo mío, creí que no me amabas ya.

-Pero ahora, sabes que te amo...

-Ahora ...

Teresa quedóse con los brazos caídos y las manos juntas.

Luego, con afectada tranquilidad, prosiguió:

-¡Por Dios, amigo mío! Nos unimos a ciegas. No se conoce nunca el porqué de las cosas. Pero usted es joven, más joven que yo, aunque seamos casi de la misma edad. Usted, sin duda, tiene propósitos para lo futuro.

Le Ménil la miró fieramente a la cara, y Teresa prosiguió, ya menos firme:

-Su padre, su madre, sus tías, su tío el general, tienen propósitos concebidos referentes a usted, y es justo que los tengan. Yo pudiera ser un obstáculo. Vale más que desaparezca de su vida. Conesrvaremos buen recuerdo el uno del otro.

Tendióle su mano enguantada. El se cruzó de brazos:

-¿Es decir, que no me quieres ya? Me hiciste dichoso, como ningún hombre lo ha sido, para dejarme a la hora menos pensada, ¿y supones que todo puede acabar así? ¿Crees de veras que todo ha terminado entre nosotros? ¿Qué te propones? Acaso dices: "¿Un lazo?, se desata. Las gentes se unen y se abandonan." Pues no, ¡no! Tú eres distinta de las mujeres a las cuales podemos abandonar sin dolor.

-¡Ya comprendo! Usted puso en mí algo más de lo que se pone de ordinario en esas aventuras. Yo era para usted algo más que un entretenimiento. Pero si no soy la mujer que usted suponía, si soy una engañadora, una ligera... Ya sabe que lo han dicho... Si no he sido con usted lo que debía ser .. .

Dudó, y prosiguió con tono grave y duro, que contrastaba con sus palabras:

-Mientras yo le pertenecía tuve arrebatos y curiosidades, pero acaso no quepa en mi corazón un afecto arraigado y profundo...

El interrumpió.

-¡Mientes!

-Miento. . . y no sé mentir. Quería desfigurar nuestro pasado. Hice mal. Es... lo que usted supone... Pero...

-Pero... ¿qué?

-Lo que siempre le advertí. No estoy segura de nada. Otras mujeres dicen que pueden responder de sí mismas. Ya le avisé que no soy como ellas, que yo no domino bien mis emociones.

El movió la cabeza como una bestia hostigada que vacila antes de atacar.

-¿Qué pretendes ahora darme a entender? No lo comprendo. ¡No lo comprendo! . . . Habla claramente... ¡claramente! ¿Oyes? Hay algo que se interpuso entre nosotros. No imagino lo que sea, y tú me lo dirás. ¿Qué sucede?

-Ya lo dije, amigo mío; no soy de las mujeres que saben lo que quieren, y no debió usted confiar en mí. Nada era seguro conmigo. Yo no había prometido nada. Y si prometí... , ¿qué significan las promesas?

-No me amas. ¡Oh!, no me amas, ¡ya lo veo claro! ¡Peor para ti, porque te adoro! ... ¡No me resigno a perderte! Por tu gusto fuiste mía, y ahora lo serás porque yo quiero. ¿Creías librarte del compromiso fácilmente? Óyeme: tú hiciste lo posible para enamorarme, para ligarme a ti, para que no pueda vivir sin ti. Juntos conocimos placeres no imaginados, los compartiste conmigo, nunca te gocé con violencias. Tú lo deseaste. Hace mes y medio no deseabas aún otra cosa. Eras toda mía, yo todo tuyo, ¡hubo momentos de fusión absoluta entre tu carne y mi carne, tu alma y mi alma! Y ahora pretendes que depronto yo no te conozca ni te recuerde, que te mire con indiferencia, que te trate como a una señora cualquiera cuando nos tropecemos en sociedad. ¡Oh! ¡Tienes un lindo aplomo! Dime: ¿lo habré soñado? Tus caricias, el perfume de tu aliento sobre mis labios, tus gemidos amorosos, ¿no eran verdad? Dime: ¿acaso es todo invención mía? ¡Oh! No hay duda de que me quisiste, arde aún dentro de mí tu amor. Yo no he cambiado. Soy como fui. Nada tienes que reprocharme. Nunca te burlé con otras mujeres, y esto no es un mérito, después de gozarte ya no es posible desear a otra. Ni de pensamiento podría reprocharme ninguna infidelidad; me porté siempre contigo como un hombre apasionado. ¿Por qué no me amas? Respóndeme, habla, di que sigues amándome... Dilo, ¡porque no puede ser de otro modo! Vayámonos de aquí. Teresa, y sentirás que renace tu amor en cuanto entres en el grato aposento de la calle Spontini, donde fuimos tan dichosos. ¡No me abandones!

Y se lanzó hacia ella tendiendo ansiosamente los brazos. Con miedo, con frialdad, con repugnancia, Teresa le huyó.

Entonces él se detuvo, y dijo: -¡Tienes un amante!

La cabecita femenil se hundió entre los hombres, pero después irguióse firme y serena.

El hombre la golpeó en el pecho, en los brazos, en la cara, y al darse cuenta de lo que hacía retrocedió avergonzado. Bajó los ojos en silencio, llevóse la mano a la boca, royóse las uñas. Advirtió que se había hecho un rasguño con un alfiler del vestido, y sangraba. Dejóse caer sobre un sillón, enjugóse la sangre con el pañuelo, y se quedó indiferente, alelado.

Junto a la puerta, erguido el busto, pálido el semblante, insegura la mirada. Teresa desprendía el velillo roto y se colocaba el sombrero con instintivo y femenil primor.. Al suave crujir de la seda, que tantas veces le pareció delicioso, estremecido el hombre miróla

furiosamente.

-¿Quién es? He de saberlo.

Ella continuaba inmóvil, y en su rostro blanco veíase la señal roja del puño que la golpeó. Hablóle con suave firmeza:

-Le dije a usted cuanto debo decirle. No me pregunte más, porque sería inútil.

El miró con ojos crueles, que Teresa desconocía.

-¡Oh! Si te obstinas en callar su nombre no me costará mucho esfuerzo averiguarlo.

Teresa callaba. Sentía tristeza por él, inquietud por el otro, rebosante de angustias y de alarmas, pero sin remordimiento, sin amargura, sin aflicción. Su alma tenia otras devociones.

Le Ménil comprendió vagamente lo que su amada sentía. Encolerizado al verla tan firme y tan suave, más hermosa que nunca, hermosa para otro. Sintió impulsos destructores, y gritó:

-¡Vete, vete o te mato!

Vencido al fin por la misma violencia y por el esfuerzo del odio que no era natural en él, hundió la cabeza entre las manos para llorar.

Aquel dolor conmovió a Teresa v la hizo concebir la esperanza de calmarlo, de endulzar la despedida. Supuso que podría consolarle de su abandono y, amable, confiada, fue a sentarse junto a él.

-Amigo. mío, recrimíneme usted. Merezco un castigo, y merezco también compasión. Despréciеme si quiere, si es posible despreciar a una desgraciada criatura que ha sido juguete de la vida. En fin: júzgueme como quiera, pero conserve de mí un recuerdo amistoso que aplaque su cólera; será una sensación áspera y dulce como esos días de otoño soleados y desapacibles. No merezco más. Pero no sea usted implacable con la pasajera cariñosa y frívola que se detuvo una vez a su lado. Despídame como si me ausentara sin saber adónde voy, seguro de que la tristeza me acompaña. ¡Siempre son tristes las despedidas! Usted acaba de mostrarse furioso conmigo. ¡Me ha hecho sufrir, y le ruego que me guarde alguna simpatía! ¡Quién adivina lo venidero! Todo es vago y oscuro ante mí. Quisiera poder pensar que siempre he sido amable, sencilla, sincera con usted, y que usted no lo ha olvidado. Estoy segura de que me perdonará. Empiece ahora por ser piadoso.

El no la comprendía, calmado sólo por la caricia de aquella voz cuyas modulaciones se deslizaban en sus oídos tersas y claras, y dijo sobresaltado:

-¡No puedes amarle porque me amas aún! ¿Es cierto...?

Ella, vacilante, murmuró:

-¡Ah! Decir lo que se ama o lo que se deja de amar no es fácil para una mujer, al menos para mí, pues ignoro lo que hacen las otras. Pero, bien mirado, la vida no es clemente: nos arroja, nos impulsa, nos zarandea.

Le Ménil la contemplaba sereno. Había concebido un propósito, una resolución muy sencilla: perdonar, olvidar, y que Teresa volviese pronto a París.

-Teresa, ¡dime que no le amas! Fue un error, un momento de olvido, una cosa horrible y estúpida lo que hiciste por debilidad, por sorpresa, tal vez por despecho. Júrame que no volverás a verle.

Y cogiéndola de un brazo, repitió:

-¡Júralo!

Teresa callaba, con los dientes apretados y el semblante contraído; él la oprimía, y ella exclamó al fin:

-¡Me hace usted daño!

Pero el amante insistía en su intento. La llevó hasta la mesa, en la cual había, junto a unos cepillos, un frasco de tinta y algunas hojas de papel de cartas con un membrete azul donde se reproducía la fachada del hotel y sus innumerables ventanas.

-Escribe lo que voy a dictarte. Yo enviaré la carta.

Resistióse Teresa, pero la violentó Le Ménil hasta hacerla caer de rodillas.

Orgullosa y serena, la mujer pronunció:

-No puedo... , ¡no quiero! -¿Por qué?

-Porque... ¿Desea usted saberlo? ¡Porque amo!...

De pronto la soltó. Si hubiera tenido un revólver, quizá la matara, pero su repentino furor se convirtió en tristeza, y, desesperado, en vez de matar, quería morir.

-¿Es verdad lo que me dices? Pero ¿es posible? Pero ¿es verdad?

-¿Acaso lo sé yo? ¿Acaso comprendo nada? En este instante, ¿acaso hay en mí una idea, un sentimiento, un rayo de luz?

Esforzó mucho su pensamiento, y añadió:

-¿Acaso puede preocuparme algo distinto de mi tristeza y la desesperación que ocasiono?

-Amas a otro, ¡le amas! Pero ¿qué tiene, cómo es, por qué le amas?

La sorpresa le impulsaba, casi estúpido, hacia un abismo de asombro. Lo que ella había dicho los separaba. Las palabras de la mujer fueron decisivas, pero sin atreverse a tratarla brutalmente, a oprimirla, a golpearla y estrujarla como cosa rebelde y contumaz, como algo suyo, repetía:

-¡Le amas, le amas! Dime: ¿qué te ha dicho, qué te ha hecho para que le ames? Te conozco, ¡y oculté muchas veces la extrañeza que tus caprichos me producían! Apuesto a que ni siquiera es un hombre de buena sociedad. ¿Crees que te corresponde? ¿Lo crees? Pues bien, te equivocas: ¡no te ama! Se siente halagado por tu locura, te abandonará pronto, en cuanto comprenda cómo eres, y te despeñarás en la vida galante. Dentro de un año dirán de ti: "¿Esa? Tiene que ver con todo el mundo." Lo siento por tu padre, que es amigo mío y conocerá tu conducta, pues a él no podrás engañarle.

Teresa le oía, humillada, y la consolaba pensar que fuera más triste hallarle generoso.

En su sencillez, Le Ménil ya la despreciaba sinceramente, y su desprecio le servía de alivio. Insistía con toda la fuerza de sus pulmones:

-¿Cómo pasó? Puedes confesármelo.

Teresa encogióse de hombros, tan compasiva, que Le Ménil renunció a continuar en aquella tesitura, y se mostró vengativo:

-¿Imagina usted que debo ayudarla salvando las apariencias? ¿Qué he de volver a su casa y seguir tratando a su marido? ¿Que me dispongo por caballerosidad a servir de tapadera?

-Pienso que hará usted lo que hacen los hombres honrados. No le pido nada. Quise conservar de usted un recuerdo amistoso. Le creía indulgente y bueno. Más adelante me juzgará usted serenamente. ¡Adiós!...

Le Ménil, más dolorido que iracundo, la miraba. Nunca le vio Teresa los ojos tan secos y hundidos, las sienes tan áridas bajo los cabellos. Parecía envejecer por instantes.

Prefiero advertírselo. Me será imposible tratarla. No es usted de las que vemos indiferentes al cruzarnos con ellas en el mundo cuando han sido algo nuestro y no lo son ya. Usted no es como las otras: el amor que usted inspira envenena la sangre con ansias ardientes, inextinguibles... ¿Por que nos conocimos?

Ella le miró bondadosa, y le dijo

- ¡Adiós, y piense usted que no soy digna de que sufra por mí!

Al ver la mano adorable que alzaba el picaporte, comprendió que huía para siempre aquel encanto, y gimiendo ruidosamente abalanzóse hacia Teresa, perdida la memoria de todo, con el aturdimiento de su enorme desdicha, de su dolor irreparable. Su estupor florecía en un deseo. Quiso gozarla una vez más cuando se iba para no volver. La detuvo, ansiándola sencilla y absolutamente con toda la fuerza de su bárbaro deseo. Ella se defendía con toda su voluntad cauta y libre. Al fin logró desasirse con la ropa machucada y desgarrada, pero sin haber sentido miedo.

Comprendió Le Ménil que todo era inútil, y dedujo como consecuencia obligada, en vista de lo sucedido, que Teresa no podía ser ya nada para él porque lo era todo para otro. Lanzado nuevamente al sufrimiento, vomitó injurias, la empujó, la despidió. Quedóse Teresa

un momento en el corredor en espera de una mirada o de una frase digna de figurar en su pasado amoroso.

Pero Le Ménil, repitiendo a gritos: "¡Vete, vete!", cerró de golpe la puerta.

***

En la calle de Alfieri vio de nuevo el pabellón en el fondo del patio donde crecía la pálida hierba. Hallólo tranquilo y callado, con sus cabras y sus ninfas, fiel a los amantes del tiempo de la gran duquesa Elisa. Como por encanto sintióse libre del mundo brutal y doloroso, transportada a la época en que aún desconocía la tristeza de vivir. Al pie de la escalera, que se hallaba cubierta de rosas, la esperaba Dechartre. Se arrojó en sus brazos con abandono. La condujo inerte, como despojo adorable de la que le hizo palidecer y temblar, mientras ella saboreaba con los párpados entornados la humillación soberana de ser una hermosa presa. Su fatiga, su desengaño, sus disgustos, el recuerdo de la violencia, su libertad recobrada, sus ansias de olvido, un resto de miedo, todo avivaba, irritaba su ternura, y al caer en la cama enlazó sus brazos en torno del cuello de su amante.

Recobrados ya de su amoroso éxtasis, entregáronse a infantiles alegrías. Reían, decían ingenuidades, retozaban, mordían limones, naranjas y sandías puestos a su alcance sobre fruteros decorados. Cubierta solamente por la delgada camisa roja, que desprendida de un hombro descubría un pecho y tapaba el otro, cuyo pezón se transparentaba bajo la tela, gozaba en ofrecer su carne. Sus labios entreabiertos descubrían sus dientes húmedos y nítidos. Preguntaban con traviesa inquietud al amante si la realidad no desmentía la ilusión imaginada.

En la claridad acariciadora, cuidadosamente dispuesta. Dechartre la contemplaba con goce juvenil y la prodigaba caricias y elogios.

Entregábase a ternuras deliciosas, a escarceos divertidos, a contemplaciones felices, y, de pronto, con los ojos encandilados y la boca palpitante, a impulsos de la cólera sagrada por la cual se asemejan tanto el amor y el odio, volvían a gozarse, fundíanse y buscaban el abismo.

Ella sonreía, entreabriendo sus ojos desvanecidos, hundiendo la cabeza entre los almohadones, revuelto el cabello, con abandonos de convaleciente.

Su amante la preguntó cómo se produjo la tenue señal roja que tenía en la sien; ella respondió que lo ignoraba, y casi dijo verdad, porque lo había olvidado todo.

Rememoraban su hermosa y breve historia, su existencia, desde la hora en que se conocieron.

-En la terraza de Vivian, al día siguiente de tu llegada, me dijiste frases confusas y sin ilación Yo adiviné que me querías.

-Yo temí que me creyeras estúpido.

-Lo parecías algo. Era mi triunfo. Ya me impacientaba un poco verte sereno, imperturbable, cerca de mí. Yo te amé antes que tú me amaras. ¡Oh, no me avergüenza confesarlo!

El vertió entre los dientes de Teresa una gota de Asti espumoso, pero había sobre el velador una botella de vino de Trasimeno, y ella quiso probarlo en recuerdo del lago que vio de noche, delicioso y triste, seis años atrás en su primer viaje a Italia.

Dechartre la reprochó que sin él hubiese descubierto la belleza de las cosas.

Teresa repuso:

-Hasta que te conocí no supe admirar nada. ¿Por qué no apareciste antes en mi vida?

Sellóle su amante la boca con un beso apasionado.

Y cuando ella se repuso, rendida por el goce, dijo:

-Sí, ¡te adoro! ¡Sólo hacia ti he sentido amor!

XXII

Le Ménil le había escrito:

"Mañana me iré a las siete de la tarde. Acuda usted a la estación."

Ella fue puntual. Viole apearse del ómnibus, correcto y tranquilo. Llevaba un largo capote gris con esclavina, y la dijo únicamente:

-¡Ah! Se decidió a venir.

-Sí, amigo mío, porque usted me ha llamado.

El no confesó que hubiera escrito con la esperanza absurda de sentirla de nuevo amante y olvidada de todo, y que acaso al acercarse a él diría: "Fue una ficción; sólo quise poner a prueba tu cariño."

Si hablase de tal modo, al instante le convenciera.

Pero contrariado porque Teresa no abría la boca, la dijo secamente:

-¿Nada tiene que decirme? A usted le corresponde hablar. Yo no debo explicaciones de ningún género. No he de justificarme de ninguna traición.

-Amigo mío, no sea usted cruel; no vea el pasado con tanta ingratitud. Esto es lo que debo decirle. Y añado que, al despedirnos, la tristeza me acompaña.

-¿Nada más? Repítaselo usted al otro y es posible que le interese.

-Me llamó usted y he venido; no haga que me arrepienta.

-Siento haberla molestado. Pudo emplear mejor esta hora. No la entretengo. Vaya usted a reunirse con su amante,' pues lo desea.

Ella pensó que tan mezquinas y miserables palabras expresaban una frase del eterno dolor humano, y que se habían escrito algunas tragedias parecidas. Entonces no pudo reprimir una sensación irónica y triste manifestada en un fruncimiento de sus labios, y Le Ménil, que lo interpretó malamente, creyóla capaz de reír.

-No se ría y óigame: anteayer, en el cuarto de la fonda, quise matarla; estuve tan resuelto que sentí las angustias y el goce de un asesino. Ya pasó la ira. Me libré y la dejo libre. Matar no es una solución. Como respeto las convenciones, pienso ir a su casa. Me dirán que usted no recibe, lo deploraré y me despediré de su marido y de su padre para un viaje largo. Adiós, señora.

Al volver la espalda Le Ménil, vio Teresa que miss Bell y el príncipe Albertinelli, desde los andenes de mercancías, se encaminaban hacia ella. El príncipe, más hermoso que nunca; Vivian Bell, risueña y alegre, con la satisfacción de sus amores puros.

-¡Oh, *darling,* qué agradable sorpresa nos proporciona su encuentro! Venimos a reconocer en las oficinas aduaneras la campana, que ha llegado al fin.

-¿Llegó la campana?

-Ya llegó, *darling;* ya llegó la campana de Ghiberti. La he visto en su jaula de madera. No puede sonar hasta que se libre del embalaje. Quiero alojarla en un campanil. Al acariciarla el ambiente de Florencia juzgará una dicha lanzar su voz argentina. Visitada par las palomas, cantará todos nuestros entusiasmos y todos nuestros dolores. Cantará para usted, para mí, para el príncipe, para la buena señora Marmet, para el poeta Choulette, para todos nuestros amigos.

-Yo creo que las campanas dejan pasar en silencio los verdaderos entusiasmos y los dolores verdaderos y_ como celosos oficinistas conocen solamente los sentimientos oficiales.

-¡Oh, *darling,* usted vive muy equivocada! Las campanas descubren el secreto de las almas, lo saben todo. Estoy muy contenta por haberla encontrado a usted aquí. Ya sé, *my love,* a lo que vino usted a la estación. Su doncella la ha traicionado. Espera usted un vestido rosa que no acaba de llegar nunca, y se consume de impaciencia. Tranquilícese pensando que siempre será usted la más bella, *my love.*

Hizo subir a la señora Martín en el cochecillo.

-Vayamos de prisa, *darling.* Santiago Dechartre comerá en casa esta noche y no quisiera

Librodot

obligarle a esperarnos.

Avanzaban en el silencio de la tarde por los senderos impregnados de perfumes silvestres.

-Vea usted a lo lejos -dijo Vivian- las ruecas negruzcas de las Parcas, los cipreses del cementerio. Allí es donde quiero dormir.

Pero Teresa reflexionaba con inquietud. "¡Lo ha visto! ¿Lo habrá conocido? No lo creo. Estábamos en lugar oscuro y había en torno muchas luces deslumbradoras. ¿Lo conoce? No recuerdo si lo encontró alguna vez en mi casa el año pasado."

Y la intraquilizaba cierta burlona satisfacción del príncipe.

-Darling, ¿quiere usted un sitio a mi lado en ese cementerio rústico, y que descansemos al fin juntas las dos bajo un poco de tierra y mucho cielo? Pero son invitaciones que no puede aceptar. No la permitirían dormir el sueño eterno al pie de las colinas de Florencia, *my love.* Será preciso que descanse con el conde Martín Belleme bajo un monumental sepulcro, en París.

-¿Por qué? ¿Supone... amiga mía, que la mujer debe acompañar al marido después de la muerte?

-Sí, *darling.* El matrimonio abarca el tiempo y la eternidad. ¿No conoce usted la historia de dos jóvenes esposos que se amaron en la provincia de Auvernia? Murieron casi al mismo tiempo y los enterraron en dos tumbas separadas por un camino. Cada noche un rosal silvestre, con sus floridos tallos, enlazaba las dos tumbas. Fue preciso reunir los dos cadáveres.

Más allá de la Badía vieron una procesión que trepaba por la pendiente. El viento de la tarde apagaba las oscilantes llamas de los cirios sobre los candeleros de madera dorada. Las doncellas de las cofradías, con trajes blancos y azules, rodeaban los pintados estandartes. Detrás iba un San Juanito rubio, rizado, completamente desnudo bajo la piel de cordero que dejaba sin cubrir los brazos y la espalda, y una Santa María Magdalena de siet^{e} años vestida con el oro de sus cabellos rizados. Luego, una muchedumbre apiñada. La condesa Martín reconoció entre todos a Choulette con un cirio en una mano, un libro en la otra y gafas azules en la punta de la nariz. Iba cantando. Reflejos rojizos brillaban en su angulosa faz y en las abolladuras de su cráneo atormentado; su agreste barba mecíase al ritmo del cántico; en el contraste de luces y sombras en lucha sobre su rostro, aparentaba ser como los solitarios viejos y robustos capaces de cumplir un siglo de penitencia.

-¡Colosal! -dijo Teresa-. Goza ofreciéndose a sí mismo en espectáculo. Es una gran artista.

-¡Oh *darling!* ¿Por qué supone la piedad de Choulette un artístico fingimiento? ¿Por qué? Los creyentes disfrutan de grandes alegrías y de grandes encantos. Los poetas no lo ignoran. Sin fervor, Choulette no podría escribir los admirables versos que escribe.

-Y usted, amiga mía, ¿tiene fe? -¡Oh, sí! Creo en Dios y en las palabras de Cristo.

Mientras hablaban, los estandartes, el palio y los velos blancos habían desaparecido en las tortuosidades del camino montañoso, pero veíase aún sobre el cráneo desnudo de Choulette la llama del cirio que refulgía en rayos de oro.

Dechartre las esperaba solo en el jardín. Teresa lo sorprendió con los codos apoyados en la barandilla de la terraza, donde había sentido sus primeras angustias de amor. Mientras miss Bell determinaba con el príncipe el emplazamiento del campanil para la campana recién venida, el amante llevó a Teresa bajo los cítisos.

-Me prometiste hallarte en el jardín cuando yo llegara y te aguardo aquí desde hace una hora, que me pareció interminable. Tu ausencia me ha sorprendido y me ha desesperado.

Disculpó Teresa vagamente. Dijo que no pudo evitar aquella salida, y por haber encontrado en la estación a miss Bell, regresaron juntas en el cochecillo.

Excusó Dechartre sus inquietudes. Todo le asustaba; su felicidad le daba miedo y le tenía en constante zozobra.

Estaban ya en la mesa cuando apareció Choulette con cara de sátiro antiguo. Terrible

alegría brillaba en sus ojos fosforescentes. Desde su regreso de Asis redujo su trato a personas humildes. Bebía sin cesar vino de Chianti con mozas y artesanos a quienes instruía en el placer y la inocencia explicándoles el advenimiento de Jesucristo y la próxima abolición de las contribuciones y del servicio militar. Terminada la procesión, había reunido algunos vagabundos en las ruinas del teatro romano, y les predicó en lenguaje macarrónico, mezcla de francés y toscano, un sermoncito que se complacía en repetir:

-Los reyes, los senadores y los jueces han dicho: "La vida de los pueblos está en nosotros." Pero mienten, a semejanza del ataúd que dice: "Yo soy la cuna." La vida de los pueblos está en las cosechas del campo que amarillean bajo la mirada del Señor; están en las cepas enroscadas a los olmos, en la riente luz y en las fecundadoras lágrimas con que el cielo acaricia los frutos de los árboles y de las huertas. No está en las leyes, que se dictan para provecho de los ricos y los poderosos, y que tienden a la conservación del poderío y de la riqueza. Los jefes de reinos y de repúblicas han escrito en sus libros que el derecho de gentes consiste en el derecho de guerra: glorificaron la rapiña, tributan honores a los asesinos de muchedumbres y alzan en las plazas públicas monumentos al hombre y al caballo victorioso. Pero no tenemos derecho a matar, por esto el justo no sacará de la urna su boleta en la quinta. El derecho no consiste en alimentar la locura y los excesos criminosos del príncipe que rige un reino y del ciudadano que preside una república; por esto el justo no pagará el impuesto y no dará dinero a los publicanos. Gozará en paz de su trabajo: sólo amasará pan con el trigo que haya recogido y sólo comerá la fruta de los árboles que haya plantado.

-¡Ah, señor Choulette! -dijo gravemente el príncipe Albertinelli-, hace usted bien en interesarse por la situación de nuestras infelices y hermosas campiñas que el Fisco agota. ¿Qué fruto puede obtenerse de una tierra que tributa el treinta y tres por ciento de su producto? Dueños y servidores son presa de los publicanos

Dechartre y la señora Martín se asombraron de la inesperada sinceridad de su acento.

Y el príncipe añadió:

-Yo respeto al rey, confirmo mi lealtad: pero lamento los males de los campesinos.

La verdad es que perseguía con dúctil obstinación un fin único: restablecer el dominio rural de Casentino, que su padre, el príncipe Carlos, ayudante de Víctor Manuel, dejara devorar a los usureros en sus tres cuartas partes. La suavidad fingida ocultaba su obstinación. Sólo tenía vicios útiles y conducentes al interés de su existencia. Para llegar a ser un poderoso terrateniente toscano, chalaneaba cuadros, vendía secretamente artesonados famosos de su palacio, era el capricho de viejas damas ricas y conquistaba el amor de mis Bel', a la que supuso muy hábil para ganar dinero y muy diestra para regir una casa. Como le apasionaba sinceramente la tierra y los campesinos, las palabras ardientes de Choulette bastaron para exaltarle, y declaró con franqueza su pensamiento:

-En un país donde el amo y los sirvientes forman una sola familia, el porvenir del uno depende del de los otros. El Fisco nos despoja. ¡Qué honradas gentes son nuestros labradores! Para el cultivo de la tierra nadie los iguala en el mundo.

La señora Martín confesó que nunca lo hubiera supuesto. Solamente los campos de Lombardía le parecieron bien cultivados y bien regados por sus muchos canales. pero la Toscana era un hermoso huerto silvestre.

Respondió el príncipe, sonriente, que acaso no hablaría de tal manera si le hubiera hecho el honor de visitar sus granjas de Casentino, menos florecientes de lo que debieran estar, por haber soportado las consecuencias de interminables y ruinosos litigios. Allí se convencería de lo que son capaces los campesinos italianos.

-Me ocupo mucho de mis fincas, de donde regresaba esta tarde cuando tuve el doble placer de encontrar en la estación a miss Bell en busca de su campana, y a usted, condesa, que se despedía de un amigo de París.

Estaba seguro de que sus palabras la intranquilizarían, y al tender su mirada en torno de la mesa observó el movimiento de asombro y de inquietud que Dechartre no pudo contener.

Entonces prosiguió:

-Perdone usted, condesa, que un campesino presuma de conocer a las personas. El caballero que hablaba con usted me pareció un parisiense por su porte británico. Su rigidez estudiada traslucía perfecta desenvoltura y desenfado notorio.

-Sí -dijo Teresa con naturalidad-. Hacía tiempo que no lo veía y me sorprendió encontrarle de paso en Florencia.

Puso los ojos en Dechartre, que se mantuvo indiferente.

-Pues yo conozco a ese caballero -añadió miss Bell-. Es Le Ménil. Dos veces he comido a su lado en casa de la condesa Martín, y conversó conmigo muy agradablemente. Díjome que le apasionaba el fútbol, que había introducido ese juego en Francia, donde se puso de moda. Contóme también sus aventuras de caza. Le interesan los animales. He observado que a los cazadores les gustan mucho los animales, *darling.* Le Ménil habla con mucho acierto de las liebres, conoce sus costumbres y me aseguró que daba gozo verlas bailar en un claro a la luz de la luna. Las cree inteligentísimas, y dice que vio a una liebre vieja, perseguida por los perros, levantar a otra liebre de su cama para darles el cambiazo. *Darling,* ¿también le hablaba de las liebres Le Ménil?

Teresa dijo sencillamente que no lo recordaba, porque la conversación de los cazadores era siempre aburrida.

Miss Bell replicó. No creía que Le Ménil aburriera cuando narraba las danzas de las liebres a la luz de la luna en los claros y en las viñas. Miss Bell deseaba, como Fanión, domesticar un lebrato.

-*Darling,* ¿sabe usted quién era Fanión? Estoy segura de que Dechartre no lo ignora. Fanión fue muy hermosa y amada por los poetas. Habitaba en la isla de Cos una casa sobre la vertiente de una colina que, poblada de limoneros y terebintos, inclinábase hacia el mar azul. Desde allí contemplaba el brillo azulado de las olas. Conté la historia de Fanión a Le Ménil y se alegró de oírla. Un cazador llevóle un lebrato de largas orejas, que mamaba todavía, y ella lo crió en su regazo y lo alimentó con flores primaverales. Encariñose con Fanión el lebrato y olvido a su madre la liebre, pero fue víctima de un empacho de flores. Fanión le lloro, lo enterró en el jardín perfumado y le construyo una tumba que veía desde su lecho. La memoria del lebrato fue celebrada y perdura en las canciones de los poetas.

La buena señora Marmet dijo que Le Ménil agradaba por sus modales distinguidos y correctos, que ya no abundan entre la juventud. La hubiera complacido verlo. Tenía que pedirle un favor.

-Un favor para mi sobrino. Es capitán de Artillería, muy bien calificado y estimado de sus jefes. Su coronel ha servido mucho tiempo a las órdenes de un tío de Le Ménil, el general de La Briche. Si Le Ménil quisiera decirle a su tío el general que diese a mi sobrino recomendación para el coronel Faure, yo se lo estimaría mucho. Le Ménil y mi sobrino se conocen; ambos asistieron el año pasado al baile de máscaras que dio el capitán Bessay en el hotel de Inglaterra a los oficiales de la guarnición de Caen y a la juventud de las cercanías.

La señora Marmet añadió bajando los ojos:

-Naturalmente, las invitadas no eran mujeres de buena sociedad, pero se dice que las había muy hermosas. Las llevaron de París. Mi sobrino a quien debo estos pormenores, habíase disfrazado de postillón; Le Ménil, de húsar de la Muerte, y agradó mucho su gallardía.

Miss Bell lamentó no haber sabido que Le Ménil se hallaba en Florencia; le hubiera invitado a descansar en Fiésole.

Dechartre estuvo cabizbajo y distraído hasta el final de la comida, y cuando al despedirse Teresa le dio la mano, él no la oprimió acariciadoramente, como de costumbre.

XXIII

Al otro día Teresa le halló pensativo en el ignorado pabellón de la vía Alfieri. Al principio trató de distraerle con alegrías ardorosas, con dulzuras de intimidad insinuante, con soberbia humildad de querida que se ofrece. Pero él continuaba triste. Toda la noche había reflexionado y amasado su tristeza y su enojo. Encontró motivos para sufrir. Su pensamiento relacionó la manecita que deslizaba una carta en el buzón ante el San Marcos de bronce con el desconocido borroso y temible que aparecía en la estación. Santiago Dechartre daba ya expresión y nombre a su angustia. Sentado en la poltrona donde se acomodo Teresa el primer día, le abatieron dolorosas imágenes, mientras ella procuraba envolverle con los encantos de su cuerpo y los ardores de su alma, bastante segura de lo que producía su padecer para evitar la simpleza de preguntárselo.

Deseosa de sugerirle ideas más agradables, evocó sus anteriores entrevistas en aquel amoroso retiro y sus paseos a través de la ciudad. Recordaba graciosas intimidades.

-La cucharita que me regalaste un día en los Lanzis, la cucharita con la azucena roja, me sirve para tomar el desayuno en la cama. En el gozo que me produce verla comprendo lo mucho que te quiero.

Y como él solo pronunciaba frases tristes e indiferentes, le dijo Teresa:

-Estoy a tu lado y no te intereso. "le preocupa no sé qué idea; pero yo existo, y una idea no es nada.

-¿Crees tú que una idea no es nada? Por una idea somos felices o desgraciados: por una idea se vive o se muere. Sí. ¡Es verdad! Pienso...

–¿Qué piensas?

-No me lo preguntes. De sobra lo comprendes. Me preocupa 10 que averigüé ayer tarde, y el motivo que te indujo a ocultármelo. Me preocupa el encuentro que tuviste ayer en la estación y la certeza de que no fue casual, sino consecuencia de una carta, de una carta echada, recuérdalo, en el buzón de San Miguel. ¡Ah!, nada te reprocho. No tengo ningún derecho. Pero ¿por qué me ocultaste que no eras libre?

Teresa creyó necesario mentir, y dijo:

-¿Te refieres al caballero con quien hablé ayer en la estación? Te aseguro que su presencia no podía importarme lo más leve.

A Dechartre le impresionó dolorosamente que Teresa no se atreviese a nombrar al viajero, y también se abstuvo de pronunciar su nombre.

-¿No vino por ti? ¿No sabías que se hallaba en Florencia? ¿No es para ti más que un conocido vulgar con quien hablas en sociedad y a quien recibes en tu casa como a tantos otros? ¿No es el ausente que te obligó a decirme a la orilla del Arno: "¡No puedo!"? Teresa, dime la verdad: ¿no es nada tuyo?

Ella respondió resueltamente:

-Va de cuando en cuando a mi casa. Me lo presentó el general Lariviére. No tengo más que decirte. Puedo asegurarte que no me interesa poco ni mucho y que no imagino el fundamento de tu sospecha.

Sentía satisfacción al renegar del hombre que sostuvo contra ella tan dura y violentamente sus derechos de poseedor, pero deseaba librarse lo más pronto posible de la senda tortuosa, y en pie, fijando en su amigo los claros ojos acariciadores y serenos:

-Óyeme -le dijo-: desde que te hice mi dueño, mi vida es tuya. Si algo te inquieta, interrógame. Ya sabes que sólo tú puedes colmar las ansias de mi corazón. Respecto a mi pasado, quedarías muy satisfecho si supieras cuán poco me satisfizo. No creo que otra mujer creada como yo para el amor te haya ofrecido un alma tan virgen de sensaciones amorosas como la que te ofrezco. Te lo juro. En los años transcurridos antes de conocerte, apenas viví. Mi vida empieza en tu deseo. Nada puede avergonzarme. Si tengo algo que lamentar es no haberte conocido más pronto. ¿Por qué, amigo mío, por qué no lo comprendes? Hubiera sido tuya cinco años antes como ahora lo soy. Pero fatiga bucear en un tiempo que ya no existe. Acuérdate de Lohengrin. Si me quieres, yo soy para ti el Caballero del Cisne. Yo no te pregunté nada, no he querido saber nada, no te pedí explicaciones acerca de la señorita Juana

Librodot

Tancréde. Comprendí que me amabas, comprendí que sufrías, y me bastó... ¡porque yo te amaba también!

-Las mujeres no saben sentirse celosas como los hombres, ni padecen por lo que más nos hace padecer.

-No comprendo lo que dices.

-En las venas, en la carne de las mujeres, no hay el furor absurdo y generosos de posesión, el antiguo instinto que los hombres transformaron en un derecho. Cada hombre, como el Ser creador, quiere a su criatura por entero. Desde siglos remotos acostumbróse la mujer a contemporizar. El pasado, el oscuro pasado, dirige nuestras pasiones. ¡Venimos al mundo cansados ya de vivir! Los celos son, para las mujeres, resquemores de vanidades. En el hombre son tortura, honda como el sufrimiento moral, continua como el sufrimiento físico …

¿Preguntas por qué me siento celoso de ti? Porque, a pesar de mi sumisión y de mis adoraciones, a pesar de que me fascinas, tú eres materia, yo espíritu; eres un objeto, yo un alma; eres arcilla, yo el artífice. ¡Oh, no lo deplores! Junto al ánfora torneada y ceñida de guirnaldas, ¿qué representa el humilde y rudo alfarero? Ella es tranquila y hermosa, él es inquieto y miserable, y se atormenta y padece y ama; porque amar es padecer. Sí, ¡estoy celoso! Comprendo el origen de mis celos. Cuando lo examino, hallo prejuicios hereditarios, orgullo de salvaje, una sensibilidad enfermiza, una mezcolanza de violencia bruta! y debilidad cruel, una rebeldía imbécil y malvada contra las leyes dela vida y del mundo. Tengo la ventaja de reconocer su verdadero valor. Soy el químico estudioso que analiza las propiedades del ácido por él absorbido y conoce las combinaciones que forma: pero el ácido lo abrasa, lo roe, le destruye la carne y los huesos.

-Amor mío, ¡estás loco!

-Sí, no lo niego, y acaso lo comprenda mejor que tú. Amar a una mujer en todo el esplendor de sus encantos y de su talento, segura de sí misma, que nada ignora, que a todo se atreve, con el atractivo de su libre voluntad y el acicate de su tentación: desearla y amarla por todo eso que seduce, y dolerse de que' le falten candor pueril y pálida inocencia; pedirle a un tiempo ser y no ser del modo que nos ilusiona, adorarla porque la vida la modeló y lamentar que la vida, embelleciéndola tanto, la rozara siquiera ..

¡Oh, es una locura! Yo te adoro, ¿lo sabes? Te adoro por todo lo que me ofreces, costumbres y sensaciones; por todo lo que ha formado tu experiencia, por todo lo que aprendiste con "él", quizá con "ellos", ¡qué sé yo! En esto consisten mis delicias y mis torturas. Debe de haber un sentido profundo en la estupidez general que impone a nuestros amores la culpabilidad. Nuestra dicha es culpable cuando es inmensa. Por esto sufro.

Ella se arrodilló a los pies de su amante, y le cogió las manos para atraerlo.

-¡No quiero que sufras, eso no! Sería una insensatez. Antes no pude amar, puesto que sólo en ti he conocido el amor. ¡Créeme! No miento.

La besó en la frente, y dijo:

-Aunque mientas, nada te reprocho. Mentir para evitar un dolor, ¿no es de agradecer? ¿Hay algo más legítimo y humano? ¿Qué sería de nosotros. ¡Dios mío!, sí las mujeres no inventasen mentiras piadosas? Miente, miente por caridad, adormece mi angustia con el ensueño que colora los negros pesares, miente sin escrúpulo. Tus mentiras añadirán una ilusión a las ilusiones del amor y de la belleza.

Suspiró, y prosiguió:

-¡Qué bien lo ha interpretado la sabiduría popular!

Teresa le preguntó a qué se refería, y él respondió que a un proverbio sensato, pero brutal. Valía más callarlo.

-Dilo, sea como sea.

-¿Quiéres conocerlo? "Boca besada no pierde su lozanía."

Y agregó:

-Es cierto que el amor conserva la belleza, y que la carne de las mujeres se nutre de caricias como la abeja de flores.

Teresa depositó entre los labios del amante un juramento en un beso:

-Te juro que desconocí el amor hasta conocerte. ¡Ah, no, no debo a las caricias los encantos que te brindo! ¡Es que te adoro! ¡Te adoro!

Pero él recordaba la carta de aquel día en San Miguel y al desconocido encontrado en la estación.

-Si me amaras de veras, no querrías a nadie más que a mí.

Ella se levantó, indignada.

-¿Luego supones que amo a otro? -dijo-. ¡Es una monstruosidad! ¿Así me juzgas? ¡Y afirmas que me amas! ¡Óh! Me inspiras compasión. ¡Estás loco de veras!

-Verdaderamente debo de estar loco. Dímelo. Repítemelo.

Ella arrodillada, con las manos le cubría las sienes. Le repitió que juzgaba locura intraquilizarse por un vulgar y sencillo encuentro, y le obligó a creer, o mejor dicho, a olvidar. Le obsesionaban aquellas manos suaves, aquellos labios ardorosos, aquellos dientes ávidos, aquel divino cuello, y todo el encanto carnal que se le ofrecía. Sólo una idea le complacía: vivir sumergido en su goce. Su amargura y su cólera desvanecidas le dejaron el ansia de olvidarlo, de borrarlo todo y de precipitarse con Teresa en un abismo de voluptuosidad. Ella también, rendida por la inquietud y el deseo, saboreando la pasión que inspiraba, sintiendo a la vez su poderío y su debilidad, pagó amor con amor en fiebres apasionadas. Y con violencia instintiva, obediente a la invencible voluntad de entregarse mejor y más que nunca, atrevióse a lo que no creyera posible. Una sombra cálida envolvía el aposento. Rayos de oro filtrados entre las cortinas iluminaban el cestito de fresas, colocado en la mesa junto a un frasco de vino de Asti. A la cabecera de la cama, la clara sombra de la señora veneciana sonreía con sus labios descoloridos. Las carátulas de Bérgamo y de Verona derramaban su alegría silenciosa y burlesca sobre las mamparas. En un vaso deshojábase poco a poco una rosa enorme. El silencio se impregnaba de amor. Desfallecidos ya, saboreaban goces ardientes.

Adormecióse Teresa, recostada en el pecho de su amante. Su breve sueño prolongó su voluptuosidad. Al entreabrirse los ojos, dichosa, dijo:

-¡Te amo!

El apoyó un codo en la almohada. En sus ojos había una indecible angustia.

-Hace un momento eras dichoso, ¿por qué no lo eres ya?

Y como él movió la cabeza en silencio, ella insistió:

Habla. Prefiero tu reproche. Y él la dijo:

¿Quieres averiguarlo? No te disgustes. Sufro más y más al ver cuánto se goza contigo.

Apartóse Teresa bruscamente, lo miró dolorida, y en tono de reproche, dijo:

-¿Supones que pude ser para otro lo que soy para ti? Me hieres en lo más sensible de mi amor. ¡No te lo perdono! Te amo, y antes no amé nunca, no supe amar. Sólo he sufrido por ti. Puedes vivir satisfecho, ¡y me atormentas! ¿Eres malo?

-Teresa, ¡no se puede ser bueno cuando se ama!

Sentada en el lecho, como en la playa, dejó al aire sus piernas desnudas y estuvo mucho rato inmóvil, pensativa. Su rostro, palidecido por el goce, se coloreó, y una lágrima humedeció sus pestañas.

-¡Teresa lloras!

-Perdóname, dueño mío. Es la primera vez que amo y que me siento amada... Comprende mi temor.

XXIV

Mientras los amortiguados choques de las maletas hacían retemblar la escalera de la "villa" de las Campanas; mientras Paulina, con un montón de paquetes, bajaba de prisa; mientras la buena señora Marmet, siempre vigilante y reposada, veía cargar los equipajes, y

miss Bell ponía minucioso término a su tetado, Teresa, vestida de gris para el viaje, reclinada en el antepecho de la terraza, contemplaba una vez más la ciudad de la Flor.

Habíase decidido a partir. Su esposo le reclamaba en todas las cartas. Si se hallase de regreso en París a principios de mayo, repetía el conde con ruegos insistentes, aún podrían dar, antes de las últimas carreras, dos o tres banquetes y otras tantas recepciones. Su grupo era favorablemente alentado por la opinión, la ola lo impulsaba, y Garain creía el salón de la condesa Martín excelente para ejercer influencia poderosa en los destinos futuros del país. Tales razones apenas la conmovía, pero, sintiéndose benévola, gustaba de ser agradable a su marido. También había recibido últimamente una carta de su padre. Sin preocuparse de las miras políticas de su yerno y sin aconsejar a su hija, el señor de Montessuy daba claramente a entender que la estancia misteriosa de la condesa Martín en Florencia, rodeada de poetas y artistas, era motivo de murmuraciones entre las amistades, y que la "villa¨ de las Campanas tomaba, de lejos, apariencias de fantasía sentimental. Teresa, por su parte, sentíase también cohibida en Fiésole. La señora Marmet la sobrecogía, el príncipe Albertinelli la intranquilizaba, las cites en el pabellón de la calle de Alfieri tropezaban cada vez con mayores dificultades y peligros, el profesor Arrighi, a cuya casa iba el príncipe a menudo, habíala encontrado, una vez que recorría solitarias callejuelas, muy amartelada con Dechartre. El profesor Arrighi, autor de un tratado de agricultura, además de ser un científico muy culto, era un caballero muy delicado: volvió la cara con disimulo, y se limitó a decir al día siguiente a su joven amiga: "En otro tiempo yo adivinaba de muy lejos la presencia de una mujer hermosa, pero al trasponer la edad en que las mujeres dejan de mirarme con agrado, el cielo se compadece y me libra de verlas. Mis ojos están muy débiles. No reconozco en la calle ni el más hermoso rostro." Teresa comprendió y diose por advertida. Entonces resolvió ir a ocultar sus goces en la inmensidad de París.

Cuando anunció a mis Bel! su próximo viaje, la poetisa quiso que lo retrasara unos días, pero Teresa, después del consejo que le dio en su alcoba cierta noche, pudo comprender que Vivian no se complacía como antes en la intimidad de una confidenta que desaprobaba su elección, de la que sin duda el príncipe

Albertinelli se vengaba tachándola de ligera y acaso de viciosa. El viaje se fijó para el 5 de mayo.

El sol brillaba puro y deslumbrador sobre el valle del Arno. Teresa, pensativa, desde la terraza veía lucir la inmensa rosa matinal en la copa azul de Florencia. Inclinóse para contemplar en la falda de las floridas laderas el sitio imperceptible donde se le revelaron los más deliciosos goces. En la lejanía, el jardín del cementerio formaba una mancha oscura, cerca de la cual adivinaba Teresa la calle Alfieri. Se imaginó en su amoroso retiro, donde sin duda ya no se recogería jamás. Las horas pasadas, para no volver, aparecíanse con la tristeza de un ensueño. Sintió sus ojos cegados, flaqueaban sus rodillas y desfallecía su alma. Le pareció que su vida la abandonaba para quedarse en aquel rincón donde los negros cipreses alzaban sus copas inmóviles. Reprochábase aquella turbación que sentía sin motivo a la hora de tranquilizarse y alegrarse, ante la certeza de ver a Santiago en París.

Proyectaron llegar el mismo día y hasta resolvieron irse juntos: pero ella creyó prudente que Dechartre se quedara unos días más en Florencia. Estaba próxima su nueva felicidad, y precisada la cita sólo aquel pensamiento lo hizo vivir. Su amor se amasaba con su carne y circulaba con su sangre. No obstante, algo de sí misma quedaba en el pabellón de las cabras y de las ninfas, algo de sí misma que nunca le sería devuelto. El pleno ardor vital sentíase morir en cosas infinitamente delicadas y preciosas. Acordábase de que Dechartre le dijo: "El amor es idólatra. He cogido en la terraza una flor marchita, en la cual tú habías posado los ojos largamente." ¿Por qué no se le ocurrió a ella coger una piedrecita del pabellón donde su felicidad fue tan completa?

Un grito de Paulina la sustrajo a sus pesnamientos. Choulette, oculto entre unos cítisos, había sorprendido a la doncella, que iba cargada con los abrigos y los maletines de las

señoras, y al paso la besó. El poeta corría por los paseos del jardín, ufano, alegre, hirsuto, con las orejas tiesas como dos cuernos de un fauno y el cráneo lustroso. Acercóse a la condesa Martín para saludarla.

-!,Debo decirle adiós?

El seguiría en Italia por exigencia de "una señora": Roma. Quería ver a los cardenales. Uno de ellos, reputado en su noble ancianidad por su claro entendimiento, tal vez se consagrase a la reforma de la iglesia socialista y revolucionaria. Choulette tenía un propósito: clavar sobre las ruinas de la civilización injusta y cruel la Cruz del Calvario, no muerta y desnuda, sino viva y con brazos florecientes extendidos sobre el mundo. Fundarían con este propósito una Órden monástica y un diario batallador. De la Órden ya tuvo noticias la condesa Martín. El periódico se vendería en todas partes a cinco céntimos, redactado en frase rimadas y versos de romance. Podría, debería ser cantado. El verso, muy sencillo, brioso y alegre con violencia y ternuras, era el único lenguaje apropiado al espíritu del pueblo. La prosa no agradaba más que a la gente de inteligencia muy sutil. Choulette había frecuentado las reuniones de los anarquistas en los "tabernáculos" de la calle de Santiago, donde solían entretener las veladas improvisando y oyendo coplas.

Y acabó así:

Un diario que sea un libro de cantares para servir de pasto intelectual a los humildes. Se me concede algún genio, ignoro si hay razón para tanto; pero es indudable que poseo el don de hallar soluciones muy prácticas a multitud de problemas difíciles.

Miss Bell bajaba ya la escalinata y se ponían los guantes.

-¡Óh, *darling!* La ciudad, las montañas y el cielo quieren ser llorados por usted. Hoy se muestran hermosos como nunca para inspirarle, al partir, la tristeza de abandonarlos y el deseo de volver a verlos.

Pero Choulette, a quien fatigaba la elegante sequedad de la naturaleza toscana, suspiraba por la verde Umbría y su cielo húmedo. Acordábase de Asís, en pie y en oración sobre la llanura de tierra blanda y humilde.

-Allí hay -dijo- rosas y bosques, hay claros desde donde se descubren un jirón azul con nubecillas blancas. Pasándome sobre las huellas que dejó el buen San Francisco, he puesto su cántido al Sol en antiguas rimas francesas, pobres y sencillas.

La señora Martín dijo que gustaría de oírlas. Miss Bell se hallaba atenta ya, y tomaba su rostro la expresión ferviente de un ángel esculpido por Mino.

Choulette les advirtió que su obra era rústica y sin arte. Sus versos no pretendían ser hermosos: eran sencillos y ligeros.

Luego, con voz lenta y monótona, recitó el cántico:

Loado sea Dios, que adorna y enguirnalda
el mundo en donde fija nuestro vivir mortal,
sembrándolo de oro, de azul y deesmeralda
como un miniaturista que decora un misal.

Loado sea Dios cuando a su imagen crea,
para dar luz al mundo, a nuestro padre Sol,
espléndido y ardiente como divina idea,
diamante derretido en inmenso crisol.

Loado sea Dios por nuestro hermano el Viento,
por nuestra hermana Luna, y el fúlgido tropel
de estrellas, por las nubes que pone en movimiento,
por la bruma que extiende cual gigigante dosel.

Loado sea Dios, al que bendigo y ruego,

Librodot

por la brizna ligera y el recio corras cal,
por mi hermano terrible y bondadoso, el fuego,
y por el agua humilde, pura en el manantial.

Por la tierra fecunda que se viste de flores
y ofrece de su seno fruto reparador
a los humanos y a los hijos de sus amores,
mientras por todos vela un ángel bienhechor.

Por nuestra hermana Vida, por
nuestra hermana Muerte,
loado sea Dios, y a la hora de morir
esta loa en mis labios renovará mi suerte
en la noche serena y el alba porvenir.

-*¡Óh,* señor Choulette -dijo miss Bell-, su cántico remóntase al cielo como la ermita que se alza en el campo santo de Pisa y trepa sobre la montaña riscosa! Lo explicaré más claramente: la vieja ermita se apoya en el báculo de la Fe, y cojea porque sólo se apoya de un lado. Así ocurre con estos versos, intencionadamente, ¡lo comprendo bien!

El poeta aceptó aquellos elogios muy seguro de merecerlos.

-A usted, hombre fervoroso, amigo Choulette -dijo Teresa-, ¿de qué le sirve la fe, como no sea para escribir preciosos versos?

-Me sirve también para pecar, señora.

-¡Óh! Pecadores lo somos todos, aunque nos falte la fe.

Compareció la señora Marmet equipada para el viaje, satisfecha de regresar al fin a su reducido aposento de la calle de la Chaise, donde se reuniría con su perro y con su invariable amigo el señor Lagrange. Después de admirar los etruscos de Fiésole vería con más gusto al guerrero doméstico entre las vacías bomboneras, enfrentándose al través de los cristales de una ventana con el cuadrado edificio del *Bon Marché.*

Miss Bell, en su cochecito, llevó hasta la estación a sus amigas

XXV

Dechartre había ido también a la estación para despedir a las viajeras. Al separarse, Teresa sintió lo que aquel hombre significaba para ella: habíala revelado un sabor nuevo (le la vida, tan delicioso, tan ardiente y eficaz que aún palpitaba en sus labios. Vivía para lo emocional de aquel deleite con la esperanza de renovarlo pronto, y sentía una mezcla de extrañeza y ternura cada vez que la señora Marmet, en el curso del viaje, decía: "Creo que acabamos de pasar la frontera", o "Los rosales florecen a la orilla del mar." Teresa conservaba su goce íntimo, cuando tras una noche de hotel en Marsella, vio los olivos grises en los campos pedregosos. Luego, las moreras; el perfil lejano del monte Pilatos, el Ródano, Lyon, y después los paisajes conocidos; los árboles copudos, poco antes yertos y violáceos, ya revestidos con verdes y abundantes hojas. Las tierras cultivadas y las hileras de álamos a la orilla de los ríos. El viaje se deslizaba monótono para ella, que gustaba la plenitud de las horas vividas y el asombro de los goces intensos. Cuando se detuvo el tren a la lívida claridad que se cernía en la estación, con una sonrisa de durmiente desvelada recibió a su marido, satisfecho de verla regresar. Besó a la buena señora Marmet y le agradeció de todo corazón su compañía. En verdad, Teresa se enternecía con todas las cosas, como el San Francisco de

Choulette.

En el fondo del coche, que avanzaba por los muelles entre el polvillo luminoso del Poniente, oía sin impaciencia a su marido que la enteraba de sus éxitos políticos, de las intenciones de su grupo parlamentario, de sus proyectos, de sus esperanzas y de la conveniencia de dar dos o tres banquetes. Mientras cerraba los ojos para divagar mejor, se dijo: "Mañana tendré carta, y nos veremos dentro de ocho días." Al pasar el coche por el puente miró Teresa el agua luminosa, los arcos renegridos, las hileras de plátanos, las copas floridas de los castaños en los jardincillos de Coursla-Reine, y todos estos aspectos familiares revestíanse para ella de una magnífica novedad: le parecía que su amor coloreaba el Universo. Y se preguntaba si los árboles y las piedras la reconocían al verla pasar. Imaginaba: "¿Es posible que mi silencio, mis ojos, toda mi carne, cielo y tierra, no pregonen mi decreto?" El señor Martín Belleme supuso que la habría fatigado el viaje, y la aconsejó el descanso. De noche, sola y encerrada en su habitación, sumida en un profundo silencio que la permitiría oír las palpitaciones de su alma, escribió al ausente una carta llena de frases parecidas a las flores perpetuamente lozanas: "Te amo. Te espero. Soy feliz. Te siento cerca de mí. No hay más que nuestro amor en el mundo. Veo desde mi ventana una estrella azulada que titila, y me figuro que tú la ves desde Florencia. He puesto sobre la mesa la cucharilla de la azucena roja. Ven. ¡Tan distante y me abrasas! ¡Ven!" Así reverdecían en su corazón las sensaciones y las imágenes eternas.

Durante una semana vivió su vida interior, saboreando los dulces ardores que aún conservaba de los días pasados en el retiro de la calle Alfieri. Recordaba los besos recibidos y se complacía con su goce amoroso. Puso esmero delicado y atención minuciosa en encargarse trajes nuevos. Procuró agradarse y sentirse atractiva para estar segura de agradarle. Locamente inquieta, cuando el correo no le traía nada: temblorosa y alegre, cuando reconocía en el sobre de una carta la rasgueada escritura de su amigo, devoraba sus recuerdos, sus deseos y sus esperanzas. Así transcurrieron las horas, rápidas, violentas, palpitantes, ardientes.

Pero la mañana en que Dechartre debía llegar parecióle odiosamente larga. Teresa estaba ya en la estación mucho antes de la hora del tren. Dieron aviso de un retraso, y esto la desconcertó. Óptimista en sus propósitos y obstinada, como su padre, en tener la fortuna sujeta a su voluntad, creíase defraudada por aquel retraso imprevisto. La claridad grisácea que filtraba los vidrios de la estación, durante cuarenta y cinco minutos, *cayó* sobre Teresa como los granos de un inmenso reloj de arena que señalase los momentos perdidos para sus goces. Ya estaba desolada, cuando, a la roja luz del sol poniente, vio avanzar la máquina del rápido, monstruosa y dócil, que se paró junto al andén, y entre la multitud de viajeros que abandonaban los coches. Dechartre, buen mozo y esbelto, corrió hacia ella, mirándola con la ternura dulce y apasionada, que era el encanto de Teresa, y dijo:

-¡Al fin te veo! Temía morir sin volver a verte. No puedes imaginar cuánto he sufrido. ¡Una semana entera lejos de ti! Visitaba nuestro retiro amoroso de la calle de Alfieri, y en el aposento solitario y tranquilo, gritaba desesperado y anhelante.

Ella lo miró complacida:

-¿Supones que yo no te llamaba también y te deseaba con ansias abrasadoras? ¿No comprendiste que, inquieta en mi soledad, tendía los brazos hacia ti? Guardé tus cartas en la arquilla de mis joyas. Releerlas de noche era mi delicia, pero era también una imprudencia. En sus palabras me parecía sentirte palpitar, y la imaginación, al evocarte, aumentaba mis deseos.

Atravesaron la plazoleta donde circulan los coches que llevan viajeros y equipajes. Teresa preguntó si tomarían un coche.

Dechartre no respondió. Ensimismado, tal vez ni la oía. Teresa repuso:

-He ido a tu casa, pero no me atreví a entrar. Me asomé a la verja y contemplé las ventanas, donde trepan los rosales en el fondo del patio, a la sombra de un plátano. "¡Aquí vive!", pensé. . . No me sentí nunca tan emocionada.

Librodot

Dechartre no la oía ni la miraba. Pasaron rápidamente la calzada y subieron por una escalerilla de piedra a una calle solitaria, donde se alzaba, entre almacenes de madera y de carbón, una fonda con restaurante en la planta baja y mesitas en la acera. Bajo el rótulo de colores mecíanse las cortinas blancas de las ventanas. Dechartre se detuvo en la puerta y después guió a Teresa por el .oscuro pasillo.

Ella preguntó:

-¿Adónde me llevas? ¿Qué hora es? Necesito llegar a casa a las siete y media. Estamos locos.

Y en un aposento, sobre cuyos rojos baldosines había una cama de nogal, gozaron un momento de olvido encantador.

Al salir, Teresa dijo:

-Santiago mío, somos demasiado felices; vivimos con excesiva intensiciad.

XXVI

Un coche la condujo al día siguiente a una calle populosa, y, sin embargo solitaria, medio triste y medio alegre, con tapias de jardines en los intervalos de las casas nuevas, y se paró bajo el arco abovedado de un hotel estilo Regencia -cubierto ya de polvo y de olvido- que sobresale con gallardía. Tendiéndose por fuera de los muros, las ramas verdes, alegran aquel rincón de la ciudad. Mientras aguardaba que abriesen el postigo, Teresa vio en la perspectiva corta de las casas una polea sobre un ventano de buhardilla y una enorme llave dorada en la muestra de un cerrajero. Sus ojos se complacían en aquellos aspectos para ella desacostumbrados hasta entonces y familiares ya. Las palomas. revoloteaban sobre su cabeza y ca careaban a sus pies las gallinas. Un criado bigotudo, de aspecto militar y campestre, abrió el postigo. Teresa entró en un patio enarenado, sombreado por un plátano, donde a la izquierda y al nivel de la calle alzábase la porteria con jaulas de canarios en las ventanas. Del mismo lacio, una celosía verde tapaba la pared medianera de la casa próxima. El armazón acristalado de un¸ taller de escultor permitía entrever figuras de yeso adormecidas bajo el polvo. A la derecha, sobre la tapia del patio, asomaban restos preciosos de frisos y rotas columnas. Al fondo, e! hotel, no muy grande, abría seis ventanas en su fachada medio oculta bajo la hiedra y los rosales.

Felipe Dechartre, enamorado de la arquitectura francesa del siglo XV, reprodujo allí muy exactamente los caracteres de una residencia del tiempo de Luis XII. Aquella casa, empezada a mediados del segundo Imperio, no quedó concluida. El restaurador de tantos edificios había muerto sin poder acabar su vivienda. Más valió que así fuese. Proyectada en un estilo que tuvo su elegancia y su mérito, y que ahora ya no estimaba nadie, perdió poco a poco su frondosa vecindad porque los jardines, convertidos en casa, la oprimieron con sus altos muros. La vivienda de Felipe Dechartre, por la rudeza de sus piedras toscas, por la pesadez ingenua de sus tres cuerpos superiores abuhardillados; por la sencillez de su techumbre, que la viuda del arquitecto hizo construir económicamente, por todas las fatalidades de lo interrumpido y de la involuntario, disimulaba su arquitectura envejecida y su romanticismo arqueológico, y armonizaba con la humildad de un barrio invadido por cl exceso de la población. Además, con su apariencia de ruina, y con sus cortinajes de verdura, el retiro aquel tenía su encanto. Súbita e instintivamente, descubrió Teresa otras armonías. En el abandono elegante que impregnaba los muros cubiertos de hiedra, los vidrios opacos del taller, y hasta el plátano inclinado que esparcía sus abarquilladas cortezas sobre la hierbecilla silvestre del suelo, traslucíase acaso el alma del poseedor, displicente, inhábil para conservar, abatido por la constante fatiga de los apasionados. Turbaba el goce de su corazón una invencible angustia al descubrir el despego con que su amigo lo abandonaba todo. Aquel descuido no carecía de cierta gracia y nobleza; pero también la revelaba un espíritu desdeñoso

Librodot

contrario a su propia condición, enteramente opuesta al alma interesada y cuidadosa de los Montessuy. En seguida pensó que, sin desvanecer la suavidad de aquel rincón agreste, lo reformaría con su espíritu de orden, mandaría que limpiaran el paseo y que alegrasen con flores el ángulo donde daba un poco el sol. Miró con agrado una estatua. resto de algún parque destruido; una Flora derribada en el suelo, enteramente carcomida por el musgo negro y cuyos brazos yacían desprendidos. Pensó Teresa en ponerla en pie y adornar con ella una fuente, donde caía, lánguida, el agua en la cuba que hacía las veces de pilón.

Dechartre, que la esperaba con impaciencia desde una hora antes, alegre, inquieto aún, tembloroso y feliz, bajó apresuradamente la escalinata. En la fresca penumbra del vestíbulo, donde se advertía confuso el esplendor severo de los bronces y de los mármoles, ella se detuvo aturdida por las palpitaciones de su corazón que latía con violencia.

Dechartre la estrechó contra su pecho y la besó ansiosamente. Teresa oía su voz entre los zumbidos de sus sienes, recordaba las bruscas voluptuosidades de la víspera y le devolvía los besos con deliciosa lentitud.

Subieron a la sala que sirvió en un principio de estudio al arquitecto y donde el escultor dibujaba, modelaba, y sobre todo leía, porque amaba como un opio la lectura, solo interrumpida para forjar ensueños.

Góticos tapices, muy descoloridos. que dejaban adivinar en un bosque maravilloso una dama con su caperuza en la cabeza y el unicornio tendido a sus pies sobre la hierba florida, cubrían las paredes hasta rozar en las pintadas vigas del techo.

Dechartre la condujo a un diván ancho y bajo, provisto de almohadones forrados con suntuosos restos de capas pluviales españolas y de dalmáticas bizantinas; pero ella prefirió sentarse en una butaca.

El dijo:

-¡Ya estás aquí! ¡Ya estás aquí! Teniéndote a mi lado no temo ni al fin del mundo.

Ella respondió:

-Antes pensaba yo en el fin del mundo, pero no lo temía. El académico Lagrange me lo prometió galantemente, y lo esperaré con cierta curiosidad. Mientras no te conocí, ¡me aburría tanto!

Miró Teresa en torno suyo las mesas cargadas de jarrones y estatuitas, los tapices, la multitud confusa y espléndida de armas, esmaltes, mármoles y libros antiguos.-Tienes preciosos objetos.

-La mayor parte los heredé de mi padre, que vivía en la edad de oro de las colecciones. Estas historias del unicornio, cuya serie completa se conserva en Cluny, las encontró el año mil ochocientos cincuenta y uno en una posada de Meungsur-Yévre.

Pero ella, curiosa y lánguida, observó:

-No veo nada tuyo, ni una estatua, ni un bajo relieve, ni uno de los bocetos tan estimados en Inglaterra, ni una figurita, ni una medalla.

-¿Crees que yo podría vivir a gusto entre mis obras? Conozco demasiado mis obras, y me aburren. Lo que no tiene secretos no tiene encanto.

Ella le miró entonces con despecho fingido.

-Nunca me advertiste que no hubiera para ti encanto sin secreto.

El la cogió por la cintura.

-Todo lo que vive se muestra misterioso. Y tú eres para mí, adorada mía, un enigma cuyo ignorado sentido contiene las delicias de la existencia y los terrores de la muerte. No temas al entregarte a mí. Cuanto más te goce, te desearé más y te buscaré más. ¿Acaso poseemos nunca lo que amamos? Los besos, las caricias, ¿no son el esfuerzo insaciable de una deliciosa desesperación? Cuando te oprimo entre mis brazos te busco aún, y no te poseo nunca porque te ansío más y más, porque ansío en ti lo imposible y lo infinito. ¡Lo que tú eres, yo no lograré averiguarlo nunca! Óyeme: no por haber modelado algunas figurillas me creo escultor; soy más bien algo así como un poeta filósofo que busca en la Naturaleza motivos de inquietud y de tortura. No me basta el sentimiento de la forma. Mis amigos me

Librodot

satirizan porque no sé vivir fácil y sencillamente como ellos. Acaso tienen razón, y al bárbaro Choulette acaso tampoco le falta cuando pretende que vivamos sin pensar ni desear. Nuestro amigo el zapatero de Santa María la Nueva, que ignora todo lo que le haría Injusto y desgraciado, es un maestro en el arte de vivir. Yo debí amarte ingenuamente, sin esta especie de metafísica pasional que me hace absurdo y perverso. Nada mejor que ignorar y olvidar. Ven, ven. Mi pensamiento se cebó en ti cruelmente, aumentando las torturas de tu ausencia. Ven, adorada mía. Es preciso que te olvide gozándote, Solo en ti puedo enterrar lo que de ti me daña. Solo en ti lograré desvanecerlo y olvidarlo.

La oprimió entre sus brazos, y después de alzar el velillo que la cubría el rostro imprimió en su boca muchos besos ardientes.

Algo cohibida en aquel salón espacioso, y como atemorizada por la presencia de objetos desconocidos, Teresa volvió a cubrir su rostro con el velillo de negro tul, estirólo hasta la barbilla, y dijo:

-¿Aquí? ¡No lo creas!

El adujo que se hallaban solos, que nadie podría importunarlos.

-¿Y el hombre de los bigotazos que me abrió la puerta?

Dechartre sonrió:

-Fusellier, el antiguo criado de mi padre. Su esposa y él son toda mi servidumbre. Tranquilízate. No se moverán de su portería, fieles y silenciosos. Cuando conozcas a la señora Fusellier te inspirará confianza.

-Amigo mío, ¿por qué razón Fusellier portero y 'ayuda de cámara, usa bigotes de tártaro?

-Adorada mía, la Naturaleza se los dio, y no le obligo a cortárselos porque le satisface su facha de viejo tambor mayor convertido en jardinero.

Sentado en una punta del diván la sentó sobre sus rodillas. La besaba y recibía con deleite los besos de Teresa.

-Enséñame las otras habitaciones. Soy curiosa. Quiero verlo todo -dijo ella, levantándose resueltamente.

Subieron al segundo piso. Acuarelas de Felipe Dechartre cubrían las paredes del pasillo. Entraron en un aposento con muebles de palisandro.

Era la alcoba de su madre. Conservaba intacto en ella un pasado reciente, vivo aún: el único pasado que nos conmueve y nos contrista. Deshabitada durante nueve años, parecía resistirse al abandono y a la soledad. El espejo del armario aguardaba la imagen de su antigua señora, y reclinada en el reloj de ónice una Safo meditabunda, parecía esperar de nuevo el vaivén de la péndola.

En las paredes había dos retratos: uno, pintado por Ricard, era el de Felipe Dechartre, muy pálida. con los cabellos encrespados, la mirada sumergida en romántico ensueño, rebosante la boca de bondad y elocuencia, y el otro, pintado por una mano menos inquieta, ofrecía el busto de una señora en su madurez, desmejorada, consumida y de belleza febril: era la esposa de Felipe Dechartre.

El aposento de mi pobre madre -dijo Santiago- la recuerda como yo mismo.

-Os parecéis mucho. Estos ojos del retrato son como tus ojos. Pablo Vence me ha dicho que te adoraba.

-Sí -respondió él sonriente-; fue muy buena mi madre: inteligente, absurda, exquisita. En su locura de amor maternal no me dejaba un momento de reposo, me atormentaba y se atormentaba.

Teresa dirigió los ojos hacia un bronce de Carpeaux, colocado sobre una arquilla.

-Reconocerás -dijo Dechartreal príncipe imperial en sus orejas, como alas de Céfiro, que alegran algo su frío semblante. Este bronce es un regalo de Napoleón Tercero. Mis padres iban a Compiégne. Mi padre, durante la estancia de la Corte en Fontainebleau, hizo el plano del castillo y dibujó la galería. Por la mañana, el emperador, enlevitado, mordiendo una pipa de espuma, posaba junto a él, semejante a un pingüino sobre una roca. Entonces yo asistía

como externo a los cursos del colegio Bonaparte. En casa, mientras comíamos, oí estas historias, y las recuerdo. El emperador permanecía tranquilo y amable; a veces cortaba el silencia con algunas palabras desvanecidas en la espesura de sus gruesos bigotes; animábase al fin y explicaba sus proyectos de máquinas. Era inventor mecánico. Sacaba un lápiz del bolsillo para dibujar figuras demostrativas sobre los dibujos de mi padre, desolado. Así le solía estropear dos o tres croquis por semana. Tuvo por mi padre mucha predilección y le prometía trabajos y honores que nunca llegaron. El emperador era bondadoso, pero "estaba falto de influencia", como dijo más de una vez mi madre. Sentí de muchacho, y conservo aún, cierta vaga simpatía por aquel hombre sin pizca de genio, dotado de un alma noble y afectuosa, que dio pruebas, en las grandes aventuras de la vida, de un valor sin jactancia y de un suave fatalismo... Además, me resulta simpático porque le combatían y le calumniaban esas gentes que pretendieron derribarle y eran incapaces de sentir, como él sintió, el amor del pueblo. Los vimos luego encumbrados. ¡Son odiosos! El senador Loyer es uno de ellos. En el salón de fumar de tu casa cogía los cigarros a manos llenas y me aconsejaba que le imitase. "Para el camino", me decía. Loyer es un canalla, cruel con los desventurados, con los débiles, con los humildes. ¿Y Garain? ¿No le atribuyes un alma despreciable? Recordarás que la primera vez que yo comí en tu casa se habló de Napoleón. Tus cabellos, recogidos encima de la nuca y sujetos por una flecha de diamantes, formaban un peinado admirable. Pablo Vence dijo cosas muy sutiles. Garain no le comprendía. Tú deseabas conocer mi opinión.

-Para que te lucieras. Ya entonces me sentía orgullosa de ti.

-¡Óh, no hubiera podido encontrar nunca una sola frase lucida entre personas tan serias! Y, sin embargo, estuve a punto de advertirles que prefiero Napoleón Tercero a Napoleón Primero, porque le juzgo más interesante; pero esta idea hubiera parecido una extravagancia, y no me siento con aptitudes para discutir acerca de asuntos políticos.

Recorrían el aposento y miraba sus muebles con familiar ternura. Después abrió un cajoncito del escritorio:

-Mira los anteojos de mamá. ¡Se pasó media vida buscando sus anteojos! Ahora voy a enseñarte mi habitación. Si no te parece bien arreglada, no culpes a la señora Fusellier, porque la obligo a respetar mi desorden.

Los cortinajes cubrían las ventanas. Dechartre no los descorrió. Al cabo de una hora. Teresa lo hizo, y al recoger el raso carmesí, destellos de viva luz deslumbraron sus ojos y se quebraron como hilos de cristal en despeinada cabellera. Buscaba un espejo y encontró solamente una luna de Venecia empañada en su ancho marco de ébano. Alzose de puntillas, y al ver su rostro reflejado, preguntó:

-¿Soy ese fantasma confuso y lejano? Los que se miren aquí no te quedarán muy agradecidos.

Al coger una horquilla sobre la mesa descubrió un pequeño bronce que no había visto aún. Era una antigua obra italiana de gusto flamenco, una mujer desnuda con las piernas cortas y el vientre caído y rugoso que tenía el brazo como si se lanzase a la carrera. Teresa juzgó aquella figura chocante y ruin; quiso averiguar lo que significaba.

-Significa lo que hace la señora Mundanidad en el frontispicio de la catedral de Basilea.

Teresa había estado en Basilea, pero no recordaba la figurilla, la examinó de nuevo, y, sin poder orientarse, insistió:

-¿Es algo pecaminoso? Lo que se ostenta en el frontispicio de una catedral, ¿no puede ser explicado aquí sencillamente?

De pronto asaltóla una viva inquietud:

-¡Dios mío, qué pensarán de mí los Fusellier!

Y al descubrir en la pared un medallón en que Dechartre había modelado un perfil de muchacha viciosa y alegre, le preguntó quién era.

-Es Clara -respondio el escultor-, una mocita vendedora de periódicos en la calle Demours. Todas las mañanas me llevaba el *Fígaro.* Tenía hoyuelos en las mejillas, nidos de besos. La dije: "Quiero hacer tu retrato." Presentóseme una mañana estival con pendientes y

sortijas comprados en la feria de Neuilly. No volvió, y nunca supe qué fue de ella. Era demasiado instintiva para convertirse en mujer galante. ¿Quieres que la quitemos de ahí?

-No. Déjala en ese rincón. Tu Clara no me inspira celos.

Pasaba el tiempo y no sabía cómo irse. Rodeó con sus brazos el cuello de su amigo:

- ¡Ah, te amo! Estuviste risueño, alegre y así me gustas más aún. Tu alegría es delicada y suave. Quisiera verte sonreír a todas horas. Necesito alegría como necesito amor, ¿y quién puede alegrarme si no me alegras tú?

XXVII

Desde su regreso a París -mes y medio antes- vivía Teresa en el semisueño ardoroso de la felicidad y prolongaba deliciosamente su ilusión irreflexiva. Veía todas las tardes al escultor en su vivienda sombreada por un plátano, y cuando se despedían, al anochecer, llevábase Teresa en su alma recuerdos adorables. Sus decaimientos deliciosos y sus ansias renacientes formaban la caden de sus horas de amor. Ambos tenían los mismos gustos y cedían a las mismas imaginaciones, iguales caprichos arrastraban al uno hacia el otro. Divertíales correr por los campos que circundan la ciudad, transitar por las calles en que las tabernas color hez de vino se abren a la sombra de las acacias, andar por los caminos pedregosos donde crecen las ortigas al pie de los tapiales, internarse en los bosquecillos y las praderas bajo un cielo transparente listado por las columnas de humo de las fábricas. Al verle y sentirle tan suyo, siempre a su lado, alegrábase Teresa, que allí no se reconocía, y se hizo la ilusión de aislarse y desvanecerse con su amante.

Una tarde ocurrióseles embarcarse, y tomaron una lancha de vapor que Dechartre había visto con frecuencia pasar bajo sus ventanas. Teresa no temía que la conociesen. El riesgo no era mucho, y desde que se amaban habían perdido la prudencia. Vieron riberas cada vez más atractivas, dejaron atrás las arideces polvorientas de los arrabales, costearon islotes con florestas que sombreaban los ventorrillos y con innumerables canoas amarradas bajo los sauces. Desembarcaron en Bas-Meudon. Ella se sentía acalorada y sedienta. Entraron por una puerta lateral en un merendero con habitaciones reservadas. Era un edificio con muchas galerías de madera monumentalizadas por la soledad campestre, que dormitaba en la quietud rústica, en espera del bullicioso domingo, portador infatigable de risotadas de las mozas, gritos de los remeros, vaho de fritos y humo de pipas.

Subieron la escalerilla empinada y de peldaños muy estrechos que crujían como si fueran a romperse, y en una habitación del primer piso, una criada les sirvió vino y bizcochos. Cortinajes de lana cubrían una cama de caoba. Sobre la chimenea que achaflanaba uno de los ángulos había un ovalado espejo con marco florido. Por la ventana se veía el Sena y sus riberas verdes, las colinas lejanas, brumosas en un ambiente caluroso, el sol próximo a esconderse tras las copas de los álamos. En la orilla del río danzaban enjambres de mosquitos. La paz vibrante de un atardecer estival invadía el cielo y la tierra.

Teresa miró largo rato la corriente del río. Una lancha de vapor estremeció el agua con sus hélices, las ondas que a su paso alzaba corríanse hasta la orilla y daban la sensación de que aquel aposento suspendido sobre el río se balanceaba como un barco.

¯¡Me gusta ver así el agua! -dijo Teresa inclinándose hacia su amigo-. ¡Qué feliz soy!

Sus labios se unieron.

Abismados en el encanto desesperante de su amor sólo advertían que pasaba el tiempo al sentir de diez en diez minutos el agua removida por la hélice del vaporcito bajo la ventana entreabierta.

Ella se incorporó sobre los almohadones. Mientras sus vestiduras, febrilmente abandonadas, alfombraban el suelo, vio en el espejo su desnudez floreciente. A los elogios acariciadores de su amante, respondió:

-Sin duda he nacido sólo para inspirar y sentir amor.

Con delicada impureza veía la imagen de su cuerpo a la luz rojiza que avivaba las rosas pálidas o purpúreas de las mejillas, de los labios y de los pechos.

-Me gusto porque te gusto.

Sin duda la adoraba, y no podía explicarse por qué la adoraba con una devoción ardiente, con una especie de furor sagrado. Era mucha su belleza, pero él no la creía su mayor atractivo. Su contorno estaba correctamente formado, y en sus movimientos los perfiles variaban sin cesar, desvanecidos o acusados, produciendo alegrías y desesperaciones estéticas. Un hermoso perfil es como un resplandor que hiere deliciosamente los ojos. Lo admiramos y nos asombra. Sin embargo, lo que nos induce a desear y amar es un poder suave y terrible, más insinuante que la belleza. Hallamos entre mil una mujer a la que no sabríamos abandonar después de poseerla y a la que deseamos con ansia creciente, y más y más. El perfume de su cuerpo infiltra en el nuestro la enfermedad incurable del amor. Es algo imposible de precisar, algo como la flor de su carne. Teresa pertenecía de lleno a esa raza de mujeres que nos atraen y nos absorben, a las que no podríamos abandonar ni engañar.

Exclamó, satisfecha:

-¿No me puedes abandonar?

Y le preguntó por qué no hacía su busto, ya que tan hermosa la encontraba.

-¿Por qué? Porque soy un escultor sin genio. Conocer la propia incapacidad ya es distinguirse mucho de los lugares. Pero si aún te aferras en suponerme un artista genial, te daré otras razones. Para crear una figura viviente hay que servirse del modelo como de las flores, para extraer esencia y oprimirlo y atormentarlo hasta que destile cuanto de bello contiene. Nada hay en tu forma, en tu carne, en tu es[p]íritu que no me sea preciso. Si yo hiciera tu busto, me sujetaría servilmente a nimiedades que lo son todo para mí porque son algo tuyo, y en mi obstinación estúpida no lograría jamás componer un conjunto.

Teresa le miraba sorprendida. El prosiguió:

-De memoria, es posible que lo haga. Ya he trazado un dibujo al lápiz y lo llevo siempre en el bolsillo.

Ella quiso verlo y él se lo mostró. Era un diseño fácil y atrevido en una hoja de álbum. Teresa lo contemplaba. Parecióle áspero y seco. No se reconocía.

-¡Óh! ¿Así me imaginas? ¿Así me ves? ¿Así me quieres? Dechartre cerró el álbum.

. -No. Sólo es un apunte. Sin embargo, en él queda fijada la nota precisa. Es probable que no te veas como yo te veo. Toda criatura es un ser diferente para cada uno de los que la contemplan.

Y añadió, satisfecho:

-En este supuesto puede asegurarse que una misma mujer no ha pertenecido jamás a dos hombres. La idea es de Pablo Vence.

-La juzgo acertada -repuso Teresa.

Y preguntó:

-¿Qué hora es?

Eran las siete.

Se apresuró para irse. Cada vez volvía más tarde a su casa. Su marido lo lamentaba y se atrevió a decir: "Llegamos los últimos a todas partes. ¡Paciencia!" Pero, diariamente ocupado en la discusión de los Presupuestos y absorbido por los trabajos de la subcomisión, de la cual era ponente, no solía tampoco presentarse con mucha puntualidad en su casa, y "la razón de Estado" encubría los descuidos de Teresa.

La cual recordó sonriente, haber llegado una vez a casa de la señora Garain a las ocho y media. Sentíase muy temerosa de que su enorme retraso rescandalizara. Pero aquella tarde se había formulado una interpelación oportunísima, y su marido no re[g]resó de la Cámara con Garain hasta las nueve. Los dos comieron de americana. Habían salvado el Ministerio.

Después se quedó pensativa.

-Cuando la Cámara esté de vacaciones, amigo mío, no habrá pretexto para continuar en

París. Mi padre no acaba de comprender el empeño que me retiene. Dentro de ocho días he de reunirme con él en Dinard. ¿Cómo viviré lejos de ti?

Cruzó las manos y lo miró con una tristeza infinita, con amorosa ternura. Pero él, abrumado, repuso:

-Yo, Teresa, yo soy quien debe preguntarse con inquietud cómo viviré lejos de ti. Cuando me dejas me asaltan pensamientos dolorosos, y las cavilacines más insoportables forman círculo en torno mío.

Ella le preguntó cuáles eran.

El respondió:

-Ya te lo dije: sólo en ti puedo enterrar lo que de ti me duele. Cuando te hayas ido, tu recuerdo me atormentará. Es forzoso pagar la dicha que te debo.

XXVIII

El mar azul, sembrado de arrecifes rosados, tendía blandamente su franja plateada sobre la fina arena de la playa en toda la extensión del anfiteatro rematado por dos cuernos de oro. La deslumbrante luz del mediodía besaba con un rayo de sol de Grecia la tumba de Chateaubriand. En el aposento rameado, cuyo balcón, por encima de los mirtos y de los tamarindos del jardín, descubre la playa, el Océano, las islas y los promontorios, Teresa leía las cartas que de mañana fue a buscar a la oficina de Correos cíe Saint-Malo. y que no pudo abrir en la barca, llena de pasajeros. Después del desayuno, encerrada en su aposento, con las cartas sobre sus rodillas, leía ávidamente y saboreaba con ansia un goce furtivo. A las dos había de salir en coche con su padre, su marido, la princesa Seniavina, la señora Berthier de Eyzelles, esposa del diputado, y la señora Raymond, esposa del académico. Aquel día tuvo dos cartas. La primera que leyó exhalaba un aroma suave, alegre y amoroso. Dechartre no se había mostrado nunca más riente, sencillo, dichoso y encantador.

Desde que se amaban -escribía-sentíase sentíase tan ágil, impulsado tan alegremente, que sus pies eran alas. Pero temía que todo fuera un sueño; temía despertar solo, desconocido, indiferente para ella. Sin duda, soñaba. ¡Cuántas dulzuras en un mismo ensueño! El retiro de la calle de Alfieri, el merendero de Meudon, sus besos, y aquellos hombros divinos, y toda su carne sonriente. Su cuerpo flexible, ondulante, fresco, y perfumado como un arroyo que se desliza entre flores. Podía ser que soñara despierto o que delirase borracho; de todos modos, por carecer de juicio, era dichoso. Ausente, la veía sin cesar. "Te veo junto a mí; veo las pestañas que sombrean tus pupilas con un gris más delicioso que todo el azul del cielo y todas las flores de los jardines; veo tus labios, que tienen la carnosidad y el sabor de un fruto divino; veo tus mejillas, donde la risa pone dos hoyuelos adorados. Te veo hermosa y deseada, pero pasajera y fugaz. Huyes al abrir los brazos, y te descubro lejos, muy lejos, en la extensa playa rubia, vestida con un traje rosa y bajo la sombrilla, donde florece una rama de brezo. Te veo muy pequeña, como el día que te vi asomada en lo más alto de la torre de la plaza del Duomo, en Florencia. Y me digo, como entonces me dije: "Bastaría una brizna de hierba para ocultármela completamente, y, sin embargo, ella es para mí el goce infinito y el infinito sufrimiento." Solamente se dolía de los tormentos de la ausencia, y endulzaba sus lamentaciones con sonrisas de amor dichoso. En broma, le hablaba de sorprenderla en Dinard: "No te asustes. Nadie me conocerá. Me disfrazaré de saboyano: una blusa gris y un pantalón rayadillo, la barba y el rostro enyesados. Llamaré a la verja de la villa Montessuy. Tú me reconocerás por las figuritas apiñadas en el tablero que llevaré sobre mi cabeza.

Serán todas Amores: Amor fiel, Amor celoso, Amor sentimental, Amor ardiente. Habrá muchas copias del Amor ardiente. Y gritaré en el rudo y sonoro lenguaje de los artesanos de Pisa o de Florencia: *Tutti gli Amori per la signora Teresina!"* La última plana, rebosante de

ternura y de fervorosa consagración, hizo recordar a Teresa las exaltaciones piadosas de los libros de rezo que leía en su niñez. "Te amo, lo amo todo en ti: la tierra que te sostiene, donde apenas gravitas y que a tu paso hermoseas; la luz, que me permite verte, y el aire que respiras. El plátano de mi casa me acaricia con su sombra desde que tú lo contemplaste. Acudí anoche a la calle, donde tuve un encuentro feliz al atardecer de un día de invierno. He cogido una rama del boj que atrajo tus miradas. En esta ciudad, triste de tu ausencia, te veo a todas horas y en todas partes, porque vivo sólo en ti."

Terminaba diciendo que saldría de casa para almorzar, porque la señora Fusellier se fue la noche anterior a Nevers, su ciudad natal, y los pucheros no se arrimaban solos a la lumbre. Comería en un fonducho de la calle Royal, donde había comido ya otras veces, y allí, entre la muchedumbre bulliciosa, creería estar solo con ella.

Teresa, rendida por la ternura de caricias invisibles, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Al oír el ruido del coche que debía llevarlos de paseo rasgó el sobre. de la otra carta, y al advertir su escritura precipitada, sus líneas temblonas y torcidas, todo su aspecto de angustia y de violencia, se turbó.

El principio, algo confuso, dejaba traslucir una tristeza inesperada y serios temores: "Teresa, Teresa, ¿por qué cediste a mi cariño si no podías consagrarte a mí por completo? ¿De qué ha servido el engaño si al fin supe todo lo que no quería saber?"

No pudo seguir leyendo parque se inundaron sus ojos de lágrimas, y pensó: "¡Eramos tan felices! ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¡Y me alegraba su alegría, cuando ya no existe! Más valiera no escribir; las cartas nos ofrecen sentimientos desvanecidos, ideas borradas."

Continuó leyendo, y la descorazonaba imaginar la celosa locura de su amante.

"Si no he conseguido aún persuadirle de que le amo ciegamente, de que le amo con todo mi ser, ¿cómo probárselo ahora?"

Y ansiaba descubrir el origen de aquel inesperado trastorno. Santiago escribía que, mientras almorzaba en un fonducho de la calle Royal, se le presentó un antiguo compañero, de vuelta de un balneario y de paso para una playa. Hubo conversación. Ea casualidad quiso que aquel hombre -muy sociable -hablara de la condesa Martín ... Y de pronto, interrumpiendo su relato. Santiago exclamaba:

"Teresa, Teresa; ¿para qué mentirme, si era inevitable que algún día supiera yo lo que nadie ignora? ¡Fue mucha mi ceguedad! Tu carta depositada en el correo junto a San Miguel y vuestra cita en la estación de Florencia pudieron advertirme lo bastante, si no me obstinara yo en defender mis ilusiones y despreciar la evidencia. Yo no quise, no quise pensar que aún eras de otro al entregarte a mí con aquella osadía graciosa, con aquel encanto voluptuoso que me hizo desfallecer de amor. Lo que ignoraba quise ignorarlo. No te pregunté nada, temeroso de que no supieras mentir. ¡Fui cauto! Ha sido indispensable que un imbécil, de pronto, brutalmente, ante la mesa de un comedor público, me abriste los ojos y me obligase a mirar. ¡Oh! Ahora que lo sé, ahora que ya es imposible dudarlo, me parece deliciosa la duda.

Pronunció el nombre, aquel nombre oído ya en Fiésole y en boca de miss Ball, y acabó diciendo: "Es una historia muy conocida."

"Por consiguiente, le amaste, ¡le amas aún! Y cuando, solo en mi alcoba, muerdo la almohada donde apoyaste la cabeza, ¡quizá esté junto a ti! Está, sin duda. No falta ningún año a las carreras de Dinard. Me lo han dicho. ¡Lo creo! Yo veo todo! Si adivinaras las imágenes que me obsesionan, te compadecerías de mi locura. ¡Oh! ¡Quisiera olvidarte, olvidarlo todo . , y no puedo!

"Ya sabes que sólo podría olvidarlo todo en ti. Sin cesar te veo con el. Es mi tortura. Me creía desgraciado aquella noche a orillas del Arno; pero entonces ignoraba cuánto se puede sufrir de amor... \hora ya lo sé."

Terminada la penosa lectura, Teresa reflexionó: "Unas palabras maliciosas le martirizan; unas palabras bastaron para desesperarla y enloquecerle."

Pensaba quién pudiera ser el charlatán maldito, y fijóse, desde luego, en tres jóvenes que la presentó Le Ménil, advirtiéndola que no le merecían confianza. Y en una de aquellas

Librodot

cóleras calladas y frías, como las de su padre, dijo: "Yo lo sabré." De pronto, ¿qué resolución tomar? Su amante, desesperado, enloquecido, enfermo, y ella sin poder acudir en su auxilio, estrecharlo entre sus brazos, arrojarse sobre su pecho con tal abandono de su carne y de su alma, que él la sintiera toda suya y se viese obligado a confiar. ¡Escribir! Cuánto más valdría buscarle, caer en silencio sobre su corazón y luego decirle: "¡Atrévete a pensar aún que no soy tuya en absoluto, y sólo tuya!" Pero las circunstancias no la permitían escribirle nada más.

Apenas había escrito dos renglones, cuando se oyeron voces y risas en el jardín. La princesa Seniavina subía ya en el coche.

Al presentarse, por fin, en lo alto de la escalinata, mostróse Teresa tranquila y sonriente. Su ancho sombrero de paja, coronado de amapolas, proyectaba sobre su rostro una sombra transparente, donde lucían sus ojos grises.

-¡Dios mío, qué bella está! -exclamó la princesa Seniavina-. No comprendo por qué nos priva de su presencia. Temprano, cruza el río y recorre apresurada las callejas de Saint-Malo, y por la tarde nos huye para recluirse en su aposento.

El coche avanzaba por el ancho semicírculo de la playa, junto a las "villas" y a los jardines escalonados en la vertiente de la colina. Veíanse a la izquierda las murallas y el campanario de Saint-Malo, como si brotaran del mar azul. Avanzó por un camino entre setos vivos, cruzóse con las mujeres de Dinard, que pasaban erguidas bajo su ancha cofia de batista de alas flotantes.

-Por desgracia -dijo la señora Raymond, sentada en el pescante, al lado Montessuy-, van cayendo en desuso los trajes antiguos. Los ferrocarriles tienen la culpa.

-Es verdad -repuso Montessuy-. Sin ferrocarriles, los campesinos vestirían aún sus trajes pintorescos de antaño; pero nosotros no podríamos verlo.

-¿Qué importa? -repuso la señora Raymond-. Podríamos imaginarlo.

-¿Acaso -preguntó la princesa- ven ustedes alguna vez algo interesante? Yo, nunca.

La señora Raymond, que adquirió en las obras de su marido un ligero barniz filosófico, dijo que las cosas en si no eran nada y que la idea que nos formábamos de estas mismas cosas lo era todo.

Sin mirar a la señora Berthier de Eyzelles, sentada a su derecha, en el segundo banco, murmuró la condesa Martín:

-Sí, sí. Las gentes no ven más que su idea, insisten en su idea contra todo y avanzan sin ver, sin oír. Nada les detiene.

-Pero, querida mía -dijo el conde Martín, sentado delante de ella, junto a la princesa-, faltos de ideas, directoras, vagaríamos al azar. A propósito: ¿ha leído usted, Montessuy, el discurso pronunciado por Loyer en la inauguración de la estatua de Cadet Gassicourt? El exordio es notable, Loyer no carece de sentido político.

El coche, después de atravesar las praderas entre filas de sauces, subió una pendiente y llegó a una extensa llanura cubierta de bosque. Avanzó a lo largo de las tapias de un parque. El camino se prolongaba hasta perderse de vista en la fresca espesura.

-¿Es el Guerric? -preguntó la princesa.

De pronto, entre dos pilares que servían de sostén a dos leones de piedra, bajo la corona de hierro de cuatro florones, apareció la verja cerrada. Entre los barrotes veíanse asomar, en el fondo de un largo paseo de tilos, las piedras grises de la residencia señorial.

-Sí -dijo Montessuy-, es el Guerric.

Y dirigiéndose a Teresa:

-Tú has conocido al marqués de R***. A 'los sesenta y cinco años conservaba su brío, su juventud, imponía la moda y las mujeres le amaban. Los jóvenes elegantes copiaban sus levitas, su monóculo, sus ademanes, su insolencia irreprochable, sus manías graciosas. Do repente abandonó la sociedad, cerró su hotel, vendió sus coches y sus caballos y no volvió a exhibirse. ¿Recuerdas, Teresa, la brusca desaparición? Fue a poco tiempo de casarte. Iba el marqués a verte con alguna frecuencia. Un día supimos de prono que abandonaba a París, y en pleno invierno se instaló en esta finca. Investigando las causasde aquella retirada

sorprendente, dedujeron que sería consecuencia de algún disgusto, la humillación de la primera derrota sentimental o el temor de que se le viera envejecer. Era la vejez lo que más le preocupaba. Lo cierto es que lleva ya seis años de retiro, sin salir nunca de su castillo y de su parque. En el Guerric recibe a dos o tres ancianos, camaradas de juventud: son los únicos para quienes se abre esta verja, y nadie más le ha vuelto a ver. Ya nunca lo veremos. Pone ahora en ocultarse todo el empeño que puso antes en lucirse. Oculta su decadencia, se ha enterrado en vida, y su resolución firme no me parece desatinada.

Teresa recordó al amable viejo que había pretendido coronar gloriosamente con ella su vida galante, y volvió la cabeza para mirar el Guerric, que asomaba sobre las copas grises de las encinas sus cuatro torres almenadas.

Al regreso excusóse Teresa de bajar al comedor. Pretextó que sentía jaqueca, se encerró en su aposento, sacó del cofrecillo de alhajas la carta desconsoladora y releyó la última carilla:

"Al pensar que amas a otro me desespero y me aniquilo. Por añadidura, me duele mucho que sea con el que yo suponía."

Era una idea obstinada. Tres veces había escrito, sin poder sustraerse a su angustia, la misma frase: "Me duelo mucho que sea con el que yo suponía."

También Teresa se obstinada en un solo pensamiento; por no perderle, todo lo confesaría y a todo se atrevería. Llegándose a la mesa, escribió, a impulsos de su vibrante y dolorida ternura, una carta, donde se repetía como un gemido:

"Te quiero, te quiero; no quise a nadie más que a ti. Eras tú el único, el único, ¿me oyes?, el único en mi alma y en mi vida. No hagas caso de una miserable murmurarción. Créeme: no he amado a nadie, te lo juro, a nadie más que a ti.

Mientras escribía, el suspiro inmenso y tenue del mar hacía coro al suspiro de su pecho. Estaba segura de afirmar lo cierto, de que sus frases eran verídicas, de que su amor era inmenso. Resonaron en la escalera las pisadas graves y firmes de Montessuy. Después de esconder la carta corrió a abrir la puerta, y oyó las cariñosas preguntas del padre, internado por su salud:

-He subido para darte las buenas noches y para decirte que probablemente mañana encontraré en las carreras a Le Ménil. Va todos los años. Es un hombre metódico y consecuente. ¿Crees oportuno que le invite a pasar unos días con nosotros? Tu marido supone que será para ti una distracción agradable. Podríamos hospedarle en el gabinete azul.

-Como quieras; pero preferiría reservar el gabinete azul a Pablo Vence, que desea venir. Es posible también que Choulette llegue sin prevenirnos. Cualquier mañana lo veremos acercarse a la verja como un pobre vagabundo. Ya sabes que la conversación de Le Ménil es mucho menos grata para mí de lo que supone mi marido. Y, además, he de pasar en París dos o tres días de la semana próxima.

XXIX

A las veinticuatro horas de haber escrito su carta, Teresa iba de Dinard a la casita de las Ternas. No la fue difícil pretextar algo para ir a París. Hizo el viaje con su marido, que deseaba también avistarse de nuevo con sus electores del Aisne, soliviantados por los socialistas. Sorprendió a Santiago, de mañana, en el taller, donde esbozaba una hermosa figura de Florencia llorando al borde del Arno su antigua gloria.

La modelo, sentada en un taburete muy alto, siguió inmóvil. Era una muchacha muy arrogante y morena. La intensa luz que se filtraba por los cristales realzaba las líneas firmes de la cadera y de los muslos, acusaba las facciones duras, el cuello sombreado, el pe cho marmóreo, el vientre amarillo, las rodillas inquietas y los pies con los dedos agarrotados.

Teresa la miro curiosamente y advirtió la forma correcta entre las miserias de la carne, mal nutrida y mal cuidada. Dechartre, con el cincel y una bola de barro en las manos, adelantóse hacia Teresa, tan amoroso y dolorido que la estremeció. Después de cubrir la figura con un trapo mojado, dijo a la modelo:

-Hija mía, por hoy es bastante.

La muchacha se levantó. Recogió sus ropas (un fajo de oscuras lanillas y sucios trapos) y fue a vestirse detrás del biombo.

El escultor, después de lavarse en el agua de un lebrillo verde las manos blanqueadas por el barro endurecido, salió del taller con Teresa.

Cruzaron la sombra del plátano, que, con las cortezas desprendidas de su tronco, esmaltaba el suelo arenoso.

Dijo Teresa:

-Ya no dudas ni sufres, ¿verdad?

El la llevó a su alcoba.

La carta escrita desde Dinard había dulcificado las impresiones dolorosas. Llegó a punto, cuando, vencido por el sufrimiento, el escultor necesitaba paz y ternura. Cuatro renglones bastaron para devolver un poco de serenidad a su alma, sumergida en crueles imágenes, menos sensibles a las cosas que a los signos de las cosas; pero le quedaba en el corazón un tormento.

En la alcoba, donde todo hablaba de ella, donde los muebles, las cortinas, las alfombras, cantaban su amor, Teresa susurró palabras muy dulces:

-¿Pudiste creerlo? ... ¿No te conoces? ¿No sabes lo que significas para mí? Pensaste locuras. ¿Cómo una mujer que te haya conocido podría soportar a otro?

-Pero ¿antes?

-Antes... ¡yo te aguardaba! -¿Y "estuvo" en las carreras de Dinard?

Ella no lo sabía. Lo seguro es que no estuvo ella, porque ni caballos ni jinetes la interesaron.

-Santiago, no temas a nadie. ¡Ninguno puede compararse a ti!

El escultor desconfiaba de sus merecimientos, seguro de que todo valor es mezquino y fugaz en este mundo, donde los seres, agitados como el grano y la paja en el harnero, se unen o se separan, impulsados por la sacudida del rústico o del dios. Y esta idea del harnero, agrícola o místico, aún significaba un orden regular, que nunca rige los trances de nuestra vida. Luego imaginaba que los hombres eran como los granos en un molinillo de café. Había tenido vivamente aquella sensación la antevíspera, mientras la señora Fusellier molía café en un molinillo.

Teresa le preguntó:

-¿Por qué no eres orgulloso?

Decía pocas palabras; le hablaba, más que con la voz, con los ojos, con los brazos, con las palpitaciones de su pecho.

En el aturdimiento de su dicha, viéndola y oyéndola. Dechartre se dejó convencer.

Teresa le preguntó de quién provenía aquella murmuración odiosa.

Como nada le obligase a ocultarlo, Dechartre dio el nombre de Daniel Salomón.

Teresa dijo que Daniel Salomón, incapaz de conseguir el amor de ninguna mujer, se dedicaba a husmear en las intimidades de todas y profanaba secretos. Añadió:

-Santiago, no te disgustes por lo que voy a decirte. No eres bastante cauto para ocultar tus emociones, Daniel Salomón supo que me amas y quiso cerciorarse. Estoy segura de que tu cara le revelo nuestra intimidad; pero no me importa. Lo prefiero. Si disimularas mejor, yo supondría que no me quieres mucho,' y viviría menos confiada.

Temerosa de intranquilizarle, dio a sus ideas otro giro:

-No te dije hasta qué punto me agrada tu nueva obra. Es Florencia a orillas del Arno. Tú y yo, ¿verdad?

-Sí. He puesto en esa figura la emoción de mi cariño. Es triste, y pretendo hermosearla

mucho. Teresa, la hermosura es dolor... Desde que has embellecido mi vida, sufro.

Rebuscando en el bolsillo de su batín de franela sacó la petaca; pero Teresa le instó para que se vistiese pronto. Almorzarían juntos, no se separarían hasta la noche. Aquello era delicioso.

Le miraba con goce infantil. Entristecióse luego porque a fin de semana le era forzoso volver a Dinard para ir después a Joinville. Durante algún tiempo no podrían verse.

Montessuy le invitaría a pasar una semana en Joinville; pero allí no se verían libres y solos como en París.

-Ciertamente -dijo él-, París nos ampara en su confusa inmensidad.

Y añadió:

-Ni en tu ausencia puedo abandonar nuestro París. Me sería odioso vivir en países que no te conocen. Un cielo, montañas, árboles, fuentes y estatuas que no supieran hablarme de ti, nada podrían decirme.

Mientras él se vestía ella hojeaba un libro encontrado sobre la mesa: *Las mil y una noches.* Grabados románticos adornaban el texto con figuras de visires y odaliscas, eunucos negros, bazares y caravanas.

Ella preguntó:

-Las mil y una noches, ¿te divierten?

-Mucho -respondió, anudándose la corbata-. Considero real, cuando me lo propongo, la existencia de esos príncipes árabes, cuyas piernas convirtió un encantador en mármoles negros, y de esas mujeres de harén que vagan de noche a la sombra de los sepulcros. Esos cuentos me ofrecen ilusiones fáciles que permiten olvidar... Anoche me acosté muy triste, y leí en la cama la *Historia de* los *tres calendos tuertos.*

Teresa dijo con algo de amargura:

-¡Deseas olvidar! Yo no me resignaría por nada en el mundo a perder tu recuerdo, ni siquiera el de los dolores que tú me causaras.

Salieron juntos. Ella tomaría un coche para llegar un poco antes que él.

-Mi marido te invita.

Charlaban de cosas insignificantes que su amor agigantó, sintiéndolas deliciosamente. Distribuyeron las horas de la tarde, ansiosos de apurar lo infinito de su alegría intensa y de sus placeres imaginados. Ella le consultaba todas las minucias. No sabía cómo separarse, dichosa de recorrer a su lado calles inundadas por torrentes de luz.

Llegados a la avenida de las Ternas, vieron tiendas alineadas con abundancia magnífica de víveres: racimos de aves en el dintel de la pollería, cajones de albaricoques y albérchigos, cestos de uvas, montones de peras en la puerta del frutero. Carretas atestadas de verduras y de flores formaban fila en la calzada. Bajo el cobertizo vidriado de un restaurante almorzaban hombres y mujeres. Teresa reconoció a Choulette: estaba solo y encendía su pipa.

En cuanto la vio dejó arrogantemente una moneda de cinco francos sobre la mesa y se levantó para saludarla. Muy serio, su larga levita dábale apariencias de austeridad y decoro.

Dijo que hubiera sido su gusto visitarla en Dinard; pero le retuvieron en la Vendée, donde era huésped de la marquesa de Rieu. Había publicado una nueva edición del *Jardín cerrado,* aumentada con el *Huerto de Santa Calara, cuyo* libro conmovió a las almas que se consideran insensibles; hizo brotar manantiales en las rocas.

-A mi manera, he sido una especie de Moisés.

Escarbaba en su hondo bolsillo y sacó de la cartera una carta rozada y sucia.

-He aquí lo que me escribe la señora del académico Raymond. Doy publicidad a sus palabras porque la honran.

Desplegó las menudas hojas, y leyó: "Enseñé su libro a mi esposo, el cual ha exclamado: "Veo en estas páginas un espiritualismo de lo más puro. Hete aquí un jardín cerrado, donde, junto a los lirios y las rosas blancas, vislumbro una puertecita que conduce a la Academia."

Choulette saboreaba estos elogios, mezclados en su boca sucia con los perfumes del

aguardiente, y volvió a guardar la carta en la cartera.

La señora Martín felicitó al poeta por ser el candidato de la señora Raymond.

-También fuera el mío, ilustre Choulette, si yo influyese algo en las elecciones académicas. Pero ¿de verdad le seduce a usted que le nombren académico?

El poeta guardó solemne silencio durante un rato, y luego dijo: -Señora, con este objeto me propongo acercarme a diversas notabilidades, del mundo político y religioso que viven en Neuilly. La marquesa de Rieu me instiga para que presente mi candidatura a una senaduría de su región, vacante por la muerte de un anciano que fue general, según se dice, durante su vida ilusoria. Consulté mi asunto a varios, curas, mujeres, niños, ¡oh sabiduría eternal, del bulevar Bineau. El distrito cuyos sufragios he de solicitar se halla en una tierra muy accidentada, con bosques añosos y campos rodeados de suaces. No es raro encontrar en las cavidades de uno de aquellos viejos suaces el esqueleto de un fanático guerrillero que aún aprieta entre los dedos sarmentosos el fusil y el rosario. Haré fijar mi profesión de fe en los troncos de las encinas, donde se leerá: "Paz en los presbiterios. Se acerca el día en que los obispos con el báculo de madera empuñado, serán semejantes al más pobre coadjutor de la más pobre Parroquia. Son los obispos quienes crucificaron a Cristo: se llamaron Anás y Caifás, y aún conservan estos nombres ante el Hijo de Dios. Mientras ellos le clavaban en la cruz, yo era el buen ladrón colgado a su derecha."

Levantó su garrote hacia Neuilly.

-Dechartre, amigo, ¿no cree usted que el bulevar Bineau se descubre a lo lejos, a la derecha?

-Adiós, Choulette -dijo Teresa-. No me olvide cuando le elijan senador.

-Señora, yo no la olvido a usted en ninguna de mis oraciones, tanto matinales como vespertinas. Y digo a Dios: "Puesto que la disteis riqueza y hermosura, en vuestra cólera miradla, Señor, con benignidad y sed misericordioso con ella."

Se alejó erguido, arrastrando una pierna por la populosa avenida.

XXX

Envuelta en una capa de paño rosa, Teresa bajó la escalinata con Dechartre, que había llegado a Joinville por la mañana. Teresa quiso presentarle al pequeño círculo de los íntimos de la casa antes de las cacerías, a las que, sin duda, estaba invitado Le Ménil aquel año, como en los anteriores. El aire ligero de septiembre agitaba los ri zos de sus cabellos y el sol poniente salpicaba de oro el oscuro gris de sus pupilas. A su espalda lucía la fachada del castillo, sobre los tres arcos del piso bajo, y entre ventana y ventana, anchas ménsulas con bustos de emperadores romanos. El cuerpo principal del edificio estaba oprimido por dos altos pabellones, que ostentaban aún bajo sus amplias techumbres de pizarra un orden desmesurado de columnas jónicas, en cuya disposición se reconocía el arte del arquitecto Leveau, que en 1650 construyera el castillo de Joinvillesur-Oise para el rico Mareuilles, hechura de Mazarino y dichoso cómplice del superintendente Fouquet.

Teresa y Dechartre contemplaron los jardines cuyas flores formaban grandes macizos dibujados por Le Nótre, la alfombra verde, el estanque, luego las grutas con sus cinco arcos rústicos y sus cariátides gigantescas bajo una corona formada por viejos árboles que el otoño había empezado a revestir de púrpura y de oro.

-Júzguese como se juzgue -adujo el escultor, es hermosa esta geometría de verdura.

-Sí -repuso Teresa-; pero recuerdo con delicia el plátano inclinado del patinillo, donde brota la hierba entre las piedras. Allí construiremos una bonita fuente, ¿verdad?, y sembraremos flores.

Apoyada en uno de los leones de piedra, de rostro casi humano, vigilante de los fosos

cegados al pie de la escalinata, Teresa volvió los ojos hacia el castillo. Miró una de las ventanas abiertas sobre la cornisa como bocas de dragón, y dijo:

-Allí tienes tu alcoba. He subido ayer noche. En el mismo piso, al otro lado, en el fondo, está el despacho de mi padre; una mesa de pino, una papelera de caoba, un jarro sobre la chimenea. Toda nuestra fortuna salió de allí.

Por los paseos enarenados de los jardines acercáronse a la muralla de bojes recortados que cierra el parque por el Mediodía. Pasaron ¡unto al invernadero de los naranjos, cuya puerta monumental remata con la cruz lorena de Mareuilles, y encamináronse por el paseo de los tilos a lo largo del verde tapiz. Bajo los árboles casi deshojados, las estatuas de ninfas parecían estremecerse en la húmeda sombra salpicada de pálidos reflejos. Una paloma, posada en el hombro de una mujer de mármol, huyó. Con frecuencia, una ráfaga de aire desprendía una hoja seca semejante a una concha de oro rojo con una perla de lluvia.

Señalando a la ninfa, Teresa dijo:

-Me ha visto llorar, cuando, en mi niñez, apenada, quise morir. Sufría deseando y temiendo, ¡te aguardaba, sin duda! Pero estabas muy lejos aún.

Cortaba el paseo de los tilos una plazoleta redonda, ocupada por el estanque grande, en cuyo centro se alzaba un grupo de tritones y de nereidas que soplaban en sus caracolas para formar, cuando corrían los surtidores, una diadema líquida con florones de espuma.

-Es la corona de Joinville -dijo ella.

Teresa mostró un sendero que arrancaba de la plazoleta y se perdía en la campiña, por Levante.

-Míralo: es mi camino. ¡Cuántas veces lo recorrí triste y llorosa! ;Yo vivía muy triste antes de conocerte!

Avanzaron por el paseo que seguía del otro lado de la plazoleta con otros tilos y otras ninfas, y llegaron por él a las grutas, que formaban en el fondo del parque un hemiciclo con cinco grandes cavidades rocosas rematadas por balaustres y separadas por cariátides gigantescas. Una de aquellas cariátides, en el ángulo del monumento; los cubría con su monstruosa desnudez y fijaba en ellos sus ojos de piedra huraños y acariciadores.

-Cuando mi padre compró Joinville -dijo Teresa-, las grutas eran un montón de escombros cubiertos de zarzas y de víboras. Miles de conejos habían hecho allí sus madrigueras. Mi padre restauró las cariátides y los arcos ajustándose a las estampas de Perelle conservadas en la Biblioteca.

Un ansia de oscuridad y de misterio los condujo al bosquecillo que reviste la espalda de las grutas; pero un rumor de pasos, al resonar bajo la bóveda de verdura, les hizo detenerse un instante, y vieron a través del ramaje a Montessuy con la princesa Seniavina cogida por la cintura. Regresaban hacia el castillo tranquilamente. Dechartre y Teresa, ocultos bajo la enorme cariátide, aguardaron a que pasaran. Luego ella dijo al escultor que la miraba en silencio:

-¡Nunca lo hubiera sospechado! Ahora comprendo por qué la princesa Seniavina este invierno consultaba con mi padre la compra de unos caballos..

Y Teresa admiraba a su padre por haber sabido conquistar a la hermosa mujer, cuya fama de virtuosa y de rica no se desmoronó ante los compromisos en que la pusieron sus locos desórdenes. Preguntóle a Dechartre si le parecía muy hermosa la princesa..

El reconocía, sin duda alguna, sus dotes de arrogancia y distinción; pero la encontraba un dejo carnal sobradamente acentuado para su gusto. Sin duda, era hermosa; pero se adivinaba en sus atractivos de morena una piel áspera. Teresa repuso que tal vez era cierto; y que a la luz artificial, con su escote muy bajo, la princesa Seniavina eclipsaba a las otras mujeres.

Condujo a Santiago a las escaleras musgosas que por detrás de lasgrutas subían al Haz del Oisa, formado por un manojo de cañas de plomo en el centro de un aljibe de mármol. Allí limitaban la perspectiva de los jardines corpulentos árboles, los primeros del bosque, Teresa y su amante avanzaron silenciosos a su sombra, arrullados por el murmullo tenue de las hojas.

Librodot

Más allá "de la magnífica cortina de olmos extendíanse los matorrales salpicados por grupos de álamos blancos, en cuya pálida corteza los últimos rayos del sol formaban reflejos plateados.

Dechartre la oprimió entre sus brazos y la besó en los ojos. La noche invadía el cielo, y a través del ramaje veíanse titilar las estrellas vespertinas. En la hierba húmeda cantaban los sapos. El amor detuvo allí a los amantes.

* * *

Cuando Teresa ya de noche, regresaba con Dechartre al castillo sentía en los labios un sabor de besos y de menta y llevaba en los ojos la imagen de su amigo, que, en pie junto al tronco de un álamo parecía un fauno, mientras ella. oprimida por los brazos amantes, colgándose al cuello con las manos cruzadas sobre la nuca del hombre, desfallecía de voluptuosidad. Al pasar bajo los tilos, Teresa sonrió a las ninfas que vieron las lágrimas de su niñez.

El Cisne elevaba en el cielo su cruz de estrellas y la luna reflejaba sus afilados cuernos en el estanque de la Corona. Los insectos, ocultos bajo la hierba o revoloteando en el aire, salmodiaban sus llamamientos de amor. Al revolver el último ángulo de la muralla de bojes, Teresa y Dechartre descubrieron la triple mole oscura y medrosa del castillo. y en los anchos huecos de la planta baja dibujaba la rojiza luz las formas humanas que iban y venían La campana sonó

Teresa dijo:

-Me queda el tiempo indispensable de vestirme para bajar a comer.

Y, sin despedirse de su amigo, corrió ante los leones de piedra como una visión de cuentos de hadas que se desvanece.

En el salón, después de la comida, el señor Berthier de Eyzelles leía un periódico, y la princesa Seniavina, ante la mesa de juego, consultaba a la baraja su ventura. Teresa, con los ojos entornados sobre un libro y sintiendo en los tobillos los pinchazos de las zarzas que se arrastraban por el soto, detrás del Haz de Oisa, recordaba con estremecimiento al amante que la gozó sobre la hojarasca como un fauno a una ninfa.

La princesa la preguntó si era divertido lo que leía.

-No lo sé. Leía, pensaba. Pablo Vence tiene razón. En los libros sólo encontramos nuestras propias emociones.

A través de las cortinas llegaban de la sala de billar las breves frases de los jugadores y el ruido seco de las bolas.

-¡Estoy segura de haber ganado! -gritó la princesa al dejar la baraja.

Jugaba una respetable cantidad a favor de un caballo que había corrido pocas horas antes en las carreras de Chantilly.

Teresa le dio noticias de una carta de Fiésole: miss Bello anunciaba su próximo enlace con el príncipe Eusebio Albertinelli dalla Spina

La princesa rió:

-Es un hombre que puede hacerla un gran servicio.

-¿Cuál? -preguntó Teresa. -Que los hombres la repugnen.

Montessuy entró muy alegre en el salón. Había ganado la partida. Sentóse junto a Berther de Eyzelles, cogió un diario abierto sobre el canapé y dijo:

-Cuando se reanuden las sesiones, el ministro de Hacienda presentará su proyecto de ley sobre las Cajas de Ahorros.

Se trataba de autorizar a las Cajas de Ahorros para que prestasen dinero a los Municipios, lo cual haría perder a los establecimientos de crédito que dirigía Montessuy su

mejor clientela.

-Amigo Berthier, ¿es usted resueltamente hostil a semejante proyecto?

Berthier inclinó la cabeza.

Levantóse Montessuy, apoyó una mano sobre el hombro del diputado, y dijo:

Supongo que no tardará en caer el Ministerio.

Luego se acercó a su hija.

-He recibido una extraña carta de Le Ménil.

Teresa se apresuró a cerrar la puerta del billar con el pretexto de que temía las corrientes de aire.

-Una carta extraña -prosiguió Montessuy-. Le Ménil no viene a las cacerías de Joinville. Ha comprado un yate de ochenta toneladas, llamado *Rosebud;* navega en el Mediterráneo, y sólo gusta de vivir en el mar. Lo siento. No tiene rival en las artes cinegéticas.

Entró Dechartre con el conde Martín, quien después de ganarle una partida de billar, simpatizó con él y le puntualizaba las dificultades en que tropezaría un impuesto basado en los gastos domésticos y en el número de los criados.

XXXI

Un pálido sol de invierno atravesaba las brumas del Sena y esclarecía sobre las puertas del comedor los perros de Oudry.

La señora Martín Belleme tenía a su derecha al diputado señor Garain, ex ministro de Justicia y ex presidente del Consejo, a su izquierda, al senador Loyer. A la derecha del conde Martín Belleme hallábase el señor Berthier de Eyzelles. Era un íntimo y sobrio almuerzo de intereses políticos. Se realizaron los augurios de Montessuy; había caído el Ministerio. Llamado Garain al Elíseo, aceptó el encargo de formar Gabinete, y durante el almuerzo preparaba la combinación que debía someter por la tarde al presidente de la República. Mientras ellos barajaban nombres, Teresa evocaba las imágenes de su vida íntima.

'Había regresado a París con el conde Martín para la reapertura de las Cámaras, y a partir de aquel día era deliciosa su existencia.

Dechartre la amaba, la amaba con una ilusionante mezcla de pasión, de ternura, de conocimiento experimentado y de febril ingenuidad. Era nervioso, irritable, inquieto; pero la inconsecuencia de su carácter daba más precio a su alegría. Aquella alegría fogosa estallaba súbitamente y estremecía el amor sin malograrlo. Teresa encontraba deliciosa la risa de su amante. Nunca supo sentir hasta entonces, y la sentía gracias a él, toda la delicadeza que pueden alcanzar los caprichos voluptuosos y las fantasías íntimas. Al principio sólo revelaba el amante un ardor insistente y sombrío que bastó para seducirla; pero luego descubrió un alma gozosa, desbordada y alegre, una gracia incomparable en la sensualidad, el don de satisfacer, de halagar a un tiempo el espíritu y la carne.

-Un Ministerio homogéneo -gritaba Garain- se dice muy pronto; pero hay que inspirarse en las tendencias propias de las distintas fracciones de la Cámara.

Estaba inquieto. Veíase amenazado por muchas emboscadas, y hasta sus mismos colaboradores éranle hostiles.

El conde Martín pretendía que respondiera el nuevo Ministerio a las nuevas tendencias del espíritu:

-Usted ha formado su lista con personalidades que difieren esencial mente por su origen y sus tendencias. Acaso el punto más importante de la historia política en estos últimos años estriba en la posibilidad, tal vez la necesidad, de introducir una perfecta unidad de miras en el Gobierno de la República. Ideas son estas, amigo Garain, que usted mismo ha expuesto

elocuentísimamente.

El señor Berthier de Eyzelles callaba, y el senador Loyer hacía bolitas de pan. En la cervecerías, de las cuales fue asiduo contertulio, acostúmbrese a orientar su razonamiento redondeando un trozo de miga entre las yemas de los dedos o desmenuzando un tapón de corcho. Al fin, levantó su rostro granujiento, del que pendía una barba sucia, miró a Garain con ojos entornados, pero chispeantes, y dijo:

-Cuando se lo advertí no me atendieron. La anulación de la Deuda monárquica ha sido para los jefes del partido republicano una desgracia irreparable. Gobernaban contra la derecha monárquica. El verdadero sostén de un gobernante se halla en la más firme oposición. El imperio gobernó contra los orleanistas y contra nosotros, y el Dieciséis de Mayo le sostuvo la oposición republicana. Era nuestra mayor fortuna gobernar contra la derecha. La derecha fue una oposición magnífica, ¡tan amenazadora, tan cándida, tan impotente! Numerosa, noble, impopular, debíamos conservarla y no supimos. Además, no se olvide que todo se desgasta con el uso, y como es imposible gobernar si no se tiene "contra quién gobernar", hemos de recurrir a los socialistas para que nos presten el apoyo que durante quince años nos dio la derecha con generosidad infatigable. Pero los socialistas carecen de organización: habría que fortalecerlos, unificarlos, convertirlos en partido político. En estos momentos no puede ser otra la preocupación de un buen gobernante.

Garain, que no era cínico, nada respondió, y el conde Martín le dijo:

-¿No ha resuelto usted aún si con. la Presidencia se reservará la cartera de Justicia o la del Interior?

Garain respondió que sus determinaciones en este punto dependían de lo que resolviera N***, indispensable para el nuevo Gabinete, y que vacilaba entre aquellas dos carteras. Garain sacrificaría siempre sus personales conveniencias a intereses más elevados.

El senador Loyer hizo una mueca. Desde tiempo inmemorial deseaba ser ministro de Justicia. Antiguo profesor de Derecho, solía dar en las mesas de los cafés lecciones muy estimadas. Era burlón. Había cimentado su fortuna política en artículos diestramente concebidos para suscitar procesos y persecuciones, que le valieron alguna semana de cárcel durante el segundo Imperio. Consideraba a la Prensa como un arma que un Gobierno sensato debe inutilizar. Desde el 5 de septiembre de 1870 soñaba en ser ministro de Justicia, para que se viese cómo él bohemio tantas veces encarcelado por la Policía de Napoleón III, el profesor de Derecho que analizaba el Código y comía un guisote, se presentaba con toda la dignidad que exige el cargo de jefe supremo de la Magistratura.

Muchos ineptos habíansele adelantado. Envejecido en los vulgares honores de la senaduría, sin grandes recursos, amante de una camarera, sucio, perezoso, desengañado, su viejo jacobinismo y su desprecio hacia el pueblo eran las cualidades que, sobreviviendo a sus ambiciones, le mostraban todavía como un hombre de gobierno. Al intervenir en la combinación Garain creía alcanzar el ministerio de Justicia, y se lo birlaba su protector, de pronto convertido en rival importuno. Sonreía maliciosamente, mientras modelaba un perrito con miga de pan.

El señor Berthier de Eyzelles, muy tranquilo, muy grave, muy silencioso, acariciaba sus hermosas patillas blancas.

-¿No supone usted, señor Garain, la conveniencia de reunir en el nuevo Gabinete a todos los hombres que desde un principio sustentaron la política en la cual nos orientamos ahora?

-Se desvanecieron ya en ella -replicó Garain impacientándose-. Un verdadero político no debe adelantarse a las circunstancias. Es un error eso de predecir las conveniencias. No es posible tratar los asuntos de Estado con filósofos. Hablemos francamente: si aspira usted a un Ministerio centroizquierda, dígalo; yo me retiraré, pero le aseguro que ni las Cámaras ni el país han de secundarle.

-Lo que importa -objetó el conde Martín- es asegurarse una mayoría.

-Con mi lista la tenemos asegurada -dijo Garain-. Incluyo la minoría que ha sostenido al

Ministerio combatiéndole, y los votos que logramos reunir entre la que fue mayoría y deja de serlo ante nuestras acometidas.

Volvió a empezar la distribución laboriosa de carteras. Desde luego adjudicó la de Obras Públicas al conde Martín, quien la rehusó porque no se creía competente, pero aceptó sin vacilar la de Negocios Extranjeros.

El señor Berthier de Eyzelles, a quien Garain ofreció Comercio y Agricultura, reservóse.

Loyer quedó destinado para Colonias. Hallábase, al parecer, interesadísimo en conseguir que se mantuviera derecho sobre el mantel su perrito de miga de pan, y al mismo tiempo miraba por el rabillo del ojo a la condesa Martín, muy apetecible y muy de su gusto. Acarició vagamente la dicha de verla en adelante con mayor intimidad.

Preocupábanle poco las contrariedades con que tropezaba Garain, y tenía fijo el pensamiento en aquella hermosa criatura. Deseoso de conocer sus gustos y sus costumbres, la preguntó si frecuentaba los teatros y si alguna vez iba por la noche al café con su marido. Teresa empezó a creerle más intersante que los otros, a pesar de su falta de aseo, de su ignorancia de las conveniencias y de su cinismo incomparable.

Garain se levantó. Tenía que ver aún a N*, a N**, y a N*** antes de llevar al presidente de la República su lista. El conde Martín ofreció su carruaje, pero Garain tenía el suyo.

-¿No teme usted -preguntó el conde Martín- que el presidente ponga dificultades a ciertas designaciones?

-El presidente -respondió Garain- se inspirará en las conveniencias de la situación.

Había ya traspuesto el umbral cuando volvió sobre sus pasos, golpéandose la frente:

-¡Nos olvidábamos del ministerio de la Guerra!

-Fácilmente podrá usted elegir entre los generales -dijo el conde Martín.

-¡Ah! -exclamó Garain-. ¿Usted supone sencilla la elección de un ministro de la Guerra? Bien se ve que no ha pertenecido como yo a tres Gabinetes y presidido uno. En los Ministerios de que formé parte y en el que presidí, las más espinosas dificultades procedieron siempre del ministerio de la Guerra. Los generales son todos lo mismo. Usted trata al que yo elegí en el Gabinete que organicé. Le habíamos designado entre los más ajenos a la política, apenas conocíala existencia de las dos Cámaras, hubo que explicarle todo el engranaje del mecanismo parlamentario, decirle que había una Comisión de asuntos militares, otra de Hacienda, ponencias, discusión del Presupuesto. Pidió que todos estos informes se le dieran escritos en una hoja de papel. Nos asustaba su ignorancia de los hombres y de las cosas; pero al cabo de quince días ya dominaba todas las triquiñuelas del oficio. Trabó amistad con todos los senadores y diputados, intrigaba con ellos y en contra nuestra. Sin el apoyo del presidente Grévy, que desconfió siempre de los militares, hubiéramos perecido a sus manos con toda seguridad. Y era un general del montón, un general como todos. ¡Ah!, no piense usted que la cartera de Guerra puede ser adjudicada sin hondas reflexiones.

Garain, recordando a su antiguo colega del bulevar Saint-Germain, estremecíase aún.

Teresa se puso en pie. Loyer la ofreció el brazo con exageradas actitudes, aprendidas cuarenta años antes en los bailes populares. La señora de la casa no pudo seguir en la grata compañía de los personajes políticos reunidos en el salón, porque la interesaba mucho más ver a su amante.

* * *

Brumas rojizas cubrían el Sena, los muelles de piedra, los plátanos dorados. El sol rojo bañaba el nubloso cielo con las últimas glorias del año. Al salir de su casa,. Teresa saboreó deliciosamente el aire y el esplendor moribundo del día. Desde su regreso a París era com-

Librodot

pletamente dichosa, y se alegraba todas las mañanas ante los cambios de tiempo. Acaso creía, en su generoso egoísmo, que sólo para ella soplaba el viento entre los árboles deshojados y la persistente lluvia empañaba el horizonte de las avenidas, y lucía el sol en un cielo glacial su disco sin calor: sólo para ella, para que pudiese decir al entrar en la casita de las Ternas: "Hace viento", "llueve", "la temperatura es agradable." Reducía el océano de las cosas a la intimidad cariñosa de sus amores, y todos los días alboreaban hermosos para ella, porque todos la conducían a los brazos de su amante.

Al dirigirse, como de costumbre, a la casita de las Ternas, reflexionaba que su imprevista y absoluta felicidad habíase arraigado al fin para siempre, y envuelta en los últimos fulgores del sol, ya herido por el invierno, se decía:

"Me ama, creo que me ama sinceramente. Su amor es más natural, sencillo y profundo que el de los otros hombres, los cuales tienen la vida complicada entre ideas superiores a ellos: fe, costumbres, intereses, creencias. Creen en Dios, en sus deberes o en la propia dignidad. Mi amante sólo cree en mí Yo soy su dios, su deber y su vida."

Luego reflexionaba:

"Es cierto que nada ni de nadie necesita, ni siquiera de mí. Su pensamiento es un mundo magnífico a que podrá limitarse cuando se lo proponga. Pero yo no puedo vivir sin él. ¿Qué sería de mí si él no fuese mío?"

La tranquilizaba imaginar que sus atractivos de mujer habían impuesto al amante la costumbre de verla y gozarla. Recordó que un día le dijo: "Sólo sientes por mí un amor sensual. No me apena, porque acaso es el único verdadero." Y él respondió: "También es el único grande y el único poderoso. Tiene sus límites y sus defensas. Tiene sus propósitos y sus imaginaciones. Violento y sutil, arraiga en la carne y en el alma de la carne. Cuando él no existe, lo demás todo es ilusión y mentira." Teresa estaba satisfecha casi por completo, segura de su felicidad. Las angustias, las zozobras, habíanse disipado como nubes del estío. La época más triste de su amor fue la de la ausencia. "No deben separarse nunca los que se aman."

En el cruce de la avenida Marceau con la calle de Galileo creyó adivinar, más que reconocer, una sombra desvanecida, una sombra olvidada. Hubiera querido engañarse. No existía ni existió nunca el aparecido en forma real; era un fantasma proyectado en los linderos de un mundo anterior, en las tinieblas de una semivida. Y al avanzar Teresa, conservaba de aquel inseguro encuentro una impresión de frío, de molesta zozobra, de angustia invencible.

Siguió la avenida y vio correr en dirección contratara a los vendedores de periódicos, en cuyas hojas extendidas anuciábase con letras grandes el nuevo Ministerio.

Atravesó la plaza de la Estrella impulsada por la gozosa impaciencia de su deseo. Suponía que Dechartre la esperaba al pie de la escalera, entre las estatuas desnudas y expresivas de mármol o de bronce, que la cogía en brazos y la llevaba, estremecida ya por sus besos y casi desmayada, hasta el oscuro aposento, nido amoroso donde la dulzura de vivir hacíala olvidar la vida.

Pero en la quietud solitaria de la avenida de Mac-Mahon, el fantasma aparecido en el cruce de la calle Galileo se aproximó e hizo de pronto inevitable y doloroso el encuentro. Teresa reconoció a Roberto Le Ménil, que la seguía desde el muelle Debilly, el cual no quiso acercarse mientras no llegaran a un lugar solitario.

Su aspecto, sus modales, traslucían la noble ingenuidad que agracio en otro tiempo a Teresa. Su rostro naturalmente duro, ennegrecido por el resol y el aire marino, un poco demacrado, sereno, encubría y revelaba un pesar muy hondo,

-Tengo algo que decirle.

Teresa acortó el paso, mientras Le Ménil, emparejándose, la decía:

-Quise olvidarla. Después de lo sucedido, era natural, ¿no es cierto? Hice todo lo posible para lograrlo. Seguramente olvidarla era mejor. Pero no pude. Compré un yate y he navegado seis meses. ¿Acaso lo sabía usted ya?

Teresa hizo un movimiento afirmativo. El prosiguió:

-*Rosebud* es un hermoso yate de ochenta toneladas. Seis hombres forman su tripulación.

Yo maniobraba también para distraerme.

Callóse. Teresa caminaba con lentitud, no tan entristecida como desconcertada. Parecíale absurdo y lamentable oír aquellas explicaciones.

Le Ménil continuó:

-¡Me avergonzaría decir lo que padecí en ese tiempo!

Teresa cerró los ojos.

-¡Ah! No le guardo rencor. He reflexionado mucho a solas, he pasado noches y días enteros. Tendido en el diván *del deckhouse,* acariciaba y amasaba incesantemente las mismas ideas en mi cerebro. En seis meses he discurrido más que en todo el resto de mi vida. No se burle de mi sinceridad: el dolor aguza el entendimiento. Comprendí que soy culpable de su abandono, porque no supe conservarla, y tendido, mientras *Rosebud* se deslizaba en el mar, yo discurría: "No supe conservarla. ¡Oh! ¡Si las cosas se hicieran dos veces!" A fuerza de reflexionar y de padecer, comprendí que no me había preocupado lo bastante de sus gustos y de sus ideas. Usted es una criatura excepcional, y yo no pude advertirlo, porque mi amor se inspiraba sólo en el encanto de su belleza. Sin darme cuenta fui para usted fatigoso, insoportable.

Teresa inclinó la cabeza.

-¡Sí, sí! La he lastimado muchas veces. No tuve para usted bastantes atenciones, Hubo entre nosotros una falta de comprensión, porque nuestro carácter es muy distinto. No supe distraerla, no la ofrecí los halagos que usted necesita, no la procuré los goces propios de una mujer inteligente y refinada.

Tan sencillo y tan sincero estuvo en sus excusas, que Teresa llegó a oírle con agrado, y le dijo con simpatía:

-No, amigo mío: nunca pude quejarme de usted.

Roberto prosiguió:

-Todo esto es verdad. Lo comprendí en el aislamiento del yate. Pasé horas tan amargas que no se las deseo al hombre que más daño me hiciera. Sentí muchas veces impulsos de suicida, ¡morir arrojándome al mar! ¿Qué me contuvo? ¿Mis creencias religiosas? ¿Mis afectos familiares? ¿Mi cobardía? ¿Por qué no un lazo que uniese mi vida a la de usted? Sentíame atraído por usted y volvía para verla. Hace dos días que no dejo de acecharla, No quise comparecer por su casa temeroso de no verla sola, de no poder hablarle a solas. Además, en su casa me atendería tal vez por cortesía solamente. Preferí salirle al encuentro en la calle. Fue una resolución meditada en mi aislamiento: "En la calle puede rehuirme si quiere, con absoluta libertad, como aquel día en el parque de Joinville, ¿recuerda?, bajo las estatuas, junto a la Corona."

Y añadió suspirando:

-Sí, como en Joinville cuatro años antes, puesto que todo principia de nuevo. Hace dos días que acecho a todas horas. Ayer llovía y salió usted en coche. Pude seguirla, saber dónde se apeaba. Tuve tentaciones de hacerlo, pero no In hice. No quiero hacer nada que la desagrade.

Teresa la tendió la mano:

-Se lo agradezco. Estaba segura de que no me obligaría usted a lamentar con su temperamento la confianza que me inspiró.

Alarmada, intranquila, temerosa de lo que él pudiera decirle, quiso acabar y alejarse:

-¡Adiós! La vida le reserva muchos goces aún. Convénzase, y no se atormente por lo que no vale la pena.

Pero Le Ménil la detuvo con una mirada. Su rostro expresaba violencia, la decisión que Teresa conocía bien.

-Quiero que me oiga un instante.

Ella pensó en el escultor, que *la* esperaba impaciente.

Los escasos transeúntes la miraban al pasar y seguían su camino. Detúvose bajo las oscuras ramas de un árbol de Judea y aguardó con el alma zozobrante y compasiva. Le Ménil

dijo:

-Para todo habría perdón, y hasta olvido, si usted me admitiera como antes. Le aseguro que no recordaré nunca mi tormento.

Sobresaltaron a Teresa una inquietud y una desolación tan notorias, que Le Ménil se contuvo.

Después de reflexionar, dijo:

-La propongo algo desacostumbrado, ya lo sé, pero todo lo he discurrido y esto es lo único posible. Medítelo usted ahora y no decida con precipitación.

-Sería una infamia engañarle. No puedo, no quiero hacer lo que me dice. Ya sabe por qué.

Un coche vacío pasaba lentamente, y Teresa lo llamó. Le Ménil se impuso:

-Había previsto su respuesta. Por esto advertí que no decida con precipitación.

Teresa volvió hacia él sus pupilas grises mientras abría la portezuela. Fue para Le Ménil un instante doloroso. Acordóse de aquellas pupilas, de un gris fascinador, amorosas y desfallecientes bajo los párpados entornados. Contuvo un gemido, y murmuró con voz ahogada:

-¡No puedo vivir sin usted! ¡Ahora sé cuánto la quiero; antes no lo sabía!

Y mientras ella daba las señas de una modista, él se alejó arrogante como siempre, aunque un poco humillado.

Teresa conservó de aquel encuentro una inquietud, una especie de malestar. Hubiera preferido sentirle violento y brutal, como en Florencia.

1n el ángulo de la avenida, gritó al cochero:

Calle Demours, en las Termas.

XXXII

Era un viernes en la Opera. El telón acababa de bajarse sobre el laboratorio de *Fausto.* Desde las profundidades agitadas de la orquesta enfilábanse los gemelos, y entre la difusa claridad las miradas buceantes recorrían la sala. Como jojeles en estuches purpurinos y dorados, lucían en los palcos las cabezas deslumbrantes y los hombros desnudos de las mujeres. El anfiteatro extendía sobre su curva, en torno del patio, una guirnalda de diamantes, de flores, de cabelleras, de carne, de gasa y de raso. En los palcos proscenios veíase a la embajadora de Austria y a la duquesa de Cladwin; en el anfiteatro hallábase Berta D'Isigny y Juana Tulle, aureolada recientemente por el suicidio de un amante; en los palcos, la señora Bérard de la Malle entornaba los ojos, sombreando con sus largas pestañas sus puras mejillas, y la princesa Seniavina, deslumbradora, escondía bajo el abanico bostezos de pantera: la señora de Morlaine hallábase entre dos bellezas juveniles, a las que educaba en elegantes refinamientos; la de Meillan afirmaba sus treinta años de soberana hermosura; la de Berthier de Eyzelles, rígida bajo su peluca gris, iba cargada de diamantes y las pecas de su cutis realzaban la dignidad austera de su actitud. La miraban muchos porque desde muy temprano se sabía que, fracasada la combinación de Garain, Berthier de Eyzelles había sido llamado para formar Ministerio. Los preliminares estaban a punto de cuajar: los diarios publicaban listas con el nombre de Martín Belleme para Hacienda, y los gemelos se dirigían infructuosamente hacia el palco, aún vacío, de la condesa Martín.

Un inmenso murmullo de voces bullía en la sala. En tercera fila de orquesta, el general Lariviére, en pie en su sitio acostumbrado, hablaba con el general de La Briche.

-Muy pronto, como tú, mi viejo camarada, iré a Turena, consagrado al cultivo de las coles.

Hallábase melancólico, y la Nada se le aparecía como término próximo de la existencia,

porque aduló a Garain, y Garain, creyéndole demasiado astuto, prefirió a un general de Artillería miope y quimérico para ministro de la Guerra, pero disfrutaba al ver a Garain fracasado y traicionado por sus amigos Berthier de Eyzelles y Martín Belleme. Se le alegraban los ojos con esta noticia, su pata de gallo parecía una mueca risueña sobre su cara terrosa, las facciones le sonreían, y harto de su constante disimulo, entregóse plenamente a la satisfacción de manifestar sus ideas.

-Oye, mi buen La Briche: nos están jorobando con su ejército civil, que cuesta caro y no sirve para nada. Los pequeños ejércitos son los únicos buenos. Tal fue la idea de Napoleón, y a ella se atuvo.

-Es verdad, mucha verdad -suspiró el general de La Briche, emocionado, con lágrimas en los ojos.

Montessuy, al dirigirse hacia su butaca, pasó junto a ellos.

Lariviére le tendió la mano.

-Se asegura que es usted, Montessuy, quien hizo fracasar a Garain. ¡Mi enhorabuena!

Montessuy protestó. ¿Cómo había de intervenir en el tinglado político si no era senador, ni diputado, ni tan solo cacique de su región? Y mientras enfocaba sus gemelos, dijo:

-Fíjese usted, Lariviére: en ese palco de la derecha hay una hermosa criatura, morena, con el pelo alisado sobre las sienes.

Acomodado en su butaca, tranquilamente, saboreaba las delicias del Poder.

Entre tanto, en el vestíbulo, en los pasillos, en la sala, los nombres de los nuevos ministros corrían de boca en boca, entre la indiferencia general. Presidente del Consejo y ministro del Interior, Berthier de Eyzelles; Justicia y Cultos, Loyer; Hacienda, Martín Belleme. Quedaban aún sin asignar las carteras de Comercio, Guerra y Marina.

El telón se había levantado sobre la *Hostería de Baco.* Los estudiantes cantaban su segundo coro cuando la señora Martín apareció en su palco con el cabello recogido sencillamente sobre la cabeza. Las mangas de su traje blanco eran como alas, y sobre su pecho, al lado izquierda, brillaba una azucena de rubíes.

Miss Bell se sentó a su lado en traje *Queen Ann,* de terciopelo verde. Novia del príncipe Eusebio Albertinelli della Spina, había ido a París a preparar su equipo.

En el movimiento y el 'ruido de la fiesta:

-Darling -dijo miss Bell-, ha dejado usted en Florencia un amigo que devotamente venera el encanto de su recuerdo: el profesor Arrighi. La consagra sus elogios más exquisitos, dice que es usted una criatura musical, toda ritmo y armonía. ¿Cómo no ha de recordarla el profesor Arrighi, cuando ni siquiera los cítisos del jardín la olvidan? Sus ramas, ya sin flores, deploran su ausencia, *darling.*

-Dígales usted -respondió Teresa- que me llevé de Fiésole un delicioso recuerdo, del cual vivo. En el fondo del palco, el señor Martín Belleme expresaba en voz baja sus ideas a José Springer y a Duvicquet:

-El crédito de Francia es el mayor del mundo -y añadía-: Amortizar con excedentes, no con impuestos.

Era un partidario de la prudencia en asuntos financieros.

Miss Bell insistió:

-¡Óh, *darling,* diré a los cítisos de Fiésole que usted lamenta no hallarse allí, que pronto los visitará otra vez sobre su colina! Dígame: ¿y Dechartre? Yo quisiera verlo. Me agrada mucho la delicadeza de su alma. ¡Oh, *darling!,* el alma de Dechartre rebosa gracia y distinción. Respondió Teresa que Dechartre estaba sin duda en el teatro y que no dejaría de acercarse a saludar a miss Bell.

Cayó el telón sobre el torbellino multicolor del *vals.* Los visitantes se apiñaban en los pasillos: hacendistas, artistas, diputados, en un momento se amontonaron en el antepalco, y rodeando al señor Martín Belleme murmuraban felicitaciones, le colmaban de cortesías extremadas, se oprimían para estrecharle una mano. José Schmoll, tosiendo y gimiendo, ciego y sordo, se abrió camino y llegó hasta la señora Martín. Le cogió una mano para cubrirla de

Librodot

resoplidos y de sonoros besos.

-Dicen que su esposo es Ministro. ¿Qué hay de cierto?

No sabía Teresa más que los otros, y hasta lo dudaba. Con preguntárselo al favorecido, allí.. .

-¡Ah -dijo Schmoll-, su esposo no es aún ministro! Cuando sea una realidad ese nombramiento, me concederá usted un minuto de atención. Se trata de un asunto importante.

Callóse. Paseaba por debajo de sus anteojos de oro una de aquellas miradas de ciego y de visionario que le sumergían, a pesar de su instinto de categórica exactitud, en una especie de vaguedad mística. Luego preguntó bruscamente:

-Señora, ¿este año ha ido usted a Italia?

Y sin darla tiempo de responder, prosiguió:

-Lo sé, lo sé. Ha ido usted a Roma y ha contemplado el Arco del infame Tito, ese mármol execrable donde se halla el candelabro de siete brazos entre los despojos de los judíos: Pues bien: le digo a usted, señora, que semejante monumento está en pie aún, para vergüenza del Universo, en la ciudad de Roma, donde si los Papas han perdurado fue por arte de los judíos, plateros y cambistas. Los judíos aportaron a Italia la ciencia de Grecia y de Oriente. El renacimiento, señora, es obra de Israel. Esa es la verdad desconocida y cierta.

Al salir atropelló a la muchedumbre de visitantes, entre el sordo crujido de los sombreros que abollaba.

Mientras la princesa Seniavina, desde su palco, dirigía los gemelos hacia el de la condesa con la curiosidad que la inspiraba la hermosura de las mujeres, hizo un guiño a Pablo Vence.

-¿No advierte usted que la señora Martín está hermosa como nunca?

En el vestíbulo, vibrante de luz y de oro, el general de La Briche preguntó a Lariviére:

-¿Ha visto usted a mi sobrino? -¿Su sobrino Le Ménil?

-Sí, Roberto. No hace mucho estaba en la sala.

La Briche quedóse reflexivo; luego adujo:

-Este verano fue a Semanville. Me pareció verle preocupado, absorto. Es un joven agradable, leal, inteligente, pero necesita una ocupación, un interés que le impulse.

Los timbres avisadores habían dejado ya de sonar.

Los dos veteranos proseguían sus paseos en el vestíbulo.

-¡Un interés que le impulse! - repetía La Briche, alto, flaco y encorvado, mientras que su camarada, ligero y rejuvenecido, le huyó para deslizarse por la puerta del escenario.

Margarita, en el bosque, hilaba y cantaba. Cuando hubo terminado, miss Bell dijo a la señora Martín.

-¡Oh, *darling!* El señor Choulette me ha escrito una carta preciosa. Me habla en ella de su mucha celebridad. Esto me agrada. Y añade: "La gloria de los otros poetas descansa entre mirra y perfumes; la mía sangra y gime bajo una lluvia de piedras y de cascarones de ostras." ¿Es cierto, *my love,* que los franceses lapidan al buen señor Choulette?

Mientras Teresa la tranquilizaba, Loyer, imperioso y un tanto alborotador, hizo abrir el palco.

Apareció mojado, enlodado. -Vengo del Elíseo -dijo.

Y tuvo la galantería de comunicar inmediatamente a la señora Martín la grata noticia:

-Los decretos ya están firmados. El conde, Hacienda. Es un magnífico ministerio.

-El presidente de la República -preguntó Martín Belleme-, ¿no hizo alguna objeción al oír mi nombre?

-No. Berthier ha recordado al presidente la honradez hereditaria de los Martín, la situación independiente de que usted goza, y sobre todo los lazos que le unen a ciertas personalidades del mundo bancario, cuyo concurso puede ser útil al Gobierno. Y el presidente, según la feliz expresión de Garain, atento a las necesidades de la situación, ha firmado.

Surcaron dos o tres arrugas la faz amarillenta del conde Martín. Sonreía.

-El decreto -repuso Loyer aparecerá mañana en el *Diario Oficial.* Yo mismo he

acompañado en un coche de alquiler al secretario del Gabinete particular que debía llevarlo a la imprenta. Es bueno asegurarse. Bajo la presidencia de Grévy, que no era tonto, se interceptaban los decretos en el trayecto del Elíseo al muelle Voltaire.

Loyer se desplomó en una silla. Mientras curioseaba y oliscaba el escote de la señora Martín Belleme, insinuó:

-No dirán, como en el tiempo de mi pobre amigo Gambetta, que la República está falta de mujeres. Usted, señora, nos dará hermosas fiestas en los salones del ministerio.

Margarita, mirándose en el espejo con su collar y sus pendientes, cantaba el aria de las joyas.

-Será preciso -dijo el conde Martín- redactar el programa. En lo que concierne a mi departamento, creo haber encontrado una fórmula excelente: "Amortizar con sobrantes, no con impuestos."

Loyer se encogió de hombros.

-Querido Martín, nada esencial hemos de añadir al programa del Gabinete dimitido. La situación es notoriamente la misma.

Y se golpeó la frente:

-¡Caracoles! Me olvidaba...! Hemos nombrado para Guerra a su amigo el viejo Lariviére, sin prevenirle. Tengo encargo de avisarle.

Procuraría salirle al encuentro en un café del bulevar donde se reunían muchos militares, pero el conde Martín le advirtió que el general estaba en el teatro.

-Vayamos a sorprenderle -dijo Loyer. Y mientras estrechaba la mano de la señora Martín, añadió-: ¿Permite usted, condesa, que me lleve a su marido?

Acababan de salir cuando entraron en el palco Santiago Dechartre y Pablo Vence.

Y Teresa dirigióse al escultor, para decir:

-Supongo que usted no viene a felicitarme.. .

Pablo Vence la preguntó si se instalaría en el ministerio.

-¡Ah, no!: seguramente, no.

-Por lo menos, condesa -repuso Pablo Vence-, asistirá usted a los bailes del Elíseo y de los ministerios, y admiraremos el arte que ponga en realizar su misterioso encanto, siendo la misma de siempre, la mujer soñada.

-Los cambios ministeriales -dijo la señora Martín- le inspiran, señor Vence, reflexiones muy frívolas.

-Señora -arguyó Pablo Vence-, no diré como Renán, mi querido maestro: "¿Qué importa esto en Sirio?" porque se me respondería con razón: "¿Qué importa el enorme Sirio a este pequeño mundo?" Pero me sorprende siempre algo ver a los adultos, y hasta los ancianos, dejarse alucinar por la ilusión del Poder, como si el hambre, el amor. y la muerte, todas las necesidades innobles o sublimes de la vida, no ejercieran en la muchedumbre humana un soberano imperio y dejaran solo a los poderosos de carne y hueso una soberanía de papel y un dominio de palabras. Lo más sorprendente es que las multitudes imaginan que también pueden guiarlas tales jefes de Estado y cuáles ministros,, además de sus miserias, sus deseos y su imbecilidad. Bien dijo el que dijo: "Dejemos a los hombres la ironía y la compasión como testigos y jueces de su lastimosa existencia."

-Pero, señor Vence -repuso la señora Martín, risueña-, eso lo ha escrito usted. Ya sabe que leo sus obras.

Entre tanto, los dos ministros buscaban inútilmente al general en la sala y en los pasillos. Por indicación de los acomodadores, entraron en el escenario; y entre los telones que subían y bajaban, entre la multitud de coristas, estudiantes, brujas, demonios y cortesanas de la antigüedad, llegaron al salón de las bailarinas, muy espacioso, con pinturas alegóricas, desanimado, y con toda la apariencia de seriedad que dan a sus instituciones el Estado y el dinero.

Dos bailarinas macilentas hallábanse con un pie en la barra que circunda el salón. Algunos hombres, de frac, varias mujeres de faldas cortas y ahuecadas, formaban grupos casi

por completo silenciosos.

Al entrar, Loyer y Martín Belleme se quitaron el sombrero.

En el fondo de la sala vieron a Lariviére embotado con una hermosa muchacha, cuya túnica rosa, sujeta por un cinturón de oro, se hallaba abierta sobre las mallas de sus muslos.

La joven tenía en la mano una copa de cartón dorado. Al acercarse, oyeron que le decía:

-Usted es viejo, pero estoy segura de que, por lo menos, hace tanto como él.

Y señalaba desdeñosamente a un joven que a corta distancia sonreía malicioso, y que llevaba una gardenia en el ojal.

Acercóse Loyer al general y le dijo que necesitaba hablarle. Después, añadió:

-Tengo el gusto de anunciar a usted que ha sido nombrado ministro de la Guerra.

Lariviére, receloso, nada quiso contestar. Un hombre como Loyer, mal vestido, con el pelo descuidado, que parecía en su flotante y sucio frac un prestidigitador de plazuela, inspirábale mucha desconfianza, y temió un bromazo.

-El señor Loyer, ministro de Justicia -dijo el conde Martín.

Loyer se mostró persuasivo:

-General, no puede usted negarse. Yo aseguré que aceptaría. Sus vacilaciones serían un arma para Garain, dispuesto a insistir, y Garain es un traidor. .

-No exagere usted, mi querido colega -dijo el conde Martín-. Garain es un hombre falto de sinceridad, y la adhesión del general urge.

-La patria es antes que todo - respondió Lariviére, tartamudeando emocionado.

-Ya lo sabe usted, mi general -repuso Loyer-: las leyes existentes, aplicadas con inflexible moderación. Ni más ni menos.

Tenía fijos los ojos en las dos bailarinas, que apoyaban en la barra su pierna corta y musculosa.

Lariviére murmuraba:

-La disciplina del Ejército, excelente... La buena voluntad de los jefes, a la altura de las críticas circunstancias.. .

Loyer le dio unas palmaditas en el hombro.

-Mi querido colega: una magnífica organización militar lo remedia todo.

-Opino como usted -repuso Lariviére-. Afortunadamente, nuestro Ejército responde a las necesidades superiores de la defensa nacional.

-Los ejércitos poderosos tienen una ventaja -insistió Loyer-: dificultan de un modo enorme las guerras. Solamente un loco puede arriesgar en un combate fuerzas terribles, cuyo manejo excede a toda facultad humana. Opina usted lo mismo, ¿no es cierto, mi general?

El general Lariviére guiñó un ojo.

-La situación -dijo- exige una inmensa cordura. Estamos frente a un porvenir incierto.

Loyer miró a su colega el general con cínico y suave desprecio:

-En el caso improbable de una guerra, ¿no cree usted que los jefes de estación serían los verdaderos generales?

Los tres ministros salieron por la puerta de la Contaduría para visitar al presidente del Consejo.

Comenzó el último acto; solo acompañaban a la señora Martín en su palco Dechartre y miss Bell.

Esta decía:

-Me alegra, *darling,* ¿cómo expresarlo en francés?, me... entusiasma ver que luce sobre su corazón la azucena roja de Florencia. Y al señor Dechartre, que tiene alma de artista, debe de serle muy grato contemplar sobre el pecho de usted esa linda joya. ¡Oh!, quisiera conocer al joyero que la hizo, *darling.* Es una azucena esbelta y flexible como un lirio. ¡Es elegante, deliciosa y cruel! ¿Ha notado usted, *my love,* que las joyas preciosas tienen una expresión de magnífica e indefinible crueldad?

-Mi joyero -dijo Teresa- está presente y usted le ha nombrado: es el señor Dechartre

quien dibujó la joya.

Abrióse el palco. Al volver ligeramente la cabeza, Teresa vio a Le Ménil que la saludaba con su arrogante desenvoltura.

-La ruego a usted, señora, que felicite a su marido en mi nombre.

Y con manifiesta sequedad celebró la triunfante belleza de su amiga. Tuvo para miss Bell frases corteses y delicadas.

Teresa le oía y entreabría los labios, ansiosa, con el esfuerzo doloroso de responder algo trivial. Le Ménil le preguntó si se había divertido en Joinville. También deseaba ir a las cacerías, pero le fue imposible, navegaba entonces por el Mediterráneo, y luego estuvo de caza en Semanville.

-¡Óh señor Le Ménil -dijo miss Bell¯, usted, que ha cruzado en varias direcciones el mar azul, ¿ha visto sirenas?

No; no había encontrado sirenas, pero durante tres días un delfín escoltó su yate.

Miss Bell le preguntó si los delfines eran aficionados a la música. El no lo creía.

-Los delfines -dijo- son pequeños cachalotes que los marinos llaman ocas de mar por cierta semejanza en la forma de la cabeza.

Pero miss Bell resistíase a creer que tuviese cabeza de oca el monstruo que llevó al poeta Orión hasta el promontorio de Ténaro.

-Señor Le Ménil, si el próximo año vuelve un delfín a escoltar su yate, toque usted en la flauta el himno de Apolo délfico. ¿Le agrada mucho el mar, señor Le Ménil?

-Prefiero el bosque.

Dueño de sí mismo, hablaba sencillamente, con tranquilidad.

-¡Oh, señor Le Ménil, ya sé que gusta usted mucho de los bosques y de los claros donde los lebratos bailan a la luz de la luna!

Dechartre, lívido, levantóse y salió del palco.

En el escenario se desarrollaba la escena de la iglesia. Margarita, de hinojos, tenía crispadas las manos, y el peso de sus largas trenzas rubias tiraba lánguidamente de su cabeza. Las voces del órgano y del coro hicieron resonar la prosa de los muertos:

Cuando el día del Señor lucirá su cruz en el cielo resplandecerá y el Universo se derrumbará.

-¡Oh, darling!, ¿sabe usted que esta bella prosa de los muertos que se canta en las iglesias católicas la compuso un eremita franciscano? Ruge y se lamenta como en invierno el huracán entre matorrales que arraigan en la cima del Averno.

Teresa no la oía porque su alma se ausentaba en pos del amante. Produjose un animado murmullo en las butacas. Arrastrábanse las sillas de los palcos.

Volvió Schmoll. Sabía ya de seguro que Martín Belleme formaba parte del Ministerio. Inmediatamente pidió a Teresa una condecoración y un alojamiento más espacioso en la Academia. El que le daban era sórdido, pequeño, insuficiente para su mujer y sus cinco hijas. Había tenido que instalar su despacho en un desván. Aportó minuciosas quejas y no se fue hasta que Teresa le

hubo prometido recomendarle con eficacia.

-Señor Le Ménil -preguntó miss Bell-, ¿navegará usted el año que viene?

Le Ménil pensaba que no. Vendería su yate para no sentir de nuevo la tristeza del mar.

Obstinado, enérgico, tranquilo, devoraba con los ojos a Teresa...

En la cárcel de Margarita, Mefistófeles cantaba: "Ya es de día",

la orquesta remedaba el imponente galope de los caballos. Teresa dijo con acento desmayado:

-Me duele mucho la cabeza, me ahogo aquí.

Le Ménil entreabrió la puerta del palco para que se renovase un poco el aire. La frase clara de Margarita, que llamaba a los ángeles, cruzó el ambiente como centelleo de clarísima

luz.

-*Darling,* vea usted lo que ocurre; la pobre Margarita no se preocupa de su carne, y por esto se salva en espíritu y en verdad. Yo creo firmemente, *darling,* que todos nos redimiremos. ¡Oh, sí; creo en la purificación de los pecadores!

Levantóse Teresa flexible y pálida. Ensangrentaba su blancura la roja flor de rubíes. Miss Bel], inmóvil, oía la música. Le Ménil cogió en el antepalco el abrigo de terciopelo rojo, bordado en oro y forrado de armiño. Cuando se detuvo la condesa frente al espejo, Le Ménil apoyó el abrigo sobre los hombros desnudos que sus manos rozaron, y en voz baja, pero muy claramente, dijo:

-Ya sabes que te adoro. No habrás olvidado lo que te pedí anteayer. Todas las tardes te aguardo en nuestra casa de la calle Spontini.

Teresa vio en aquel momento a Dechartre, que apoyaba una mano en el picaporte de la puertecilla entreabierta. Lo había oído todo, y en su mirarla brilló cuanto de reproche y de angustia pueden expresar unos ojos humanos. Se alejó luego entre la muchedumbre que llenaba el pasillo. Parecióle a Teresa que unos mazos ardientes la trituraban el corazón y se quedó inmóvil, rígida, en el umbral.

-¿Me aguardabas? dijo Montessuy, que llegaba en aquel instante-. Hoy estás muy sola. Te acompañaré.

XXXIII

Primero en el coche, después en su alcoba, Teresa padecía la obsesión de aquella mirada triste y dolorida. Era su amante propenso a la desesperanza y al voluntario renunciamiento. Ya le vio huir en la ribera del Arno, pero más afortunada entonces, en su tristeza y en su angustia pudo correr y decirle a gritos: "¡Ven!" Acompañada, vigilada, en la Opera debió encontrar de pronto algo que decirle para convencerle, no consentir que se alejase abrumado, en silencio. Pero ella se había quedado sorprendida, helada. ¡El accidente fue tan absurdo y tan imprevisto! Fomentaba contra Le Ménil esa cólera simple que producen las cosas que nos fueron perjudiciales, como la piedra en la cual tropezamos. Recriminábase luego con amargos reproches por haber dejado huir a su amante sin dirigirle una frase ni una mirada en la que hubiese puesto su alma entera.

Mientras aguardaba Paulina para desnudarla, Teresa iba y venía impaciente. De pronto se detuvo. En la confusa profundidad de los espejos, que reflejaban diluidos los tenues resplandores de las bujías, vio el pasillo del teatro y a su amante que huía para no volver jamás.

¿Adónde iría? ¿Qué pensaría? ¡Solo!... Era un suplicio no poder seguirle, alcanzarle inmediatamente.

Llevóse las manos al corazón. Se ahogaba.

Paulina se inmutó al ver en el vestido blanco de la señora una mancha de sangre. Teresa, inconsciente, se había hecho un rasguño en la mano con los estambres de la azucena roja.

Desprendiendo el joyel emblemático, lucido ante sus amistades como el secreto ardiente de su corazón, y acariciándolo entre los dedos, lo contemplaba. Evocó así los días de Florencia, la celda de la San Marcos, donde un beso de su amante posóse con dulzura en su boca, mientras a través de los párpados entornados aparecíansele aún vagamente los ángeles del cielo azul pintados en el muro, evocó los Lanzis y la brillante mesa revestida con una colgadura de algodón rojo donde la sirvieron un helado, evocó el retiro de la calle Alfieri, sus ninfas, sus cabras, y el aposento donde los pastorcillos y los mascarones de los biombos percibían sus amorosos suspiros y sus inefables silencios.

No, no era todo aquello una sombra del pasado, alucinaciones de lejanas horas, era la realidad presente de su amor. ¿Y una estúpida frase trivialmente pronunciada por cualquiera

podría destruir para siempre su encanto? ¡No, eso no era posible! Su amor, su amante, no dependían de una estúpida pequeñez... ¡Si pudiera salirle al encuentro, buscarle, sorprenderle, así como estaba, casi desnuda, ir a su retiro y entrar en su alcoba!... Le hallaría junto al fuego, con los codos en las rodillas, con la cabeza entre las manos, triste, muy triste. Y ella, obligándole a levantar los ojos para verla, convenceríale de que era solo suya, tesoro viviente de alegría y de amor.

Después de ordenar a su doncella que se retirase, tendida y a la luz del quinqué acariciaba un solo pensamiento.

Fueron víctimas de un accidente insólito, de un accidente absurdo. El comprendería que su amor no estaba sujeto a cualquier importuno. ¡Qué locura la de su amante! ¡Sentir inquietudes por causa de otro! ¡Como si hubiera otros hombres en el mundo!

El señor Martín Belleme entreabrió la puerta de la estancia, y al ver luz entró.

-¿No duermes, Teresa?

Volvía de conferenciar con Berthier de Eyzelles y sus colegas. Deseaba resolver con su esposa ciertos puntos difíciles. Confiaba mucho en el talento de Teresa, y sobre todo quería oír palabras de sinceridad.

-Ya es un hecho, y estoy seguro de que ahora tú me ayudarás en la nueva situación, muy envidiada, pero también muy difícil y hasta peligrosa, que te debo en mucho, pues ha contribuido mucho a mi triunfo la poderosa influencia de tu padre.

Y la consultó acerca del nombramiento de subsecretario.

Teresa le aconsejó como pudo. Le veía tranquilo, sensato, y no más necio que los demás.

El se abismó en reflexiones:

-Es preciso que defienda en el Senado los Presupuestos conforme los votó la Cámara. Dichos Presupuestos contienen innovaciones que yo no aprobaba. Como diputado las combatí, como ministro las mantendré. Veía las cosas por fuera. Vistas por dentro, cambian, y ahora no soy libre.

Suspiró:

-¡Ah! ¡Si se conociera de qué modo se limita nuestra voluntad cuando estamos en el Poder!

Comunicóle sus impresiones. Berthier se reservaba. Los otros seguían impenetrables. Loyer se mostraba excesivamente autoritario.

Teresa lo oía sin atención, pero también sin impaciencia. Aquel rostro pálido y aquella voz sin matices marcaban para ella, como un reloj, los instantes que pasaban uno tras otro lentamente.

-Loyer ha tenido extrañas ocurrencias. A continuación de proclamarse rigurosamente concordatorio, añadía: "Los obispos son prefectos espirituales, yo los protegeré porque dependen de mí. Por su mediación serán míos los guardas rurales de las almas, los párrocos."

Luego la recordó que debería, como esposa de un ministro, frecuentar una sociedad que no era la de sus preferencias, y que tal vez la chocara por sus vulgares formas, pero su posición les obligaría en lo sucesivo a tener muchas atenciones con todo el mundo, y no era lógico temer que ella desmintiera en esto su cordura y su bondad.

Teresa lo miró algo azorada. -No hay prisa, más adelante... Ya veremos.

El sentíase fatigado, rendido. Le dio las buenas noches y la aconsejó que durmiese. Perdería la salud con la costumbre de no soltar hasta el amanecer la novela empezada. Luego la dejó sola.

Teresa oyó el rumor de sus pasos, más inseguros que de costumbre mientras atravesaba el despacho atestado de libros azules y de periódicos, para llegar a su alcoba, donde acaso descansaría, y sintió gravitar. sobre su alma el silencio de la noche. Miró el reloj, era la una y media.

Reflexionó con el pensamiento fijo en su amante: "¡Cómo debe de sufrir!... ¡Me ha mirado con tanta desesperación y tanta cólera!"

Nada sería obstáculo a sus resoluciones amorosas, pero se impacientaba al verse prisionera, incomunicada... Libre ya, por la mañana saldría temprano, le vería y se lo explicaría todo. ¡Estaba tan segura de convencerle! Su empeño era fácil, pero se retrasaba demasiado. En la dolorosa quietud de su aislamiento interrumpía sus monótonas reflexiones el acarreo del muelle; aquel rodar y crujir de los carros produciéndose a intervalos acortaba sus horas, la entretenía, casi la interesaba. Prestaba oído al rumor primero, débil y lejano; luego, al roce de las ruedas, al rechinar delos ejes, al choque de los cascos herrados. Todo se acercaba y se oía claramente. Después iba poco a poco alejándose, y acababa en imperceptible murmullo. Cuando el silencio se restablecía, Teresa recobraba su preocupación.

Dechartre comprendería que le amaba, que no pudo amar a otro. Pero aquella noche angustiosa era interminable. No se atrevía ni a mirar el reloj, temerosa de advertir la desesperante inmovilidad del tiempo.

Se levantó y descorrió las cortinas para mirar a través de los cristales. Un pálido resplandor esparcido por el cielo nebuloso la hizo suponer que amanecía. Miró al reloj, eran las tres y media.

Acercóse de nuevo a los cristales atraída por la inmensidad oscura. En la calle brillaban las luces de gas. Una lluvia invisible y silenciosa desprendíase del cielo descolorido. De pronto se alzó una voz, penetrante primero y ronca después, intermitente como un eco de voces distintas que se respondieran y se replicaran con ardor. Era un borracho que golpeaba el suelo, tropezaba en los árboles y disputaba con los seres de su ensueño a los cuales concedía generosamente la palabra para abrumarlos después con gestos imponentes y con frases imperiosas. Teresa le vio dar tumbos a lo largo del parapeto. Con su blanca blusa parecía un pingajo combatido por el viento de la noche, y una y otra vez se le oía repetir un estribillo invariable:

"¡Así es como le hablo yo al Gobierno!"

Aterida de frío volvióse a la cama. Meditó su angustia: "Le imagino encelado, fieramente celoso. Cuestión de nervios y de sangre. Pero su amor es también obra de sangre y de nervios. Su amor y sus celos vienen a ser lo mismo. Otro cualquiera en su lugar sería razonable, él se complace solo en satisfacer su orgullo..."

Era su amante celoso en cuerpo y alma, y sabía muy bien Teresa que le martirizaban los celos como un dolor físico, una llaga constantemente agrandada por todos los garfios de su imaginación. Conocía la tortura de Dechartre. Habíale visto palidecer ante el San Marcos de bronce cuando ella echó la carta en el buzón abierto en la pared de la vieja casa florentina, cuando entonces solo era suya en deseos yen delirios.

Recordaba sus lamentos ahogados y sus bruscas tristezas tras los besos infinitos, y el misterio doloroso de las palabras que repetía sin cesar: "Solo en ti puedo librarme de ti." Releía la carta que recibiera en Dinard, la furiosa desesperación producida por una frase pronunciada en un fonducho. Fue una casualidad, o un acierto, ir a tocarle de tal modo en el punto lastimado, en la llaga viva. Pero Teresa no desmayaba, se lo diría todo, se lo confesaría todo, y sus palabras de sinceridad clamarían: "¡Te amo! ¡No amé jamás a otro!" Nunca le traicionó y no pudiera decirle nada que su amante no hubiese adivinado ya. ¡Le había mentido tan poco! Lo menos posible. Solamente lo indispensable para evitarle una tristeza. ¿El no lo comprendería? Era preferible que lo supiera todo, ya que aquel "todo" no era nada.

Insistiendo sin cesar en las mismas ideas, repetíase las mismas palabras.

El quinqué, humeante, se apagaba.

Encendió bujías. Eran las seis y media y no había cerrado los ojos. Acercóse a los cristales, el cielo estaba oscuro y se confundía con la tierra en un caos de negruras. Tuvo entonces curiosidad por saber la hora exacta en que salía el sol. No la fue posible deducirlo, y solo podía pensar que las noches eran muy largas en diciembre. Ni siquiera se le ocurrió mirar el almanaque olvidado sobre su mesa. Las pisadas firmes de los obreros que pasaban en grupos, el rumor de los carritos de lecheros y hortelanos llegaban a su oído con augurios venturosos. Y la estremeció ese despertar de la muchedumbre.

XXXIV

A las nueve, en el patio de la casita encontró a Fusellier, que, a pesar de la lluvia, barría mientras fumaba su pipa. La esposa de Fusellier salió de la portería. Uno y otra se mostraban cohibidos. La señora Fusellier dijo:

-El señor no está en casa.

Teresa quedóse parada, silenciosa, y entonces Fusellier ocultó su pipa en la mano izquierda, se adelanto respetuosamente, y dijo:

-El señor no ha venido aún. -Le aguardaré -murmuró Teresa.

La señora Fusellier la condujo al salón y encendió la chimenea. Los leños humeaban sin arder. Agazapada, con las manos sobre los muslos, dijo:

-Es la lluvia que vuelve el humo.

La señora Martín murmuró que no era necesario encender lumbre, no tenía frío.

Se miró en un espejo.

Vióse pálida, con las mejillas ardorosas. De pronto sintió sus pies helados y se acercó al fuego. Al advertir su inquietud, la señora Fusellier quiso animarla:

-El señor no tardará en llegar. La señora debe aguardarle junto a la lumbre.

Una luz triste se mezclaba con la lluvia sobre la techumbre de cristales. En la pared, la Dama del Unicornio, de gesto rígido y con la cara amoratada, ya no parecía hermosa entre los caballeros, las flores y los pájaros del bosque. Teresa pensaba con insistencia: "No ha vuelto aún", y a fuerza de repetir estas palabras mentalmente llegaron a perder toda significación. Sus abrasados ojos habíanse fijado en la puerta. Y as: estuvo inmóvil, alelada, insensible, hasta que se oyeron pasos y entré Dechartre fatigado y febril, con las ropas empapadas por la lluvia y con los pies cubiertos de barro.

Teresa lo miró tan franca y sinceramente que le conmovió de pronto, pero aquella momentánea ternura fue al punto sumergida en una inmensa desolación desesperada, y dijo:

-¿Por qué vuelves a buscarme? ¡Ya me has hecho todo el daño que podías hacerme!

El cansancio suavizaba su expresión dolorosa. Teresa lo veía y se horrorizaba.

-Óyeme, Santiago.. .

El hizo un gesto para indicar su propósito de no discutir. Ella insistió:

-Santiago, escúchame. Yo no quise, no puedo, no sabría engañarte. Una fatalidad...

El atajó:

-Compadécete de mí. No aumentes mi sufrimiento. Calla. Te lo suplico. Vete. Si te dieras cuenta de cómo he pasado la noche, no tendrías valor para seguir atormentándome.

Y se desplomó sobre aquel diván donde seis meses antes la cubrió de besos por vez primera en su casa.

Había pasado toda la noche corriendo por la orilla del Sena, hasta donde lo engalanan los sauces y los álamos. Para no sufrir tanto con sus pensamientos quiso procurarse distracciones. En el muelle de Bercy contempló la luna entre nubes, y durante una hora estuvo atento, viéndola ocultarse y reaparecer. Luego para entretenerse, contó una por una las ventanas de las casas. Había empezado a lloviznar. Fue a los mercados y bebió aguardiente en una taberna, donde una mujerzuela gorda, bizca y sucia le dijo: "No tienes cara de gusto." Después quedóse amodorrado sobre la banqueta de cuero. Allí entibió un poco su angustia.

Las imágenes de aquella noche dolorosa pasaban ante sus ojos.

-Recordé la noche del Arno. Tú me has hecho imposibles todas las alegrías y todas las bellezas del mundo.

La suplicó que le dejara solo. En su desfallecimiento, inspirábase a sí mismo una inmensa compasión. Quisiera dormir, pero no morir, ¡le daba horror la muerte! ¡Dormirse para no despertar nunca!

Y, sin embargo, la veía en su presencia, siempre deseada y acaso más encantadora con la turbación de su semblante, a pesar de la fijeza dolorosa de sus ojos, abrasados, más

enigmática y misteriosa en sus dudas. La veía, y su odio se reanimaba con el sufrimiento. La miraba iracundo como si buscara en sus facciones la huella de otras caricias.

Teresa tendió los brazos hacia él:

-Escúchame, Santiago.

Nuevamente hizo él un gesto para indicar sus propósitos de no discutir. Sin embargo, deseaba oírla. Odiaba y rechazaba por anticipado lo que pudiera decirle, pero como era lo único interesante para él escuchaba con afán. Teresa dijo:

-¿Pudiste suponer que te hago traición, que no vivo solo en ti, solo de ti? ¿Cómo es posible que lo creas? ¿No comprendes que si aquel hombre fuese mi amante no hablaría como habló en mi palco, porque tendría otras ocasiones para darme cita? ¡Oh, no, ídolo mío! Te aseguro que desde que tuve la dicha de conocerte... ¡Aun ahora, desolada y torturada por ti, lo considero una dicha! Te aseguro que desde que te conozco solo he sido tuya. ¡Tuya por entero! ¿Acaso me sería posible entregarme a otro? Imaginas una monstruosidad, pero yo te amo, ¡te amo! Solo puedo sentir amor en ti. Nunca he amado hasta que te amé.

Dechartre respondió lentamente, con desgarradora severidad:

-"Todas las tardes te aguardo en nuestra casa de la calle Spontini." ¿No es un amante; no es tu amante quien puede hablar así? ¿Puede hablar así un cualquiera, un desconocido?

Irguióse Teresa, y dijo con serenidad firme y dolorosa:

-Es verdad que fui suya, y tú lo sabías. Yo he negado, he mentido para no afligirte, para no lastimarte. Sí; he mentido al verte inquieto y receloso. He mentido poco y mal. Tú lo sabes..., ¡no me lo reproches ahora! Lo sabías, me hablabas con frecuencia del pasado, y luego una vez, porque te lo dijeron crudamente, imaginaste mucho más de lo que hubo. He mentido, pero sin engaño. ¡Aquello era tan poco en mi vida! Yo ignoraba que tú existieses... Y me aburría.

Se arrodilló.

-No me disculpo. Debí esperarte. Si supieras que la causa de tu inmenso dolor no existe ¡ni ha existido!.. .

Moduló una queja dulce y armoniosa:

-¿Por qué no apareciste antes? ¿Por qué?

Arrastróse hasta él; quiso aprisionar entre sus brazos las rodillas del amante, que la rechazaba, diciendo:

-¡Fui un imbécil! Yo no lo creía, no lo sabía. ¡No quería saberlo!

Se levantó, y rugió en un arrebato de odio:

-¡Yo no quería, no quería que fuese aquel!

Sentóse Teresa en el sitio que Dechartre abandonaba, y quejumbrosa, con voz tenue, lenta, explicó su pasado. Había sido lanzada sin defensa en una sociedad horriblemente frívola. No supo resistir, pero inmediatamente supo lamentarlo. ¡Ah!, si él conociera su triste desilusión, en vez de mostrarse celoso la compadecería.

Movió la cabeza y miró al amante a través de los mechone sueltos en su peinado.

-Pero te hablo de otra mujer. No me queda nada ya de aquella mujer. ¡Solo existo desde que te conozco, desde que fui tuya!

Dechartre iba de un lado a otro de la estancia como un demente: andaba como algunas horas antes anduvo por la orilla del Sena. Estalló al fin con risa dolorosa:

-¡Bien! Pero mientras nos gozábamos, ¿qué hacía, en qué pensaba esa otra mujer?

Teresa le miró indignada:

-Me avergüenzo de lo que te atreves a imaginar.

-¿No es verdad que os visteis en Florencia? ¿No bajaste a despedirle?

También explicó Teresa cómo se habían encontrado en Italia, la entrevista, el rompimiento, la furia que produjo su desdén y su frialdad invencible ante un vano empeño de reconciliación.

-¡Adorado mío!, solo te veo a ti, ¡no hay más que tú en el mundo! El humilló la cabeza, y dijo:

-¡No lo puedo creer!

Indignóse Teresa:

-Te lo he confesado todo. Acusame, condéname, pero no me ofendas por el amor que me inspiras, ¡te lo prohíbo!

Dechartre repuso:

-Déjame, ya me hiciste bastante daño. Te amé tan locamente, que todos los dolores producidos por ti los admitiría, los guardaría, los estimaría, pero ¡esto es horrible! Ahora. . . ¡te odio! Vete ya. Sufro demasiado. ¡Adiós!

Erguida, con los piececitos clavados en la alfombra, Teresa dijo:

-Vine a defender mi felicidad, mi vida. Soy obstinada, ya lo sabes. No me iré.

Y volvió a repetir cuanto le había dicho.

Violenta y sincera, segura de sí misma, explicaba cómo rompió un lazo ya de suyo débil y molesto, cómo al entregársele en el pabellón de la calle de Alfieri se hizo de tal modo suya que ni pudo arrepentirse un instante, ni distrajo de aquel amor una mirada ni un pensamiento. Pero al hablarle del otro, la irritaba.

Dechartre gritó:

-¡No te creo!

Y otra vez Teresa, para sincerarse más, repetía lo dicho.

De pronto, instintivamente, miró el reloj.

-¡Dios mío, las doce!

Muchas veces lanzó aquel grito de alarma, sorprendida por la hora de inevitable separación. Estremecióse Dechartre al oír la frase acostumbrada, tan dolorosa entonces y tan triste. Durante algunos minutos aún le prodigó Teresa palabras ardientes, humedecidas en llanto; pero tuvo que irse al fin sin haber conseguido convencerle.

En el recibimiento de su casa las Damas del Mercado la esperaban para ofrecerla un ramillete. Recordó que su marido era ministro. Habíanse amontonado ya millares de telegramas, tarjetas y cartas, felicitaciones y solicitudes. La señora Marmet escribía para suplicarle que recomendara su sobrino al general Lariviére.

Al entrar en el comedor desplomóse, abrumada, sobre una silla. El señor Martín Belleme acababa de almorzar. Se reunían los ministros en Consejo aquella tarde. La obsequiosidad previsora del personal habíale adulado, inquietado y fatigado ya.

-No te olvides, hija mía, de visitar a la señora Berthier de Eyzelles. Ya sabes que es muy susceptible.

Teresa no respondió. Mientras el conde hundía sus dedos amarillentos en el tazón de cristal, viola tan rendida y descompuesta que no se atrevió a preguntarle nada.

Hallábase ante un secreto que no quería conocer, ante un dolor íntimo que una sola palabra pudo hacer estallar. Sintió inquietud, temor y una especie de respeto.

Al dejar la servilleta, limitóse a decir:

-Perdóname, tengo mucha prisa. Y se fue.

Teresa trató de comer, pero no pudo tragar nada. Todo le producía una repugnancia invencible.

A las dos volvió a la casita de las Termas y halló a Dechartre en su aposento; fumaba su pipa mientras tomaba el café. Miró a Teresa tan duramente que la dejó helada, y ella no se atrevió a chistar, segura de que le ofendería y le irritaría cuanto pudiera decir. Solo al presentarse, prudente y silenciosa, provocaba ya sus iras. Dechartre no dudó de que volvería, y la esperaba en la impaciencia de su odio con tanta ansiedad como algunos días antes la esperó en el retiro de la calle de Alfieri; pero Teresa comprendió entonces que había sido un desacierto presentarse. Ausente, la hubiera deseado, hubiera querido verla, tal vez la llamara. Ya no era posible remediarlo. Ni se preocupó de mostrarse habilidosa, y dijo:

Librodot

-Vine porque no pude contenerme. Amándote como te amo, es natural que insista: ya lo sabes.

Comprendió que serviría solo para irritarle cuanto le dijera. Dechartre se limitó a preguntar si hablaba de igual modo en la calle de Spontini.

Teresa le miró con desaliento profundo:

-Santiago, ya me dijiste varias veces que sentías odio y cólera contra mí. Disfrutas haciéndome padecer, ¡lo veo claro!

Con ardorosa insistencia, prolijamente, volvió a referirle toda su vida, su escaso interés y las tristezas pasadas... Repitió que solo vivía para él y en él desde que fue suya.

Sus frases fluían límpidas, como su mirada. Habíase ido a sentar junto a Dechartre. A veces le rozaba con sus dedos, ya tímidos, y con su cálido aliento. El la oía con ávida malevolencia. Cruel consigo mismo, deseó conocer los más pequeños detalles, las últimas citas con eL otro, la ruptura. Ella le refirió fielmente lo del hotel de Inglaterra, como si hubiera ocurrido al aire libre, para que la imagen de su angustiosa entrevista en un lugar cerrado no irritara más a su amante. Disculpaba la cita de la estación, admitida para evitar la venganza de un hombre violento y desesperado. Después no tuvo más noticias hasta que le salió al encuentro en la avenida Mac-Mahón. Repitió lo que la dijo bajo el árbol de Judea. Dos días más tarde, y sin haberle dado pretexto alguno, entró a saludarla en su palco de la Opera. Era la verdad.

Era la verdad, pero el veneno antiguo, lentamente amasado en el corazón del amante, le abrasaba. Lo pasado, lo irreparable, resurgió vivo y destructor en aquellas confesiones. Dechartre vio sombras que le atormentaron, imágenes torturadoras, y dijo:

-¡No te creo! ¡No! Y aun' cuando te creyera, no podría volver a gozarte, seguro de que te ha gozado ese hombre. Ya te lo dije, ya se lo escribí a Dinard. Yo no quería que fuera él. Y por añadidura, luego...

Se detuvo, y ella dijo:

-Bien sabes que luego no hubo nada.

Dechartre prosiguió con sorda violencia:

-Y luego..., ¡yo lo he visto!

Ambos quedaron largo rato silenciosos. Al fin ella dijo, sorprendida y quejosa:

-Pero, amigo mío, debiste pensar que siendo como soy casada... Muchas mujeres ofrecen a su amante un pasado más abrumador y consiguen ser queridas. ¡Ah, el pasado! ¡Si pudieras comprender qué trivial ha sido para mí lo pasado!

-Sé lo que das. No puedo perdonarte lo que a otra perdonaría.

-¿Por qué no me juzgas como a las otras?

-No; no eres como las otras. A ti no puedo perdonarte nada. Hablaba con los labios apretados, iracundo. Sus ojos, aquellos ojos que Teresa vio tan grandes, engendradores de tan luminosas ternuras, duros y secos bajo los párpados contraídos, ofrecían una mirada nueva. Se atemorizó y se alejó del amante.

Luego, sentada en una silla, con el corazón oprimido, atónitas las pupilas, quedóse temblorosa y ahogada en sollozos infantilmente hasta que rompió a llorar.

El suspiró entonces:

-¿Por qué te conocí?

Teresa respondió entre lágrimas: -Yo no lamento haberte conocido. Moriré sin quejarme de nada. ¡He amado!

Entonces Dechartre se obstinó en hacerla sufrir. Sentíase odioso, pero no pudo contenerse.

-¿Es posible que también me hayas amado?

Ella, con dulce amargura, insistió: -¡No he amado a nadie más! Te amo con exceso. . . Y me castigas.. . ¡Oh! ¿Puedes pensar que fuese para otro lo que soy para ti?

-¡Por qué no!

Ella lo miró, vencida, desalentada, y dijo:

-¿Es verdad que no me crees? Oye... Si me matara, ¿me creerías?

-Ni aun entonces podría creerte.

Teresa enjugóse las mejillas con el pañuelo, alzó los ojos, que brillaban, tristes y bellos, a través de sus lágrimas, y dijo:

-De modo que... ¿todo ha terminado?

Se levantó. Y vio en torno los mil objetos en cuya intimidad voluptuosa y sonriente había gozado, que hizo suyos y de pronto dejaban de serlo. Ya todos la miraban como a una extraña, como a una enemiga. Vio la mujer desnuda que al correr hacía un gesto inexplicable; vio las medallas florentinas que la recordaron las dichas de Fiésole y las encantadoras horas de Italia, el perfil esbozado por Dechartre, la cabeza de mozuela sonriente en su hermosa y doliente delgadez. Se detuvo enternecida un momento ante la vendedora de periódicos que había ido allí como ella, y desapareció arrastrada por la inmensidad espantable de la vida y de las cosas...

-De modo que... ¿todo ha terminado?

Dechartre callaba.

El crepúsculo desvanecía los contornos.

-¿Qué será de mí? -preguntó ella.

El respondió:

-Y de mí, ¿qué será?

Se miraron con lástima, cada uno tenía compasión de sí mismo. Teresa repuso:

-¡Yo temí envejecer, por ti, por mí, porque nuestro amor no acabara nunca! ¡Más me valiera no haber nacido! ¿Qué presentimiento me lo advirtió, cuando bajo los tilos de Joinville, cerca de la Corona, ante las ninfas de mármol, en mi niñez, ignorante aún de todo, quise morir? Caídos los brazos y juntas las manos alzó los ojos, y su mirada húmeda proyectó un resplandor en la oscuridad.

-No logro convencerte de mi sinceridad... Óyeme: desde que te amo... Pero ¿cómo es posible? La sola idea me parece absurda y espantosa. ¿Me conoces tan poco?

El movió la cabeza tristemente:

-No, no te conozco.

Teresa interrogó con la mirada una vez más los objetos de la estancia, mudos testigos de sus goces.

-Lo que fuimos el uno para el otro... ¡Vano, inútil afán! Es posible aniquilarse oprimiéndose con ansia, pero fundirse, ¡no!

Aquella idea la sublevaba. Creyó absurdo que su amante desconociese lo que significaba para ella.

Y en su frenesí amoroso lanzándose hacia él, envolvióle con besos, con lágrimas, con caricias.

El no pudo ya defenderse. Dolorido, destrozado, feliz, la oprimió entre sus brazos con toda la furia de su deseo. Teresa reía y lloraba, hundía la cabeza entre los almohadones... Pero el amante se alejó bruscamente:

-No te veo sola. ¡Veo "al otro" siempre contigo!

Ella lo miró silenciosa, indignada, enloquecida.

Se levantó, puso en orden su vestido y sus cabellos, roja de vergüenza. Luego, segura ya de que todo había concluido, paseó en torno la mirada triste de sus ojos apagados y se fue lentamente.

FIN DE "LA AZUCENA ROJA"

Librodot